



Sarah MacLean
**EL DÍA DE
LA DUQUESA**

Escándalos & Canallas 3

A45

VERSATIL
romántico

Sarah MacLean

**EL DÍA DE LA
DUQUESA**



Índice

EL DÍA DE LA DUQUESA

Sinopsis

¡Regresa la duquesa perdida!

1. ¡Duque abandonado, duque desautorizado!

2. ¡Duquesa desaparecida, duque devastado!

3. ¡La incorregible duquesa exige el divorcio!

4. ¡Muy bien, Seraphina! El duque encuentra la horma de su zapato

5. ¡Seraphina contrataca con la armada americana!

6. ¡Calhoun interviene! El dandi encopetado se presenta en el pub

7. El gorrión canta al alma de la City

8. El escándalo más lento de la temporada: ¡El tiempo corre en contra de la tictac Talbot!

9. ¡El asedio veraniego de las Peligrosas Talbot!

10. Las Peligrosas Talbot derrotan al duque

11. Todas las Talbot juntas; ¡Haven horrorizado!

12. Menudo escándalo: ¡Seraphina debe seleccionar a su sucesora!

13. ¡El gorrión deja el nido!

14. ¡Un novedoso «conoce al duque»!

15. ¡La tictac Talbot ataca de nuevo!

16. ¡Bolos sobre hierba u objetivos del cortejo?

17. ¡Llegan las tretas femeninas...! ¡Hombres, poneos a cubierto!

18. La increíble arquitectura hundida: El escondite secreto de Highley

19. Haven es descubierto por la cazadora

20. ¡Una increíble sorpresa para el traicionado Haven!

21. Lecciones de amor legítimas de las damas: Cambia la táctica de cortejo

[22. ¿Matrimonio en vías de recuperación? Quizá...](#)

[23. Déjà Vu? La duquesa desaparece \(Parte II\)](#)

[24. ¿Se ha seleccionado a la sucesora? Las Peligrosas Talbot están en la ciudad...](#)

[25. ¡Las tabernas más elegantes de la ciudad!](#)

[26. Divorcio ducal: ¡Llegó el día de la decisión!](#)

[27. Cada duquesa tiene su día...](#)

[Epílogo: El bebé Bevingstoke: ¡Haven no puede esperar!](#)

[Nota de la autora](#)

[Notas](#)

Sinopsis

Una mujer que él nunca olvidará...

Malcolm Bevingstoke, duque de Haven, ha vivido los últimos tres años en una soledad auto impuesta, pagando el precio de un error que nunca podrá revertir y un amor que perdió para siempre. El ducado no espera, sin embargo, y el título requiere de un heredero, lo que significa que debe encontrarse a sí mismo una esposa antes del final del verano.

Teniendo sólo un problema, ya tiene una.

El único hombre al que nunca perdonará...

Después de años de exilio, Seraphina, Duquesa de Haven, regresa a Londres con un solo objetivo: recuperar la vida que dejó y encontrar la felicidad, no comprometiéndose con el hombre que rompió su corazón. Haven le ofrece un trato; Sera podrá tener su libertad, tan pronto como ella encuentre a su reemplazo... obligándola a pasar el verano en una habitación cercana a la de su marido, al que ella no quiere, pero que de alguna manera no puede resistir.

Un amor que no se puede negar...

El duque tiene un único verano para cortejar a su esposa y convencerla de que, a pesar de su pasado roto, él puede darle un para siempre, haciendo que cada día sea el día de la duquesa.

Título original: *The Day of the Duchess*

© 2017 by Sarah Trabucchi

Published by arrangement with Avon, an imprint of HarperCollins Publishers.

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.^a edición: diciembre 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

¡Regresa la duquesa perdida!

Sábado, 13 de agosto de 1836

Los rumores inundaron hoy el Parlamento cuando Seraphina, la desaparecida duquesa de Haven, regresó de su escandalosa fuga para sorprender a la sociedad retando a su marido en la mismísima Cámara de los Lores.

¿Y cuál es la petición que ha realizado ante el Parlamento la dama que tanto tiempo lleva perdida?

¡El divorcio!

Según todos los informes, el traicionado Haven se marchó a su casa, dejando que fuera su una vez amada dama quien se alzara con la victoria —de la batalla mas no de la guerra—. Sin embargo, su renuente esposa no permite verse ignorada. Su furia promete poner fin al matrimonio por los medios que sean necesarios.

¿Hay algo más delicioso que un escándalo en verano?

Continuará...

1. ¡Duque abandonado, duque desautorizado!

19 de agosto de 1836

Cámara de los Lores, Parlamento

Lo había dejado dos años y siete meses atrás, exactamente.

Malcolm Marcus Bevingstoke, duque de Haven, miró las diminutas ruedas de calendario de madera, incrustadas en el papel secante de su escritorio en su despacho privado, sobre la Cámara de los Lores.

Agosto diecinueve, 1836. El último día de la sesión parlamentaria, lleno de pompa e inactividad. Y persistente en la memoria. Hizo girar la rueda con los seis grabados en ella. Cinco. Cuatro. Tomó un respiro profundo.

"Vete". Escuchó sus propias palabras, frías y enojadas por la traición, haciendo eco con silenciosa amenaza. "No vuelvas nunca."

Tocó la rueda otra vez. Agosto se convirtió en julio. Mayo. Marzo.

Enero diecinueve, 1834. El día que ella se fue.

Sus dedos se movieron sin pensar, encontrando consuelo en el familiar clic de las ruedas.

Abril diecisiete, 1833.

"La forma en que me siento por ti..." Sus palabras eran suaves y llenas de tentación. "Nunca he sentido algo como esto."

Él tampoco lo había hecho. Como si la luz, el aliento y la esperanza hubieran inundado la habitación, llenando todos los espacios oscuros.

Llenando sus pulmones y su corazón. Todo por ella.

Hasta que descubrió la verdad. La verdad, que le había importado tanto, hasta que no había importado en absoluto. ¿Dónde se había ido?

El reloj en la esquina de la habitación sonaba y se balanceaba, contando los segundos, hasta que Haven llegara a su asiento en la sagrada cámara principal de la Cámara de los Lores, donde hombres con un mayor propósito y pasión se habían sentado antes que él durante generaciones. Sus dedos jugaban con el pequeño calendario como un virtuoso, como si hubieran hecho esto cientos de veces antes. Miles.

Y lo habían hecho.

Marzo primero, 1833. El día que se conocieron.

—Entonces, simplemente dejan que alguien se convierta en un duque, ¿verdad? Sin deferencia. —Burlas, encanto y belleza pura, no adulterada.

—Si crees que los duques son malos, imagina lo que piensan de las duquesas.

Esa sonrisa. Como si nunca hubiera conocido a otro hombre. Como si ella nunca hubiera querido. Había sido suya en el momento en que había visto esa sonrisa. Incluso antes de eso.

Y luego se había derrumbado. Él había perdido todo, y luego la perdió.

O tal vez había sido al revés. O tal vez fue todo lo mismo.

¿Habría alguna vez un momento en que dejara de pensar en ella?

¿Alguna vez una cita que no le recordara a ella? ¿Del tiempo que se había extendido como una eternidad desde que ella se había ido?

¿Dónde se había ido?

El reloj dio las once, las pesadas campanillas sonaron en la habitación, y una docena de otras resonaron por el largo corredor de roble que se extendía más allá, convocando a los hombres de renombre al deber que habían adquirido, incluso antes de nacer.

Haven hizo girar las ruedas del calendario con fuerza, abandonándolas hasta que se detuvieron. Noviembre 37, 3842. Una buena fecha, una en la que no tenía ninguna posibilidad de pensar en ella.

Se puso de pie, dirigiéndose hacia el lugar donde colgaban sus ropas rojas: su carga gruesa y pesada para coincidir con el peso de la responsabilidad que representaban. Hizo oscilar la prenda sobre sus hombros, el calor del terciopelo rojo lo abrumó casi de inmediato, empalagoso y sofocante. Todo esto antes de que se colocara su peluca empolvada, haciendo una mueca mientras la acomodaba sobre su cabeza, la crin de caballo azotándole el cuello antes de apoyarse incómodamente, como un castigo por pecados pasados.

Ignorando la sensación, el Duque de Haven abrió la puerta de sus oficinas y caminó a través de los ahora silenciosos pasillos, hasta la entrada de la cámara principal de la Cámara de los Lores. Al entrar, inhaló profundamente, arrepintiéndose de inmediato. Era agosto y hacía calor como en el infierno en el piso del Parlamento, el aire oliendo a sudor y perfume. Las ventanas estaban abiertas para permitir que entrara una brisa en la habitación, una agitación casi imperceptible que no hacía más que exacerbar el hedor, añadiendo el hedor del Támesis al ya horrendo olor de su interior.

En casa, el río corría fresco y vigorizante, sin ser tocado por la inmundicia de Londres. En casa, el aire estaba limpio, prometiendo un verano idílico y reticente, aproximándose. Al menos, así había sido. Hasta que las partes de la casa se habían derrumbado, dejando sólo una cáscara alrededor de él. Ahora, era nada más que tierra. Para que fuera un hogar, se requería más que un río y colinas ondulantes. La casa la requería. Así que este verano haría lo que había hecho cada momento desde que había estado fuera de Londres durante los últimos dos años y siete meses, exactamente. Él la buscaría. No estaba en Francia, ni en España donde había pasado el verano anterior, persiguiendo mujeres inglesas en busca de emoción. No había sido ninguna de las falsas viudas que había encontrado en Escocia, ni la institutriz de la imponente mansión de Gales, ni la mujer a la que había rastreado en Constantinopla un mes después de su partida, que había sido una charlatana jugando a ser un aristócrata. Tampoco era la

mujer de Boston, de la que había estado tan seguro, a la que llamaron La Paloma.

No era. Nunca era.

Ella había desaparecido, como si nunca hubiera existido. En un momento estaba, y al siguiente se había ido, cargada de fondos suficientes para desaparecer. Justo cuando se había dado cuenta de lo mucho que la deseaba.

Pero, eventualmente su dinero se acabaría, y no tendría más remedio que dejar de correr. Él, por otro lado, era un hombre con poder, privilegios y una riqueza exorbitante, suficiente para encontrarla en el momento en que ella se detuviera.

Y él la encontraría.

Se deslizó en uno de los largos bancos que rodeaban el piso del orador, donde el Lord Canciller ya había comenzado.

—Mis lores, si no hay más asuntos formales, cerraremos la temporada parlamentaria de este año.

Un coro de aprobación, con los puños golpeando los respaldos de los asientos alrededor del pasillo, hizo eco a través de la cámara.

Haven exhaló y resistió el impulso de rascarse la peluca, sabiendo que si cedía al deseo, se sentiría consumido por su grosera incomodidad.

—¡Mis lores! —Llamó el Lord Canciller —¿No hay, de hecho, ningún negocio formal adicional para la sesión actual?

Un coro entusiasta de —¡No! —Resonó por la habitación. Uno pensaría que la Cámara de los Lores estaba llena de colegiales desesperados por una tarde en el pozo de natación local, en lugar de casi doscientos pomposos aristócratas ansiosos por llegar con sus amantes.

El Lord Canciller sonrió, su rubicundo rostro brillaba de sudor bajo la peluca mientras extendía sus amplias manos sobre su amplia circunferencia.

—¡Bien entonces! Es la voluntad real y el placer de Su Majestad...

Las enormes puertas de la cámara se abrieron de golpe, el sonido hizo eco a través de la silenciosa sala, compitiendo con la voz del canciller. Las cabezas se volvieron, pero no la de Haven; estaba demasiado ansioso por dejar Londres y su peluca para preocuparse por lo que sucedía más allá.

El Lord Canciller se recogió, se aclaró la garganta y dijo:

—... que este Parlamento sea prorrogado hasta el jueves, el séptimo día de octubre próximo...

Una colección de gruñidos desaprobadores comenzó cuando la puerta se cerró con un poderoso golpe. Haven miró entonces, siguiendo las miradas de los hombres reunidos dentro de la cerrada cámara. No pudo ver nada raro.

—¡Ajam! —Dijo el Lord Canciller, el sonido lleno de desaprobación, antes de redoblar su compromiso de cerrar la sesión. Gracias a Dios por eso.

—... Jueves, el séptimo día de octubre próximo...

—Antes de terminar, mi Lord Canciller.

Haven se puso rígido.

Las palabras eran fuertes y de alguna manera suaves, melodiosas y hermosamente femeninas, tan fuera de lugar en la Cámara de los Lores, fuera del alcance del sexo más justo. Seguramente esa era la razón por la que se le cortaba el aliento. Seguramente era por eso que su corazón comenzó a latir con fuerza. ¿Por qué de repente se puso de pie en medio de un coro de indignación masculina?

No fue por la voz en sí misma.

—¿Qué significa esto? —Tronó el Canciller.

Haven pudo ver entonces, la causa de la conmoción. Una mujer. Más alta que cualquier mujer que hubiera conocido, con el vestido color lavanda más hermoso que había visto en su vida. Estaba perfecta, como si ella se dirigiera a la sesión parlamentaria con regularidad. Como si fuera el primer ministro en persona. Como si fuera más que eso. Como si ella fuera de la realeza.

La única mujer a la que había amado alguna vez. La única mujer a la que alguna vez odió.

La misma, y de alguna manera completamente diferente.

Y Haven, se había congelado al momento.

—Lo confieso —dijo, moviéndose sobre el piso de la cámara con facilidad, como si estuviera en el té de damas —temía perder la sesión por completo. Pero estoy muy feliz de poder escabullirme antes de que ustedes escapen a donde sea que seáis capaces de aventuraros... con placer —Sonrió a un anciano conde, que se sonrojó bajo el calor de su mirada y se alejó —Sin embargo, me dicen que lo que busco requiere una Ley del Parlamento. Y ustedes son...

como saben... el Parlamento.

Su mirada encontró la suya, sus ojos precisamente como él recordaba, azules como el mar de verano, pero ahora, de alguna manera, diferentes.

Cuando alguna vez fueron abiertos y honestos, ahora eran estrechos.

Confidenciales.

Cristo. Ella estaba aquí.

Aquí. Casi tres años buscándola, y aquí estaba ella, como si se hubiera ido solo unas horas. El shock combatía contra una ira que no podía haber imaginado, pero esas dos emociones no eran nada comparadas con la tercera.

El placer inmenso e insoportable que sentía.

Ella estaba aquí.

Finalmente.

De nuevo.

Mirarla era todo lo que podía hacer para no moverse. Para recogerla y llevársela. Para abrazarla. Para ganarla de nuevo. Para empezar otra vez.

Excepto que ella no parecía estar aquí para eso.

Ella lo observó durante un largo momento, sin pestañear, antes de

decir: —Soy Seraphina Bevingstoke, duquesa de Haven. Y necesito el divorcio.

2. ¡Duquesa desaparecida, duque devastado!

Enero de 1834

Dos años, siete meses antes. Menos cinco días.

Highley Manor

Si ella no golpeaba, moriría.

No debería haber venido. Había sido irresponsable sin medida. Había tomado la decisión en un ataque de emoción insoportable, desesperada por tener algún tipo de control en el momento más fuera de control de su vida.

Si no tuviera tanto frío, se reiría por la loca idea que había tenido sobre que podría tener algún control sobre su vida, una vez más.

Pero lo único que Serafina Bevingstoke, Duquesa de Haven, fue capaz de hacer, fue maldecir su estúpida decisión de alquilar un coche, pagarle al conductor una fortuna para llevarla en un largo y aterrador viaje a través de la helada lluvia de una fría noche de enero, y llegar aquí, a Highley, la casa señorial de la que era, por nombre señora. Aunque ese nombre, sin embargo no le otorgaba derechos. No para las mujeres. Y por esos mismos derechos, ella no era más que una visitante. Ni siquiera un huésped. Todavía no.

Posiblemente nunca.

El carruaje desapareció bajo la lluvia que amenazaba con convertirse en nieve pesada y húmeda. Sera miró hacia la enorme puerta, considerando su próximo movimiento. Esa oscuridad indicaba que los sirvientes hacía tiempo que dormían, pero no tenía más remedio que despertar a alguien. Ella no podría permanecer afuera. Si lo hiciera, estaría muerta antes de la mañana.

Una oleada de dolor aterrador se disparó a través de ella. Puso una

mano en su abdomen.

Estarían muertos.

El dolor menguó, y contuvo el aliento una vez más, levantando la elaborada B de hierro forjado fijada a la puerta. Dejándolo caer con un ruido sordo, como el sonido del hacha de un verdugo, oscuro y ominoso.

Desesperada comenzó a preocuparse. ¿Qué pasaba si nadie contestaba? ¿Y si hubiera hecho semejante viaje, en contra del buen juicio, para llegar a una casa vacía?

Las preocupaciones eran infundadas. Highley era la sede del Ducado de Haven, y estaba dotado del perfecto personal. La puerta se abrió, un joven lacayo con librea apareció con los ojos semi cerrados, su curiosidad inmediatamente dio paso a la conmoción cuando el dolor asaltó a Sera una vez más.

Antes de que él pudiera hablar, antes de que él pudiera cerrar la puerta, Sera entró, con una mano en su abultado vientre y la otra en la jamba.

—Haven —El nombre era todo lo que podía decir antes de doblarse.

—Él... —El chico se detuvo —Su Gracia, es decir, él no está adentro.

Levantó la vista, sus ojos encontrando los suyos en la tenue luz.

—¿Me conoces? —Bajo su mirada hacia su abdomen hinchado. Su mano se extendió ampliamente sobre el niño allí —El heredero.

Él asintió, y el alivio la inundó, fue un baño de calor. Se tambaleó cuando los jóvenes ojos se abrieron, atraídos hacia el piso debajo de ellos.

No era alivio. Era sangre.

—Oh... —comenzó, al resto de sus palabras se las robó el shock.

Sera se balanceó en la puerta, llegando hasta este joven, que había sido tan desafortunado en su puesto esa noche. Él tomó su mano.

—Él está aquí —susurró —Él está arriba.

Él estaba ahí. Lo suficientemente fuerte como para doblar el sol a su voluntad.

Eso podría haber sido gratitud, si no fuera por el dolor. Podría haber sido felicidad, si no fuera por el miedo. Y podría haber sido la vida, si no fuera por lo que de repente sabía que vendría.

"Vete". Ella escuchó las palabras. Vio su fría mirada cuando la desterró de su vista meses atrás. Y luego, de alguna manera...

"Ven acá". Esa mirada otra vez, pero esta vez con los párpados semi cerrados. Desesperado. Caliente como el sol. Y luego sus susurros suaves y hermosos en su oído. "Fuiste hecha para mí. Fuimos hechos el uno para el otro."

El dolor la devolvió al presente, agudo y punzante, avisando que algo estaba terriblemente mal. Como si la sangre que le cubría las faldas y el piso de mármol, no fuera suficiente anuncio. Ella gritó. Más fuerte de lo que hubiera imaginado, ya que de repente había alguien más allí; una mujer.

Ellos hablaron, pero Sera no pudo escuchar las palabras. Entonces la mujer se fue, y Sera se quedó en la oscuridad, con sus errores y el niño, el niño querido y dulce, que se aferraba a ella. O ella a él.

—Ella fue a buscarlo.

Era demasiado tarde, por supuesto. De muchas maneras.

No debería haber venido.

Sera cayó de rodillas, jadeando por el dolor. Dolor más allá de la comprensión. Ella nunca conocería a su hijo. Pelo oscuro y sonrisa amplia, e inteligente como su padre. Solitario como él, también.

Si pudiera vivir, podría amarlos lo suficiente.

Pero ella iba a morir aquí, en este lugar. A pasos del único hombre que ella había amado. Sin habérselo dicho nunca. Se preguntó si le importaría cuando muriera, y la respuesta la aterrorizó más que todo lo demás, porque sabía, sin lugar a dudas, que la seguiría hasta la otra vida.

Ella agarró la mano del chico.

—Dime tu nombre.

—¿Su gracia?

Ella agarró su mano.

—Sí —susurró. Ella iba a morir, y quería que alguien dijera su nombre, no su título. Algo real. Algo que se sintiera como si perteneciera a allí —Mi nombre es Seraphina.

El querido joven se aferró a ella. Asintió. El nudo en su garganta flotando por sus nervios.

—Daniel —dijo —¿Qué debo hacer?

—Mi hijo —susurró —El suyo...

El chico asintió, repentinamente sabio más allá de sus años.

—¿Hay algo que deseas?

—Mal... —dijo, incapaz de mantener a raya el dolor. Incapaz de evitar que se la tragara entera. Solo una vez más. El tiempo justo para poner todo en orden.

—Deseo que se llame Malcolm.

El duque de Haven abrió la puerta de la habitación donde estaba Sera, silenciosa, inmóvil y pálida, la fuerza de la losa de roble rebotando en la pared y sorprendiendo a los que estaban dentro. Una doncella soltó un pequeño grito de sorpresa, y el ama de llaves levantó la vista desde donde tenía un trapo en la frente de Sera.

Pero el duque no quería tener nada que ver con las dos mujeres.

Estaba demasiado concentrado en el cirujano al lado de su esposa.

—¿Ella vive? —gruñó Haven, las palabras se llenaron de emoción que él no sabía que podía sentir. Aunque ella siempre lo había hecho sentir así. Incluso cuando había estado desesperado por no hacerlo.

El cirujano asintió.

—Por un hilo, Su Gracia. Es probable que muera antes de que caiga la noche.

Las palabras lo atravesaron, frías y simples, como si el doctor estuviera discutiendo el clima o las noticias de la mañana, y Malcolm se calmó, todo el peso de su preocupación amenazó con derribarlo. No

hacía ni una hora, había tenido a su hija perdida en sus manos, tan pequeña que ni siquiera las había llenado, tan preciosa que no podría soportar devolverla a la criada que la había traído a él.

En cambio, él había enviado a la sirvienta lejos, y se había sentado en silencio, sosteniendo el cuerpo casi sin peso de su hija, llorando su muerte. Y su vida. Y todas las cosas que podrían haber sido.

Sabiendo que a pesar de su riqueza, poder y posición casi ilimitados, no pudo traerla de regreso. Y cuando había sido capaz de pensar más allá del dolor, había encontrado consuelo en la furia.

Él no las perdería a las dos.

La mirada de Malcolm se concentró en el cirujano.

—Está equivocado —Buscó al doctor, incapaz de detenerse. Levantándolo por las solapas de su abrigo, el duque lanzó un trueno sobre el hombre más viejo, más pequeño y más débil —¿Me escucha? Ella vivirá —El cirujano tartamudeó, y la ira inundó a Malcolm. Sacudió al doctor de nuevo —Mi esposa vivirá.

—Yo... yo no puedo salvarla si no está destinada a salvarse.

Malcolm lo soltó, sin importarle que el cirujano tropezara al caer al suelo. Ya se dirigía a Sera, poniéndose de rodillas al lado de su cama, tomando su mano entre las suyas, odiando el frío dentro de ella, apretando su agarre, deseando que se calentara. Se tomó un momento para mirarla; se había ido por tanto tiempo, y antes de eso, la había odiado demasiado. Y antes de eso, había estado demasiado desesperado para darse cuenta de lo que precisamente deseaba de ella.

¿Cómo fue que hasta ahora, hasta que estaba pálida e inmóvil y al borde de la muerte, que él se diera cuenta de lo hermosa que era? De sus pómulos altos y sus labios carnosos, y de esas pestañas negras hollín, imposiblemente largas que yacían sobre su piel de porcelana.

¿Qué no daría para que levantara esas pestañas? Para que lo mirara con esos ojos que nunca fallaron en robarle el aliento, azules como el cielo de verano. Los tomaría como vinieran, llenos de

felicidad. Con tristeza. Con odio.

Ya había dado tanto. Ella también. ¿Qué más tenía? ¿Qué pobre sacrificio podría ofrecer? Ninguno. Y así, en esto, no cejaría. Cerró los ojos y presionó sus labios en los dedos fríos, flácidos e inmóviles.

—Deberás vivir, Sera. Así tenga que sacarte del mismo cielo. Tú vivirás.

—Su gracia.

Se calló ante las palabras, claras y sin emociones, pronunciadas desde la puerta de la habitación. No se volvió para mirar a la mujer que estaba parada allí; no pudo encontrar la paciencia para eso.

Las faldas de su madre crujieron cuando ella se acercó.

—Haven.

La furia lo atravesó por el título, aquí, en este momento. Siempre un duque, nunca un hombre. ¿Cuántas veces le había recordado su lugar? ¿Su propósito? ¿Los sacrificios que ella había hecho para asegurar ese futuro para él? Sacrificios que la convirtieron en una de las mujeres más temidas de Gran Bretaña. Una palabra de la Duquesa de Haven podría arruinar a una chica incluso antes de que tuviera una oportunidad.

No duquesa. Viuda con título de nobleza.

Malcolm se puso de pie, volviéndose para mirar a su madre, bloqueando su vista de Seraphina. De repente, deseando que saliera de esta habitación. Que se alejara de su esposa.

Pasó rozando a la mujer mayor y al cirujano, yendo hacia el pasillo, esquivando doncellas dispersas con sus cabezas inclinadas y susurros silenciosos. Se tragó el impulso de gritarles. No podía ir contra décadas de entrenamiento en título y posición.

—Estás siendo dramático —dijo.

El mayor de todos los pecados.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—Mi hijo está muerto. Mi esposa casi lo está —Su mirada ni se inmutó. No debería haberse sorprendido por eso, y aun así lo hizo

querer enojarse. Pero los duques no se enfurecían. En cambio, se encontró con su fría mirada azul y dijo —Tu nieto está muerto.

—Una niña. —dijo con desprecio.

El calor lo atravesó.

—Una hija.

—No es un heredero —señaló, con una fría certeza —Y ahora, si tienes suerte, puedes comenzar de nuevo.

El calor se convirtió en fuego, fluyendo a través de él. Abrasándole la garganta. Sofocándolo.

—¿Si tengo suerte?

—Si la chica Talbot muere. El médico dice que si ella vive, será estéril, por lo que ya no será de utilidad. Puedes encontrar a otra y producir un heredero.

Uno con mejor pedigrí.

Su mirada se redujo, las palabras difíciles de entender por el rugido en sus oídos.

—Ella es la Duquesa de Haven.

—El título no significa nada, si ella no puede producir al próximo duque. Es por eso que te casaste con ella, ¿no es así? Ella y su madre te tendieron una trampa. Te atrapó. Te mantuvo con la promesa de un heredero. Y ahora se ha ido. Sería una mala madre si no deseara que te liberases de una mujer tan barata.

Él eligió sus palabras cuidadosamente.

—En este momento, no podrías ser menos una madre. Eres una perra fría y sin corazón. Y quiero que te vayas de esta casa para cuando regrese.

Ella levantó una elegante ceja.

—La emoción es impropia en tí.

Dejó a su madre entonces, porque no confiaba en sí mismo para no desatar cada onza de sus emociones impropias sobre ella.

Dejó a su madre y fue a enterrar a su hija en el frío suelo de enero, mientras rezaba para que su esposa viviera.

Cuando despertó, Sera estaba sola, en una habitación llena de una luz cegadora. Le dolía en todas partes, los huesos, los músculos y en lugares que no podía nombrar. El lugar que tan hermosamente estaba lleno de algo más que esperanza, ahora estaba devastadoramente vacío.

Movió su mano sobre la colcha, sus dedos deslizándose sobre el lino immaculado y trabajado hacia su estómago, tierno, hinchado y vacío. Una lágrima se derramó, corriendo por su sien, dejando un rastro de soledad, mientras se deslizaba en su cabello y desaparecía. Sintió que se llevaba su última pizca de felicidad.

Más allá de la ventana, el cielo azul brillante relucía, nublado por nada más que los pesados cristales. Una rama de árbol desnuda en la distancia parecía mal formada, con grandes manchas negras sobre ella.

No era malformación. Eran cuervos.

Uno... por la pena. Dos... para la alegría.

Su aliento se enganchó en su garganta.

—Las lágrimas no lo traerán de vuelta.

Sera se volvió hacia la voz, temiendo lo que encontraría allí. No a su esposo, sino a su suegra, que parecía estar acostumbrada a habitar en habitaciones en las que no era bienvenida. De hecho, la duquesa viuda de Haven estaba regularmente presente en las peores de las habitaciones. Las que destruían sueños. La mujer era un presagio de tristeza.

Incluso si Sera no hubiera sabido en su alma, que el niño se había ido, la presencia de la viuda lo demostraba.

Sera miró hacia la ventana, hacia el cielo, brillante y lleno de promesas robadas. Hacia los cuervos.

Tres... para una boda. Cuatro... por un nacimiento.

Ella no habló. No podía encontrar las palabras, y aunque pudiera, no estaba interesada en compartirlas con esa mujer.

Sin embargo, la viuda encontró suficientes palabras como para las dos, acercándose más, hablando como si hablara del clima.

—Puede que no me gustes, Seraphina, pero harías bien en escucharme.

Sera no se movió.

—No somos tan diferentes, tú y yo —dijo la mujer mayor —Ambas cometimos un error al atrapar a un hombre en un matrimonio. La diferencia es que mi hijo sobrevivió —Hizo una pausa, y Sera deseó que abandonara la habitación, repentinamente exhausta por la misma presencia de la viuda —Si no lo hubiera hecho, hubiera huido.

Huir... era un pensamiento glorioso.

¿Podría ella correr más rápido? ¿Qué la pena? ¿Qué el dolor? ¿Podría ella correr más rápido que él?

—No había amor perdido en nuestro matrimonio. Así como no hay nada perdido en el tuyo.

Estaba equivocada, por supuesto. El matrimonio de Sera fue todo amor perdido. Y ahora, mientras yacía sola en esta cama deslumbrantemente blanca, en esta habitación deslumbrantemente blanca, en esta casa opresivamente desalentadora, sabía que su matrimonio nunca sería amor recuperado.

Porque nunca volvería a haber amor. No para Malcolm. No para su hijo No para ella. Estaba sola en esta habitación y en esta vida.

Si solo pudiera correr. Pero él le había robado la libertad tan bien como le había robado el corazón. Y su felicidad Y su futuro —Eres estéril.

Sera no sintió nada ante las palabras, que no tenían ningún significado en el momento. A ella no le importaban las noticias de futuros niños de fantasía, solo las del niño que había perdido. El niño que habían perdido.

—Él necesitará un heredero.

Él no deseó uno. ¿No se lo había dejado claro?

Su madre o no lo sabía, o no le importaba.

—No se lo puedes dar. Alguien más puede.

Sera miró hacia otro lado.

—Si lo deseas, podría ayudarte.

Miró a su suegra, a los ojos grises como el alma de la mujer. Sera no pretendió malinterpretar. Sabía que su desaparición era todo lo que esta odiosa mujer había deseado siempre. La viuda había aborrecido a Sera desde el principio: odiaba las circunstancias de su nacimiento, que su padre fuera un plebeyo, que se hubiera abierto camino en la aristocracia y que su madre, dispuesta a hacer cualquier cosa por escalar, se hubiera abierto paso con dientes y uñas, gritándoles a todos los que quisieran escucharla que su hija mayor había capturado a un duque.

Por supuesto, Sera creyó que lo había atrapado. Lo creyó suyo. Lo deseó sin medida.

Pero esta mujer, esta fría y envejecida mujer, se había asegurado de que eso nunca sucediera. A pesar de la promesa de un niño. Por esa misma promesa. Hasta este momento, Sera había planeado quedarse. Para ganar el perdón de su marido. Para desafiar la furia de la viuda. Pero eso había sido antes. Había sido, cuando pensaba que algún día podrían ser una familia.

Cuando todavía tenía sueños de felicidad.

Ahora, ella lo comprendía mejor.

Las gruesas faldas crujieron cuando la otra mujer se acercó.

Podrías huir. Comenzar de nuevo. Dejar que él hiciera lo mismo.

Era una locura. Y aun así, no pudo evitar decir:

—¿Qué pasará con nuestro matrimonio?

Un músculo se crispó en el borde de los labios de la viuda. Sintió el triunfo.

—El dinero compra todo. Incluyendo la anulación.

Sera miró a los cuervos afuera.

Cinco... por plata. Seis... por oro.

La viuda continuó.

—La ausencia de niños facilitará el camino.

Las palabras fueron una tortura fría y silenciosa.

La ausencia de su hijo nunca facilitaría nada.

—Di tu precio —susurró la viuda.

Sera guardó silencio, mirando la puerta detrás de la mujer mayor, deseando que se abriera. Deseando que regresara su esposo, lleno de una dolorosa tristeza, igual a la que la consumía a ella. Desesperado por llorar a su hijo. A su pasado. A su futuro.

Dispuesto a perdonarla.

Dispuesto a pedir perdón.

La puerta de caoba permaneció firmemente cerrada.

Él no la deseaba. Entonces ¿por qué sí debería hacerlo ella? ¿Por qué no debería cerrar ella misma la puerta? ¿Por qué no debería elegir un nuevo camino?

¿Cuánto para hacerlo? ¿Cuánto por un futuro? ¿Cuánto por huir?

¿Cuánto por una vida, en soledad, pálida en comparación con la que le habían prometido?

Sola, pero siendo ella misma.

Susurró un número exorbitante. Suficiente como para irse. Nunca lo suficiente como para olvidar.

Siete... por un secreto que nunca se contará.

3. ¡La incorregible duquesa exige el divorcio!

19 de agosto de 1836

Cámara de los Lores, Parlamento

Él era tan guapo como lo había sido alguna vez. No sabía por qué esperaba que fuera de otra forma: habían pasado tres años, no treinta, pero lo había hecho. O quizás no esperaba, pero esperaba. Había albergado un pequeño sueño secreto de que sería menos perfecto. Menos guapo. Menos y punto.

Pero él no era menos. En todo caso, él era más.

Su rostro era más anguloso, su mirada más consumidora, era incluso más alto de lo que ella recordaba. Y tan guapo, incluso cuando se acercó a ella, vestido con túnicas parlamentarias antiguas y la peluca con polvo que debería haberlo hecho parecer un niño jugando con disfraces y en su lugar lo hizo parecer un hombre con un propósito.

Sacarla del piso de la Cámara de los Lores.

Separó a los miembros del Parlamento similarmente chillones, como si fuera un mar de terciopelo rojo, rodeados por los gritos y abucheos de aquellos aristócratas reunidos, cuyo desdén conocía demasiado bien de su vida anterior.

Hombres que podrían arruinar a una mujer en un abrir y cerrar de ojos. Destruir una familia y un futuro. Y hacerlo todo sin pensarlo dos veces.

Ella los odiaba a todos, y a él más.

Pero no mucho más.

Ella planeaba dejar de odiarlo ahora que había regresado, lista para olvidarlo. Había imaginado este momento durante meses, desde

antes de regresar a Gran Bretaña, todo el plan diseñado para enfurecerlo hasta el punto de aceptar la disolución de su matrimonio. Porque, si había algo que Haven aborrecía en el mundo, era jugar al tonto.

¿No había sido su desaparición el principio?

Se había acercado, a la cámara repleta de lores, apareciendo después de años. Y había sido taladrada por sus ojos. De alguna manera no eran marrones, ni verdes, ni dorados, ni grises, y de alguna manera eran todos esos colores a la vez. Fascinantes y llenos de secretos. El tipo de ojos que podrían robar el ingenio de una mujer, si no tuviera cuidado.

Sera era cuidadosa, ahora.

Cuidadosa e inteligente.

Resistió el impulso de alejarse de él, al mismo tiempo que se sentía temerosa de lo que podría pasar si él la tocaba, y determinó no volverse loca por él. Nunca huiría de él otra vez.

No era la mujer que había sido cuando se fue. Y había vuelto con una única promesa para ella misma, cuando lo dejara, esta vez, lo haría con orgullo. Con un propósito. Con un futuro.

Tenía planes. Y estos hombres no la detendrían.

Y así fue que los más poderosos de Londres, reunidos para el último día de la sesión parlamentaria, observaron a Seraphina, la duquesa de Haven que con una sonrisa ganadora enfrentaba al duque del mismo nombre, por primera vez en dos años y siete meses. Exactamente. Y le decía:

—Esposo. Otra mujer podría no haber notado el ligero entrecerrar de sus ojos, el leve resplandor de su nariz, el apretón casi imperceptible de su mandíbula cuadrada. Pero alguna vez, Sera había pasado la mayor parte de un año fascinada por la forma en que este hombre orgulloso e imperturbable se revelaba a sí mismo en lo infinitesimal. Él estaba enfadado. Bien.

—Entonces me recuerdas.—Las palabras fueron bajas y agudas.

Por supuesto que ella lo recordaba. No importaba cuanto lo había intentado, parecía incapaz de olvidarlo.

Y ella lo había intentado.

Levantó la barbilla, muy consciente de su audiencia, y lanzó su flecha.

—No te preocupes, cariño. Predigo que no necesitaremos recordarnos el uno al otro por mucho tiempo.

—Estás haciendo un espectáculo de ti misma.

Ella permitió que su sonrisa se ensanchara.

—Dices eso como si fuera algo malo.

Con una ceja levantada, sintiéndose superior como siempre, dijo:

—Estás haciendo un espectáculo de mí.

Ella no vaciló.

—Dices eso como si no lo merecieras.

No esperaba que él la agarrara, o habría estado preparada para lo que sucedió cuando sus dedos se envolvieron en su codo, firmes, cálidos y de alguna manera inesperadamente suaves. Se habría armado de valor ante el asalto de memorias demasiado antiguas, que sufrió.

"Nunca he sentido algo como esto."

Resistió el recuerdo y deslizó su brazo de su agarre con una graciosa fuerza, que él sentiría y nadie observaría. El duque no tuvo más remedio que soltarla, incluso cuando bajó la voz y habló, las palabras apenas estaban allí.

—¿Quién eres tú?

Fue su frente la que se elevó esta vez.

—¿No me reconoces?

—No, esta encarnación no.

Encarnación. No era la palabra equivocada, porque ella había reencarnado. Eso era lo que les sucedía a los que morían y regresaban. Se había sentido como muerta, al igual que más temprano, en este lugar, con todo su calor y hedor rancio, empeorado por el conjunto de

pomposa masculinidad, pero ahora se sentía de alguna manera, notablemente, con vida una vez más.

—No pude probar la libertad entonces.

Sus labios se aplastaron. Antes de que él pudiera responder, un hombre gritó desde la asamblea más allá.

—¡Ey! ¡Haven! ¡Esta mierda no está permitida en el piso!

Sera se volvió hacia el hombre.

—Mi Lord Earl, creo que quería dirigirse a mí como Duquesa.

Los hombres se reunieron en tropel y refunfuñaron cuando el conde en cuestión, que ahora lucía las orejas de color escarlata, le habló a Haven.

—Controla a tu mujer.

Sera volvió su atención a su marido, pero no bajó la voz.

—Es impresionante que él crea que eres capaz de hacer tal cosa.

Los ojos de su esposo se estrecharon y el corazón de Sera comenzó a latir con fuerza. Reconoció la mirada. Un animal, desafiado.

Déjalo que venga. Ella también tenía dientes.

—A mis oficinas. Ahora.

—¿Y si me niego? —lo vio darse cuenta de su poder. ¿Cuántas esposas más podrían estar aquí, ante Dios, su esposo y la Cámara de los Lores, y dominar sin temor a las repercusiones?

Ese era el secreto, por supuesto. Si uno no temiera la ruina, no se podría amenazar con ella. Como Sera había visto la ruina en todas sus formas, la había enfrentado y la había sobrevivido, no le tenía miedo y, por lo tanto, no podía hacerle daño. Se había ido de Londres por casi tres años, su reputación hecha jirones mucho antes de haber puesto los pies en el carruaje que la había llevado lejos de la finca Haven, en ese horroroso día de invierno. Era notable el poder que uno tenía, cuando no tenía nada que perder.

Al menos, cuando se pensaba que uno no tenía nada que perder.

Y así se había parado frente a la asamblea más poderosa de Gran Bretaña, mano a mano con su marido, que siempre la había

dominado. Con su corazón, sus manos, su cuerpo y su identidad. De iguales por fin. Y entonces esperó a que él hiciera su movimiento.

Ella no esperaba que él sonriera.

—No debes negarte.

—¿Por qué no? —preguntó, la incertidumbre llameando en ella, aunque estaría condenada si lo demostraba.

—Porque si quieres el divorcio, necesitarás mi ayuda para obtenerlo.

Su corazón comenzó a latir con fuerza. ¿Él se lo daría? ¿El divorcio?

¿La libertad? ¿Podría ser tan simple? La emoción estalló. El triunfo. Y algo más, algo en lo que no quería pensar. En cambio, agitó un brazo con exageración.

—Por supuesto, Su Gracia. Lidera el camino.

Dejaron el salón principal de la Cámara de los Lores ante una cacofonía de disgusto y juicio. En el tranquilo pasillo de más allá, Haven se puso a su lado y dijo, suavemente:

—¿Valió la pena la vergüenza? ¿Esa escena?

—Me juzgas mal si me crees avergonzada por las opiniones de esos hombres —respondió ella —Los he padecido antes, y lo haré de nuevo.

—Y una y otra vez si obtienes lo que deseas.

Él se refería al divorcio. A que nunca más recibiría aprobación social.

¿No podía ver que no le importaba?

—Quieres decir, cuando lo obtenga.

Se detuvo ante una enorme puerta, diseñada para impresionar, y la abrió, revelando la suite extravagante más allá, una reservada para el puñado de duques que decidían mantener el espacio en la Cámara de los Lores. La habitación era amplia y abrumadora, caoba, cuero y dorado, y cada superficie estaba asentada en privilegios y poder.

Entró, incapaz de evitar pasar junto a él, odiando la forma en que

el mínimo toque la alborotaba. Y eso fue antes de que vinieran los recuerdos.

Ella había estado aquí antes. Furtivamente, oculta y misteriosa, para verlo. Para sorprenderlo. Tal como lo había sorprendido hoy.

No. Ese día no era como hoy. Había sido lo opuesto a hoy.

Ese día, ella había venido por amor.

Ignoró la idea y giró para mirarlo, inquieta cuando la puerta se cerró. El ruido sordo como un disparo. Se arrancó la peluca de la cabeza, tirándola a una silla cercana con suficiente indiferencia como para traicionar su calma exterior. Trabajó en la sujeción de las gruesas túnicas, y se encontró incapaz de apartar la mirada de esa mano grande y segura, bronceada y coronada con gracia y fuerza. Cuando su tarea estuvo completa, se quitó la prenda de los hombros, la onda de la profunda tela escarlata la distrajo, levantando su mirada hacia la de él, donde una oscura ceja se arqueó, con un conocimiento inquietante.

Cuando las túnicas colgaban en su lugar, junto a la puerta, él fue más lejos en la habitación.

— ¿Dónde has estado?

Sera se movió hacia la enorme ventana que miraba hacia el este, hacia donde brillaba la cúpula de St. Paul en la distancia. Cruzando sus brazos sobre su pecho con indiferencia afectada, ella respondió:

— ¿Importa?

— Como huiste de mí, y la mitad de Londres me cree culpable de algún tipo de plan infame, sí, importa.

— ¿Me creen muerta?

— No lo dicen, pero me lo imagino. Tus hermanas no ayudan, frunciéndome el ceño cada vez que nos cruzamos.

Inhaló bruscamente, odiando la forma en que su pecho se tensaba ante la referencia a sus cuatro hermanas menores. Más amores perdidos.

— ¿Y la otra mitad de Londres? ¿Qué piensan ellos?

—Probablemente lo mismo, pero no me culpan por ello.

—Creen que me lo merecía. Por supuesto —Él no respondió, pero no obstante escuchó la aseveración. Se lo merecía por atrapar al pobre y elegible duque para casarse, y ni siquiera tenía la decencia de entregarle un heredero.

Ignorando la punzada de injusticia que surgió con el pensamiento, ella dijo —Y aquí estoy, muy viva. Me imagino que eso hará mover las lenguas.

—¿A dónde fuiste? —La pregunta era suave y si ella no lo hubiera sabido, Sera habría pensado que estaba llena de algo más que frustración.

Su atención se centró en una fila de cuervos negros posados en el techo del ala opuesta del edificio, brillando con el calor de agosto. Se tomó un momento, contándolas antes de responder. Siete.

—Lejos.

—¿Y esa es toda la respuesta que debo recibir? Yo... —La respuesta fue cortante y enojada, pero la duda fue lo que llamó su atención.

Ella cambió.

—¿Tú?

Por un momento, pareció que diría algo más. En cambio, sacudió la cabeza.

—Así que... has decidido volver.

—Siempre es más problemático, ¿no es así? —Se apoyó en su gran escritorio de roble en mangas de camisa, chaleco y pantalones, largas y musculosas piernas cruzadas en los tobillos, un vaso de cristal colgando de sus dedos, como si no le importara el mundo. Ignoró la forma en que su pecho se tensó ante el retrato que veía, y levantó una ceja —¿No le das un trago a tu esposa?

Su cabeza se inclinó levemente, la única evidencia de su sorpresa antes de que se enderezara y se moviera hacia una mesa cercana adornada con una jarra y tres vasos de cristal. Observó cómo él vertía dos dedos de líquido ambarino: se movía de la misma manera que

siempre, privilegio y gracia, levantando el vaso y entregándoselo con un brazo extendido.

Bebió un sorbo, y se quedaron en silencio durante lo que pareció una eternidad, hasta que no pudo soportarlo más.

—Deberías estar feliz con mi regreso.

—¿Debería?

Ella habría dado todo lo que tenía para saber en lo que estaba pensando.

—El divorcio te dará todo lo que siempre quisiste.

Él bebió.

—¿Cómo adivinaste que anhelaba ser ridiculizado en todos los periódicos de Londres?"

—Te casaste con una hermana Talbot, Su Gracia —Cinco chicas infames y presentes en todos los chismes de Londres, tanto que las llamaron Las Sucias, hijas del Conde de Wight, una vez minero de carbón con una habilidad para encontrar valiosas reservas de combustible. Habilidad suficiente como para haberse comprado un título. Con o sin él, el resto de la aristocracia no podía soportar a la familia, los odiaban por su notable habilidad para escalar, etiquetándolos de famosas por el bien de la fama. La ironía, por supuesto, era que su padre había trabajado para obtener su dinero, no había nacido con el prestigio. Cuán atrasado estaba el mundo.

—Mi destino, entonces, una de las Hijas Peligrosas.

Sera reprimió la vergüenza ante el apodo, el que ella había recibido de todos ellos.

"Me atrapaste"

"Lo hice."

"Vete".

—No cualquiera —dijo, negándose a inclinarse —La más peligrosa.

Él la miró por un momento, como si pudiera leer sus pensamientos. Ella resistió el impulso de inquietarse.

—Si no me dices a dónde fuiste, quizás me digas por qué has regresado.

Bebió, considerando la mentira que tendría que contar.

—¿No fui clara?

—¿Crees que el divorcio se obtiene tan fácilmente?

—Sé que no es así, pero preferirías... ¿esto?

Él no apartó la mirada, era tan inquietante, parecía ver demasiado incluso cuando lo ocultaba todo.

—No seríamos los primeros en sufrir un matrimonio sin amor.

No siempre había sido sin amor.

—He sufrido suficiente —Ella extendió sus manos de par en par — Y, a diferencia del resto de la aristocracia, no tengo ninguna razón para no terminar con nuestra infeliz unión. No tengo nada que perder.

La igualó con su mirada.

—Todos tienen algo que perder.

Ella lo equiparó con una propia —Te olvidas, esposo. Ya lo he perdido todo.

Él miró hacia otro lado.

—No me olvido —Bebió, y ella vio los músculos de su mano apretarse y tensarse contra el cristal, una parte pequeña, secreta y encerrada de ella, se estaba preguntando si recordaba.

Esa parte podría permanecer encerrada. A ella no le importaba lo que recordaba.

Solo le importaba que fuera un hombre poderoso, con recursos notables, y que la disolución de su matrimonio fuera esencial para la vida que había elegido para sí misma. La que ella había construido a partir de las cenizas de la vida que le quedaba.

—Déjame ser completamente clara, Haven —dijo, forzando la formalidad —Esta es nuestra única oportunidad de deshacernos el uno del otro. Para deshacernos de nuestro pasado —Hizo una pausa —¿O tenías otro plan para exorcizar a los demonios de nuestro matrimonio?

Exhaló, dirigiéndose al escritorio, como si hubiera terminado la conversación. Ella lo miró, considerando la acción. Imaginando lo que estaba pensando.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo, de hecho.

La sorpresa la asaltó. Solo había tres formas de disolver un matrimonio. Esa era una. Las otras...

—La anulación no es posible —dijo, odiando el hilo de tristeza que se oía en las palabras. Ante la idea de que él podría haber insistido en ello. Había habido un...

Había habido un niño.

Él encontró su mirada entonces.

—No la anulación.

—Entonces tenías la intención de que me declarasen muerta —a ella se le había ocurrido, por supuesto. Por la noche, cuando pensaba en la posibilidad de que pudiera desear un heredero. Que él podría haber cambiado de opinión. Que él podría haber decidido que otra mujer y otra familia eran deseables.

Solo había una manera de despejar el camino hacia un nuevo heredero. Con la excepción del hecho de que ella no estaba muerta. Y otro problema menor.

—¿Cuatro años más tarde? —La ley requería que siete pasaran antes de que una persona pudiera ser declarada muerta. Él miró hacia otro lado —Ah. Pero tienes los fondos y el poder para eludir una pequeña cosa como el paso del tiempo, ¿verdad, Duque?

Su mirada se redujo.

—Dices eso como si no planearas utilizar esos mismos fondos para convencer al Parlamento de concedernos el divorcio, algo tan exorbitantemente costoso que ha habido, ¿qué... doscientos cincuenta autorizados? ¿En la Historia?

—Trescientos catorce —respondió Sera —Y al menos al final de mi plan, ambos estaríamos vivos. ¿Debo morir pronto? ¿Tengo suerte de

haber llegado antes del receso de verano y no después? ¿Cuándo el Parlamento regresara del idilio veraniego, estarían listos para desaparecer a una duquesa y dejar espacio para otra?

—Ya no importa, ¿verdad? —Dijo, con las palabras lo suficientemente calmas como para tentarla a enfurecerse.

No debería haberlo hecho. Ella tenía un objetivo. El gorrión cantor, su taberna. Y con eso fondos, libertad y futuro. Nada de ello sería suyo hasta que cortara las riendas.

—Así que dime, Sera. ¿Cuál es el motivo que darás para la disolución de nuestra otrora legendaria unión? Hay argumentos muy limitados para el divorcio. ¿Entonces qué? ¿Quieres decirles a mis colegas que era intolerablemente cruel? ¿Declarar a todo Londres que soy un lunático?

¿Quizás fuiste forzada a casarte conmigo? No. —se burló —Todo el mundo sabe que lo hiciste de buena gana. Hasta trotabas por el pasillo para colocarme los grilletes.

—Qué chica tan tonta que era —espetó —Eso fue antes de saber la verdad.

Su mirada se redujo.

—¿Y qué verdad es esa?

Que nunca me quisiste. Que te importaba más tu título que tu futuro.

Que nunca seríamos más que un momento pasajero y fugaz. Que no te importó cuando nuestra familia se convirtió en una imposibilidad.

—No importa.

—Nunca mentí —dijo.

Fue un eco de años antes. "Mentiste." Todavía podía oír la palabra, como si la hubiera dicho ayer en vez de hace tres años, cuando se negó a escuchar. Cuando se negó a creer.

Porque ella no le había mentado. No cuando fue importante.

Levantó la barbilla, desafiante y en defensa.

—En esto, esposo, has olvidado.

Puso el vaso pesado en su escritorio con un ruido ominoso, puntuando su movimiento cuando se acercó a ella, un músculo crispándole la mejilla era la única indicación de su irritación.

Sera hizo que su respiración se calmara, que su corazón se calmara.

Tenía la intención de enfurecerlo. Había querido ponerlo nervioso, para hacer que él deseara que se vaya. Para darle lo que ella quería. Para liberarla. Había planeado estar aquí. Planeado irritarlo. Dejarlo en un verano con el gusto más desagradable.

Ella simplemente no había esperado estar tan atrapada con su recuerdo.

—No lo he olvidado, Seraphina. Ni un solo momento de eso. Y tú tampoco —Él se acercó, y no pudo detener el paso que dio hacia atrás, hacia el alféizar que dominaba toda Londres, la ciudad que se inclinaba ante él como lo había hecho ella alguna vez. Respiró hondo, negándose a dejar que él la intimidara.

Y él no la intimidó. Él hizo algo mucho peor.

Extendió la mano hacia ella, sus dedos tocaron suavemente la columna de su cuello, apenas, un susurro que debería haber sido capaz de ignorar.

—¿Crees que no te recuerdo lo suficientemente bien como para notarlo?

¿Crees que no vi los recuerdos que te asaltaban cuando entraste por esa puerta? ¿En esta habitación? ¿Crees que no tengo esos mismos recuerdos?

¿La última vez que estuviste aquí? ¿En ésta habitación?

Ella tragó saliva, no le gustaba la forma en que él se cerró sobre ella.

—No recuerdo haber estado nunca aquí.

—Miéntele al resto del mundo, Sera —dijo, sus dedos jugueteando sobre sus hombros. Ella no se apartaría. No lo dejaría ganar — Miénteme, incluso a mí.

Acerca de tu pasado y tus planes para el futuro. Acerca de dónde has estado y hacia dónde piensas ir. Pero nunca, nunca, imagines que no conozco la verdad de tus recuerdos.

Su toque se invirtió, volviendo a su cuello, esta vez encontrando su nuca, sus dedos se cerraron cálidos y seguros, su pulgar acariciando su mandíbula fuerte y familiarmente a través de ella, inclinando su rostro hacia él.

Marcándola con el pasado.

Con sus palabras, suaves como la seda.

—Nunca imagines que no sé qué me veías quitarme esas túnicas, y pensabas todo el tiempo en su consistencia. En la suavidad de ellas contra tu piel. En la forma en que una vez estuviste desnuda sobre ellas en este mismo piso. En la forma en que estaba yo allí contigo.

Estaba tan cerca ahora, lo suficientemente cerca como para olerlo y sentir el cuero y la tierra, como si hubiera venido de los campos, en lugar de la Sala del Parlamento, intoxicándola con su cercanía, incluso cuando sus palabras le dolían.

Incluso mientras se decía a sí misma que no le importaba.

—Lo recuerdo, Sera. Recuerdo el sabor de ti, como a luz de sol y paz. Recuerdo la sensación de ti, el calor y la seda. Recuerdo la forma en que jadeabas, robando mi aliento para ti misma. Recuerdo la forma en que te ofreciste a ti misma como premio. Haciéndome creer en ti. En nosotros. Antes de que yo cayera y tú triunfaras.

La insinuación de que ella había arruinado lo que podrían haber tenido, no debería haberla sorprendido, y aun así lo hizo, movilizándola para encontrar su respuesta y asestar su propio golpe.

—Nunca fue un triunfo. Fue el peor error de mi vida.

Su objetivo logrado. Él la liberó. Gracias al cielo.

—Recibiste tu título, ¿no? Tus hermanas, la escalera que necesitaban para escalar las paredes de la aristocracia. Y tu madre, la voz para llevar su triunfo al mundo. Su hija mayor había atrapado a un duque.

Solo porque nunca quise nada como que te quería a ti.

Ella negó con la cabeza, lo odiaba por estar tan cerca. Odiándose a sí misma por quererlo incluso cuando no quería tener nada que ver con él.

—Ya no lo quiero.

Él se acercó, con los ojos fijos en ella, obligándola a inclinar su cabeza hacia atrás para seguir mirándolo.

—Deberías haberlo considerado antes de tomarlo —Más cerca aún, hasta que pudo sentir el suave calor de su aliento en la piel. En sus labios —¿Crees que no has arruinado este lugar para mí? ¿Este lugar que es para hombres de propósito? ¿Qué hacen historia? ¿Por legado? ¿Crees que no estoy en un constante recordatorio de ti? ¿Del futuro que podríamos haber tenido?

Era una mentira, por supuesto. Él no pensó en su futuro. Si él pensaba en ella, era con enojo y nada más. Pero incluso ahora jugaba con ella, buscando emocionarla. Siempre había sido su juguete. Nunca su igual. Ella negó con la cabeza, negándose a dejarse influenciar. Negándose a ser disuadida de su objetivo.

—Suficiente —dijo ella —Es un pasado antiguo.

Él se rió un poco, sin humor.

—El pasado es un prólogo, Ángel. Lo pienso todos los días.

Los labios de Sera se separaron en un jadeo silencioso. Estaba lo suficientemente cerca para besarla, y de repente ella también podía recordar.

La sensación de él. El sabor de él. La forma en que la había hecho doler de ganas.

Excepto que ya no era esa tonta y estúpida chica. Colocó sus manos planas contra su pecho, las fuertes y musculosas protuberancias bajo su camisa se endurecieron ante el movimiento, ondulando mientras ella las deslizaba sobre sus hombros, sus dedos jugueteando con la cálida piel de su cuello, tentándolo.

Se inclinó apenas, casi imperceptiblemente. Detectado, sin

embargo.

Sera sintió la victoria. Su propio susurro hizo eco en la habitación.

—Tu memoria te falla si piensas que he causado tantos estragos sola, esposo.

Había dos de nosotros en esas túnicas. Dos de nosotros en Highley el día que te atrapé. Dos de nosotros en Londres el día que te supliqué que me liberaras, el día en que juraste que tomarías tu venganza por mis pecados negándome lo único que siempre quise —Estaba orgullosa del acero en sus palabras. De cómo podía hablar sin que su voz se quebrara. Sin recordar el niño que había perdido, y la esperanza que había perdido en ese mismo instante.

Orgullosa de estar cumpliendo con su propósito y anotarse un punto a favor.

—Pero tal vez no recuerdas los detalles tan bien como crees, ya que es difícil recordar todo el tiempo conmigo, debido a que han habido tantas otras mujeres desde entonces.

Ella se deleitó con su respuesta, la forma en que levantó la cabeza, sus ojos, esos hermosos y misteriosos ojos, encontrando los suyos. La miró, su ira clara, y ella esperó su próximo movimiento. Ansiaba eso, incluso mientras se odiaba por hacerlo.

Siempre había sido así. Intenso y uniformemente equilibrado. Tentador más allá de toda medida, incluso hasta el dolor.

—Y entonces llegamos a eso. Adulterio —Se pasó una mano por la parte posterior del cuello mientras miraba hacia otro lado, exhalando con una suave risa —Desafortunadamente, esto es Londres 1836, y aunque puedas pensar que eres una verdadera Boadicea¹, esposa, la ley no lo hace. Mis acciones más allá de nuestras habitaciones no son motivo de divorcio. Tendrás que seguir buscando.

Ella limpió una mancha invisible en su manga, afectando aburrimiento.

—No temas, Duque. Siempre existe la impotencia.

Sus labios se aplastaron en una delgada línea recta. Sera pasó junto a él, hacia la puerta de la habitación, su corazón latía con fuerza por la proximidad, por el recuerdo, el pánico y por algo más que no quería investigar.

Soltó el aliento que había estado conteniendo en una larga y lenta exhalación mientras alcanzaba la puerta.

Se volvió y descubrió que estaba mirando por la ventana, a través de los tejados de Londres, la dorada y líquida luz del sol brillando a su alrededor como un halo, marcando sus anchos hombros, su recta columna vertebral, sus fuertes brazos y estrechas caderas. Se odiaba a sí misma por notar todo eso.

Por recordar todas las sensaciones de eso. Su calidez.

—Malcolm —dijo, el mango ya giraba en sus manos. Se enderezó al escuchar su nombre, pero no la miró, ni siquiera cuando dijo, orgullosa y clara —Creo que debo señalar que, aunque las infidelidades de un marido pueden no ser motivo de divorcio, las de una esposa es una cosa completamente diferente.

Y con su salva final, la Duquesa de Haven abandonó las Habitaciones del Parlamento, con el escándalo a su paso.

Con el escándalo, y con un marido tan furioso, que ella imaginó que su divorcio llegaría rápido y sin vacilación.

4. ¡Muy bien, Seraphina! El duque encuentra la horma de su zapato

1 de marzo de 1833

Tres años, cinco meses y dos semanas antes

Mayfair, Londres

—Seguramente no hay nada peor en el mundo que el primer baile de la temporada.

Haven se abrió paso hacia un pequeño balcón en Worthington House, agradecido por el aire fresco y frío de marzo, un bienvenido respiro del calor empalagoso y el hedor de las habitaciones del interior, llenas de más aristócratas de lo que él podría haber imaginado, todos desesperados por retomar la vida en la ciudad después de meses en el campo, consumidos por el aburrimiento.

—No es tan malo —respondió el marqués de Mayweather, cerrando la puerta detrás de él.

Haven miró a su amigo con una mirada escéptica.

—Es imposible moverse con todas las debutantes y casamenteras dentro. Están babeando detrás de nosotros, como si fuéramos carne.

Mayweather sonrió.

—¿Hay qué, media docena de títulos en juego esta temporada? Es decir, títulos jóvenes y sin discapacidades. Un marqués y un duque en la cúspide de la mediana edad son excelentes partidos, Haven.

—Treinta no es mediana edad.

El marqués se dirigió a la balaustrada del balcón, dejó allí su bebida y contempló los extensos jardines de Worthington House.

—Es lo suficientemente mayor como para que el matrimonio esté en nuestras mentes.

La mitad de los hombres de la aristocracia esperaban hasta la

treintena para casarse. Muchos hasta sus últimos años treinta. Haven no era tonto, sabía que su soltería era un tiempo prestado. Pronto necesitaría un matrimonio y un heredero, pero sabía que no estaba interesado en los bailes y largas caminatas a través de Hyde Park para encontrarlo.

La idea era ridícula ¿Cuántas veces había oído Haven que el propio Mayweather afirmaba que los herederos podían ser acosados en cualquier momento? A no ser que...

—Cristo —dijo Haven suavemente en la oscuridad —Estás atrapado —¿Fue eso un sonrojo? —Alguien tiene sus bonitos ganchos en ti.

El marqués miró hacia otro lado.

—No necesitas hacerlo sonar tan mercenario.

—Dijiste que nuestros títulos nos hacen carne.

—Ella no piensa de esa manera.

Haven apostaría todo lo que tenía que la mujer hizo exactamente eso.

Él levantó una ceja.

—No, estoy seguro que no. Estoy seguro de que la tuya es una pareja de amor adecuada.

Mayweather frunció el ceño.

—No es necesario que suene tan improbable.

No, improbable no. Imposible. Tal vez era razonable que los demás asumieran que sus esposas acudían a ellos con sentimientos. Con deseos.

Con más. Pero si eso fuera cierto, era para los hombres más afortunados. Para los hombres nacidos más allá del yugo del título, la fortuna y la responsabilidad.

Los conductores de carruajes, los barrenderos y los marineros podían casarse por pasión e incluso por amor. ¿Pero hombres como él y Mayweather?

¿Duques y marqueses, jóvenes, ricos y titulados? Para ellos no

había tal cosa como el amor.

Solo estaba el deber, que requería un matrimonio, pero si Haven sabía algo, era esto: que los hombres debían entrar en el matrimonio con los ojos bien abiertos, conscientes de la decepción que la institución sin duda les impondría.

Malcolm, Duque de Haven, lo sabía sin duda, ya que fue el producto de una decepción. ¿Cuántas veces su padre había mirado más allá de él, con el fracaso y algo peor en su mirada? No era lamento, aunque eso también estaba allí. Algo así como el odio, como si estuviera dispuesto a borrar felizmente a su hijo del tiempo y el espacio, si eso le diera de nuevo la vida que había tenido una vez. Haven siempre había imaginado que su padre se había sentido agradecido cuando al fin le llegó la muerte, y con ello, la liberación de la horrible realidad en la que lo habían atrapado.

Y luego estaba la mujer por la que el duque había sido atrapado. La madre de Haven. Nacida sin título o fortuna, ascendió al rango más alto de la tierra. Duquesa. Y la forma en que miraba a su hijo, fría y distante, con un toque de orgullo, no por el niño que había engendrado o por la forma en que él había crecido, sino para su gran decepción, por ser el responsable de su legendario triunfo. Gracias a él, ella tenía el título que había robado.

Entonces, no. Haven conocía su propia vida demasiado bien como para creer que otros podrían tenerla de otra manera. Y enfrentaba su futuro sabiendo que si uno esperaba una decepción, jamás podría estar decepcionado.

Se acercó a su amigo, apoyando su espalda en la balaustrada y mirando la luz dorada dentro del edificio más allá.

—Simplemente digo que el amor es una gran falacia —dijo —Las mujeres buscan seguridad y comodidad, nada más. Son un bonito gancho. Y si una te está persiguiendo, es que está detrás de tu título, amigo. No lo dudes.

Mayweather se volvió para mirarlo.

—Es cierto lo que dicen sobre ti, lo sabes.

—¿Qué es eso?

—Que eres un bastardo de corazón frío.

Haven asintió y bebió profundamente.

—Eso no me hace mal.

—No, pero te hace un asno —Las palabras surgieron de la oscura escalera de piedra que conducía a los jardines, clara y segura, como si la mujer que las dijo practicara acechando a los aristócratas, para que dijeran algo por lo cual luego podría castigarlos.

Mayweather no pudo contener su risa de sorpresa.

—De la oscuridad, surge la verdad.

Ella respondió al Marqués.

—Si uno de mis amigos me dijera tales cosas, mi lord, debería buscarme otro amigo. Uno con mejores modales.

Mayweather sonrió a Haven.

—No es una mala idea.

Haven entrecerró los ojos hacia las sombras, apenas podía distinguir la figura femenina allí, se había detenido a medio camino en las escaleras, apoyada contra el exterior de la casa. ¿Cuánto tiempo había estado escuchando?

—Considerando que estás escudriñando y escuchando conversaciones a las que no estás invitada, no estoy seguro de que se pueda confiar en tu evaluación del estado de mis modales.

—No estaba escuchando.

—¿No?

—No. Estaba escuchando. Pero no estaba merodeando. Yo estaba aquí. El hecho de que hayas elegido este preciso momento y lugar para refugiarte y dar tu conferencia no solicitada, sobre la perversidad de la mujer, es una cuestión de mi propia y terrible suerte, debo añadir. Le aseguro, señor, que soy testigo de suficiente calumnia de la mitad de la población femenina en virtud de ser un ser humano vivo. No necesitaba escuchar a escondidas.

Haven tuvo que esforzarse para evitar que su mandíbula cayera.
¿Cuándo había sido la última vez que una mujer le había hablado así?

¿Cuándo había sido la última vez que alguien le había hablado así?
Mayweather se rió.

—Quien quiera que seas, lo has dejado sin palabras. Y seré el primero en decir que pensé que eso era imposible.

—Una pena... —dijo arrastrando las palabras desde las sombras —
...tenía la esperanza de que continuara su disertación tan edificante: Manipuladoras mercenarias, una meditación sobre el papel de la mujer en el mundo. Es positivamente una teoría digna de Wollstonecraft²

Finalmente, Haven encontró su lengua.

—Los hombres de Londres estarían mejor si prestaran más atención a mis puntos de vista sobre este tema en particular.

—No cabe duda que es verdad —bromeó, y descubrió que le gustaba el calor que inundaba sus palabras —Dígame, buen lord, ¿cómo es que usted es tan experto en mujeres o en..., como las llamé, bonitos ganchos?

Por un momento, consideró la idea de que los bonitos ganchos de esta mujer podrían ser... sus uñas por su espalda. Sus dientes en sus labios. Apartó esos pensamientos. Él no la había visto. No tenía necesidad de fantasear con una mujer en la oscuridad. Dirigió su mirada más desdeñosa en su dirección.

—Experiencia.

Ella se rió, el sonido lo lamió como el pecado. Él se enderezó.
¿Quién era ella?

—Eres muy deseado, ¿verdad? ¿Puedes detectar a una ladrona de títulos a treinta pasos?

Se movió mientras hablaba, subiendo los escalones. Acercándose. Ella no estaba a treinta pasos de distancia. Ella estaba a diez pasos de

distancia en el mejor de los casos. Cinco, si alargaba su paso.

Su corazón se aceleró.

Y eso fue antes de que ella saliera a la luz, brillando como una maldita diosa.

Salió de la balaustrada sin pensar, como un perro babeante con una correa. No la reconoció, lo que parecía imposible, ya que ella era morena y de piel pálida, con ojos como zafiros. Era difícil creer que una mujer tan perfecta, y tan inteligente, estuviera fuera de la atención de la sociedad.

La mujer misteriosa flotaba allí, en el estanque dorado de la luz de las velas, su mirada cayendo sobre Mayweather, haciendo que Haven deseara que su amigo se fuera.

Poniéndolo celoso como el infierno.

—Mi lord, si es posible, no deberías escuchar a tu amigo insensible. Si la mujer dice que se preocupa por ti, créele.

Mayweather olvidó su brandy en el borde del balcón y se movió hacia ella.

—Ella dice eso.

—¿Y te preocupas por ella?

—Sí, lo hago —dijo, con mucha seriedad, Haven se preguntó si su amigo había ingerido algo venenoso.

Ella asintió con convicción.

—Bien entonces. El amor es todo lo que se requiere —luego sonrió, y Haven tuvo problemas para respirar.

Mayweather no parecía tener el mismo problema con la respiración. En cambio, exhaló, largo, dramático y ridículo.

—Eso es lo que dicen.

—No todo el mundo. Tu amigo cree que todas las mujeres están en el mercado para robar un título.

Mayweather sonrió.

—Él tiene un título particularmente deseable.

Esa mirada cerúlea cayó sobre Haven, curiosa, carente de

reconocimiento, y tan honesta que parecía que lo había visto por primera vez.

— ¿El? Bueno, entonces será una afortunada joven pescadora la que lo enganchará tan bellamente.

Con eso, le dio la espalda, como si él no existiera, y se dirigió hacia la puerta, como si no le importara ni un poco. Como si no lo hubiera reconocido.

Era imposible, por supuesto. Era una especie de juego que estaba jugando, para tentarlo. Y a pesar de saberlo, se encontró tentado de todos modos.

— ¿Debo creer que no me conoces?

Se calló y giró, el humor subrayando sus palabras, desequilibrándolo.

— A riesgo de sonar grosero, mi lord, no me importa en particular lo que creas.

Como nunca nos hemos visto, no sé cómo podría conocerte.

Mayweather soltó una carcajada, y Haven tuvo la clara necesidad de empujar a su amigo desde el balcón hacia el seto de abajo.

— Ella te tiene allí.

Ella no lo tenía. Él no debía ser tenido.

— Su Gracia — dijo él.

Ella parpadeó.

— ¿Le ruego me disculpe?

— Me llamaste 'mi lord. Es 'Su Gracia'.

Ella sonrió.

— ¿Cómo sabías lo mucho que las mujeres adoran ser corregidas por los hombres? Y sobre las formas de propiedad, especialmente. Es una gran maravilla que ninguno de nosotras se haya enamorado de ti

— Ella hizo una pequeña reverencia, el movimiento lo hizo sentir como el trasero de un caballo.

— Adiós, caballeros.

Y aun así, no podía detenerse.

—Espera.

Ella se volvió, hermosa y equilibrada.

—Ten cuidado, Duque; o empezaré a pensar que eres el que está tratando de clavar tus bonitos anzuelos en mí.

La idea era absurda. ¿No es así?

—Tus amigos.

Ella alzó las cejas.

—¿Qué hay con ellos?

—¿Nunca me has nombrado con ellos? —¿Era honestamente posible que ella no tuviera idea de quién era?

Sus labios se crisparon con diversión. Ella estaba haciendo el ridículo.

No, él estaba haciendo uno de sí mismo. Por ella. Como un imbécil —No tengo amigos; Tengo hermanas. Y sigo sin tener en claro ¿por qué deberían saber o preocuparse por ti?

Mayweather resopló ante eso, claramente disfrutando de verlo hacer el ridículo. Y aun así, Haven no parecía poder detenerlo. Él extendió sus brazos de par en par.

—Soy Haven.

Ella entonces se rió.

—Bueno, ciertamente tienes una gran opinión sobre ti mismo, Cielo.

Mayweather se rió y Malcolm se enojó.

—Haven. Como en, Duque de...

No había ni un gramo de reconocimiento en su respuesta.

—Bastante justo. Entonces... retomo. Sin duda, como un espécimen masculino joven y bastante guapo, que sostiene lo que suena algo como un título apropiado, debe tener cuidado. Las mujeres, deben congregarse en rebaño.

Eso es. Ella finalmente entendió. Espera. Él parpadeó. ¿Bastante guapo?

¿Quién era ella? Aparte de ser la mujer más enloquecedora de toda

la cristiandad, eso era. Había vuelto su atención a Mayweather una vez más, despidiendo a Malcolm.

— Buenas noches, mi lord. ¿Y puedo decir... buena suerte?

El marqués se inclinó levemente.

— Gracias señorita... — Se detuvo, y se le ocurrió a Haven que Mayweather no era tan malo después de todo, si descubría el nombre de la joven.

Una sonrisa amplia, abierta y bienvenida en su rostro, y Malcolm sintió el calor del sol.

— Qué extraño. Parece que tampoco sabes quién soy yo.

Él parpadeó.

— ¿Deberíamos?

— No — replicó ella — No soy el cielo, después de todo... — Excepto que malditamente parecía como el cielo. Pero ahora estaba girando la manija de la puerta. Lo estaba dejando.

— ¡Detente! — dijo, odiando la desesperación en su voz. Prácticamente podía escuchar la cabeza de Mayweather que se giraba para mirarlo, y de repente, a Haven no le importó ni un poco. Porque ella se había detenido, y eso era todo lo que importaba — No puedes irte sin decirnos quién eres.

Su mirada brillaba a la luz de las velas.

— Oh, creo que puedo.

— Estás equivocada — insistió — ¿De qué otro modo el deprimido Mayweather te encontrará si todo va mal con Heloise?

— Helen — intervino Mayweather.

Haven agitó una mano.

— Correcto. Ella suena encantadora. Demasiado buena para este imbécil. Él va a necesitar tu consejo si quiere quedarse con ella.

— ¡¿Disculpa! — Protestó el marqués, pero no importó. Porque la mujer se rió, brillante, audaz y hermosa, y todo lo que Malcolm quería hacer era disfrutar del sonido. De la calidez en ella.

En cambio, le ofreció su sonrisa más encantadora y dijo:

—Comenzaremos de nuevo. Soy Malcolm.

Por su propia vida, no tenía idea de por qué creía que era necesario ofrecer su nombre de pila, que nadie había usado en veinte años.

Sus cejas se levantaron.

—No sé por qué deberías pensar que me importa tu nombre, su Gracia, ya que soy mujer, y por lo tanto, ya poseo toda la información relevante sobre ti —Ella cambió a un susurro asombrado —Eres un duque.

Las burlas habían vuelto, y él las amaba. Ella era notable.

—Sin embargo, es costumbre que las mujeres se presenten a los hombres que pretenden cazar.

Ella inclinó la cabeza.

—Lo admito, no siempre me he movido en círculos tan altos, pero estoy bastante segura de que no es habitual que una mujer se presente a dos hombres extraños en un balcón privado.

—No es extraño en absoluto —dijo —Bueno, quizás Mayweather sí lo sea. Lo de su obsesión con Hester...

—¡Helen! —intervino Mayweather, sacando otra pequeña sonrisa de la belleza.

—Parece que tenemos el mismo desinterés en los nombres de pila —dijo.

—Si lo deseas, recordaré todo sobre ella —respondió —Mayweather, dime algo más sobre tu Helen.

—Tiene gatos.

Se volvió hacia su amigo.

—¿En plural?

Mayweather asintió.

—Seis de ellos.

—Buen Dios. No imagino que olvidaré eso.

—Me gustan los gatos —dijo el ángel —Los encuentro inteligentes y reconfortantes.

Mayweather sonrió.

—Al igual que Helen.

Ella coincidía con la expresión de su amigo.

—Ella suena encantadora.

—Ella lo es. De hecho...

No. No más Helen.

—De hecho, deberías ir con ella y decírselo —le interrumpió Haven, escuchando la música que llegaba desde el salón de baile al balcón privado. Aferrándose a eso dijo: —Y bailar con ella. A las mujeres les gusta bailar —Las cejas del ángel se levantaron con diversión mientras él insistía —Ve, Mayweather.

Por primera vez en su vida, el marqués de Mayweather entendió el subtexto. Y finalmente, los dejó solos. Envueltos en la oscuridad y el frío, pero de alguna manera ella lo calentaba como el sol.

Haven se movió hacia ella. No deseando nada más que estar cerca suyo.

—¿Tienes frío? —Dejó que su voz bajara, queriendo tentarla como ella lo había tentado. Deseando que lo deseara como él la deseaba.

Pero sobre todo, queriendo que se quedara.

Ella tragó saliva, y él pudo ver el movimiento en su garganta, su boca humedecida por el deseo de presionar sus labios allí, para sentir si su pulso se aceleraba como lo hacía el de él. Para probar su piel, salada y dulce.

Cuando levantó su mirada hacia ella, pudo ver que podría permitirlo.

Que no estaba impasible.

—Es hora de partir —susurró.

La idea de que se fuera, de que nunca más volvería a verla, de que nunca podría conocerla... le hizo sentir cosas que no apreciaba. Entonces, en cambio, dijo en voz baja, —¿Y a ti?

Ella inclinó la cabeza.

—¿Si me gusta bailar?

—Sí.

—Me gusta, de hecho.

—¿Te gustaría bailar? ¿Conmigo?

Sus perfectos dientes blancos brillaron. Por supuesto, sus dientes eran perfectos. Todo en ella era perfecto.

—No podemos bailar. No hemos sido presentados.

—Entonces baila conmigo aquí. En secreto.

—No.

Era un juego. Podía sentirlo en su pecho, la faltaba el aliento.

—¿Por qué?

—Podría arruinarme. Si fuéramos encontrados.

Él se acercó, lo suficientemente cerca como para poder tomarla en sus brazos.

—Nunca te arruinaría.

Debería haber sido un coqueteo. Una chanza vacía y burlona. Algo que los hombres dijeran a las mujeres para atraerlas al peligro. Pero no era así. Era una promesa. Y más que eso, era la verdad. Él nunca la arruinaría. No sería una ruina cuando se casara con ella.

Se calmó. Cristo. Él se casaría con ella.

Iba a casarse con esta mujer.

La certeza debería haberlo llenado de terror. Ni diez minutos antes, él había maldecido toda la institución del matrimonio, sugiriendo que todas las mujeres eran cazadoras de títulos y que todos los hombres que lo aprobaban, carecían de sentido común. Pero ahora, él no estaba lleno de terror. Estaba lleno de algo completamente diferente. Algo como la alegría. Como la esperanza.

Y, a raíz de esa comprensión, atrajo a sus brazos a esta mujer cuyo nombre aún no conocía. Ella jadeó, y él se deleitó con el placer del sonido, que se correspondía con el suyo, cuando descubrió lo que significaba abrazar a la mujer a la que estaba destinado.

Comenzaron a moverse al compás de la música, tranquila y distante, cubriéndolos en privado.

—Recuerdo que me rehusé a bailar, Duque.

—Malcolm —dijo, suave en su oreja, amando el escalofrío ante su nombre. —

Dímelo otra vez, ahora que estás en mis brazos. Ahora que estoy en los tuyos.

Y me detendré.

No estaba seguro de cómo, pero lo haría.

Ella suspiró, sus labios se curvaron en una pequeña y hermosa sonrisa.

—Eres muy difícil.

Él podría vivir en esa sonrisa.

—Me lo han dicho.

—Pensé que los aristócratas debían ser complacientes.

—No los duques. ¿No has oído que somos los peores del montón?

—Burlas, encanto y belleza pura, no adulterada.

—Entonces, simplemente dejan que alguien se convierta en un duque, ¿verdad? Sin deferencia.

Él la giró hacia la luz, revelando su hermoso rostro.

—Si crees que los duques son malos, imagina lo que piensan de las duquesas.

Sus ojos se abrieron de par en par ante las palabras, sus labios dibujaron una sonrisa, llena y encantadora, toda secreto y pecado.

—Imagínate de hecho. —Y no pudo contenerse. Él no deseaba hacerlo. Iba a casarse con ella, después de todo. Se pasarían una vida besándose, entonces, ¿por qué no comenzar ahora? Solo un gusto.

Ella suspiró mientras él cerraba la distancia, y escuchó sus pensamientos en sus labios.

—Solo un gusto.

Era perfecta.

Colocó sus labios sobre los de ella, el fuego se extendió a través de él cuando ella contuvo la respiración, luego suspiró, bajo y dulce, mientras lamía suavemente ese labio inferior, lo suficientemente suave y dulce como para hacerle doler.

—Solo un gusto —se prometió a sí mismo —Ábrete para mí, amor.

Y lo hizo, dejándolo entrar, con los labios suaves, la boca cálida y bienvenida, la lengua con la suya, saboreando, tentando, danzando perfectamente, como si estuvieran destinados para esto. Como si hubieran vivido toda su vida para encontrarse aquí, en este balcón oscuro, y se hubieran encendido el uno al otro.

No había nada tentativo en esta hermosa mujer, nada tímido o pequeño. Ella era salvaje y apasionada, y cuando se puso de puntillas, con una mano enguantada serpenteando por la parte posterior de su cuello, alcanzándolo, tirando de él hacia abajo, acercándose más, ofreciéndose a él, reconoció que no era ella quien era arruinada.

Era él.

Levantó los labios ante la idea, volviendo la cara hacia la luz, mirando sus ojos cerrados, sus labios abiertos, el rubor en sus mejillas que se extendía más abajo, hacia la palidez de sus pechos. Ella era un retrato del placer.

Sus oscuras pestañas se elevaron, y lo que vio allí, mezclado con deseo y sorpresa, fue su futuro. Su esposa.

5. ¡Seraphina contrataca con la armada americana!

22 de agosto de 1836

El gorrión cantando

Covent Garden

—Entonces, acláramelo, le dijiste que estabas teniendo una aventura.

Sera dejó la caja de velas afiladas y miró al americano apoyado en la barra de "El Gorrión Cantando", la taberna más nueva de Covent Garden.

Había descubierto a Caleb Calhoun en una taberna similar en Boston, Massachusetts, medio día después de que su barco proveniente de Londres hubiera llegado al puerto.

Había estado en busca de comida real y caliente, algo mejor que la carne seca y las verduras en escabeche que habían desempeñado el papel de sustento durante el viaje transatlántico de un mes de duración, y le habían indicado que fuera a "La Campana en la Mano", taberna, a tres puertas de las habitaciones que había dejado mientras consideraba su próximo movimiento.

El americano se había levantado de la silla en cuanto ella había entrado, se alzaba imponente junto con otros pocos personajes menos peligrosos y menos solemnes, convirtiéndose en su protector ese día. Y el siguiente. Y el siguiente.

Y pronto, él no era simplemente un americano, sino su empleador.

Ahora, su socio comercial. Y luego, el amigo más querido que alguna vez tuvo.

Pronto, la única persona en el mundo que sabía todo sobre ella, y la única que no exigía nada de ella.

Que él fuera también, el único que la había mantenido honesta, era uno de los temas menores en este momento en particular. Sin embargo, ella le mintió.

—No le dije eso. —A Sera no le gustó la forma en que Caleb le dirigió esa franca mirada verde, como si fuera una pregunta perfectamente simple y le hubiera dado una respuesta inaceptable. — ¡No lo hice! —insistió —Realmente no.

—¿En realidad no? —repitió Caleb —Sera, no me gusta la idea de ser asesinado por algún aristócrata sin previo aviso.

—¿Crees que a muchas personas les gusta la idea de su propio asesinato?

Le echó un vistazo, de los que estaban reservados para sus hermanas más insufribles.

—Hay días en que no me opongo a tú idea. Especialmente si tu duque enamorado viene detrás de mí.

—Te lo aseguro. Él no está enamorado —Había visto todo lo contrario tres días antes. Él había mirado positivamente inmóvil que había aparecido.

Caleb gruñó.

Sera ignoró el desacuerdo tácito.

—No es como si hubiera nombrado a un hombre y proporcionado una descripción física. Simplemente sugerí que si él deseaba divorciarse de mí por adulterio, no me opondría a tal solución.

—Ese es el tipo de argumento semántico que una inglesa usaría.

Ella lo miró.

—Soy una inglesa.

—Nadie dijo nunca que no pudieras esforzarte un poco más para quitarte el yugo, cariño.

—Por favor. Todo el mundo sabe que la mitad de los divorcios otorgados por el Parlamento se hacen después de que los esposos y las esposas confabulan.

Estoy más que feliz de interpretar a la adúltera si me ayuda a

conseguir lo que quiero.

En el momento en que se disolviera el matrimonio, "El Gorrión Cantando", sería suyo, y ella podría comenzar de nuevo. Sin el pasado y los fantasmas que la perseguían.

—Todo lo que tienen que hacer es verte echando una o dos copas, y todos creerán que estás bien caída —respondió Caleb.

—Una joven puede soñar —Brindó por él y bebió —No soy muy buena duquesa, ¿verdad?"

—No sé mucho sobre duquesas, pero lo que puedo decirte es que ahora no eres para nada como cuando vagabundeabas por las calles como un cordero perdido, así que todavía hay esperanzas para ti, —afirmó cruzando sus brazos sobre su amplio pecho —Pero volviendo al tema que nos ocupa, insinuaste que estábamos teniendo una aventura.

—Yo no. Simplemente confirmé un hecho. Si él dedujo tal cosa...

Caleb se rió.

—Entonces simplemente hizo lo que pretendías. Y cuando descubra quién llegó a los muelles a tu lado... Estoy en el extremo receptor de la ira del duque. Y luego tendremos que pelear. Y luego...

—Agitó una mano dramáticamente —No tendremos más remedio que estar en guerra nuevamente.

—Te das cuenta de que no eres un embajador de ningún tipo, ¿verdad? —Sera levantó la caja de velas y pasó entre las mesas esparcidas por toda la taberna vacía, enderezando las sillas —No puedo ser responsable de lo que piensa el hombre, Caleb —dijo, las palabras lo suficientemente fuertes como para viajar a través de la habitación vacía —Pero puedo decirte que no imagino que se preocupará lo suficiente por mis acciones en los últimos tres años, como para ser un gran problema.

Caleb dio un pequeño bufido incrédulo.

—Eso es una mierda y lo sabes.

Sera ignoró el grosero lenguaje.

—Si él está enojado, no tendrá nada que ver contigo, y todo que ver con la forma en que he arruinado su precioso legado. De nuevo. No me preocuparía por tu cara. La cual no es realmente tan guapa — bromeó — A nadie le gusta tú nariz rota.

—A todas las mujeres les gusta mi nariz rota, gatita. Y además, puedo agarrar a cualquier copetudo que se cruce en mi camino — Sera sonrió ante las palabras, y ante la descripción de su marido, quien, a pesar de ser el hombre más aristocrático que había conocido, era decididamente antipático. Caleb continuó mientras ella subía los escalones hacia el pequeño escenario en el otro extremo de la habitación — De hecho, espero ver al bastardo. Me gustaría darle una lección.

Sera se acercó para quitar los trozos de velas de uno de los enormes candelabros que lo flanqueaban.

—Desafortunadamente, Sr. Calhoun, dudo mucho que tenga la oportunidad de conocerlo.

—Él vendrá a buscarte.

—¿Te gustaría apostar? — Bromeó — Cincuenta dólares dicen que se fue de la ciudad con el resto de Londres, y tendré que buscarlo para conseguir mi taberna.

—Creo que te refieres al resto del conjunto podrido y mimado de Londres —

Caleb abrió un pequeño compartimiento secreto en el bar y sacó una caja de tabaco y papeles, mientras enrollaba un cigarro, continuó — ¿Los lores se dirigen a sus haciendas para ver cómo están sus siervos?

Sera se rió suavemente.

—Algo como eso. Aunque escapar del hedor de Londres es probablemente una descripción más precisa de lo que sucede.

—Bah — se burló Caleb — El hedor de una ciudad es la forma de saber que está viva.

Se dirigió al candelabro que hacía juego en el lado opuesto del

escenario, reemplazando las velas con precisión.

—Serías un terrible miembro de la aristocracia.

Su risa retumbó en la habitación.

—No tengo dudas de eso, amor. Tienes una apuesta. Cincuenta dólares dicen que tu hombre entrará por esa puerta antes del fin de semana.

No le gustaba la certeza en la voz de su amigo. Como si ya hubiera ganado la apuesta. Y le gustó aún menos el próximo punto.

—De cualquier manera, Duquesa, es hora de que vayamos a trabajar, ¿no crees? Necesitas que ese hombre esté de acuerdo, y necesitas que este lugar sea el mejor que haya visto Covent Garden, así que, en el momento en que sea tuyo, será leyenda. Entonces, ¿cómo consigues su acuerdo?

Tendría que volver a verlo, aunque no quisiera. Incluso si no quería enfrentarlo, guapo como siempre y de alguna manera completamente diferente.

Caleb agregó:

—Hemos estado aquí durante siete semanas y ya estoy ansioso por volver a suelo estadounidense.

Ella levantó la mirada, entrecerrando los ojos en la oscuridad.

—Puedes irte, ya sabes. No es necesario...

Se detuvo, sin saber cómo terminar. Caleb había hecho mucho por ella.

La había protegido cuando la encontró destrozada y sola en una ciudad, un país, un continente, en el que nunca había estado. Y él la había ayudado a ponerse de pie nuevamente. Con su fuerza. Le había dado razones para sonreír otra vez. Y también le había dado un propósito. Y cuando decidió que era hora de que ella volviera a Inglaterra y comenzara de nuevo, hizo las maletas sin dudarlo y la acompañó.

Sera negó con la cabeza y se repitió.

—No es necesario que te quedes por más tiempo.

Encendió el cigarro, y la punta naranja brilló, iluminando el espacio débilmente.

—Y sin embargo, aquí estoy. Un hombre extraordinario, ¿no crees? Ella levantó una ceja.

—Un modelo de modestia, sin duda.

—Así que... ¿cuándo le pateamos el culo al idiota de tu marido?

Ella se rió de las palabras y habló con pura alegría.

—Siento que quizás no tengas esa oportunidad.

—¿No crees que te dará el divorcio? —Ella podía ver su frente ancha y su ceño fruncido incluso desde la distancia —Entonces vuelves conmigo y comienzas de nuevo en Boston.

Si tan solo fuera así de fácil. Si tan solo hubiera estado más conectada con esa ciudad al otro lado del mar. Si tan solo hubiera disfrutado de cada nueva victoria y de la promesa de un país joven.

Había llegado a amar Boston, por su esperanza, por su gente y por Caleb, pero nunca había sido Londres.

Nunca se había sentido como en casa.

Cogió el pesado y circular cabo de vela en su mano, extrajo la mecha y la enrolló entre el pulgar y el índice, observando el negro carbón que manchaba su piel.

—Me dará el divorcio —dijo, sabiendo que Malcolm probablemente no quería nada más que deshacerse de ella —Pero me imagino que lo hará aplicando una buena cantidad de castigo.

Caleb salió del bar, avanzando hacia ella, con los hombros erguidos y la mandíbula ancha que marcaba su educación tosca y colonial mucho antes de que abriera la boca y revelara su acento rústico. Era un animal en una jaula aquí, en este mundo gobernado por reglas, que encontraba en el mejor de los casos, inútiles y en el peor, desmesuradas.

—No mereces su castigo.

Ella levantó una ceja.

—Lo abandoné, Caleb.

—Él te dejó primero.

Ella sonrió ante eso.

—De ninguna manera que importaba.

—En todos los sentidos que importaban —se burló.

Ella suspiró.

—Las duquesas no se van —explicó por centésima vez. Por enésima —Y ciertamente no, sin proporcionar un heredero.

Ni siquiera cuando un heredero ya era imposible.

—Deberían hacerlo, cuando sus maridos las han desterrado —respondió —De otro modo sería una tontería.

—Tontería no, británico.

Él maldijo entre dientes.

—Por eso, otra razón por la que se merece la patada en el culo que le daremos.

—Deberías encontrar un pasaje en el siguiente barco. Tienes una vida a la que volver —Intentó por el lado del humor —No te estás haciendo más joven, amigo.

Es hora de encontrar una mujer que te aguante.

—Como si eso alguna vez fuera a suceder —Por supuesto, que sucedería. Caleb

Calhoun era uno de los hombres más encantadores que Seraphina había conocido.

Se detuvo al borde del escenario, observándola, sus ojos verdes serios.

—Cumpló mis promesas, paloma. Te veré divorciada. Veré este lugar exitoso y tuyo. Y luego me iré feliz, aceptando mis ingresos mensuales, por supuesto.

Ella sonrió.

—Dormiré bien sabiendo que mi dinero te servirá de consuelo.

—Nuestro dinero, compañera.

Un mes después de conocerse, Sera y Caleb compraron un pub de Boston, y otro y otro. Entre el instinto de ubicación de él y el excelente

gusto de ella hacían que fuera imposible que sus tabernas fracasaran, habían puesto fuera del negocio a varios de los establecimientos más antiguos de Boston, antes de decidir que su próxima conquista sería Londres.

Habían comprado el pub cuarenta y ocho horas después de desembarcar en las orillas del Támesis, luego de poner su vista en Covent

Garden, un vecindario dominado por un par de hermanos que tenían una taberna oscura y de baja categoría que albergaba un ring subterráneo, donde se organizaban peleas. Aunque Sera y Caleb no tenían ningún interés en competir con un club de lucha, sí vieron la necesidad de un pub adecuado en esa zona. Algo así como los pubs que estaban triunfando en Boston y Nueva York. Algo con entretenimiento.

"El gorrión cantando" fue la respuesta obvia. Una asociación igualitaria entre los dos, o tan igual como podría ser mientras Sera estuviera casada. Lo que significaba que era una asociación igualitaria entre Caleb y el marido de Sera, aunque el duque de Haven ignoraba esta maravillosa posesión en particular. Y que, bajo la ley británica, las mujeres casadas no podían poseer propiedades o negocios. Sus maridos poseían todo. . . incluyéndolas.

El divorcio era la única forma en que Sera podría tener este negocio, lo único que le había importado en casi tres años, y la clave de su autosuficiencia.

De su libertad.

La única forma en que ella recuperaría la vida que él le había robado.

La vida de la que él la había expulsado.

"Vete".

Las lágrimas surgieron, espontáneamente. No deseadas. ¿Cuántas veces había recordado sus palabras, la cruel negación en ellas, el distante desdén, como si ella no fuera nada para él? Y había tomado

fuerza de ellas.

¿Cuántas veces había prometido reclamar su futuro aunque él fuera el dueño de su pasado?

Y de alguna manera, media hora con él borró toda la fuerza que había trabajado para construir.

Respiró hondo y miró hacia otro lado, a un rincón oscuro del pub.

—Estaré condenada si me vuelve débil de nuevo.

Caleb no dudó. Él nunca lo había hecho. Era una característica de su ser americano.

—Él solo puede hacerte débil si tú lo permites —Su mirada se volvió hacia la de él —Te mantienes fuerte y recuerdas por qué estás aquí. Y si él te castiga, lo castigas enseguida. Pero te diré una cosa, si él es todo lo que me has contado, te dará pelea por el divorcio.

Por lo que sabía sobre su pasado en común, nunca lo haría.

Ella sacudió su cabeza.

—Él me odia —Las palabras eran honestas y reales, palabras a las que se había aferrado cada vez que había dudado de sí misma en los últimos tres años. Que era muy a menudo.

—Eso no significa que no te quiera.

En su memoria brilló el recuerdo, los dedos de Malcolm recorriendo su piel a principios de la semana, el estremecimiento de anticipación que venía con el toque, el dolor que sentía al apoyarse en su mano, recordando la forma en que esos dedos una vez la hicieron sentir.

La forma en que la hicieron sentir por primera vez en años.

No es que ella estuviera interesada en analizar ese sentir.

—No vale la pena preocuparse.

—Dios sabe que eso es verdad —dijo Caleb, su voz seca como la arena —Pero nadie ha dicho nunca que los hombres se preocupen por la verdad —Aunque lo ocultaba bien, Caleb cuidaba a su propio corazón roto. Un amor perdido, que nunca sería recuperado —No sé mucho, cariño, pero sé que te mereces algo mejor que cualquier cosa

que te haya dado ese noble aristócrata.

Qué buen hombre era Caleb. Decente, orgulloso y con un corazón más grande que cualquiera que hubiera conocido alguna vez. Ella suspiró.

— ¿Por qué no pudiste haber sido tú?

Se encogió de hombros y dio otra larga pitada a su cigarro.

— La elección del momento.

Ella sonrió.

— Si hubieras estado aquí hace tres años...

Él soltó una pequeña carcajada.

— Podría haberte empleado allá hace cinco años...

Sera buscó la cara de su amigo, colocando la mano sobre su fuerte y barbuda mejilla, levantando su barbilla hasta que su mirada se encontró con la suya.

— Si pudieras borrar todo eso, todo sobre ella, ¿verdad?

Él no dudó.

— Oh sí. ¿Tú?

Su mano cubrió la de ella en su mejilla, mientras consideraba la pregunta. Ella había perdido mucho. Su amor, su vida, la promesa de un futuro.

Tanta pérdida que le dolía el corazón, incluso con solo pensarlo.

Si ella pudiera recuperarlo, lo haría. Sin duda.

Caleb vio la respuesta en sus ojos, y apretó su mano en camaradería.

Levantó la barbilla en dirección al centro de la plataforma elevada.

— Muéstrame cómo se siente allá arriba, gorrión.

Subió y luego giró en un lento círculo sobre el escenario, tratando de olvidar los eventos del último día, queriendo perderse allí.

— No estoy maquillada — Nunca cantaba sin su disfraz: incluso en Covent

Garden, alguien podría reconocer a una de las peligrosas Talbot.

— No hay público.

—Otra razón para no cantar.

—Bah —dijo —No necesitas una audiencia.

Ella sonrió.

—Eso ayuda.

—Canta para mí, entonces.

—De hecho, tengo una excelente para ti —Puso una mano en puño sobre su cintura y se puso de lado, cantó un estridente verso de una canción que había aprendido de los marineros en el barco que la había devuelto a Londres —<Deja que cada hombre aquí tenga su copa llena por completo. Que todos los hombres beban su vaso lleno.>

Se detuvo, pero Caleb no se rió. En cambio, esperó, con los brazos cruzados, para que ella terminara. Ella se enderezó.

—<Estemos alegres y ahogemos la melancolía, bebamos a la salud de cada bella y sincera muchacha.>

El asintió.

—Serás la dueña de todos los corazones de Londres en solo semanas. ¿Qué más tienes?

No había planeado cantar. No honestamente. No de su corazón. Pero lo hizo entonces, deslizándose de la chabola a otra melodía menos lúdica, más lenta, llena de la melancolía que acababa de jurar que ahogaría.

—<A menudo en la noche cerrada, antes de que la cadena del sueño me haya atado, un recuerdo cariñoso me trae la luz de otros días a mi alrededor.

La canción era la favorita de Caleb y también una de las suyas, un homenaje a la memoria, a la infancia, al amor y a la pérdida. Y cuando la cantaba, siempre se trataba de la vida que podría haber tenido, si las cosas hubieran sido diferentes. La vida que se permitió considerar solo en sueños.

Había pocos lugares, mejores que una taberna oscura y vacía para cantar, las notas claras en el silencio, sin el impedimento de vasos tintineantes, y sillas chirriantes, la melodía rebotaba en los rincones

oscuros de la habitación, desvaneciéndose en susurros, dejando evocaciones en las paredes para ser recordadas por extraños.

Cerró los ojos y dejó que la habitación se colmara de sonidos. Y durante unos breves momentos, el Gorrión fue libre.

Caleb no aplaudió cuando ella terminó. Simplemente esperó a que volviera al presente, y luego dijo:

—Los bastardos que dicen que es mejor haber amado y perdido, nunca han amado o nunca han perdido.

Ella se rió de las groseras palabras y se dirigió hacia él.

—¿Beberemos por eso?

—Con placer —Él dejó apoyó las manos en su cintura y la bajó del escenario.

Sus pies apenas habían tocado el suelo cuando la puerta principal de la taberna se abrió, dejando entrar un torrente de luz del sol de la tarde. La mirada de Caleb parpadeó más allá de ella hacia la imponente figura en la entrada.

—Me debes cincuenta dólares, Duquesa.

Ella contuvo la respiración cuando la amenazadora sombra gruñó:

—Quita tus manos de mi esposa.

6. ¡Calhoun interviene! El dandi encopetado se presenta en el pub

Enero de 1835

Un año, siete meses antes

Boston, Massachusetts

El duque de Haven apenas había llegado a suelo americano y ya se dirigía hacia la hilera de tabernas que daban al muelle. La sal y el frío flotaban en el aire de la noche, aferrándose a la incómoda lana de su abrigo, pesada y llena del olor persistente de semanas en el mar.

Hubo un tiempo en que se dirigiría directamente a una posada, después de noches interminables a bordo de una incómoda fragata, incapaz de dormir o de disfrutar de una pulgada de aire seco, ya que se pasaba sus noches paseando por la cubierta del barco, con frío y amargado, mirando el interminable mar negro y el cielo hecho de estrellas brillantes.

Hubo un tiempo en que él habría abandonado el barco y se habría ido al instante en busca de un baño tibio, un fuego y una cama.

Pero eso fue antes de que la buscara.

Antes de que hubiera pasado meses arrastrándose por las ciudades del norte de Europa después de que ella se fuera, seguro de que había huido de Highley en un barco hacia Copenhague, creyéndoles a sus hermanas cuando le habían ofrecido sus creencias sobre su destino. Oslo, Ámsterdam, Brujas.

Había olvidado que, por mucho que su esposa lo odiara, sus cuñadas lo odiaban mucho más. Eso fue, hasta que quien casi lo arruinó, se había apiadado de él y le había dicho la verdad.

—Puede que nos haya dejado, Duque, pero ella primero te dejó a ti. Y honraremos su deseo sobre todo.

Maldita familia y su lealtad. ¿No querían que fuera encontrada? ¿No veían que podía estar en peligro? ¿No veían lo que podría pasarle? Ella podría estar...

Él detuvo el pensamiento. No estaba muerta. Si ella estuviera muerta, él lo sabría. Incluso ahora, después de todo lo que había pasado, después de todo el dolor y el odio, él sabría si ella estaba muerta. Pero desapareció, fue casi lo mismo. Quizás peor aún, debido a la promesa persistente, parpadeante y apenas existente de su retorno. Debido a los recuerdos que venían con eso, imposibles de olvidar. No podía olvidar un instante con ella. No desde la noche en que había salido de un salón de baile abarrotado, hacia un balcón, en busca de aire fresco, y allí estaba ella. Como si lo hubiera estado esperando.

Y ella lo había estado esperando.

"No fue una trampa. Todo fue real."

Sus palabras hicieron eco en el viento frío.

Él no las había creído. Y ahora, no le importaba si ella lo había estado esperando. Solo podía esperar que ella lo esperara ahora. Aquí.

Había pasado un año desde que se había ido, casi hasta el mismo día, y descubrió que a medida que pasaba el tiempo, él solo se volvía más obstinado en su búsqueda. No ayudó que el aniversario de su partida marcara un aniversario diferente, uno que le causó un dolor en el pecho que no pudo aliviar. Un dolor que él sabía que ella también sentía. No pudo retener a su hijo.

Eso, Haven lo sabía, así como sabía que nunca habría otro.

Pero él podría amarla bien, y en voz alta. Él podría reparar lo que había roto. Y eso podría ser suficiente.

Lo haría. Sería suficiente.

Le llevó más tiempo del que debería, encontrar la taberna que buscaba, Farol en mano, a través de las tortuosas y laberínticas calles de una ciudad desconocida. No ayudó que su acento y su ropa revelaran su país de origen; parecía que a muchos americanos no les

interesaba ayudar a un inglés, así que Haven estaba agradecido de que no identificaran de inmediato su título.

Había recorrido medio mundo por ella: países más antiguos, más venerables y más poderosos. No estaba dispuesto a dejar que Estados Unidos lo alejara de ella.

Se metió en la taberna ruidosa, que lo sorprendió de inmediato con sus tenues luces y el alboroto de los hombres que alzaban sus copas. No solo hombres, había mujeres también, riendo y bebiendo hasta lo más profundo de sus jarras, Haven las seguía con ojos ansiosos, buscando a una mujer en particular. Su mujer. Su esposa.

Era una habitación llena, y mal iluminada, y no podía estar inmediatamente seguro de que ella no estaba allí. Había una mujer, le habían dicho. Su voz era como la de un pájaro de verano. Cabello oscuro y un rostro perfecto que hacía rumorear que era francesa, ¿no eran todas mujeres bellas, las francesas? Pero era posible que fuera inglesa. Ella había aparecido de la nada tres meses después de que Sera lo había dejado. La llamaron La Paloma.

La había imaginado justo detrás de esta puerta, sola, congelada en el tiempo y el espacio. Lo suficientemente cerca como para que él la atrapara por la cintura, la arrojara sobre su hombro, la llevara de regreso al barco y se la pasase todo el viaje a casa disculpándose con ella. Ganándola de vuelta.

Amándola hasta la distracción.

Pero los sueños no eran realidad. Seraphina no estaba en esta habitación. Haven compró una cerveza y, poniendo su espalda en la barra, estudió la clientela. El lugar era el correcto. Quizás estaba desesperado.

Quizás estaba enojado. Pero el lugar era el correcto, y se parecía justo a quién buscaba. Era morena y hermosa, alta y elegante, y cantaba como un ángel.

Su mirada se posó en una puerta en la parte posterior de la habitación, mostrando más espacio, prometiendo a más personas.

Prometiéndola. Él se dirigió hacia ese lugar. Podría haberlo alcanzado, si no fuera por la pesada mano que le agarró el hombro.

— Parece que te has perdido, encopetado.

Haven corrió su hombro de la mano y se giró, con un puño acurrucado a su lado, listo para pelear. Un americano estaba a centímetros de distancia, una o dos pulgadas más corto que Haven, pero una o dos pulgadas más ancho. Habían pasado algunos años desde que Haven había derrotado a alguien de este tamaño, pero había sido un luchador de primer nivel en Oxford, y le preocupaba poco la habilidad al regresar, si era necesario.

Antes de que pudiera hablar, el americano agregó:

— No es bienvenido aquí.

Haven levantó las cejas.

— ¿Desaprueba que los hombres tengan fondos para beber?

Algo brilló en la mirada del americano. Algo así como reconocimiento, teñido con algo así como aversión.

— Desapruebo a los británicos que no conocen su lugar — hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta — Encuentra otro lugar para beber.

Haven vació su jarra y la colocó en la barra, luego sacó su bolso y sacó varias monedas. Extendiéndolas al otro hombre, dijo, — Dame cinco minutos en la otra habitación. No romperé nada.

El americano miró fijamente las monedas antes de tomarla. Haven resistió el impulso de sonreír. Cada hombre tenía un precio, y parecía que el de este hombre era bastante bajo. El hombre mostró una fila de dientes blancos y rectos.

— Bueno, si lo estás pagando. ¿Qué estás buscando?

Haven miró hacia la puerta.

— Una mujer.

El americano gruñó.

— Esto no es un burdel.

— Estoy buscando a una mujer específica — dijo Haven — Una cantante. Me dijeron que canta aquí.

El otro hombre asintió.

—Estás hablando de la paloma. Ella está aquí —Las palabras llegaron en una ola de alivio. El corazón de Haven latía más fuerte y más rápido. Era ella. Él lo sabía sin dudarlo. Se volvió hacia la puerta, su único pensamiento era acercársele.

La mano otra vez, en el mismo hombro. Esta vez más firme.

Esta vez, Haven lo sacó con fuerza, volviendo a girar.

—Tócame otra vez, y no dudaré en volver a quitarla.

—Con esa respuesta, no voy a dejar que te acerques a ella.

Malcolm respiró profundamente. Se calmó. No.

—¿Dónde está ella?

—¿Para qué la quieres?

—Para... —Se detuvo. Para llevarla a casa. Para comenzar de nuevo. Para encontrar lo que una vez tuvieron. Para encontrar más.

—Para hablar.

—¿Quién eres tú?

Soy su esposo ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había dicho esas palabras? Se sentía, de alguna manera, desagradable, hasta que ella se lo devolviera. Dudó sobre su respuesta.

El americano no dudó.

—¿El gato tiene tu lengua, Rojo?

Una colección de risas siguió a las palabras, y Haven imaginó que había sido insultado, como si no hubiera pasado medio siglo desde que los casacas rojas lucharon en Boston.

¡Soy un maldito duque! quería gritar, pero sabía que no le haría ningún bien. Había pocas puertas que una declaración así no podía abrir en Gran Bretaña, y sin embargo, aquí probablemente empeoraría las cosas.

—Soy un amigo.

Los inquietantes ojos verdes del americano se estrecharon.

—Es una mentira.

Las palabras fueron lo suficientemente bajas como para que no las

hubiera escuchado nadie más que Haven, pero parecieron silenciar la habitación de todos modos.

Y fue entonces cuando la escuchó.

—<Cuando recuerdo a todos los amigos, tan unidos, que he visto a mi alrededor caer, como hojas en el clima invernal; Me siento como alguien que está solo.>

Reconocería esa voz en cualquier lugar. La forma en que se enroscaba como humo líquido a través de la habitación, triste y conmovedora, tocando mentes y corazones, haciendo que los hombres se incorporasen y jadeasen. Él la recordó cantando en sus brazos una vez antes. Antes de que ella lo traicionara. Antes de que él la traicionara.

Se encontró con la mirada del americano, los ojos verdes del otro hombre parpadeando en el momento en que la escuchó. Miraban más allá de él. A la puerta de la habitación de atrás. Haven vio el nerviosismo en ellos, incluso notó el leve temblor de la cabeza del otro hombre.

Ella estaba allí.

Y él desgarraría el lugar para encontrarla si fuera necesario.

Con una maldición en sus labios, giró y comenzó a caminar hacia la habitación, la multitud repentinamente más espesa, menos fluida. Empujó con los hombros y los codos para sacar a los hombres del camino.

—¡Espera! —Gritó el americano desde atrás, atrapándolo por la manga, luego por el brazo, sin dejarle elección.

Haven giró y el puño ya estaba volando. Conectándose con un ruido sordo, la nariz del otro hombre cedió bajo su puño.

—¡Cristo! —El otro hombre se dobló, la mano volando a su nariz, la sangre inmediatamente cubriendo su mano.

Haven se la había roto, y no se arrepentía. Él podría ahorcarse, por lo que a él le importaba. Sacudiendo el ardor de su mano, dijo, lo suficientemente fuerte para que la habitación lo escuchara, —

Cualquiera que se interponga en mi camino recibirá lo mismo.

Giró sobre sus talones, y el camino a la habitación trasera se abrió, los cuerpos ansiosos por despejarlo. Tenía que llegar a ella. Él se disculparía. Le haría creer en él. Le haría creer que podrían comenzar de nuevo.

Pero primero tenía que llegar a ella.

Empujó a través de la entrada, los ojos se ajustaron a la luz más tenue, encontrando el escenario pobremente iluminado en el otro extremo de la habitación mientras los aplausos y los silbidos sonaban en sus oídos. Tardó un momento en ver a la mujer parada allí por lo que era: bonita y oscura, con una sonrisa amplia y acogedora.

No era Sera.

La mujer movió su mano en dirección a un hombre con un violín a un lado del escenario, y él comenzó a tocar una especie de melodía conmovedora, momento en el cual se levantó las faldas para mostrarle los tobillos con medias rojas, para placer de la multitud reunida.

Haven la observó lo que pareció una eternidad, sin creerlo.

Podría haber jurado que la había escuchado. Él habría reconocido esa voz en cualquier lugar. Una chica lo empujó con una bandeja cargada de cerveza. Él detuvo su movimiento con un toque y preguntó:

— Esa mujer. La cantante ¿Quién es ella?

Su mirada siguió la de él.

— La paloma.

Las palabras, tan desinteresadas, tan directas, fueron un cuchillo en su corazón. La Paloma no era Sera.

Nunca fue su Sera.

7. El gorrión canta al alma de la City

Ella había estado en Boston, ahora lo confirmaba.

Había recorrido medio mundo para encontrarla, el eco de esa canción que se enroscaba a través de él, en esa taberna abandonada, en esa ciudad olvidada de Dios, era un doloroso recordatorio de su fracaso.

El arrepentimiento lo golpeó.

Debería haber buscado más. Debería haber desgarrado el maldito lugar. Pero había sentido una desilusión tan intensa, que había sido abrumado por la inutilidad de la búsqueda, por su ira, hacia Sera por haberse escondido tan bien, hacia sus hermanas, hacia su propia madre por haberla ayudado tan satisfactoriamente, y hacia sí mismo, por su incapacidad para encontrarla.

Excepto que él la había encontrado.

Había sido ella, todo el tiempo.

Y también había sido este maldito americano.

La mirada de Haven se posó en la nariz ahora torcida del otro hombre, el placer que podría haber sentido por haber sido el instrumento de esa fractura, estaba opacado por la furia que sentía por ver a este hombre que estaba tocando a Sera. Riendo, haciéndola feliz. Haciéndola sentir cómoda.

¿Cuándo fue la última vez que la había visto de esa manera?

¿Cuántas veces la había recordado de esa manera?

Incontables veces. Tantas veces como él había recordado la forma en que cantaba, tan fuera de lugar en esa taberna oscura y vacía en una calle sucia de Covent Garden. Porque ella cantaba como un ángel, dolorosamente bella, llena de tristeza, anhelo y verdad. Y mientras permanecía de pie en la entrada, mirándola, el dolor había regresado, aunque en realidad, nunca había estado lejos.

Le había dolido por años.

Escucharla lo llenó, lo ahogó, le robó el aliento, marcando su pecho con su cadenciosa y triste canción, tan real como si hubiera extraído un cuchillo y la hubiera esculpido con su sangre, atrayéndolo como una sirena.

Luego ella se dio la vuelta, dándole toda esa belleza a otro hombre, y se rió, el sonido libre, ligero y malditamente perfecto: un golpe más duro que la música. Recordaba cada vez que ella se reía con él, haciéndolo el doble del hombre que era. Diez veces. Haciéndolo un rey. Un Dios.

No había nada en el mundo como la risa de su esposa.

Odiaba que se la diera a otro.

Y luego el americano puso sus manos sobre ella. La bajó del escenario con tanta facilidad que no había duda de que lo había hecho antes. Que la había tocado antes. Que tenía permitido el acceso a ella.

Los celos atravesaron a Haven, con furia a su paso.

No había forma de que lo dejara por un americano.

No había forma de que lo dejara... punto, pero que fuera por el americano le agregaba insulto a la herida. Particularmente cuando Haven consideró el hecho de que el otro hombre era más ancho, más audaz, y posiblemente más guapo que él, dejando de lado la nariz rota.

No es que nada de eso importara. Ella era su esposa. Y él no se quedaría quieto mientras otro la tocaba. De hecho, si el maldito yanqui no le quitaba las malditas manos de encima rápidamente, Haven probablemente le recordaría a su oponente qué tan bien podía romperse una nariz. Tan pronto esquivara las mesas y sillas que los separaban.

Como si hubiera escuchado la idea, Sera se movió frente al otro hombre, y Haven trató de no darse cuenta de la forma en que la acción le molestaba, azotando la envidia a través suyo: la visión de su esposa protegiendo a otro hombre. Un hombre que continuaba tocándola con

una certeza que solo podía significar una cosa. Posesión.

Él sabía que ella estaba allí, con un americano. Había estado preparado para la idea de que eran amantes. Pero la constatación visual fue un golpe perverso.

—Ah —arrastró el americano —llega el duque.

—Llega el esposo —respondió Haven, sin poder contener la ira en su tono. Y luego, mirando a su esposa —Aún estamos casados, Seraphina.

¿Cómo estaba tan completamente calmada?

—No de ninguna manera que importe.

De todas las putas maneras que importaban.

Añadió:

—Las leyes tontas de esta nación pueden convertirme en su propiedad, Duque.

Pero nunca cumpliré el papel. Creo que los últimos tres años han sido un buen argumento.

Él resistió el impulso de alejarla y mostrarle cuán bien podría reclamarla. Hacerle el amor tan a fondo que ella gritaría que era suya.

Encerrarla y mostrarle cuán bien podría cumplir el papel de esposa.

En cambio, tomó el asiento más cercano, en una mesa baja en el rincón oscuro, sabiendo que no podría verlo tan bien como él podría verla.

Desesperado por recuperar la ventaja, quiso que su voz se calmara. Sus músculos aún no. Incluso cuando no quería nada más que destrozar la taberna.

—No seré el cornudo —dijo.

Su columna vertebral se enderezó.

—Si tan solo hubiera podido decir lo mismo.

Llegó la vergüenza, caliente y desagradable. Se resistió, redobló su convicción y dirigió su atención al americano.

—Quita tus manos.

Por un momento, no estuvo seguro de que el otro hombre respondería de ninguna manera, sólo lo niveló con una mirada larga y superior, una que Haven imaginó le había enseñado a cada joven en las colonias llena de odio.

Sin embargo, después de varios segundos, soltó a Sera, extendiendo sus manos con una risa demasiado fuerte.

—Lejos de mí sufrir la furia de un marido desdeñado.

—Esa puerta debería haber estado cerrada —dijo. Liberada del contacto de su amante, Sera se dirigió al bar al final de la taberna, aparentemente desinteresada en la postura masculina, en la que Haven no podía dejar de participar. Como si fuera un hombre mucho más joven. Uno mucho más estúpido.

No mucho más estúpido.

Dirigió su desprecio hacia el otro hombre, quien tocó a su esposa con tal comodidad informal, que no cabía duda de su intimidad.

Ella le había sido infiel. Él no debería molestarse. No debería haber sido sorprendido por eso. Después de todo, habían pasado años.

Y él también le había sido infiel.

Una vez. Y no así. No con emoción.

Mentira.

Había habido emoción. La acción había estado llena de ira. Llena de castigo. Todo por Sera. Ella era la única mujer que alguna vez había tenido sus emociones.

No es que ella lo creyera.

No es que a ella le importara.

—No te preocupes, Caleb —decía ella —Malcolm no se cree desdeñado. Para que ese sea el caso, habría debido querer el matrimonio desde un principio.

Él lo había querido. Él la había querido.

Se quedó en silencio mientras Sera se movía alrededor de la barra para colocar un vaso pequeño en el mostrador y verter una bebida saludable en él.

—¿Cómo nos has encontrado?

Malcolm odiaba ese nosotros. La forma en que la unía a otro hombre.

En lugar de responderle, él hizo una pregunta propia.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Ella levantó una ceja.

—¿Aquí, en Londres?

Hubo un tiempo en que disfrutaba verla interpretando a la ingenua.

Cuando lo hacía sentir más hombre. Ya no más.

—Aquí, en un maldito pub.

—Preferimos la palabra taberna.

Nosotros.

—Llámalo como quieras, pero es un pub en el corazón de Covent Garden, habitado por una duquesa con nuevas habilidades con la bebida.

El yanqui se rió, y Malcolm lo odió un poco más.

—¿Debería haberlo llamado "La Duquesa Borracha"!

Y entonces Sera se estaba riendo y Malcolm tenía el claro deseo de quemar el lugar.

—Estoy mortalmente hablando en serio, Seraphina. ¿Por qué estás aquí?

Ella se recostó contra la pared más alejada, con los brazos cruzados sobre el pecho, el vaso colgando en una mano.

—Yo nací aquí.

—No, no lo hiciste.

Ella levantó un hombro. Dejándolo caer.

—Nací en una ciudad carbonífera en el Norte del país y renací en Boston.

Covent Garden es un tercio apropiado para la trilogía, ¿no crees?

Él estrechó su mirada sobre ella.

—Eres hija de un conde.

Ella sonrió.

—Y tú eres quien insistió tanto en que el título de mi padre no vale, Su Gracia.

Un título ganado en las cartas no tiene ningún tipo de sangre azul, ni siquiera cuando se lo gana al propio Príncipe.

Las palabras picaron en su memoria.

—Yo nunca...

Ella detuvo la mentira con un movimiento de su vaso.

—Más importante aún, Haven, ¿por qué estás tú aquí?

Para rescatarte Otra mentira.

Esta mujer no lo necesitaba. En todo el tiempo que la había buscado, la había imaginado temerosa. Débil. Arruinada. Esta mujer no era ninguna de esas cosas. No había nada de cobardía en ella. Al contrario, era toda la fuerza.

No se parecía en nada a la mujer que había conocido esa noche en el baile de Worthington. Excepto... que sí era ella. Esa mujer había sido atrevida y descarada. Se había enfrentado a él. Lo había atraído como una llama cálida en una noche fría. Y durante semanas después, su boca inteligente lo había tentado tanto como su cálido cuerpo.

Y luego descubrió la verdad, que nada de su cortejo había sido real, y entonces ella había cambiado. Se había calmado. Se había atenuado. Había palidecido.

Ella se había convertido en otra persona, por completo. Por su culpa.

Y ahora, aquí, con la distancia de años entre ellos, esa novia tranquila y serena había desaparecido, había regresado la mujer fuerte y audaz que había sido una vez. Más fuerte. Más audaz.

Más hermosa.

No... por él. A pesar... de él.

Allí, en la oscura taberna, mirándola cantar, mirándola beber, viéndola enfrentarse a él, la verdad susurraba a través de él. Podría haber pasado tres años intentando encontrarla y salvarla, pero no

necesitaba hacerlo.

— ¿Por qué estás aquí?

La respuesta fue bastante simple.

— No hemos terminado.

Sus cejas se dispararon, la sorpresa allí en directa oposición a sus tranquilas palabras.

— Lo hicimos, de hecho. Dos años y siete meses atrás. Antes incluso. ¿O no recuerdas haberme dado la espalda en el momento en que se pronunciaron nuestros votos? ¿Debo recordarte? ¿Debo recordarte de nuevo la forma en que lo hiciste, en el jardín de un baile, frente a todo Londres? ¿Y de lo que hiciste después de eso? ¿Con otra?

Por supuesto que lo recordaba.

Lo recordaba todas las noches, luchando por dormir, desesperado por volver atrás el tiempo y detenerse. Decirle la verdad, en lugar de la mentira en la que insistía su orgullo. Si lo hubiera hecho, ¿todo habría sido diferente? Si lo hubiera hecho, ¿vivirían felices ahora?

— ¿Cómo supiste dónde encontrarme, Haven?

— No lo hice — dijo.

— ¿Estabas inspeccionando todas las tabernas en Londres? ¿Y simplemente sucedió?

— No puedes imaginar que el mundo simplemente ignoró el espectáculo que diste en el Parlamento. Te vieron saliendo de la Cámara de los Lores en un carruaje perteneciente a un americano — Se levantó, afectando una calma que no había sentido en tres días, y se acercó, lanzando una mirada hacia el hombre en cuestión — Caleb Calhoun de Boston. Conocido dueño de un pub, apostador y un sinvergüenza ordinario.

Como un asno, el yanqui se inclinó.

— Me gusta pensar que soy más un tipo específico de sinvergüenza.

Malcolm levantó una ceja.

— ¿Y qué tipo sería ese?

—El que las mujeres adoran.

Los puños de Malcolm se apretaron, ansiosos por encontrar una vez más la satisfacción en la cara del americano.

—Cuidado, Calhoun, o encontrarás algo más que tu nariz rota.

El reconocimiento se encendió en la mirada del otro hombre, que parpadeó hacia Sera y de regreso a él. Y Haven vio la verdad. Sera no sabía que él había ido por ella. El americano nunca se lo había contado. Si lo hubiera hecho, ¿se habría enfrentado a él? ¿Ella habría dejado que él la recuperara?

Abrió la boca, preparado para contarle todo. Para ganarla aquí y ahora.

Y luego ella dijo el nombre del yanqui.

—Caleb —su nombre susurrado suavemente, su voz llena con la peor clase de censura, la clase de amor.

El pesar y la duda se dispararon a través de Malcolm. No podía amar a este hombre. No cuando ella lo había amado una vez. Lo había amado una vez, ¿no?

Apartó ese pensamiento de su cabeza, lo odió y también la forma en que lo hizo titubear. Cambió el tema.

—Calhoun posee dos propiedades en Londres. Una es una residencia. Fui allí primero, solo para que me dijeran que la duquesa no estaba en casa.

Miró al americano, observando sus brazos cruzados y su sonrisa satisfecha.

—Está por vivir con otro hombre, por cierto.

Las cejas del americano se alzaron, su mirada se deslizó hacia Sera, quien sorbió tranquilamente su bebida.

—Disfruto el hecho de que pienses que tú o Caleb tienen algo que decir sobre lo que hago.

—La otra es una taberna nueva, de apenas unas semanas, ya elogiada como entretenimiento nocturno, sea lo que sea que eso signifique. Pasa sus días aquí, con una mujer. Alta, morocha, hermosa

—Se acercó, odiándose a sí mismo por venir aquí. Deseando poder dejarla. Deseando poder llevarla con él —Espero que te pongas una máscara.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de arruinar tu reputación? —Hizo una pausa y luego dijo —Vete a casa, Duque. No hay ninguna razón para que estés aquí.

No había razón, pero no había respirado por completo durante dos años y siete meses, y ahora, el aire había regresado, fresco y bienvenido. Y todo lo que quería era respirarlo.

—Es natural que me preocupe.

Ella entrecerró su mirada en la de él.

—Por supuesto, entenderás, por qué no creo por un momento que estuvieras realmente preocupado.

El americano le ofreció un pequeño gruñido de aliento, y Haven se quedó con la boca abierta. Irritado con su audiencia, se acercó aún más a ella, casi tocando la estrecha barra que los protegía el uno del otro. Él repitió, suavemente —No hemos terminado, Sera.

Ella miró por encima del hombro.

—Caleb...

Detestaba el nombre del otro hombre en su boca, aborrecía la confianza en la palabra. La fe. La fe que ella nunca le había dado.

La fe que nunca se ganó.

Se giró para mirar al americano, consciente de que los hombres estarían dispuestos a matar por Sera. Pero el otro hombre no se había movido.

Se mantuvo a cierta distancia, con las manos en las caderas, un soldado listo para atacar.

—...déjanos —terminó Seraphina.

Por un momento, Haven pensó que le estaba hablando a él.

Él debería irse. Era lo mejor para ambos.

Pero, de repente, estaba listo para la batalla.

Sin embargo, no hubo batalla, estaba mirando a Calhoun, el

americano tranquilo y callado que parecía dispuesto a darle todo lo que ella le pedía. Al igual que Malcolm una vez lo estuvo.

Las cejas del estadounidense se levantaron.

Sera asintió.

Y eso fue suficiente. Calhoun se volvió y salió de la habitación como un tonto. No. No como un tonto. Como un rey. Porque en esa decisión de irse sin mirar atrás, había una cantidad insondable de confianza, nacida del conocimiento de que cuando él regresara, ella estaría allí, esperándolo.

Otra cosa que Malcolm una vez tuvo para sí mismo.

Calhoun Salió de la habitación, y la cortina que había empujado todavía se balanceaba detrás de él, cuando Malcolm dijo:

—Entonces, ¿el yanqui es tu perro faldero? ¿Va donde tú le dices?

—Él confía en mí —dijo —Es un lujo glorioso en un hombre.

Las palabras lo avergonzaron y lo enfurecieron.

Ella continuó:

—¿Qué deseas? Covent Garden nunca fue tu zona. Y aunque lo fuera, siempre has hecho un esfuerzo impresionante para evitar cualquier lugar que pudiera ensuciarte.

—Eso no es cierto —dijo, deseando que estuvieran en cualquier lugar menos aquí —Recuerdo algunas veces que no quería estar en ninguna parte que no fuera contigo.

—Eso fue antes de que decidieras que no querías tener nada que ver conmigo —dijo.

Mentiste, quería decir. Mentiste y luego te fuiste. Pero no era tan simple. La verdad final era... te ahuyenté.

Él debería dejarla. Darle la libertad que quería. ¿Cuántas veces se había dicho a sí mismo que debería dejar de buscarla? ¿Cuántas veces no había podido hacerlo?

Y ahora que la había encontrado, sabía que nunca sería capaz de dejarla.

—¿Por qué estás aquí, Malcolm?

El nombre se estremeció. Ella era la única mujer que lo había llamado por su nombre. Ni siquiera había sido Malcolm con su madre, para quien no era más que un triunfo: el futuro duque. Pero a Sera siempre pareció no interesarle el título.

Incluso cuando parecía que el título era todo lo que le había interesado.

Y ahora, al oír su nombre en sus labios por primera vez en años, se sintió desesperado por el sonido, por el hombre que una vez había sido dominado por ese eco, y lleno de ira por la forma en que ella ejercía esa destreza. Suave, cadencioso y totalmente demasiado personal.

Como si ella fuera su esposa en verdad.

Él apretó los dientes y respondió a su pregunta.

—Estoy aquí para llevarte.

—No tengo interés en que me lleven —dijo.

—Entonces no deberías haber regresado.

—Regresé para liberarnos a los dos —Bebió de nuevo, terminando el líquido ámbar del pequeño y pesado vaso —Tengo planes. Una vida que vivir. Pude haber desaparecido para siempre.

—¿Por qué no lo hiciste?

Por un momento, pensó que ella podría responder. La verdad estaba allí, de repente, en su cara. Pero no podía leerla como lo había hecho alguna vez. Y luego ella dijo:

—Supongo que pensé que te merecías algo mejor.

Era una mentira.

Él no se merecía algo mejor; se merecía algo mucho, mucho peor.

Lo que significaba solo una cosa. Ella estaba escondiendo algo. Su mirada se concentró en ella.

—Mejor, ¿cómo la vergüenza pública de ser un cornudo? Mejor, ¿cómo una esposa que me detesta tanto?, ¿crees que el divorcio es más agradable que un ducado?

Ella sonrió.

—Dices eso como si tuviera algún derecho sobre el ducado. Dejaste más que claro que no era bienvenida en tu mundo, Su Gracia.

—Te fuiste antes... —Se detuvo a sí mismo antes de terminar el pensamiento.

Pasó un largo momento, con la emoción ausente en su rostro.

—Me fui antes de que pudieras enviarme lejos, como bienes no deseados.

—No lo habría hecho...

—Por supuesto que lo harías. Y no lo quería. No quería la ira. Ya tuve suficiente de eso. Y no quería arrepentirme. También tuve suficiente de eso. ¿Y qué más podía haber allí? ¿Lástima? No, gracias. Deseé un futuro libre de todo eso. Y tú también deberías hacerlo.

Las palabras se amotinaron a través de él. No quería mandarla lejos. Él quería quedarse con ella para siempre. Se entristeció por ella, maldita sea.

Durante años. Se lamentó por lo que podría haber sido. Y cuando ella se había ido, nunca lo admitiría ante nadie, se compadeció de sí mismo.

Levantó una caja de pedernales y rodeó la barra, hacia el escenario.

—Hemos terminado aquí, Duque. Regresa a tu finca y planifica tu brillante futuro. Déjame en el mío y piensa en la suerte que tienes de que te ofrezcan una segunda oportunidad. ¡Encuentra una nueva duquesa! —Ofreció, como si la idea fuera excelente —Y cuando llegue octubre, trae la petición de divorcio.

Píntame como una adúltera. Y dejemos concluido este negocio.

Maldición, no quería otro futuro. Él quería el que lo había tentado todos esos años atrás. Su futuro con ella. La había buscado, maldición, en todo el mundo. Quería gritarle la verdad a ella. Que había estado en Boston. Que la había buscado en el continente. Que no había dormido en dos años y siete meses. Que él solo la había deseado a ella.

Y podría haberlo hecho, si no hubiera parecido que ella no quería tener nada que ver con él.

—¿Deseas que tu adulterio se haga público? —Estaba fascinado por la gracia con que ella comenzó a encender las velas en el escenario.

—La Cámara de los Lores ciertamente no permitirá que la disolución de nuestro matrimonio esté en sus acciones, y yo no sería la primera esposa que soportaría las consecuencias, con tal de obtener lo que desea.

Pero eso no era lo que él deseaba. Él deseaba lo opuesto. Un matrimonio en verdad.

—La poderosa colusión³, Duque. Se confabulan y estafan para conseguir lo que quieren —Ella lo miró, inescrutable —Y la prueba de ello es lo bien que lo sospechan de los demás.

A él no le importaba si ella lo había planeado. Ya no.

—Quiero mi divorcio —dijo —Tengo un futuro ante mí.

—¿Con tu americano?

Ella no respondió, y él la miró mientras encendía las velas, la luz dorada se extendía como la luz de las estrellas a través de sus rizos de caoba, sus palabras resonaban a través de él.

Él quería ser su futuro. Lo que significaba que tendría que ganarla. "Encuentra una nueva duquesa".

Se acercó a ella una vez más, moviéndose entre las mesas.

Sele se encontró con su mirada, inquebrantable. Orgullosa.

—Vete, Haven. Caleb no estará contento si abrimos las puertas y estás aquí. No hay nada peor para los negocios que un duque.

"Encuentra una nueva duquesa".

—Me iré con una condición —dijo, las palabras llegaron tan rápido como se formaron los pensamientos.

Ella levantó una ceja.

—Que vengas conmigo.

Ella rió, suave y largamente, de alguna manera llena de conocimiento, como si supiera lo que iba a decir antes de que lo

supiera el mismo, siempre había sido así entre ellos.

— ¿Y luego qué?

— Ven al campo. Seis semanas. Hasta que el Parlamento vuelva a estar en sesión.

Ella se volvió hacia las velas.

— ¿Qué es esto, algún gran plan para cortejarme otra vez? ¿Como si estuviéramos en una especie de novela romántica?

Sí.

Él era lo suficientemente inteligente como para permanecer en silencio.

— No estamos en una novela romántica, Haven. Esto no es una historia de amor.

— ¿Porque estás en una con tu americano?

— Porque no deseo estar en una. Otra vez.

¿Otra vez? Pensaría en esas palabras en otra ocasión. Aferrarse a ellas.

— Bien —respondió — Pero estás casada conmigo y prometiste obedecer.

Ella lo niveló con una mirada.

— Y tú prometiste honrarme.

— Esta es mi oferta. Seis semanas, y te divorcias — Era una mentira, pero cruzaría ese puente cuando llegara.

Su mirada se redujo.

— ¿Qué piensas hacer con seis semanas de mi compañía?

— Tengo la intención de darle un buen uso —dijo, y la respuesta llegó incluso mientras hablaba — Tengo la intención de que encuentres tu reemplazo.

Él escuchó su aguda respiración, y fue su turno de sentirse satisfecho de sí mismo. De sentir como si hubiera ganado. Su turno para sonreír.

— ¿Qué significa eso?

— Justo lo que dije —respondió — Vamos al campo y pasas seis

semanas buscando tu reemplazo.

—Quieres que te busque pareja.

Él disfrutó de la incredulidad en sus palabras, la forma en que lo ayudó a recuperar su equilibrio.

—Debes admitir que me ahorraría un gran esfuerzo.

Ella estrechó su mirada.

—No crees que un acuerdo así sería... ¿poco práctico?

—De ningún modo.

—Oh no. Estoy segura de que no sería para nada incómodo para las pobres debutantes ansiosas por la atención de un duque, que se encierra en una casa de campo, jugando charadas con su primera esposa, de quien está a punto de divorciarse.

—Creo que sería mucho más probable que lo encuentren un alivio. Después de todo, si somos capaces de coexistir, quizás pueda evitar lo peor del divorcio.

Una elegante ceja se levantó.

—¿No crees que tu ducado será un bálsamo para tu miserable reputación?

—Me gustaría que tengan pruebas de que no te he maltratado.

—El maltrato no es solo externo.

La culpa lo golpeó, marcada por el recuerdo del sonido de la puerta del carruaje que se cerró de golpe cuando él la envió lejos. Del sonido de sus lágrimas el día que regresó. Del sonido del silencio que cayó cuando ella lo dejó para siempre.

Pero era para bien, sin embargo.

Ella estaba de vuelta.

Él se tragó la emoción y se encontró con su mirada.

—Quieres tu divorcio, ¿no es así?

Ella lo miró mientras parecía considerar sus palabras. Finalmente, dijo con toda calma,

—Lo quiero.

—Encuentra tu reemplazo, Sera. Y será tuyo.

Era un plan loco. Idiotez pura. Y no se hubiera sorprendido si ella se lo hubiera dicho. Aun así, contuvo el aliento, esperando su respuesta, observando la forma en que la luz de las velas parpadeaba sobre su piel, arrojando a la luz y la sombra, una belleza notable.

Pero no lo dijo. En cambio, asintió con la cabeza.

—Ahora vete.

Él le dio lo que ella quería y se fue sin decir una palabra, haciendo preparativos para cortejar a su esposa.

8. El escándalo más lento de la temporada: ¡El tiempo corre en contra de la tictac Talbot!

Abril de 1833

Tres años, cuatro meses antes

Londres

— ¿Beethoven?

Seraphina alzó la vista del piano para encontrar a su hermana Sophie al otro lado del invernadero, una pieza de música en una mano y una mirada expectante en su rostro.

Sera arrugó la nariz.

— Demasiado pomposo.

Sophie regresó a la pila de partituras.

— ¿Himnos?

— Demasiado piadoso.

— ¿Baladas para niños? — Sera negó con la cabeza — ¿Mozart?"

— ... ¿Mozart? — suspiró Sera.

Sophie la miró.

— Oh sí. A nadie le gusta Mozart.

Sera se rió y jugueteó con las teclas del piano, tocando una pequeña melodía improvisada.

— Thomas Moore.

Sophie puso los ojos en blanco.

— Siempre es Thomas Moore contigo. Honestamente, si no lo supiera, pensaría que deseabas casarte con él. — Levantó una pieza de música gastada y caminó por la habitación, amontonándose en el pequeño banco donde Sera estaba sentada y ponía la página en el atril

adornado.

Sera se inclinó para estirar amorosamente el papel.

—Si él no tuviera el doble de mi edad y no estuviera casado con una actriz, honestamente, me inclinaría a hacer exactamente eso — Tocó las teclas y encontró las notas de apertura de la canción, amaba la forma en que la hacían sentir. No necesitaba la partitura. No para esta, ni para ninguna de las otras piezas de Thomas Moore.

Cerró los ojos y tocó de memoria, mientras su hermana respondía:

—Tonterías. Nunca abandonarías a tu perfecto duque.

Sera se emocionó ante las palabras y perdió una nota.

—Él no es mi duque.

Excepto que ella prefería pensar que lo era. Incluso si no pensaba en él como un duque en absoluto. Él no era un duque. Él era Malcolm. Su Malcolm.

Todo sonrisas, toques y besos, como una promesa. Y cada uno de ellos por ella. Se habían visto docenas de veces en las seis semanas transcurridas desde que se conocieron, en público y en privado, y todas las veces se sintió como si estuvieran solos. Como magia.

—Me gustaría que fuera mi duque —dijo en voz baja.

—Entonces él será.

Sophie pasó la página de la partitura, a pesar de que Sera no la necesitaba, ya que dejó que la música tomara el control.

Y cantó.

—<Es la última rosa del verano, dejada floreciendo sola; todos sus adorables compañeros se han desvanecido... > — Esa canción siempre le causaba dolor —<Ninguna flor de su parentela, ningún capullo de rosa está cerca, para reflejar su sonrojo, ni dar un suspiro de suspiro.>

—¡Lady Seraphina Eleanor Talbot!

Ella dejó de cantar.

Sophie la miró.

—Parece que estás en problemas.

Y la puerta de la sala de música se abrió de golpe, volando hacia

atrás para conectarse con la pared más allá, revelando a la condesa de Wight, antes la señora Talbot. Su madre.

La condesa blandía un periódico en una mano, sosteniéndolo por encima de su cabeza como una pancarta heráldica, aunque el pánico en sus ojos indicaba que la pancarta en cuestión no era de ninguna manera de triunfo.

Las tres hermanas restantes de Sera siguieron de cerca los talones de la condesa, la advertencia en sus respectivas miradas, con los ojos abiertos, era una clara indicación de que algo había sucedido, y no era algo bueno.

Sesily, la hermana más cercana a Seraphina, sacudía dramáticamente la cabeza sobre el hombro derecho de su madre, mientras Seleste y Seline, las número tres y cuatro del quinteto, aportaban miradas significativas.

Aunque Sera no entendía, por su vida, qué sentido tenían esas miradas.

Luego la condesa habló, la indignación sacudiendo sus palabras.

—¿Te ha tenido?

La mandíbula de Sera cayó ante la pregunta crasa.

—¡¿Qué?!

Seline y Seleste contuvieron la sorpresa cuando los ojos de Sesily se agrandaron. Por su parte, Sophie se enderezó, acercándose de inmediato para tomar la mano de Sera.

—¡Madre! La condesa no miró a su hija menor, se centró por completo en su hija mayor.

—Ahora no es el momento de corrección. Responde la pregunta.

Sera se quedó sin palabras.

La cariñosa Sesily, la leal Sesily, saltó a la refriega.

—¿Te has vuelto loca madre? ¿A quién te estás refiriendo?

La condesa no dudó.

—Al duque de Haven. Y ahora que está claro, permítanme preguntar de nuevo, y harías bien en responderme, Seraphina. ¿Te ha

tenido?

Sera cerró la boca.

—No.

La condesa la observó durante un largo e interminable silencio antes de que Sophie se levantara.

—Están enamorados.

La condesa se rió, alta, estridente y desagradablemente.

—¿Lo ha dicho así? —La pregunta llegó como un golpe. Sera presionó sus labios, y su madre leyó la respuesta sin que tuviera que ser dicha —Por supuesto que no.

La condesa dio media vuelta con un giro violento.

—Maldición, Sera. ¿Qué has hecho?

Ella sacudió su cabeza.

—¡Nada!

Su madre miró por encima del hombro, el sol de la mañana cayendo en cascada a través de la ventana destacaba su decepción.

—¿Crees que no fui joven una vez? ¿Crees que no puedo ver la mentira?

Sera estaba de pie, con los puños a los lados.

—Él se preocupa por mí.

—Se preocupa por lo que le estás dando.

—Madre —dijo Seline —No necesitas ser cruel.

—Parece que sí —dijo la condesa —Porque a ninguna de ustedes se les ocurre que puedan aprovecharse —Se volvió hacia Sera, que ya cruzaba la habitación, rápida y furiosa —La mitad de la temporada se fue, y él no te está cortejando.

Él lo estaba pensado, ¿no?

Antes de que pudiera discutir el punto, su madre insistió.

—No ha hablado con tu padre.

Ella abrió la boca.

—Él lo hará.

—No, Sera. Él no lo hará. Ha tenido seis semanas para hacerlo. Ha

tenido seis años para hacerlo. ¿Esperas que crea que, después de seis años de temporadas, de ser desdeñadas por pomposos aristócratas con más dinero que el cielo mismo, de pedir invitaciones y suplicar atención, el Duque de Haven ha sentido simpatía por una de las Sucias Talbot?

Sí.

No importaba que todos hubieran tenido problemas para encontrar pretendientes que no estuvieran empobrecidos o sin título. No importaba que ella y Malcolm nunca hubieran discutido sobre su futuro. Le había prometido que no la arruinaría, esa primera noche, en el balcón.

Él la quería. Ella lo sabía.

Ella lo quería a él.

—Es verdad.

La condesa negó con la cabeza, y por un momento, Sera vio tristeza en la mirada de su madre. Tristeza y algo así como lástima.

—No, Sera. Nadie tiene tanta suerte —Una pausa y luego —Los periódicos dicen que has sido indiscreta.

—No lo hice. No lo hemos hecho.

Excepto, que casi lo habían hecho. Un tiempo en el carruaje. Y los momentos robados en el baile de Beaufetheringstone. Y el momento en que ella se había colado en sus oficinas en el Parlamento, pero nada había sucedido.

Bueno, nada serio. Nada irreversible Su madre no lo creyó.

—Déjame ser clara. ¿Todavía eres virgen?

Sus hermanas se quedaron sin aliento cuando dijo:

—¡Mamá!

—Guarda tu sorpresa para otra, Seraphina. ¿Eres o no?

—Sí.

—Pero se ha acercado —Sera vaciló, hasta que la condesa ladró —
¡Seraphina!

—¡Sí! —se quebró, volteando hacia su madre —Sí. Y desearía

haberlo hecho.

Ojalá no lo fuera.

Los ojos de Lady Wight se agrandaron cuando las hermanas de Sera se quedaron sin aliento.

—No se va a casar contigo.

—¿Por qué no?

—Porque las cinco han estado fuera durante años, y ninguna de ustedes se ha acercado a un duque. Ellos piensan que somos baratas. Nos consideran indignas de sus nombres y sus títulos —Hizo un gesto con la mano a sus hermanas —Seleste podría convertirse en condesa de Clare, pero solo porque el conde es prácticamente un mendigo y el dinero de tu padre vale más que la vergüenza que traemos con un título. Pero recuerda mis palabras, ninguna de ellas encontrará marido si te dejas arruinar por este duque.

La cara de Seleste cayó ante las palabras, y Sera odió a su madre en ese momento. Aún más cuando continuó.

—Haven bien podría ser una estrella en el cielo, porque todas ustedes lo verán y no lo atraparán. La temporada tiene seis semanas y lo has visto, ¿qué? ¿Una docena de veces?

Veintiséis veces. Pero Sera permaneció en silencio. No tenía que hablar.

—Más que eso, probablemente, con todo lo que han estado diciendo a hurtadillas de ti, mientras yo miraba hacia otro lado —La condesa blandía el periódico —Los tabloides de chismes no estaban mirando para otro lado, Seraphina. ¿Sabes lo que dicen de ti?

El corazón de Sera latía con fuerza.

—No tienen nada que decir. He tenido cuidado.

La condesa se rió, el sonido carente de humor.

—No lo suficientemente cuidadosa, Tick Tock Talbot.

Puso el papel en el estante de la música, cubriendo la canción.

<<Los sueños de la duquesa condenados a la desilusión. . .

El tiempo viaja tímidamente a pesar de docenas de asignaciones aristocráticas. . .

**Tick Tock Talbot no tiene posibilidad de enganchar a Haven. . .
¡aunque sí un gusto tentador (como una tarta, incluso)!>>**

Las mejillas de Sera ardían.

No habían sido cuidadosos. Hubo cientos de miradas a través de eventos abarrotados, sus guiños maliciosos, sus suaves sonrisas y todos los secretos que habían contado sin siquiera hablar. Y había habido docenas de pequeños toques, roces en su codo, dedos en su brazo, la forma en que su mano se detenía en la de ella cuando se les permitía saludarse en público. El día cálido de la semana anterior, cuando habían caminado por Hyde Park y él la había ayudado con cada piedra y palo diminutos, su toque era un desliz lento y pecaminoso.

No habían sido cuidadosos.

—Una tarta —explicó su madre, como si Sera no pudiera leer el insulto ella misma — Te llaman una tarta. Y eso no es lo peor.

Es absolutamente lo peor, Sera debería haber dicho. Pero no pudo encontrar la voz.

No así, su madre.

—Lo peor es el apodo horrible.

—¿Sucia Talbot? — Interrumpió Sesily desde su lugar en la esquina — Eso viene de papá. Del carbón. No tiene nada que ver con Sera.

—Tiene todo que ver con ella ahora, pero esa no es a la que me refiero — Las palabras de su madre llegaron desde la distancia, a través del latido apresurado en los oídos de Sera. A través de la conmoción, la ira y la vergüenza — Sera sabe a cuál me refiero.

Sera asintió y luego susurró:

—Tick Tock.

—Ellos se están burlando de ti. La forma en que lo esperas, el tiempo que se te pasa, otra mitad de temporada y ni siquiera buscas a

hombres elegibles.

Hombres que podrían tenerte. Tick Tock Talbot —La condesa levantó los brazos —Y saben que le has dado todo.

Sera miró a su madre.

—No todo.

—Oh, Seraphina —dijo la condesa, clara su exasperación —No importa si lo has hecho. Ellos piensan que sí. Estás arruinada, niña. Y es uno de los duques más ricos de Gran Bretaña.

—Nosotros... —Ella tragó saliva —Él me quiere.

—No tengo dudas de eso —Su madre negó con la cabeza, las palabras suaves —Pero si tuviera planes de casarse contigo, cariño, habría venido y hablado con tu padre. En cambio, se ha aprovechado de ti. Él te colgó un nombre horrible y colgó a tus hermanas un cartel con su ruina, por asociación —Hizo una pausa y clavó la puñalada final —tú se los has colgado.

Sera miró a sus hermanas... las Sucias, nunca bienvenidas en la sociedad, siempre tema de desprecio y especulación. Seleste y su empobrecido conde. Seline, demasiado inteligente para su propio bien. Sesily, demasiado temeraria para ser una dama aristocrática. Y Sophie, la pobre y callada Sophie, a quien todo el mundo veía simple. ¿Quién cuidaría de ellas?

La condesa irrumpió en sus pensamientos.

—Hay otro hombre. Uno que está dispuesto a casarse contigo. Para sacarte de este horrible chisme. Tal vez, si te casas con él rápidamente, lo de Tick Tock

Talbot será olvidado. Las Sucias serán olvidadas. Tal vez, si te casas con él, puedas salvar de la vergüenza a tus hermanas.

—Esa no puede ser la única forma —espetó Sesily.

—¡No! —Dijo Seline.

—Madre —Sophie habló —Sera no debería tener que casarse por nosotros.

La única que permaneció en silencio fue Seleste. Seleste, quien

estaba siendo cortejada por un conde empobrecido. El mejor título que las hermanas Talbot podrían tener. Muy por debajo de un duque rico y perfecto.

Un rico duque que nunca había dicho una palabra sobre matrimonio.

Su madre habló de nuevo, fría y seria, solo para Sera.

—Vas a detener esta persecución embarazosa. Encontrarás un hombre que se casará contigo. Y te casarás para asegurar el futuro de tus hermanas y el tuyo.

Esta temporada, antes de que los tabloides de chismes te arruinen para siempre. Porque el matrimonio es como las mujeres ganan —Se volvió hacia el resto de sus hijas —Es hora de que sepan esto, el título de su padre nunca les ganará el respeto que merecen. Y no tienen un hermano que las proteja. Algún día, su papá se habrá ido, y tendrán que valerse por sí mismas y para hacer eso, tendrán que casarse. Y la única forma en que lo harán bien, es que su hermana arregle el desastre que ha creado.

¿Ella había creado un desastre? ¿Era cierto?

Miró de una hermana a la otra, con los ojos muy abiertos llenos de tristeza y algo más. Algo sorprendentemente parecido al miedo.

Cómo detestaba este mundo y la forma en que atacaba a las mujeres.

Llegaron las lágrimas, calientes y llenas de ira, ya que también las aborrecía por su debilidad. ¿Por qué la furia de los hombres llegaba en un frenesí de puñetazos, mientras que en las mujeres llegaba en un torrente de lágrimas?

La condesa la observó durante un largo rato, sin mirar a sus otras hijas cuando dijo:

—Ahora, todas ustedes. Déjenos.

Sus hermanas titubearon y la miraron, cada una esperando que ella aceptara su partida. Ella asintió, amándolas, sabiendo lo que haría por ellas.

Preparada para alejarse del hombre que amaba por ellas. Preparada para, como había dicho su madre, arreglar su desastre.

Sophie cerró la puerta detrás de ella, dejando a Sera y a la condesa juntas. Después de un largo silencio, Sera se deshizo de sus lágrimas y puso una mano en el piano, como si pudiera sacar fuerza del instrumento. Y respiró hondo.

—¿Quién es el hombre con el que deseas que me case?

El silencio se extendió entre ellas antes de que su madre se acercara, alcanzándola y colocando una mano en su mejilla, la suave piel como una firme promesa.

—Deseo que te cases con el hombre que deseas, Sera. Pero un duque...

Llegaron las lágrimas de nuevo, y Sera no pudo contenerlas.

—No me importa que sea un duque. Eso nunca me interesó.

—Lo sé.

—Él es Malcolm. Lo deseo por ser Malcolm.

La condesa negó con la cabeza.

—Pero Malcolm es Haven antes que nada, querida.

Sera cerró los ojos, repentina y dolorosamente entregada.

—No se casará conmigo, ¿o sí?

—No —dijo su madre, y Sera abrió los ojos ante eso, encontrando la mirada marrón oscura de su madre —No, no lo haré.

Cuanto más resistiera la verdad, más tiempo pondría en peligro a sus hermanas. Sin un matrimonio, todas estaban perdidas. Era su deber como hija mayor asegurarse de que eso nunca sucediera.

Y luego su madre dijo, en voz baja, —A menos que...

El corazón de Sera saltó. Ella haría lo que fuera.

Si terminaba con sus hermanas a salvo y con Malcolm, ella haría cualquier cosa.

9. ¡El asedio veraniego de las Peligrosas Talbot!

*29 de agosto de 1836
Camino Highley Manor*

—Gracias a Dios. Ella trajo comida.

Seraphina se apartó de la ventana del carruaje cuando su hermana menor, Sophie, Marquesa de Eversley, anunció su llegada a la casa de su infancia. Sonrió ante la declaración: Sophie siempre había sido aficionada a la comida, y fue lindo saber que algunas cosas no cambiaron.

—Son solo dos horas hasta Highley, Sophie.

—Una no puede ser demasiado cuidadosa —respondió su hermana cuando la puerta se abrió, revelando a su hermana del medio, Sesily, armada con una canasta de mimbre —¿Tienes pasteles?

—No los tengo, de hecho —dijo Sesily, metiendo y dejando la canasta en el suelo del carruaje, antes de levantarse la falda y poner el pie en el escalón —

Muévanse, chicas.

Sera se movió al otro lado del carruaje más grande de Caleb, que felizmente le había prestado para llevarla a ella y a sus hermanas al campo.

Hacia Haven.

Había pospuesto el viaje durante varios días, imaginando, suponiendo, que él podría olvidar su acuerdo. Lo hubiera pospuesto más tiempo si hubiera podido, pero Haven le había avisado a la taberna que si no llegaba hoy, diez días después del inicio de sus vacaciones parlamentarias, iba a regresar a buscarla. Él mismo.

Había muchas cosas que Seraphina Bevingstoke había jurado no

volver a hacer nunca más, y ciertamente el hecho de ser avergonzada públicamente por un hombre, era la principal de ellas. Entonces fue a ver a Caleb e hizo arreglos para ausentarse del Gorrión durante varias semanas. Y luego hizo las maletas. Pero no antes de convocar refuerzos.

—¡Ay! —Su hermana del medio, Selesté, movió un codo —¡No hay espacio, Sesily!

Parecía que incluso el carruaje más grande que pudieron encontrar, ya no estaba hecho para un cómodo paseo. Incluso con las ventanas abiertas para aliviar el calor.

Sera suspiró.

—Tendremos que hacer espacio. Sesily tiene que entrar.

—Que se siente en el piso —sugirió Seline, la cuarta del quinteto, desde el banco opuesto del carruaje, agitando violentamente un abanico —Como cuando viajábamos con padre, ajustadas como cucarachas.

Sera se rió ante el recuerdo de su padre y de los viajes de su infancia.

Era improbable que cinco niñas y dos padres alguna vez se sintieran cómodos en un carruaje, pero lo habían logrado.

—Hay dos problemas con esa línea de pensamiento. En primer lugar, somos considerablemente más grandes de lo que éramos cuando alguien podía encajar razonablemente en el suelo. Y...

—¿Y el trasero de Sesily es considerablemente más grande de lo que era antes? —Intervino Selesté.

Todas se rieron cuando Sesily le guiñó un ojo y dijo:

—Raramente escucho quejas sobre el tamaño de mi trasero.

Punto para Sesily, pensó Sera. Ya que era, con mucho, la más voluptuosa de las cinco hermanas Talbot, y de lejos la más codiciada. Pero Sesily abrazaba el escándalo incluso más que el resto de las hermanas, hacía y decía lo que le gustaba y permanecía inalterable a causa de ello, y a pesar de eso indefectiblemente había hombres

babeando detrás de ella.

—Sin duda, la mitad masculina de Londres tiene miedo de sentarse contigo.

Siéntate allí —respondió Seleste, señalando entre Sophie y Seline.

—No. Sophie necesita espacio. Está aumentando de peso.

—Sabía que elegí bien el lugar —Seline se jactó de su asiento.

—¡No aumentará en las próximas dos horas! —Protestó Seleste, incluso mientras empujaba, presionando a Sera más cerca de la puerta.

—¡No lo sabemos!

Sera inhaló profundamente, intentando hacerse más pequeña, pero incluso mientras lo hacía, no podía encontrar incomodidad por el momento. Si había algo en el mundo que pudiera impedirle pensar en las próximas seis semanas de su vida, era el delirio constante de sus cuatro hermanas, ligeramente excéntricas, completamente enloquecedoras y absolutamente maravillosas.

Con un empujón final y provocando un gemido frustrado de Seleste, Sesily le dijo al lacayo:

—¡Cierra la puerta, William! ¡Rápidamente, antes de que explotemos aquí y causemos una escena!

—Oh, sí —dijo Seline, áspera como la arena —Nadie esperaría algo así de nosotras.

Una vez hecho esto, todos en el carruaje soltaron un largo suspiro y Seleste dijo:

—¿Es posible morir aplastado en dos horas?

—Oh por favor. Eres casi tan ancha como una rama —dijo Sesily — Es imposible aplastarte. ¡Muévete!

—Ya...está... ¡No...es...una...habitación! —Protestó Seleste.

Sesily suspiró.

—¿Necesito recordarte lo que sucede cuando no estoy cómoda en un carruaje?

Un gemido colectivo se elevó del resto de las ocupantes, y Sera se

rió.

—Esa era la segunda razón por la que no podía sentarse en el piso.

—Si vomitas sobre mí... Seleste le advirtió.

—Simplemente digo que harías bien en recordar que tu amabilidad podría modificar la dirección de la trayectoria. Y con Sophie esperando un niño... uno nunca sabe, tal vez podría sentir necesidad por mi propia y desafortunada proyección.

Seline arrugó la nariz y miró a Sophie.

—No te atrevas.

Sophie se encogió de hombros y con un brillo en sus ojos movió su abanico velozmente en el aire.

—Uno nunca sabe.

Seleste gimió.

—Recuérdame por qué todas estamos en este carruaje cuando todas tenemos maridos y carruajes propios.

Cuando Sophie, Seline y Sesily hablaron, fue al unísono.

—Por Sera.

Seleste asintió y suspiró.

—Las cosas que hacemos por las hermanas.

Sera miró hacia la ventana, incapaz de hablar por el nudo que se formó en su garganta ante las palabras. Se había ido por tres años. Se había ido sin decir palabra, sin detenerse para contarle a su familia, a quienes siempre había amado más allá de la razón, lo que había sucedido. Había enviado una nota a través de sus lágrimas desde los muelles de Bristol, diciéndoles solamente, que su bebé no había sobrevivido y que se iba a América.

Y una vez en Boston, no había escrito, demasiado temerosa de lo que podría sentir al apoyar la pluma en el papel. Dolor. Pesar. Arrepentimiento. Se había mantenido lejos, y ellos habían vivido sus vidas. Pero cuando regresó, no habían dudado. Habían reanudado su fiel devoción, como si nunca se hubiera ido.

Los había extrañado tanto. Dos matrimonios. Cuatro niños.

Cumpleaños, bailes, escándalos y tantas cosas que parecían a la vez menos importantes e infinitamente más trascendentes. Con el pecho apretado por la emoción, Sera inhaló bruscamente en el silencioso carruaje, nada más que las ruidosas ruedas sobre los adoquines, para tapar el sonido.

Sophie se inclinó hacia adelante, extendiendo la mano para colocarla sobre la suya en las faldas de Sera.

—Sera.

Sera negó con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras.

—No necesitas decir nada —dijo— Estamos a tu lado.

Sera miró a su hermana, la que recordaba haber sostenido de bebé.

Querida Sophie, que siempre había sido la más tranquila. La más modesta.

Fuera de lugar. Excepto que nunca fue tímida. Cuando llegó el momento de mostrar lealtad, fue Sophie quien siempre estuvo dispuesta a luchar.

Había sido Sophie quien había empujado a Haven directamente sobre su culo en un estanque lleno de peces cuando lo encontraron en el jardín de una fiesta con otra mujer. Creyendo que Sera lo había traicionado. Creyendo que ella había mentido, y no solo en omisión.

Había sido Sophie quien la había defendido, aun cuando no se había defendido a sí misma.

Esas acciones habían arruinado la reputación de Sophie rápidamente.

Una no golpeaba a un duque sin repercusiones, ni siquiera a un duque con el que estaba relacionado. Y aun así, su hermana no había dudado.

Y a decir verdad, la imagen de Haven hundido hasta la cintura en un estanque lleno de peces era bienvenida en las noches más oscuras de Sera.

Pero Sophie estaba equivocada. Tenía que hablar ahora. Solo para decir:

—Estoy muy feliz de estar... —Se detuvo, insegura del final de la oración.

Parecía posible que ella terminara con... en casa.

Ciertamente, una escena como esta, amontonada en un carruaje con sus hermanas, a quienes una vez había conocido mejor que a cualquier persona en el mundo, había sido estar en casa.

Pero las cosas habían cambiado.

Luego hubo un tiempo, fugaz y desastroso, en el que la casa había estado dondequiera que estuviera Haven.

Luego había tenido la esperanza de volver a casa, pero la había perdido junto con el niño que había estado tan lleno de promesas.

Ahora, la verdad, el hogar era algo extraño y efímero. ¿Era posible que nadie conociera honestamente su alcance?

No. El hogar no era lo que la hacía feliz en este momento.

Forzó una sonrisa. Miró a cada una de sus hermanas y dijo:

—...con ustedes.

Esa era la verdad. Incluso mientras avanzaban lentamente hacia Highley, donde uniría a su marido con otra mujer. Como si fuera una cosa perfectamente común para una esposa encontrar su reemplazo. Como si no le molestara que él claramente hubiera estado planeando reemplazarla todo el tiempo.

No es que debería importarle. Y no era así. Realmente no. Era solo orgullo.

Eso era todo.

Miró hacia la ventana otra vez.

—Así que... —Comenzó Sesily, y Sera se preparó para la pregunta, sabiendo que no había duda de que había pensado un diluvio de ellas. Y era justo, ¿no es así? Estaban allí, amontonadas en un carruaje sin prácticamente ninguna información sobre por qué y dónde, simplemente porque ella se los había pedido. Ciertamente merecían algunas respuestas.

Miró a Sesily, quien, por supuesto, fue la primera en saltar la

brecha.

Sesily nunca en su vida se había callado, sobre todo cuando había algo importante que decir.

—¿Sí?

—¿Caleb es muy guapo?

Hubo una silenciosa exclamación grupal, cuando la pregunta cayó en el carruaje, sorprendiéndolas a todas. Seleste sonrió.

—Entonces, ¿has terminado con los hombres de Inglaterra y prefieres América?

—No estoy pensando en considerar esa posibilidad.

—¡Madre se volverá loca si te casas con un americano! —dijo Sophie —

¿Recuerdas lo furiosa que estaba cuando Seline se casó con un criador de caballos?

—Primero... —llegó la respuesta exasperada de Seline —Mark no es cualquier criador de caballos. Es más rico que la mitad de la aristocracia.

—Lo que significa prácticamente nada —interrumpió Sesily — Todo el mundo sabe que la mitad de la aristocracia son pobres como ratones de la iglesia.

—Segundo... —Seline continuó —Madre sabe que no debe interponerse en otro matrimonio. No ha ido para nada bien en el pasado. Nos dirigimos al campo para asegurar el divorcio de Sera, por el amor de Dios. —Era difícil argumentar sobre eso —Lo que me lleva al tercer lugar, mi madre estará encantada más allá de las palabras al ver a Sesily casada con alguien. Incluso un cantinero... de América — Lo último fue dicho de la misma manera en que uno podría pronunciar una terrible enfermedad. Plaga. O lepra.

—No es un cantinero —dijo Sera, suavemente.

Sin embargo, todas escucharon, la amplia sonrisa de Sesily, que fue la única indicación de que estaban ansiosas por su aporte.

—Lo que me lleva de vuelta a la importante pregunta que tenemos

entre manos.

Seline habló al mismo tiempo.

—Propietario del pub, entonces.

—Preferimos taberna —dijo Sera.

Sophie se lanzó hacia adelante otra vez.

—Preferimos —Miró a las demás —Ella dijo preferimos.

—Pendejadas —dijo Sesily, alcanzando la ventana a un lado del carruaje y empujándola para abrirla todo lo que daba, desafortunadamente, no lo suficiente como para remover el aire interior —Supongo que la pregunta más importante no es si el señor Calhoun es guapo, sino si es reclamado.

Sera negó con la cabeza.

—Él no lo es.

—¿Guapo? —Bromeó Sesily Lástima.

—Reclamado —Sera se rió, disfrutando la sensación, rara y bienvenida —Es bastante guapo, de hecho.

Los ojos de Sesily se iluminaron.

—¡Excelente!

—¿Estás segura de que no es reclamado? —Preguntó Seline pensativa —No has...

Sera negó con la cabeza.

—No... no lo hice.

—¿En absoluto? —Dijo Seline, llena de incredulidad.

—En absoluto.

—Sabes que ninguna de nosotras te juzgaría si lo hubieras hecho —saltó Seleste.

—Por supuesto no. Pero con lo horrible que Haven debe haber... —dijo Seleste, cortándose antes de que pudiera terminar la frase, resultado de las miradas combinadas y asesinas de sus hermanas — No importa.

Excepto que no había sido horrible.

Ella no dijo las palabras. Odiaba que ellas incluso lo pensarán. Pero

en todos los años que había estado lejos de él, no había tenido un amante. Y pensar en él había sido el por qué.

—Bien —dijo Sesily —¿Es grande y brutal? ¿Del tamaño de Warnick? No deberías rechazar a alguien del tamaño de Warnick.

Los airados jadeos y risitas dentro del carruaje sacaron a Sera de sus pensamientos.

—¿El duque de Warnick? Si recordaba correctamente, el escocés había heredado un ducado años antes y nunca había ido a Londres — ¿Está en la sociedad ahora?

—Raramente. Él es el amigo más querido del King —dijo Sophie, refiriéndose a su esposo con un gesto de su mano —Y se ha casado con una de nuestras amigas más queridas. Conocerás a Lily muy pronto. Prometió que volverían a la ciudad en otoño.

—Oh —respondió Sera, incapaz de encontrar otras palabras. Odiaba que una persona hubiera entrado en sus vidas mientras ella se había ido. Fue un pensamiento tonto, por supuesto. Sin duda, docenas de personas habían hecho exactamente eso. Y además, ella tenía a Caleb, ¿no?

—La amarás —dijo Sesily —Todos lo hacen.

—Todos piensan que es un apropiado escándalo —dijo Seline, mirando a Sera —Ella posó desnuda para una pintura mientras estabas ausente. Puso en vergüenza a los dramas de Sesily.

—Bien. La amamos. Amamos a cualquier persona con un pasado escandaloso —Ella sonrió —Es por eso que nos gustas mucho, Sera. Ahora. Al punto. ¿Es muy grande?

Sera sonrió.

—Muy.

No es tan alto como Haven. Ella ignoró el pensamiento.

—Excelente.

—Y muy descarado. Odia a los ingleses.

Sesily sonrió.

—Entonces él odiará a Haven.

—Él ya lo hace —Hizo una pausa y luego agregó —Es un buen amigo.

Sesily la observó durante un largo momento.

—Te mereces uno de esos.

Ella no estaba segura de hacerlo, sinceramente.

—Todos nos llevaremos bien, entonces —dijo Sesily —¿Se unirá a nosotros?

—No —respondió Sera, demasiado rápido, casi revelando la mentira en la verdad. Caleb no se estaba uniendo a ellas. Debía quedarse en Londres para mantener al Gorrión en orden. Pero eso no significaba que Sera abandonara la taberna por completo —No, no lo hará.

—Sera, te creemos que no lo hará—Sesily ofreció un movimiento de la mano extremadamente claro, con pícaro doble sentido, provocando varias risas —

¿Pero es posible que... quieras?

Todas tan interesadas en sus hazañas sexuales. Y ninguna entendiendo que no tenía ninguna hazaña. Que no las quería. Nunca más.

—No, no es posible. Caleb no se nos unirá. Y eso es todo.

Una pausa nuevamente. Y luego, —¿Haven sabe que nos uniremos?

Sera vaciló, y el silencio se extendió por el carruaje.

—No... exactamente.

—Bien. Es eso, entonces —dijo Sophie, con total naturalidad —Me preguntaba por qué había estado tan dispuesto a abrirme las puertas su hogar.

Considerando...

Seline se rió.

—Considerando que la última vez que te vio, lo pusiste con el culo en un lago.

—Era un estanque —señaló Sophie, remilgadamente —Un

estanque cubierto.

—Oh sí. Eso es mucho mejor —dijo Seleste.

Sophie rechazó las bromas y miró a Sera.

—Entonces, ¿podríamos estar pegando la vuelta una vez que lleguemos allí?

—No voy a pasar un minuto más de lo necesario en este carruaje —gimió Sesily —Hace mucho calor y está horrible aquí.

Seleste se apretó más cerca de Sera.

—Oh no.

—Estoy empezando a sentirme mal —dijo Sesily.

—Ni siquiera tengo que mirar por la ventana para saber que dejamos la ciudad.

Es solo cuestión de tiempo antes de que Sesily arroje sus cuentas. Seleste se volvió hacia Sera.

—¿Alguien le dijo al conductor que se detenga para empujarla por la puerta?

—No eres tan insensible para eso, pero sí.

—¿Insensible? Ella es humana, adulta y no puede viajar en un carruaje sin estar enferma.

Sesily gimió, y Sera pensó que se veía un poco verde.

—No sé cómo tu conde te aguanta.

Seleste sonrió.

—Le gusta un desafío.

—No mires por la ventana, Sesily —pidió Sera.

—Ugggh.

—Con toda honestidad, Ses... —Sophie cambió el tema, buscando la canasta que Sesily había traído con ella —Si no hay pasteles, ¿qué hay en la cesta?

—No es comida.

Sophie suspiró.

—¿No desayunaste? —Dijo Seline.

—Yo sí. Pero seguramente ya es la hora del almuerzo.

—Son las nueve y media.

—Oh.

—Buen señor. Tu estado te está haciendo más hambrienta de lo normal, ¿verdad?

Sophie asintió, alcanzando la canasta.

—Comer por dos y todo eso. ¿Estás segura de que no hay tartas aquí? ¿Fruta?

¿Pan de molde? O... ¿Hay queso?

—Uuuughhh. No digas queso. No importa. Me miraré a mí misma.

Ignorando el gemido de Sesily, Sophie presionó el pestillo de la canasta. Sesily se sentó derecha.

—¡Espera! No...

Un aullido salvaje se levantó de la canasta, seguido inmediatamente por el chillido de sorpresa de Sophie cuando saltó hacia atrás y una enorme bola de pelo blanco se disparó sobre el regazo de Seleste, esta chilló también, sus brazos subieron para proteger su rostro, mientras el animal trepaba por su torso para llegar al respaldo del asiento, arqueando la espalda y aferrándose al estrecho espacio.

—¿Qué es? ¿Qué es? —Seleste cruzó el carruaje, se cubrió los ojos con una mano y se plantó entre Seline y Sophie, provocando un coro de desaprobación por parte del dúo que antes iba muy cómodo.

—Por el amor de Dios, Seleste —dijo Seline —Pará de gritar.

Seleste dejó de gritar.

Sophie encontró su voz.

—Eso no es queso.

El gato dejó escapar un gruñido bajo.

—Ahora nunca lo volveremos a meter en la canasta —gimió Sesily.

Sera comenzó a reír. La risa llegó larga y bienvenida, con grandes jadeos. Seline empezó después, y luego Sophie. Y pronto, el trío no pudo detenerse, el reflujo de la risa rápidamente superado por otro ascenso, y otro, hasta que perdieron el control total de sí mismas.

—¡No es gracioso! —Protestó Seleste —¡Esa cosa me atacó!

La cosa en cuestión siseó.

El carruaje disminuyó la velocidad y un golpecito llegó del techo.

—¿Chicas? ¿Está todo bien?

—¡Y ahora el cochero piensa que todas nos hemos vuelto locas!

Sera encontró el suficiente aliento como para gritar:

—¡Todo está bien, gracias! —Antes de que Seline y Sophie estallaran en carcajadas una vez más, llevándola consigo.

Cuando mermaron las risas una vez más, Sesily habló, una mano sobre sus ojos.

—Si no sintiera que mis entrañas pronto estarán fuera de mí, estoy segura de que encontraría todo este escenario terriblemente divertido.

Sera se tragó un hipo de risa. Las náuseas de Sesily no eran divertidas.

—Sesily —dijo ella, tratando de recobrar la calma —¿Por qué trajiste un... —ella sonrió, incapaz de detener la diversión —...gato?

—¿Por qué no? La gente trae animales al campo —dijo con un débil gesto de la mano.

—Por todos los santos —interrumpió Seleste —¡Animales como caballos! ¡O sabuesos! ¡No gatos!

—¿Por qué no gatos? —Preguntó Sesily.

—Porque no es como si pudieras ensillar un gato o salir a pasear con él por la tarde, o tirarle un palo para que te lo traiga. Son terriblemente antisociales.

—No Brummell —Todas parpadearon cuando el enorme gato blanco en cuestión maulló y golpeó su cabeza contra la barbilla de Sesily —Brummell es todo un encanto.

—Oh sí. Esa es la primera descripción que se me ocurrió.

Brummell entrecerró sus ojos amarillos hacia Seleste y maulló en lo que solo podía describirse como afrenta felina.

—¿Brummell?⁴ —dijo Sera.

—Bastante.

—Yo, por mi parte, creo que se enorgullece de su nombre —dijo Sophie.

—Gracias —dijo Sesily —Viendo que el resto de ustedes están emparejadas, pensé que era correcto que se me permitiera un caballero guapo, mi propio pretendiente —Hizo una pausa.

—Ninguna de nosotras está emparejada —señaló Selesté.

—No en este preciso momento, pero están prácticamente como tortolitos el resto del tiempo. Graznando como palomas.

—Las palomas gorjean —señaló Sophie.

—Lo que sea —Sesily agitó una mano —Perfectamente emparejadas. Como una maldita pintura al óleo.

—Suenan a una pintura terriblemente aburrida —dijo Seline.

—Suficiente. Sabes a lo que me refiero.

Y Sera sí lo sabía.

—No estoy emparejada como una paloma.

Sesily la miró.

—Entonces, ¿por qué nos dirigimos hacia tu marido?

—Porque me está obligando a ir allí.

—¿Tal como te obligó a regresar a Londres? ¿Tal como te obligó a asaltar el Parlamento y exigir el divorcio?

—Sesily —La amable advertencia de Sophie fue ignorada.

—¿Tal como te obligó a irte?

A la defensiva, Sera entrecerró su mirada en su hermana.

—¿Qué estás diciendo?

Por un momento, pareció que Sesily podría responder la pregunta con sinceridad. Como si pudiera decir todas las cosas que debería haber estado pensando. Que todas deberían estar pensando. En cambio, suspiró y recostó su cabeza contra el asiento. Brummell aprovechó ese momento para descender de su posición y sentarse en su regazo —Solo que parece que estás por pelear con un oso, Seraphina. ¿Por qué otra cosa armarse hasta los dientes?

—¿Cómo me he armado?

—¿De qué otra manera se arma una Peligrosa Talbot? —Esto, de Sophie —Con el resto de nosotras.

Así el humor desapareció inmediatamente, y Sera regresó al presente.

Al hecho de que no estaba simplemente dando un paseo de verano. Al hecho de que se dirigía al campo, al lugar que una vez había amado, tanto como a su dueño.

Al lugar donde ella se había perdido a sí misma. Del que se había ido ella misma. Del lugar de donde ella había huido, para comenzar de nuevo.

No de nuevo. Nuevamente.

—Y parece un gato —agregó Selesté.

Sera ignoró el intento de aligerar el estado de ánimo.

—Les debo a todas muchas respuestas.

Sophie negó con la cabeza.

—No nos debes nada. Pero si deseas decirnos lo que deseas, estamos aquí para ayudarte a obtenerlo.

Excepto que no podían darle lo que deseaba. No podían devolverle el pasado ni catapultarla hacia el futuro.

No podían restaurar lo que había perdido, ni regalarle lo único que podía imaginar que curaría sus heridas. O hacerle olvidar que alguna vez estuvo casada.

Irónicamente la única persona que podía hacer eso era su esposo. Por eso se dirigía hacia él. Para encontrar su reemplazo. Y obtener su divorcio.

Obtendría su libertad. Sería la dueña del Gorrión. Cantaría y viviría una nueva vida. Y seguiría adelante.

No negó que parecía algo más fácil con sus hermanas a su lado, debido a su lealtad. Y allí, en el cambiante y estruendoso carruaje, lleno de calor sofocante y un gato travieso, decidió contarles la verdad.

—No he estado con Caleb. —No sabía por qué había empezado por allí, pero parecía un punto importante —No he estado con nadie desde entonces...

Sus hermanas asintieron comprensivamente.

No comprendían, por supuesto. Pero ella apreciaba el esfuerzo.

—Bien —dijo Seleste —Una vez que hayas recibido tu divorcio, encontrarás otro hombre y construirás una vida. Marido, niños, todo el lote.

Ellas no sabían. Ese era el secreto que guardaba. Por lo que ella había huido y por lo que nunca olvidaría.

—Cuando me fui, el día que me fui... —Ella se apagó. Intentó de nuevo —No puedo tener más hijos.

El silencio en el carruaje era ensordecedor, y Sera lo odiaba. Odiaba que sus hermanas, a las que nunca parecían faltarle las palabras, parecieran no encontrarlas.

Levantó la vista, negándose a encogerse. Los ojos de Sophie brillaban.

La boca de Seleste estaba entreabierta, su sorpresa era clara. Incluso Seline, la menos emotiva de todas, parecía horrorizada por la confesión. Sera asintió.

—Ahora lo saben. Mi futuro, no es una familia —Sin embargo, reinó el silencio.

Sera miró a Sesily, queriendo la confrontación que solo su hermana podía darle —Bueno Ses ¿ni siquiera puedes encontrar algo que decir?

Sesily se encontró con su mirada sin dudarlo.

—No merecías nada de eso.

Cinco palabras, que de alguna manera nadie le había dicho. Sera nunca las había pensado siquiera. Y ahora, allí estaban, como una herida perfecta, bienvenida, robando su aliento. Apretó los labios, recuperando la compostura.

—Nadie lo merece.

Sesily asintió.

—Dios sabe que es verdad. Pero no lo hiciste. Y creo que deberías saberlo.

Sin una respuesta, Sera miró por la ventana, sorprendida, de alguna manera, al ver las chimeneas de Highley asomando por el horizonte.

—Estamos casi allí.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

La última vez que había estado en un carruaje acercándose a Highley, apenas había notado la casa, la forma en que se alzaba imponente, en su majestuosa magnificencia hablando de la venerabilidad del ducado al que pertenecía. Era enorme, una inmensa casa con terrenos que se extendían a lo largo de cientos de acres de exuberante vegetación.

Diseñada para impresionar. Intimidar. Para separar a los que tienen de los que no tienen. Ella de inmediato la odió y la amó, porque era este lugar el que había engendrado a su marido, como si no hubiera nacido del hombre, sino de la mansión.

Cuando ella había visto a Malcolm aquí sonreír, se había sentido más poderosa que en cualquier otro momento de su vida.

Tocó con sus dedos la ventana, inclinándose hacia ella, imaginando que así podría captar el dulce aroma de la tierra de más allá. Imaginando que podría atrapar el pasado y el futuro que prometía.

Sacudió la cabeza.

Ese futuro no fue posible. Pero eso no significaba que uno nuevo no lo fuera.

Uno nuevo, donde fuera libre. Donde solo se preocupara por ella misma. Donde tendría éxito por su propio mérito y no por el capricho de su aristocrático esposo.

No importaba lo diferente que pareciera. Y él parecía diferente, aunque no podía decir cómo.

Suponía que también ella era diferente.

Lo suficientemente diferente como para saber que deberá mantener el rumbo.

El carruaje redujo la marcha para recorrer el camino de kilómetros de largo, oscilando poderosamente en el terreno menos transitado, y Sera volvió su atención a sus hermanas, cada una mirándola, una reunión de soldados con corsés y enaguas. En espera de sus órdenes.

Miró de una a otra, cada una orgullosa y preparada. No pudo evitar sonreír.

—Va a estar lívido cuando todas nos apeemos.

—Bien —dijo Sophie, y Sera se maravilló de su fuerte y orgullosa hermana menor. Por la forma en que había crecido y florecido — Raramente he hecho agradable la vida del Duque de Haven, y no pretendo comenzar ahora. Es una gran deuda que pagar.

La casa surgió a su vista y al instante se dio cuenta de que él estaba parado solo en la parte superior de los escalones que conducían a la entrada principal. Se puso rígida, y Sophie miró por la ventana.

—Buen señor. ¿Te está esperando?

—Sin dudas tenía miedo de que no atendiera a su llamado.

—Es horrible —dijo Seline.

—Todavía hay tiempo para que demos vuelta el carruaje —ofreció Selesté.

Por un momento, Sera lo consideró.

—¿Crees que ha estado allí toda la mañana? —preguntó Sophie.

—Posiblemente —gimió Sesily —Sin duda ha hecho algún trato con el diablo para una resistencia infinita.

Seraphina podría haber pensado en agradecer al cielo por sus leales hermanas, cada una más dispuesta a ensartar a Haven que la anterior. Pero, en cambio, estaba paralizada por el hombre.

Parecía razonable que hubiera estado parado en las escaleras toda la mañana, quieto y fuerte, perfectamente vestido con un abrigo, un pantalón impecable y botas pulidas hasta el brillo de un espejo, como si pudiera permanecer felizmente allí hasta el anochecer... Más

tiempo, si era necesario.

Sera odiaba lo tranquilo que parecía, como si fuera perfectamente normal que un duque se demorara en la entrada de su propiedad, esperando a sus invitados.

Invitados no.

Su esposa.

La dueña de la casa.

Hubo un tiempo en que había esperado allí por una razón diferente.

Porque no podía soportar otro minuto sin ella.

No pudo evitar la pequeña carcajada que surgió al pensarlo.

El carruaje entró en el camino redondo, y su mirada encontró la suya a través de la pequeña ventana moteada. Ella resistió el instinto de apartar la mirada. Cuando se detuvo, él se adelantó y Sera frunció el ceño. ¿Cuál era su juego? ¿Dónde estaba el lacayo de librea necesario para escabullirse y abrir la puerta con un florecimiento aristocrático? El Haven que había conocido nunca habría soñado haciendo el trabajo de un sirviente.

No es verdad. Había realizado esta tarea exacta una vez antes.

Sus cejas se levantaron interrogativas, y levantó una ceja insolente, como diciendo: ¿Te atreves a cuestionarme?

Ella cambió de parecer. Este hombre no era tan diferente del Haven que había conocido. No podía esperar a ver su respuesta cuando se abriera la puerta y se encontrara con las cinco Sucias Talbot. No. Él nunca las había llamado así. Siempre las había llamado con el otro nombre. El peor. Las peligrosas Talbot.

— ¿Sera? — Preguntó Sesily.

— ¿Hmm? — Ella no apartó la mirada de él. No pudo. Siempre fue más guapo en el campo, maldita sea.

No le gustaba perder el equilibrio. No le gustó la sensación de que todo esto iba a ir muy mal.

— ¿A Haven le gustan los gatos?

Miró a Sesily, sentada al borde de su asiento, con Brummell en brazos, como si estuviera preparada para la batalla. Sesily solía ser la primera en la refriega, incluso cuando tenía las agallas verdes.

—No lo sé. Pero lo dudo.

—Excelente —dijo ella.

Haven abrió la puerta, y Sesily voló del carruaje, empujando al gato aterrorizado en sus brazos.

—¡Sostén esto!

Sorprendentemente, lo hizo, de alguna manera controlando su propia conmoción, ya que no pudo controlar al animal, que de inmediato se volvió loco, siseando, arañando y agitándose para ser libre.

Todo mientras Sesily derramaba sus cuentas sobre las botas perfectamente pulidas del duque.

La mano de Sera voló a su boca, como tratando de capturar su asombrado grito de asombro. Como si pudiera esconder el placer que la atravesaba. Pero no pudo.

Él levantó la cabeza al oír el sonido, la miró a los ojos, a la vez furioso y conmocionado más allá de las palabras. Sera bajó su mano, revelando su amplia sonrisa, al darse cuenta de que todo, de hecho, había ido en forma terrible.

Para él.

10. Las Peligrosas Talbot derrotan al duque

Abril de 1833

Tres años, cuatro meses antes

Highley Manor

Malcolm no podía creer su buena suerte.

Ella había venido. Él le había pedido que viniera, y ella lo había hecho.

Saltó hacia el carruaje, haciendo caso omiso del frío viento de abril, y mirando al cochero mientras éste abría la puerta y bajaba los escalones.

—No te siguieron, ¿o sí?

Si la hubieran seguido, estaría arruinada. Y él no la deseaba arruinada.

Él solo le deseaba a ella. En privado. No había privacidad en una temporada en Londres.

—No, Su Gracia —dijo el conductor, su tono apenas ofendido — Seguí sus instrucciones al pie de la letra.

Haven ya estaba mirando hacia el carruaje, respirando con dificultad cuando aparecieron las faldas, una profunda mora roja, el color del deseo. Y pecado. Y amor. El color del amor.

Tomó sus manos, enguantadas en el mismo color perverso, desapareciendo bajo una capa de viaje gris perfectamente ajustada, abotonada hasta el cuello con total propiedad. Odiaba ese abrigo, y juró eliminarlo tan pronto como estuviera dentro de la casa. Tan pronto como estuviera en tierra firme, en su terreno.

Tan pronto como le pidiera que se casara con él.

Ella le sonrió.

—Espero que entiendas lo mucho que confío en ti, Su Gracia. Algunos podrían decir que aceptar un viaje en carruaje de una hora a Dios sabe dónde, sola, es una idea terrible.

Él levantó su mano enguantada hacia sus labios, deseando que la tela se hubiera ido. Deseando su cálida piel contra la suya. Pronto.

—Tu confianza es valorada sin medida, mi lady.

Su mirada se deslizó más allá de él hacia la casa solariega.

—Esta es una cabaña impresionante.

No se volvió para mirar la enorme estructura, de frías piedras y de cientos de años, que habían visto generaciones de duques antes que él. Bajó la voz en un susurro, apenas reconociéndose cuando dijo:

—Ojalá fuera una cabaña.

Sus ojos se iluminaron con placer burlón.

—¿Entonces qué? ¿Tú, un humilde pastor? ¿Y yo, una lechera de mejillas sonrosadas?

Colocando su mano en el hueco de su brazo, la guió por los escalones de piedra y por la enorme entrada, sin sirvientes. Les había dado el día libre, y también se lo había tomado él mismo. Hoy no tendría que jugar al duque. No con Seraphina.

Él le dijo bajo en su oído.

—¿Es eso lo que quieres?

Lo miró y dijo:

—Pastor, leñador, carnicero, cazador de ratas. Lo que sea que elijas, eso es lo que me gustaría.

Él le creyó. ¿Hubo alguna vez alguien que lo hubiera querido por ser él, y no por su título? Ninguna de las mujeres que lo persiguieron en bailes por Londres... ninguno de los hombres que se inclinaron por su amistad y su respaldo financiero... ni siquiera su madre.

De hecho, su madre solo había querido el título. El niño requerido para asegurarlo había sido un lado inconsecuente.

Pero Seraphina, ella lo quería a él. No al título La guió a su estudio privado, la única habitación de la casa donde se sentía realmente

cómodo, donde ardía un fuego en el hogar.

—¿Cazador de ratas? —Preguntó, girándola para mirarla cuando la puerta se cerró tras ellos, su cercanía lo relajó, calentándolo.

Ella sonrió.

—Pueden ser terriblemente útiles.

—¿Y qué hay de ti? —la atrajo hacia sí.

Sus manos subieron, alrededor de su cuello, sus dedos se deslizaron en su cabello, y luchó contra el impulso de cerrar los ojos y disfrutar del contacto.

—¿Qué te gustaría que fuera? —le preguntó, sus hermosos ojos azules se encontraron con los suyos, mirándolo.

No quería una versión de fantasía de ella. No la necesitaba. Era la fantasía.

Con el corazón palpitando, sacudió la cabeza.

—Lo que quieras ser —susurró —Lo que te haga feliz.

—Una costurera entonces —susurró, su mirada cayendo sobre el tejido de su abrigo, deslizando una mano hacia abajo para acariciar la tela —Reparando la ropa a la luz de las velas, cantando en la ventana, esperando que llegues a casa.

Él quería esa vida. Cambiaría todo por eso. Por cualquier vida que ella le diera. Pero no tendría que hacerlo.

—¿Qué cantarías?

Ella sonrió. Entonces, Dios lo ayude, ella cantó. Como el cielo —<Aquí yace el corazón, la sonrisa y el amor, aquí yace el lobo, el ángel y la paloma. Dejó de soñar y dejó de lado los juguetes, y nació ese día, en el corazón de un niño.>

Él la atrajo, incapaz de hacer otra cosa. Incapaz de mirar a otro lado sino a sus hermosos ojos azules, incapaz de pensar en nada más que en el sonido de su voz. En su olor. En la sensación de estar con ella.

—No estaba al tanto de que sabías cantar.

Ella se sonrojó.

—Se requiere que todas las señoritas bien educadas lo hagan.

Pero así no. Sus brazos se apretaron alrededor de ella.

—Pero no eres una dama. Eres una costurera en la ventana. Con la voz más hermosa que jamás haya escuchado.

Ella suspiró ante la idea.

—Solo en mis sueños.

Sacudió la cabeza.

—Prueba otro sueño.

Ella se rió, el sonido lo llenó de luz, como siempre lo hacía.

—Parece que Soy una tonta en este juego.

—No —dijo, poniendo la mano en su barbilla e inclinando su rostro hacia él.

—Eres bastante buena. Pero tengo un mejor cuadro para imaginar.

Sus cejas se levantaron.

—¿Ah, sí?

—Que eres una duquesa —Sus ojos se abrieron de par en par al oír las palabras, y vio el deseo allí. No por el título. Por él.

Ella lo quería a él.

Entonces continuó.

—Eres perfecta y tan fuera de mi alcance que ni siquiera puedo mirarte. —Él la miraba, por supuesto —Ni siquiera debería pensar en ti —El rubor volvió, y él pasó su pulgar por la piel rosada de sus mejillas —Ciertamente no debería tocarte —Sus labios se separaron, y no pudo resistirse a inclinarse, más cerca, agradeciendo al cielo que estuvieran solos —Definitivamente no debería besarte.

—Tonterías —dijo, poniéndose de puntillas —¿De qué sirve ser duquesa si no puedo insistir en que me beses? —cerró la distancia entre ellos, y él gimió de placer al entregarse a esa boca suave, dulce y perfecta, con sabor a menta.

Siempre sabía a menta, como si estuviera constantemente preparándose para él.

Pasó la lengua por sus labios, hurgando en su boca, deslizándose

acariciándola y saboreándola hasta el momento que ella se entregó a él, a la ilicitud del acto. Y entonces ella estaba emparejándolo, golpe por golpe, sus manos sujetaron su capa, logrando rápidamente empujarla sobre sus hombros y por sus brazos. Ella no dudó en ayudarlo, y lo consideró algo así como un milagro hasta que se apartó, dejándolos jadeando.

Ella parpadeó.

— ¿Malcolm?

Cerró los ojos ante el nombre, ante el placer que se desató a través de él cuando lo dijo. Sacudió su cabeza.

— No tenía intención de esto...

Ella sonrió.

— Yo sí.

Las palabras audaces y descaradas fueron demasiado. ¿Quién era esta mujer? ¿Cómo es que era tan valiente? ¿Tan segura? ¿Cómo lo controlaba tan bien? ¿Cómo lo quería tanto?

Y luego ella susurró:

— No tenemos mucho tiempo.

Ella tenía razón. Tenía que regresar a Londres en pocas horas. La había traído aquí para tener un momento a solas, sin miradas indiscretas y chismes ruidosos. No para comprometerla, sino para preguntarle a ella.

Debería haber ido con su padre. Y preguntarle correctamente. Él era un duque, maldición. Había un proceso para pedir una mano en matrimonio.

Pero no quería a otros en esto. Él quería preguntarle solo a ella. Solo su respuesta, honesta, no por títulos, negocios, finanzas, tierras o porque su padre lo decretara. Sin importar lo que el anciano quisiera. Solo importaba lo que ella quisiera. Lo que ella eligiera.

Y lo estaba eligiendo a él. Era la única persona que verdaderamente lo había elegido realmente.

Habría tiempo suficiente para preguntarle a su padre. Él no diría

que no. Nadie rechazaría un ducado.

Pero, ¿y si ella lo hacía?

Su corazón latió con fuerza, incluso mientras sonreía, curiosa, y extendía la mano hacia él, una mano con guantes rojos deslizándose por su brazo, dejando fuego a su paso.

—¿Malcolm?

Él capturó esa mano.

—¿Qué le dijiste a tu madre? ¿A tus hermanas? ¿Cómo escapaste de ellos?

Más tarde, su vacilación lo consumiría. Pero en el momento, apenas lo notó.

—Les dije que estaba visitando a un amigo enfermo. Que volvería por la tarde.

El asintió. La excusa, no era perfecta, pero tampoco era horrenda. Les compraba una hora o dos, tal vez. Tiempo suficiente para que le preguntara.

Tiempo suficiente para que ella le dijera que sí.

Ahora, ¿qué pasaba si ella no decía que sí?

Se pasó una mano por el pelo, repentinamente inquieto. La duda no era una emoción con la que estuviera familiarizado.

—Nunca has estado en mi casa —dijo ella, alejándolo de sus pensamientos.

—Yo... —se detuvo, sin saber qué decir.

Ella sacudió su cabeza.

—No importa.

Mal, tuvo la clara impresión de que sí importaba. No quería sentarse en un sofá incómodo y sufrir las sonrisas y las miradas de su madre y hermanas, las que lo veían como nada más que un título. Las que sufría cada vez que estaba en público: un duque soltero, como un toro en el mercado. Se encontró con los ojos de Sera y le dijo la verdad.

—Soy demasiado codicioso contigo —dijo —te quiero a ti, solo para mí. Quiero ser tuyo, solamente.

Una pausa, silenciosa y pensativa mientras lo consideraba. Sentía como si pudiera ver dentro de él. Ella respiró hondo, soltándolo, como si hubiera tomado una decisión.

Y lo hizo.

—Bueno —dijo suave y seriamente —Estoy aquí. Sin chaperona. De acuerdo a lo pedido.

Él no tenía derecho a hacer ese pedido. Ella nunca debería haber estado de acuerdo. Pero ella lo deseaba tanto como él la deseaba. Él lo veía cada vez que la miraba a los ojos, cada vez que atrapaba su mirada a través de un salón de baile con cientos de personas separándolos.

Él ahora lo sabía, mientras ella buscaba su cara con su mano libre, la cabritilla allí bloqueando su toque, haciéndole desear no estar usando los guantes.

—Soy tuya —susurró —Pastor, duque, cazador de ratas... —Ella sacudió la cabeza con una sonrisa —Lo que quieras.

Él bajó su frente hasta la de ella.

—Soy tuyo para hacer conmigo lo que desees —susurró.

Su aliento llegó en una marea de placer.

Ella diría que sí.

Pero si le hacía el amor, tendría que decir que sí.

Y luego sus labios estaban sobre los de ella, y ella era suya. En sus brazos, sus dedos manipulando las ataduras de su corpiño, haciendo espacio para su toque, deleitándose con los pequeños suspiros y jadeos que le ofrecía, cada uno otro regalo, solo para él. Privado.

Cristo, amaba la privacidad de esto. La idea de que nadie sabía que ella era suya. Que nadie imaginaba este momento. Que incluso después de hoy, cuando todo el mundo supiera que se casarían, esta tarde era solo para ellos. Compartido con nadie.

Y entonces su corpiño estaba abierto, y estaba desnuda para él, y sus dedos, esos malditos dedos enguantados, lo guiaban, y él estaba saboreando su piel tibia y suave, su nombre en sus labios como una

plegaria.

Así era como sería para siempre.

Sin títulos. Sin exigencias. Nada más que ellos, juntos.

Feliz. Querido.

Amado Deslizó su mano hasta el dobladillo de sus faldas, alcanzando y encontrando la piel abajo increíblemente suave de su pierna. No estaba usando medias. Era magnífica. Pasó los dientes por la piel de su pecho, sabiendo, de alguna manera, que eso la prendería en llamas. Su jadeo lo puso en movimiento, moviéndose más abajo, incluso cuando sus faldas se deslizaron hacia arriba, sus muslos se abrieron sin vacilar, como si supiera lo que él había planeado.

Como si lo quisiera, aún más de lo que él quería dárselo.

Y ella lo hacía. Él lo sabía, se deleitaba mientras se arqueaba, ofreciéndose a él, rindiéndose ante él. Y la tomó sin dudarlo. Sin culpa ni vergüenza.

Estaba aquí, estaban solos, esto era para ellos y para nadie más. No a sus padres, que sin duda celebrarían su matrimonio con el mundo, ni a los chismes, que seguirían de inmediato cada uno de sus movimientos.

Nadie sabría lo que ella le permitió probar esa tarde, en su estudio privado, con nada más que las paredes para presenciarlo.

Nadie sabía lo que ella le permitió tocar.

Lo que ella le permitió tomar.

Nadie escuchó su pequeña exclamación de dolor, los suspiros de placer que surgieron después, la forma en que se desmoronó un latido del corazón antes de que él la siguiera, encendiéndose de placer con su amor secreto y perfecto.

Justo por eso no oyó abrir la puerta del estudio.

Justo por eso no escuchó los asombrados murmullos de las mujeres reunidas más allá.

Justo por eso no se dio cuenta de lo que había sucedido, hasta que Seraphina se puso rígida bajo su toque, alejándolo de él, trepando

hacia atrás, tratando infructuosamente de cubrirse.

Hasta que la condesa de Wight ladró una horrorizada — ¡Seraphina! —seguida de un — ¡Bruto! ¡Quita tus manos de su persona inmediatamente!

Lo que él hizo, instantáneamente.

Todavía no sabía que era la última vez que la tocaría con total confianza.

Todavía no entendiendo el alcance completo de la situación.

—Mi lady —dijo, recogiendo inmediatamente su abrigo para cubrir a Seraphina, para protegerla. Sera primero. Siempre.

—Usted no entiende.

—Entiendo que es un sinvergüenza, Haven. El peor tipo de canalla.

—No del peor tipo —dijo —Tengo la intención de casarme con su hija.

Incluso con los eventos desastrosos de la tarde, las palabras lo aligeraron. La condesa insolente, seguramente se calmaría una vez que escuchara eso. No era la circunstancia más ideal, y él y Sera probablemente no podrían verse en privado hasta el día de su boda, pero se reirían de esto en los próximos años, a altas horas de la noche, mientras un torrente de niños dormiría en las recámaras del piso de arriba. Miró a Sera.

—Nos casaremos.

Sin embargo, no había felicidad en sus ojos.

Había algo más. Algo como...

Culpa.

La confusión apareció y echó un vistazo por la habitación, sorprendido de encontrar a otra mujer allí, en la entrada. Otro par de ojos, llenos de ira y omnipresente desdén.

Su madre. Su madre, quien debería haber estado en Londres.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó

Ella no respondió, pero Haven no necesitaba escucharla. Él sabía.

Cuando miró a la condesa de Wight, se lo confirmó. No hubo arrepentimiento en los ojos de la mujer. Sin culpa. Sin enojo.

Solo certeza.

No le tomó mucho tiempo juntar todas las piezas: era la historia más antigua que había. La condesa había reunido a su madre y había seguido a su hija hasta Highley. No por un instinto maternal preocupada por el peligro en que podría estar, sino porque sabía lo que estaba por venir.

Porque ellas habían conspirado para atraparlo.

—No —Miró a Seraphina. A la mujer que amaba. La indujo a negarlo —¿No?

Se resistió a la verdad incluso cuando sabía que era verdad.

Y luego ella asintió, y se estrelló todo a su alrededor.

Él no era el cazador de ratas.

Él era la rata.

11. Todas las Talbot juntas; ¡Haven horrorizado!

29 de agosto de 1836

Highley Manor

Debería haber sabido que ella traería refuerzos.

Debería haber imaginado que traería a alguna de sus hermanas. Pero no se le había ocurrido que las traería a todas.

Lo hizo, sin embargo, y eran refuerzos de primer orden, ya que no había cuatro personas en el mundo que lo odiaran más que sus cuñadas.

Más tarde, cuando recobrará el juicio, no podría culparla. Después de todo, este era el lugar que él le había prometido como que sería su santuario.

El lugar que debería haber sido su hogar, donde su familia no solo sería bienvenida, sino que crecería. Y, en cambio, era un lugar que la había dejado con nada más que dolor e ira. Un lugar del cual ella había huido.

Los refuerzos deben haberse sentido necesarios.

Él lo entendería en un momento. Pero en ese momento, Haven no estaba contento. Y eso era antes de que la más escandalosa de ellas, depositara lo que parecía ser un gato salvaje, en sus brazos y rápidamente vomitara sobre sus botas.

Le gustaba pensar que era un hombre inteligente, pero no tenía ni una sola idea de cómo proceder en este curso preciso de los acontecimientos, excepto mirar a las cuatro mujeres que permanecían en el carruaje, cada una obviamente resistiendo el impulso de reírse.

Corrección. Tres se resistían al impulso de reírse.

Su esposa se estaba riendo. Con lo que parecía ser un inmenso

placer, y maldito si no le encantaba aquel sonido, uno de sus favoritos. Incluso no le importaba la situación que lo inspiró.

Haven ajustó su agarre sobre el animal salvaje que estaba en sus brazos, colocando una mano con firme control sobre el lomo de la bestia que se retorció deseando arañarlo.

—Basta, bestia —dijo, enviando un silencioso "Vamos, gato, al menos déjame demostrar, que puedo manejar a cualquier felino".

Sorprendente y afortunadamente, el mudo mensaje en cuestión, fue atendido por el exasperante animal, lo que permitió a Haven volverse hacia la dueña del mismo y decir:

—¿Puedo ser de alguna ayuda, Lady Sesily?

Sesily se enderezó y lo fulminó con una fría mirada.

—Un caballero decente ya habría ofrecido su pañuelo.

A ella nunca le había agradado. A ninguna de ellas en realidad.

No es que mereciera su agrado.

—No quisiera darte razones para encontrarme en falta, pero... — No había mucho que pudiera hacer con una bestia salvaje en sus brazos.

—No tienes que preocuparte, Haven —dijo Sesily, su espíritu claramente restaurado —Te encuentro inmensamente provisto de ellas, sin ningún motivo adicional.

Él parpadeó.

—Me alegra ver que te sientes mucho mejor.

—Saber que arruiné tus botas ayuda mucho.

—Veo que sigues tan encantadora como siempre, —dijo secamente, levantando al animal en sus brazos —mucho más que tus gatos.

El gato protestó con un poderoso alarido.

Tanto para los dioses felinos.

Sesily alcanzó al animal.

—Solo un monstruo castigaría a un gato por una infracción inevitable del dueño.

—Oh, por el amor de Dios —dijo —no castigaré al maldito gato. Si me lo quitas, te buscaré un pañuelo.

—No. Nadie tomará al gato. El gato volverá a su canasta hasta que Sesily tenga una habitación —Sera bajó del carruaje, con el cesto en la mano, yendo directamente hacia ellos —Y un baño.

En ese momento las otras mujeres parecían desvanecerse, enanas y disminuidas ante Seraphina, alta y hermosa, con sus ojos azules claros y tranquilos incluso cuando sabía que debía estar pensando en todas las cosas que odiaba de este lugar. Se veía absolutamente perfecta, incluso con la transpiración que cubría el puente de su nariz y la amplia extensión de piel sobre el corpiño de su vestido.

No es que él notara la piel allí. La pendiente de sus pechos.

Simplemente se daba cuenta de que en el carruaje debía de hacer calor, por la forma en que se ruborizaba y transpiraba sobre la tela gris jaspeada del vestido. Era casi demasiado apretado para ella. Tal vez debería quitárselo.

Para su propia comodidad.

Se aclaró la garganta.

—Su gracia.

Haven tragó bruscamente, y su mirada inmediatamente se dirigió a la de ella, que parecía estar esperando que él actuara. ¿Ella había dicho algo? Él abrió la boca, dispuesto a decir algo. Pero lo que le salió fue, —Er —Lo cual no era una palabra en absoluto.

Un rubor rosado y perfecto subió hasta su rostro.

Carraspeó de nuevo, pero se negó a hablar y, por lo tanto, se hizo el tonto. El silencio no puede ser criticado.

La hermana menor de las Talbot, Sophie, rió desde su lugar a varios metros de distancia. Ella siempre había sido considerada la más tranquila. Eso había sido hasta hace tres años, cuando lo tiró al fondo de un estanque de peces y arruinó sus mejores botas. Después de eso, había encontrado un bastardo de marido y su propia voz, que no dudó en usar en ese momento.

— ¿Tal vez el gato tiene su lengua?

Un lado de la boca de Sera se crispó.

— Una mujer puede soñar.

Sus cejas se juntaron.

— ¿Qué deseas?

Sus labios rojos se curvaron.

— El gato, Haven — Le extendió la canasta abierta — Quiero el gato.

Por supuesto que sí. Ella había dicho eso.

Milagrosamente, el animal aceptó su encarcelamiento sin discusión, después de lo cual Haven extrajo su pañuelo y se lo ofreció a Sesily, quien lo tomó sin vacilación. Fue solo entonces, cuando el silencio cayó en el lapso de uno o dos latidos del corazón, que Haven se dio cuenta de que sus mejores planes habían sido totalmente desperdiciados.

Sera pareció notar también.

— ¿Dónde están?

Él fingió ignorancia.

— ¿Quiénes?

Frunció el ceño.

— Las chicas, Haven. ¿Dónde están mis reemplazos?

Como si pudiera ser reemplazada alguna vez. Ignoró la idea.

— Es una suerte que no estén aquí, teniendo en cuenta que vamos a tener que encontrar cuatro dormitorios adicionales para las huéspedes inesperadas de hoy. ¿Cuánto tiempo se quedarán?

— ¿Dónde está tu amor fraternal, Duque? — Preguntó la que estaba casada con Earl Clare.

Ignoró la pregunta.

— ¿Cuánto tiempo, Seraphina?

Ella sonrió, toda serenidad, y le dio unas palmaditas en la mejilla.

— Hay treinta habitaciones en esta monstruosidad de casa — se burló — Creo que podrás encontrar espacio para la familia.

— ¿Monstruosidad?

—Nadie necesita un hogar tan grande —Las palabras estaban llenas de distracción mientras miraba un árbol viejo y macizo, cargado de verano. Un solo cuervo estaba sentado en una rama baja, y parecía que Sera estaba mirando al pájaro negro.

—Hubo un momento en que te gustó —dijo.

Entonces ella lo miró y dijo en voz baja:

—Ya no —Por supuesto que ya no. Él era un idiota por hacerla venir aquí. Para hacerla recordar todo lo que habían perdido. Ella continuó, sin darse cuenta del alboroto de sus pensamientos —¿Estás diciendo que no tienes habitaciones?

—Por supuesto que tenemos habitaciones —Se giró y comenzó a subir las escaleras, repentinamente consciente de que la última vez que Sera había estado allí, lo había dejado. Y él se lo merecía. Resistió el impulso de volver y tomarla. Para evitar una repetición de los eventos del pasado.

—¿Dónde están? —Sera repitió su pregunta y lo siguió hasta la entrada principal, flanqueada por sus hermanas, cada una más salvaje y más fuerte que la otra, y sus planes para la noche fueron repentinamente escandalosos.

Equivocados. Imposibles —¿Por qué me convocaste aquí con tanta insistencia?

¿Y si le dijera la verdad?

—¿Están aquí?

¿Qué pasaría si él le dijera que esperaba que ella viniera sola?

—¿Escondidas?

¿Qué pasaría si le dijera que había planeado reconquistarla?

—¿Y por qué no hay personal? —Se volvió para mirarla, preparado para decirle la verdad, pero cuando la miró a los ojos, vio que ella ya sabía la verdad —¿Dónde está el personal?

—Les di la tarde libre —dijo, inyectando las palabras con suficiente fuerza ducal para inhibir cualquier otra pregunta.

No recordó que las hermanas Talbot nunca habían sido

intimidadas por la fuerza ducal. Cinco pares de ojos concedores se clavaron en él, desnudándolo.

—¿Por qué? —Dijo Lady Sesily, con el pañuelo todavía en los labios.

Malcolm ignoró la pregunta y desvió la mirada hacia el cuervo en el árbol, que ya no estaba solo. Todavía había pájaros negros allí, que parecían mirarlo. Enderezó los hombros, canalizó su línea ducal y, concentrado, volvió su atención a Seraphina.

Error.

La mirada de su esposa era estrecha y sabia.

—¿Dónde están las chicas? —Fue su tono el que no aceptó ningún rechazo al final, toda una duquesa, irónicamente.

—Llegan en tres días —La casa estaba preparada, cada cama hecha, cada comida planeada.

Ella asintió, y él pudo ver la pregunta en sus ojos, la que contenía. ¿Por qué estamos solos?

Se preguntó por un momento qué podría decir si respondía con sinceridad. Si él le decía la verdad que todos parecían sospechar ya. Si él decía: Porque te quería solo para mí. Porque quería deshacer todo.

Parecía un plan ridículo ahora.

En cambio, encontró una respuesta en el momento, una invención que, una vez pronunciada en voz alta, afortunadamente parecía legítima.

—Nuestro acuerdo fue que harías de anfitriona y casamentera, ¿no? Con eso en mente, ¿no deberías estar aquí por adelantado? ¿Para hacer lo que sea que hacen las anfitrionas y las casamenteras?

Malcolm estaba orgulloso del tono desdeñoso que de alguna manera había reunido, un tono que parecía irritar a sus cuñadas incluso cuando su esposa permanecía inmóvil.

—Esto es una locura, Haven, lo entiendes, ¿no? —Dijo Sesily.

—Tenerla aquí, solo pondrá a las otras chicas con los pelos de punta —habló la Marquesa de Eversley.

—Nadie se ha sentido cómodo con las hermanas Talbot, y eso fue antes de que una de nosotras se hubiera casado con su posible pretendiente —Esto, fue de la esposa de Mark Landry. O tal vez de la condesa de Clare. Él nunca podría distinguirlas.

—Buen señor. Incluso decir eso en voz alta suena a locura —dijo la otra. Había olvidado qué urracas parlanchinas podían ser sus cuñadas. Pero cualquiera que haya dicho eso último no estaba equivocada. Todo el plan estaba arruinado.

No miró a las mujeres reunidas, sino que se concentró por completo en su esposa, que lo observó durante un largo momento antes de decir:

—Bueno, entonces. Me imagino que hay mucho que hacer.

Seraphina se levantó la falda con una mano y, agarrando la canasta del gato en la otra, con la misma gracia que si llevara un cetro, subió los escalones de la casa de la que era señora. Él permaneció en el camino, mirándola, paralizado por sus movimientos fluidos y suaves, incluso cuando ella se detuvo en el umbral, volviéndose para mirarlo.

—¿Por qué tu madre no está interpretando este papel?

Él no dudó.

—La viuda está muerta.

Seraphina no reveló ninguna emoción.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —No pudo evitarlo.

—No, realmente no.

Sus hermanas soltaron una pequeña colección de aliento sorprendido ante la respuesta franca. Y, por primera vez desde que vio el carruaje subir por el camino, Malcolm entendió que incluso ellas estaban intrigadas por esta nueva y fuerte Seraphina.

Pero él también había cambiado. Él ya no temía la verdad. Por eso asintió una vez.

—No, yo tampoco.

No sabía lo que esperaba que ella dijera. No sabía lo que esperaba

de ella en absoluto: de sus acciones, de sus palabras, de ninguna de las dos. Ella no habló. En cambio, tomó lo que parecía ser una respiración larga y llena, y le dio la espalda, entrando a la casa.

Malcolm se dio cuenta de que ella nunca haría lo que esperaba, nunca más.

Debería haber elegido un dormitorio diferente.

En ese momento, con sus hermanas charlando como urracas, era lo más natural en el mundo subir por la ancha escalera central de Highley y doblar a la izquierda en la enorme ala familiar, asignándoles cada una de las habitaciones más lujosas de la casa solariega, como recordó que solían llamarla.

Una vez que terminó la tarea, se dio cuenta de que la única habitación que quedaba cerca de sus hermanas era la cámara que le habían asignado años antes, cuando era duquesa.

Cuando ella era la duquesa.

Sera siempre vinculaba el título con el pasado, ya que lo relacionaba con Haven. Después de todo, habían pasado dos años, siete meses desde la última vez que se habían visto, y más de tres desde que realmente habían compartido una conversación civilizada, por lo que el pasado parecía ser el mejor lugar para ese título.

Incluso ahora, mientras permanecía de pie en la ventana de las habitaciones reservadas para la Duquesa de Haven, mirando el sol asomar por el borde oriental de la finca, persiguiendo el cielo negro grisáceo que podría haber sido lavanda.

Seraphina prefería la seguridad del gris.

Y la habitación era gris, después de todo, con recuerdos apagados y envejecidos y con ellos, las promesas, como si hubieran pasado décadas en lugar de años.

Había sido un error elegir este dormitorio, porque una vez había

sido suyo. Y ella ya no era esa mujer. De hecho, en solo unas semanas, ella estaría libre de esa mujer, y esta habitación pertenecería a otra.

El cuarto. La casa. El esposo. La cama.

Pero tres noches de sueño intermitente en esa cama habían hecho poco para disuadirla del hecho de que debería haber elegido otra habitación.

—Estás despierta.

Sera se giró hacia las palabras, pronunciadas desde la puerta que conectaba con el dormitorio ducal, donde Haven estaba parado como si lo hubiera convocado con sus pensamientos, perfecto, luciendo como si fuera media mañana en lugar del amanecer. Se veía como el color en el gris. Ella entrecerró su mirada sobre él.

—Esa puerta estaba cerrada, Duque. No estás invitado a usarla.

Levantó una ceja e hizo una elaborada demostración de enderezar la manga de su camisa.

—No sabía que necesitaba una invitación, ya que es mi puerta.

—Como es la puerta de mi habitación, prefiero que pienses que es mi propiedad.

Un lado de su boca se levantó, y ella odiaba su aspecto. Guapo, joven y completamente demasiado peligroso.

—¿Qué dices si la compartimos?

Algo la atravesó por la burla en sus palabras. Algo como memoria. El eco de lo que parecía una eternidad pasada, cuando él era un hombre, ella una mujer y eso era todo lo que parecía importar.

¿Cuál era su juego?

Ella enderezó sus hombros.

—Digo que estás loco si crees que estoy interesada en compartir cualquier cosa contigo. Particularmente cerca.

—Escogiste la habitación, Ángel —dijo, con la voz baja y todavía teñida por el desuso del sueño —¿Olvidaste que tenía la puerta?

Sus labios se aplastaron en una delgada línea cuando las palabras se enredaron en ella con una emoción desagradable y largamente

fuera de uso.

—No me llames así.

—Hubo una época en que te gustaba.

Hace una vida.

—Nunca me gustó. Es un nombre tonto.

—Los serafines son el orden más elevado de los ángeles —le recordó —Te nombraron por ellos.

—Conoces lo suficiente a mi madre como para saber que ella nunca en su vida tuvo un pensamiento espiritual, y ¿crees que me llamó así por un ángel?

Se apoyó contra el marco de la puerta, cruzando los brazos sobre el amplio pecho, como si fuera perfectamente normal que conversasen a primera hora de la mañana. Por casualidad. Como marido y mujer Esa media sonrisa parpadeó nuevamente.

—Sin embargo, lo creo.

Ella soltó una pequeña carcajada y devolvió su atención a la ventana.

—Te aseguro que lo angelical no estaba en la mente de mi madre cuando me nombró. Ella pensó que sonaba aristocrático. Ese era su objetivo. Siempre —Se detuvo, y luego agregó: —Conoces ese objetivo íntimamente.

El silencio que cayó entre ellos debería haber sido incómodo, lleno de recuerdos de ese día hace mucho tiempo, en esta misma casa, cuando ella y su madre habían cazado a un duque. Pero no fue incómodo, ni siquiera cuando invocó el recuerdo del horror en su rostro cuando se dio cuenta de que le habían tendido una trampa.

Y lo habían atrapado. Ella lo había atrapado. Porque nunca había deseado nada más que a él, y ella había creído que él no la quería. Que él era demasiado valioso y ella demasiado barata, y que la felicidad no era para ellos.

Y la felicidad, al parecer, no era para ellos.

"Me habría casado contigo. Podríamos haber sido felices".

Las palabras se habían estrellado a su alrededor, llenas de furia y traición. Y en tiempo pasado. Todo entre ellos, siempre era en tiempo pasado.

Y efímero.

— ¿Por qué estás despierta?

El cambio de tema no la inquietó. Había sido el sello distintivo de su efímera relación, el movimiento rápido del pensamiento, raramente sin que el otro lo siguiera fácilmente.

— Me levanto temprano. — O era eso, o permanecía en la cama y dejaba que la memoria le gritara — Y tu futura esposa llega hoy.

— No hasta dentro de horas.

El cielo se había vuelto gris y rosado, un color profundo y magnífico que parecía demasiado brillante para ser natural.

— Va a llover — dijo, lamentando las palabras en el momento en que él se movió, parándose detrás de ella y dirigiendo su mirada hacia el cielo.

— No por horas — repitió.

Él olía igual. Como tierra fresca y especias oscuras. Trató de no respirar demasiado, temerosa de lo que ese aroma familiar podría hacerle.

— Pronto.

El clima. Discutían sobre el clima.

— Ven a cabalgar conmigo — Nunca habían montado juntos. Se había hablado de ello, cien años atrás, promesas de que pasarían el verano aquí, en Highley, a caballo, descubriéndolo juntos. Y luego se casaron, y no habían podido soportarse.

O, mejor dicho, no había sido capaz de soportarla. Ella no podía culparlo por eso, supuso. Excepto, que lo había culpado. Incluso antes de que se volviera hacia otra a la que pudiera soportar mejor.

Ella lo miró.

— ¿Por qué?

Él levantó un hombro. Dejándolo caer.

—Porque te gusta montar y todavía no llueve.

Ella sacudió su cabeza.

—¿Qué juego estás jugando?

—No hay juegos —dijo— Disfruto las mañanas.

—Disfrútalo —dijo ella— Voy a desayunar con mis hermanas y prepararme para tus pretendientes —Hizo una pausa— ¿Pretendientes? ¿Suplicantes? ¿Hay alguna palabra para las mujeres jóvenes que compiten por la atención de un duque?

—Wisteria.

Ella alzó una ceja ante la palabra, mucho más amable de las que ella y sus hermanas habían pensado para él.

Bonito, olía bien y era muy bueno confrontando.

—No tan rápido, Duque. No los hemos visto ni perfumado todavía.

Él sonrió a eso, engreído y guapo, y ella odiaba la insinuación de placer en la curva de sus labios. Odiaba como la sombra de esa sonrisa corría a través de ella y se iba tan rápidamente, que nunca lo habría notado si no fuera tan consciente de él. ¿Y por qué? Él no era más que una barrera entre ella y la libertad.

—Tus hermanas no pueden protegerte todo el tiempo, y lo sabes. Tendremos que interactuar en algún momento.

Se había enclaustrado con ellas después de su llegada el otro día, tratando de olvidar que él estaba en la casa, incluso mientras se preparaban para lo que estaba por venir.

—No tenemos que estar solos para interactuar.

Él levantó una ceja.

—¿Tienes miedo de estar a solas conmigo?

—Estar a solas contigo nunca funcionó del modo que yo imaginaba —dijo, sabiendo que las palabras serían un golpe.

El golpe no le dolió como se esperaba.

—Creo que funcionó bastante bien, una o dos veces.

¿Quién era este hombre?

Lo intentó de nuevo.

—Oh, sí, Su Gracia, estar casado con usted ha sido la gran maravilla de mi existencia.

Miró por la ventana.

—¿Necesito recordarte que cuatro mujeres quieren una vida conmigo tan desesperadamente, que vienen a competir por ella?

Sera soltó una pequeña carcajada.

—¿Crees que la quieren? Ellas no. Simplemente piensan que no tienen más remedio que competir por tu atención —Ella dudó, entonces —¿Cómo seleccionaste a esas pobres muchachas?

—No es tan difícil encontrar mujeres solteras interesadas en casarse con un duque.

—¿Ni siquiera con un duque que ha estado atado al escándalo durante años?

—Sorprendentemente, ni siquiera por eso.

Sin embargo, no era sorprendente. Era guapo, joven, rico y con títulos, cualquier mujer sensata lo querría.

No es que ella lo hiciera.

—¿Y estaban dispuestas a esperar hasta que me declarasen muerta? La caza de un marido requiere más paciencia de la que recuerdo.

—Eras una cazadora sorprendente.

Él no se refería literalmente a lo que significaban esas palabras, ella lo sabía. Pero, no obstante le dolieron, sobretodo el recordatorio de la trampa que le había tendido. El error que había cometido.

Ella apartó la vista, la volvió hacia el sol y hacia los campos.

—Poco saben que en cuestión de semanas, tu atención vagará por otros lados.

Se odiaba a sí misma por la amargura en las palabras. Después de todo lo sucedido, ¿cómo era, que tropezar con él junto a otra mujer, era lo único que parecía importar?

Lo odió aún más cuando dijo:

—Me dejaste...

—¡Tú me echaste! —Dijo ella, incapaz de evitar que se alzara su voz —

Estábamos en la casa donde podríamos haber construido un hogar, nuestro desayuno de bodas apenas se estaba enfriando, cuando me dijiste que me fuera —Cuando él abrió la boca para responder, ella descubrió que no había terminado —¿Y sabes cuál es la gran ironía de todo esto? El mundo entero cree que me arruinaste antes de casarte conmigo, cuando la verdad es, que no lo hiciste hasta después de la boda. Arruinaste mis esperanzas. Mis sueños. Mi futuro. Arruinaste mi vida. Y ya he tenido suficiente de eso. Estoy aquí solo por una razón, Su Gracia. Quiero mi vida de vuelta. La que tú robaste.

Ella respiraba pesadamente, ya que estaba llena de ira pero rara vez permitía su liberación.

Y maldita sea si no se sentía bien.

Incluso cuando encontró su mirada y reconoció su frustración. Su enojo. Bien. Ella lo prefería enojado. Prefería ver a su enemigo. Y eran enemigos, ¿verdad?

—Si te robé la vida, ¿qué hiciste con la mía? Desapareciste, dejando a todo el mundo preguntándose dónde habías ido. Imaginando que podría haberte mandado lejos.

Ella se dio vuelta de nuevo.

—Me mandaste lejos —Era una mentira, pero lo dijo de todos modos, esperando que lo lastimara.

Se hizo el silencio, y ella lo ignoró, negándose a mirarlo, incluso cuando dijo:

—Me preocupaba que estuvieras muerta. El doctor me dijo que podrías morir.

¿Tienes alguna idea de cómo se sintió saber que podrías haber muerto?

Ella no dudó.

—Solo puedo imaginar que deseaste esa posibilidad con

esperanza, considerando que ya tenías un plan tan claro para reemplazarme.

Esperaba muchas respuestas inteligentes a la réplica: ira, sarcasmo, rechazo. Pero en su lugar recibió honestidad pura, sin restricciones.

—Nunca te deseé muerta.

Las palabras enviaron una oleada de vergüenza a través de ella antes de que pudiera detenerla. Incluso cuando se resistió a la idea de permitirle avergonzarla.

—No —dijo ella —Solo lejos. Entonces, deja venir a mi reemplazo. Y te daré lo que deseas. Con mucho placer.

Solo entonces se dio cuenta de que una pequeña parte de ella deseaba que él reconociera el hecho de que había respirado aliviado el día que desapareció. No lo hizo.

—Después de que te fuiste, yo... —se detuvo, luego comenzó de nuevo —Ese último día, cuando... —Se detuvo en el momento en que Sera cerró los ojos ante las palabras y el recuerdo que las acompañaba. La aguda sensación de pérdida. El bebé que no podía olvidar. El futuro que ella había perdido. El amor desaparecido. Ella debería haberle agradecido por detenerse, pero él no le dio tiempo, sino que cambió de táctica. Repitiendo —Nunca te deseé muerta.

Lo sabía, por supuesto.

—Lo dije porque me hiciste enojar —Era lo más cerca que llegaría a sonar como una disculpa por agredirlo.

Malcolm se rió entonces, el sonido bajo y lleno de encanto, tal como lo recordaba.

—Siempre lo he hecho bastante bien.

Ella no pudo evitar su sonrisa de respuesta.

—Eso es cierto.

—Ven a cabalgar conmigo —repitió la sugerencia —Antes de que lleguen los demás.

Dijo "los demás" como si fuera perfectamente normal que un grupo de mujeres jóvenes estuviera a punto de llegar para competir

por el papel de duquesa, el papel que actualmente desempeñaba ella. Negó con la cabeza una vez más. Él era demasiado tentador, incluso ahora. Incluso cuando sabía la forma en que esto acabaría.

—Podría insistir —dijo —Hacerlo que sea una condición del divorcio.

—Podrías —respondió ella —Pero no lo harás.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque no quiero. Y no me forzarás.

—Te obligué a venir aquí para encontrar tu reemplazo.

—Lo que nos beneficia a ambos. Pero pasar tiempo contigo es una tontería.

Siempre nos hemos gustado demasiado en algunos momentos, Malcolm. Y nunca fueron suficientes para compensar la forma en que nos herimos el uno al otro.

Él miró hacia otro lado, por la ventana, y ella silenciosamente le suplicó que la dejara. Él no. En cambio, dijo, con toda la calma, —No podremos montar, de todos modos.

Siguió la dirección de su mirada hacia la distancia, donde apareció un carruaje, enorme y negro como un escarabajo de verano, tirado por cuatro caballos y un par de jinetes a tono. Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—El primero llega.

Las palabras apenas habían salido de su boca, cuando un segundo carruaje se materializó en el largo camino.

—Y el segundo.

Siete vehículos más venían rodando por el camino, negros y serios, como dolientes yendo hacia el cementerio, y Sera se volvió hacia su marido.

—¿Todas se conocen? ¿O son excesivamente coincidentes?

Él la miró.

—Te aseguro que no tenía intención de comenzar el día a las siete en punto de la mañana.

—Entonces se consultaron la una a la otra sobre la hora de llegada. Él carraspeó ante las palabras. Cuando levantó una ceja inquisitiva, agregó:

—Lo más probable es que las madres piensen que "el pájaro madrugador se apropia del gusano".

Sera no pudo evitar sonreír.

—Bien, Su Gracia, debo admitir que usted es un gusano terriblemente regordete.

Él la ignoró.

—¿Pero por qué ocho carruajes? Solo invité a cuatro —Su confusión se convirtió casi al instante en terror —Querido Dios. No crees que trajeron hermanas, ¿verdad?

—No se atreverían. Hermanas, son mi arma. Estas chicas deberán encontrar la suya.

—¿Es eso lo que es? ¿Una batalla?

Ella lo miró.

—Es matrimonio, Duque. Por supuesto que es una batalla.

Un lado de su boca se levantó.

—Siempre estuvo con nosotros.

Ella se giró ante las suaves palabras.

—Desde el principio —Observó la línea de carruajes acercarse — Los segundos coches vienen con necesidades varias. Nuestras pertenencias deberían llegar hoy también.

Sus cejas se juntaron.

—Es la casa de campo más grande y mejor abastecida en Gran Bretaña.

¿Tienen miedo que no las alimente?

—No. Tienen miedo de que no tengas doncellas de señoras que sean expertas peinadoras. Y que no tuvieras docenas de vestidos de noche perfectamente hechos a sus medidas. Y zapatos. Y ropa interior.

—Tienen razón sobre eso.

—Por supuesto que la tengo. Eres un hombre soltero. Esta casa

requiere... feminización. La cual es una de mis pruebas para ti... vamos a conformarnos con las suplicantes por el momento.

—Ciertamente no requiere feminización —Nunca lo había escuchado tan injuriado —¿Pensaste en pruebas?

—Me pediste que te encontrara una segunda esposa, Duque. Teniendo en cuenta el lío que hiciste con la primera, creo que estarías agradecido por las pruebas.

—¿Qué, como carreras a pie? ¿Y doma?

—No estás lejos, de hecho —Sus cejas se levantaron, y ella recompensó su curiosidad —Bochas en el césped, sin duda.

Casi se rió entre dientes, y Sera estuvo casi complacida. Casi recordando lo guapo que era. Casi acordándose de lo maravilloso que era ser el centro de su placer.

Casi.

Sonó un fuerte golpe en la puerta, seguido al instante por el bramido de Sesily.

—¡Sera! ¡Ha llegado el Harem de Haven!

Sus labios se crisparon, y estaba muy orgullosa de sí misma por la mirada seria que le daba a su marido. El duque. Esto sería mucho más fácil si ella dejara de pensar en él como su esposo. Él no lo era, después de todo.

Realmente no. No desde su boda. No desde antes.

No es que fuera difícil para ella, después de todo.

Ella solo estaba pensando en las otras mujeres. En su reemplazo.

Carraspeó y gritó:

—¡Sí! ¡Las veo!

—Bueno, deberíamos bajar y echarles un vistazo, ¿no crees?

—Sí, deberíamos —respondió Sera, disfrutando de la incomodidad de Malcolm.

—¡En este momento! —Dijo Sesily alegremente —Solo le diré a Sophie que se arregle el vestido que le queda horrible en la parte que está en expansión.

—¡Te oí! ¡Estoy parada aquí! ¡Usando un vestido que se adapta bastante bien, muchas gracias! Y tú no puedes hablar, ya que lo tienes cubierto de pelo de gato. No lo traerás, ¿verdad?

—Claro que lo llevaré. ¡Será la primera prueba de su temple! Además, Brummell tiene un gusto exigente.

—Como la bestia disfruta de tu compañía, no puedo decir que yo crea eso —

Seline había llegado al corredor más allá —¡Vamos, Sera!

—Dios mío, hay muchísimas de ellas. ¿Y crees que la casa no es lo suficientemente femenina? —Preguntó Haven.

Ella sonrió.

—No casi, no.

Gruñó su frustración, volviéndose hacia la puerta de su habitación.

—No las asustes.

—¿A mis hermanas? —Preguntó, toda inocencia —No se asustan fácilmente.

—Sabes exactamente a quiénes me refiero. Si alguien puede aterrorizar a un grupo de debutantes, son ustedes.

—No nos llaman las Peligrosas Talbot por nada, Su Gracia.

Él no se rió, y ella se dio cuenta de que la réplica no era divertida. No para él. No para ella, tampoco. No cuando se dio la vuelta, lentamente, y dijo:

—Tú nunca viniste con cosas.

Ella se calmó. No había venido con cosas. No con un ajuar, ni una criada, ni nada, realmente. Nada de eso importaba si se casaba con él. Pero él había estado demasiado enojado para darse cuenta.

—Yo era diferente.

Esperaba que dejara la respuesta sin comentar nada.

Pero él no lo hizo.

—Porque viniste por mí.

Cada vez.

Ella podría haber mentido, pero no quería hacerlo. No quería ser

así nunca más.

—Sí.

Él asintió y cruzó el umbral, cerrando la puerta detrás suyo.

Solo entonces Sera dijo el resto.

—Vine por ti. Justo cuando tú no me quieres más aquí.

Se alisó las faldas y fue a conocer a las mujeres que esperaban casarse con su esposo.

12. Menudo escándalo: ¡Seraphina debe seleccionar a su sucesora!

1° de septiembre 1836

Highley Manor

Las hermanas Talbot conocieron a las suplicantes de Haven en el camino, junto con la colección de sus jugadores secundarios: cuatro madres, un padre y tres perros salchicha a los que no les importaba Brummell, quien siseó con fervor desde la seguridad de los brazos de Sesily.

En el frenético telón de fondo del patio de la casa solariega, más allá de la colección de invitados, los criados de la casa y los que llegaban corrían, descargaban baúles, sombrereras, sillas de montar y... ¿era eso una bañera?

¿Por qué iban a necesitar una bañera?

El cuarteto de chicas fue empujado hacia adelante para la inspección de Seraphina, cada una aparentemente con menos conocimiento del protocolo requerido para la situación, que la otra.

No es que este escenario en particular fuera lo suficientemente común como para recibir una mención en el "Libro de Modales para Damas" de la Sra.

Coswell. De hecho, Sera pensó que la señora Coswell podría morir rápidamente si se enteraba de lo que sucedía en Highley.

Sin embargo, no había ninguna razón para que no pudieran sacar lo mejor de una situación tan extraña. Si estas cuatro jóvenes, era lo único que se interponía entre Seraphina y su libertad, ella ciertamente estaba dispuesta a hacer su parte. Con una amplia sonrisa e incluso con los brazos abiertos, dijo:

—Buenos días, señoritas —Las chicas se congelaron, con los ojos

muy abiertos, mirándose entre ellas primero y luego a sus respectivas madres, claramente sin saber cómo responder. Sera dejó que su sonrisa llegara a sus ojos —Soy Lady Seraphina —usó deliberadamente el título que tenía antes de su matrimonio.

Una diminuta morena, la más pequeña de las cuatro, dio un paso al frente, vestida de rosa y con rasgos tan pequeños y delicados que a Sera le recordaban a un ratón, aunque no del todo desagradable.

—¿Le llamamos Su Gracia?

Era decidida. Le gustaba esta, que no tuvo problemas en ir directamente al grano.

—Lo confieso, preferiría que no. Después de todo, estamos todas aquí para asegurarnos de que no soy Su Gracia por más tiempo del que sea absolutamente necesario.

Las madres e hijas reunidas se rieron.

—Esto es muy irregular —dijo una de las madres —¿Dónde está el duque? Es muy inapropiado que la envíe precisamente a usted a recibirnos.

—¿Perdón? —Dijo Sera —¿Precisamente?

La mujer mayor levantó la barbilla y olisqueó el aire.

—Usted sabe lo que quiero decir.

—Me temo que no.

Una de las otras mujeres movió una mano en la dirección de sus hermanas.

—Usted y sus hermanas no son exactamente buen montón en estos días.

—¡Soy una condesa! —Protestó Selesté antes de señalar a Sophie — ¡Y ella es la marquesa de Eversley y la futura duquesa de Lyne!

—Sí —aceptó la mujer, como si hablara con un niño —Pero ninguna de ustedes ha nacido con esos títulos...

Sesily frunció el ceño.

—Diga algo más, y vuelve a su carruaje, bruja.

Las palabras fueron interrumpidas por un aullido salvaje de

Brummell, y Sera resistió el impulso de sonreír ante la lealtad eterna de su hermana, que tenía su lugar, pero en este caso, no era del todo útil.

Miró a la mujer mayor con las cejas levantadas, la boca formando una O perfecta. Antes de que la furiosa madre pudiera hablar, Sera saltó, colocándose entre las dos mujeres.

—Sin embargo, sus títulos no son de interés, ¿verdad, mi lady? El mío sí lo es.

Yo que usted recordaría por qué está aquí y el premio que quiere ganar.

La mujer vaciló, luego asintió.

Sera se volvió hacia las jóvenes mujeres.

—Bien. Como saben, he estado fuera de la ciudad por varias temporadas.

Comenzaremos con las presentaciones.

Otra madre dijo entre dientes:

—Simplemente no se hace.

Sera bajó la voz y se inclinó hacia las chicas conspirativamente.

—Descubrirán que tengo poco interés en lo que se hace y lo que no. En cambio, me gusta hacer las cosas.

Cuatro pares de ojos volaron para encontrarse con los suyos, una miríada de expresiones ante su afirmación, cada una demostrando una expresión diferente: conmoción, confusión, diversión y, en última instancia, admiración.

Sera hizo una nota mental para investigar a Admiración, a primera vista la más clara del grupo, y claramente nada claro en absoluto.

A Malcolm podría gustarle.

La idea no le produjo la satisfacción que debería haber sentido.

Diversión, el ratón minúsculo, fue la primera en hablar, dando un firme paso adelante.

—Soy Lady Lilith Ballard, la hija menor del conde de Shropshire

—Señalando a la mujer de labios fruncidos que había hablado antes —

Esa es mi madre, la condesa —Bajó la voz —Bien hecho por ella, por cierto.

Sera sonrió. Sí. A ella le gustaba mucho esta. Asintió con la cabeza, —Es un placer —Miró a Admiración, que la observaba con ojos penetrantes, pero que no mostró interés en presentarse.

Lo cual vino bien, porque el duque aprovechó justo ese momento para llegar.

—Bienvenidas a Highley, ladies —Su voz era profunda y encantadora, llenando la madrugada con aristocracia.

Sera se puso rígida cuando el grupo volvió su atención hacia él, el único hombre del grupo, eligió ese momento para moverse, avanzando con un carraspeo demasiado fuerte en la garganta.

—Haven. Es extraño todo esto, ¿no crees?

Malcolm estrechó la mano del hombre.

—Brunswick —Baron Brunswick, pobre como un ratón de iglesia, recordó Sera, pero con un título apropiado y respetable —¿Algo en mi pasado reciente ha sido menos que extraño? —señalando a Sera —Ya has visto a mi prontamente exesposa, y debes conocer a sus hermanas.

El barón gruñó su acuerdo y señaló a Confusión, una pelirroja con enormes ojos verdes.

—Esa es mi chica.

No se le escapó a Seraphina que la niña en cuestión seguía sin nombre. Como si una chica fuera la misma que la siguiente, ¿por qué molestarse en darles nombres únicos? Malcolm rectificó la situación.

—Lady Emily, es un placer conocerla.

Lady Emily, por su parte, no parecía sentir lo mismo. De hecho, parecía como si pudiera estallar en lágrimas en cualquier momento.

Sin embargo, fue salvada de la vergüenza por el fuerte e insistente, —Mary —de una de las otras madres. Conmoción pareció cobrar vida en ese momento, dando un paso adelante y virtualmente abriéndose paso con los codos para pararse frente a Haven. Ella era rubia y adorable como una muñeca de porcelana. Y parecía que su nombre

era Mary.

Malcolm tomó el momento con calma, todo un caballero.

—Debes ser la señorita Mary Mayhew.

Sera inclinó su cabeza con sorpresa. Señorita. ¿El duque de Haven, considerando incluso a una mujer sin sangre azul?, fue un shock, considerando lo desdeñoso que él y su madre habían sido con respecto a las raíces mineras de su padre.

—Su padre es uno de los hombres más poderosos de la Cámara de los Comunes —Sophie le susurró al oído.

Un político. Peor aún.

—Su Gracia —dijo la belleza, cayendo en una profunda reverencia, su voz sin aliento, sensual y muy probablemente la cosa más femenina que Seraphina había escuchado.

No pudo evitarlo. Su mirada voló a la cara de Haven, que miraba a Conmoción con cortés interés. No había nada que indicara algo más que una cortesía común, pero eso a Sera no le importaba.

No. A ella no le importaba, en absoluto.

Debía dejarlo apreciar a la otra mujer. No había ninguna razón en absoluto, para que a Sera le molestara si la consideraba hermosa. No había razón para que siquiera lo notara.

De hecho, no se había dado cuenta de que él la estaba mirando, en absoluto.

Apartó su mirada, porque el lejano sonido de estrepitosas ruedas la distrajo, mientras otro carruaje negro subía por el camino. Aparentemente, una de las chicas no había podido acomodar todas sus pertenencias en dos transportes, y necesitaba un tercero. Parecía algo innecesario, pero Sera sabía mejor que la mayoría que atrapar a un duque era una tarea muy sacrificada.

No es que ella hubiera necesitado algo muy extravagante para hacerlo.

Se aclaró la garganta y miró a Admiración, lamentando inmediatamente su tono agudo y la forma en que insinuaba sus

pensamientos no deseados.

— ¿Y usted es?

La chica no se inmutó al responder:

— Felicity Faircloth.

Sera parpadeó.

— ¿Le ruego me disculpe?

Admiración sonrió.

— Ridículo, ¿no es así?

— Un poco.

La sonrisa se convirtió en una risa.

— ¿Ayuda si le digo que soy Lady Felicity Faircloth?

Sera soltó una risita. Admiración era su favorita.

— No es así.

— Qué pena — dijo Felicity, sin mostrar ninguna decepción — ¿Y si te dijera que mi padre era el Marqués de Bumble?

Sera inclinó la cabeza.

— ¿Hay un Marqués de Bumble?

— De hecho, lo hay. Anciano y venerable.

— Bueno, como Haven te trajo aquí, no estoy sorprendida por eso.

Felicity miró a Sesily.

— Es un gato encantador.

Brummell aulló y Sesily se preparó.

— Gracias.

— ¿Es salvaje?

Sesily parpadeó.

— No.

— Lástima. Esperaba que pudiera cuidar a los perros de mi madre — Los tres perros salchicha estaban, debajo de un seto cercano uno cavando un gran agujero, otro aliviándose y el último ingiriendo una ramita. Felicity siguió la mirada de Sera — Son horribles.

— ¿Entonces supongo que no vienes con ellos?

— Buen Dios. No. Son de mi madre.

—Pero sí vienes con ella.

Felicity guiñó un ojo.

—Está tan desesperada porque yo sea duquesa, que eso podría ser negociable.

Sera se rió. Esta chica se había asegurado el primer lugar, y todavía no estaba dentro de las paredes de Highley.

Se divorciaría en poco tiempo. Ignoró la forma en que la idea la alteró, aunque la mitigó un poco, pensando en el Gorrión y en su futuro.

El divorcio significaba libertad.

Si a Haven le gustaba Lady Felicity Faircloth, o cualquiera de las damas, sinceramente, la libertad era suya.

Ese pensamiento le cayó un poco mejor.

Miró a Haven, que la estaba observando con atención.

—Duque. Ven a conocer a Lady Felicity Faircloth.

Mientras lo hacía, el último carruaje llegó, deteniéndose justo sobre el grupo reunido, y Sera se volvió hacia el montón, con los brazos abiertos, tratando de moverlos hacia la entrada de la casa solariega, fuera del camino del transporte.

—Mi lord, ladies, señora y señorita Mayhew, bienvenidos. Vamos a acomodarlos, y planeamos un almuerzo prolongado durante el cual todos podemos conocernos mejor. Habrá juegos y, por supuesto, una bebida decente —Ella tenía la atención de Lord Brunswick entonces.

Las palabras pusieron al grupo en movimiento, una de las mujeres dijo en un fuerte susurro:

—Es un poco descarado empacar para tres carruajes, ¿no creen?

La pregunta, destinada a minar a las demás, puso a Sera al borde de los nervios, sirviendo como un agudo recordatorio de que odiaba a esta gente y esta vida, y que no podía esperar para deshacerse de ella, y del hombre que la había atado a ella.

No soportaría murmuraciones. Esta manada de trepadoras, intrigantes, traficantes de títulos, podían mostrar los dientes o ser

civilizadas. Seraphina todavía era la dueña de la casa y la dueña del título, entonces ella establecería las reglas.

—De hecho, creo que el transporte extra muestra una preparación minuciosa que es admirable en alguien que dirigirá un hogar de tan larga estirpe —Miró a Malcolm —¿No es así, Su Gracia?

No dudó en mentir, lo que fue sorprendente, considerando el hecho de que unos minutos antes había expresado los sentimientos opuestos sobre la masa de carruajes que llegaban por el camino.

—De hecho —Las mejillas de la señora Mayhew se pusieron rojas cuando el duque miró a las jóvenes —¿cuál de ustedes es tan minuciosa?

Las chicas, por su parte, se miraron con una mezcla de curiosidad y pesar en sus caras. Finalmente, Lady Lilith habló.

—Parece que ninguna de nosotras pasa esta prueba en particular, sus Gracias.

Y como para probar el argumento de la mujer, la puerta del noveno coche se abrió de golpe, rebotó en el lateral y rebotó hasta casi cerrarse nuevamente, antes de ser atrapada y controlada, en ese momento una pierna grande, larga y cubierta de cuero cayó al suelo.

—Oh Dios querido.

—¿Qué significa esto? —La pregunta de Malcolm fue áspera y rápida.

Sera no tuvo tiempo de dar más detalles cuando una cabeza oscura apareció sobre la puerta del carruaje, seguida de unos hombros anchos con un abrigo azul marino perfectamente hecho a medida.

Los que estaban reunidos parecían contener la respiración ante la aparición de este impetuoso intruso.

¿Qué estaba haciendo él aquí?

—Ding—dong —dijo Sesily, en ese momento Sera estaba bastante segura de haber escuchado a Haven gruñir.

Este no era el plan.

Algo había salido mal —Mejor que no sea... —Haven dejó la frase

sin terminar cuando el hombre se volvió, revelando una cara maltratada y magullada, con lo que Sera solo podía imaginar una malvada habilidad. Caleb Calhoun sonrió, mostrando sus dientes, de alguna manera intactos, y cerrando la puerta con un movimiento suave y sencillo. Se acercó como si todo fuera perfectamente normal.

Ella ya se estaba moviendo hacia él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Buenos días para ti también—Se quitó el alto sombrero y dijo: — Bueno, este lugar está más concurrido que el mercado de pescado de Faneuil Hall a las cinco y media.

Las mujeres reunidas dieron un pequeño suspiro ante las palabras.

Bueno, la mayoría de las mujeres suspiraron.

Sesily soltó un pequeño chillido de alegría.

—¡El americano vino!

Sera deslizó una mirada hacia Haven, solo para descubrir que la estaba observando, sin siquiera un intento de sutileza.

—Me temo que no por mucho tiempo, cariño —Caleb se quitó el sombrero de la cabeza y se inclinó con un gran gesto —Qué hermoso grupo de mujeres. No estoy seguro de poder elegir a la más bonita de ustedes —Levantó la vista hacia Sera, con los ojos brillantes, uno de ellos estaba negro y casi hinchado, y dijo: —

Bueno, aparte de la Duquesa, por supuesto.

Ella levantó una ceja.

Esto no iba a hacer las cosas más fáciles.

13. ¡El gorrión deja el nido!

1° de septiembre de 1836

—¿Si nos disculpan un momento? —Dijo Sera demasiado alegre, antes de abrir la puerta más cercana y empujar a Caleb a una de las numerosas salas de recepción de Highley.

Murmullos como: "Todo esto es muy irregular" y "¿Quién es ese hombre?" Se mezclaron con los intentos de sus hermanas de llevar a todo el grupo a sus respectivas recámaras.

La voz de Sophie sonaba por encima del resto.

—Seguramente a todos les gustaría refrescarse después de su viaje.

—¡No quiero refrescarme! —Respondió una de las madres con afrenta —¡Su gracia! No dejaré que mi hija esté ni tan siquiera un poco influenciada por tu...

¡esposa!

—Uf —dijo Sesily desde una distancia más cercana de lo que Sera hubiera esperado —¿Podemos eliminar la ficha de Mayhew de la competencia lo antes posible? Su madre se enfada por todo.

Sera se giró para enfrentar a su hermana.

—¡Sesily!

—¿Qué? —Sesily fingió inocencia —Pensé que podrías necesitar una carabina.

Aplicando su sonrisa más hermosa, cambió su atención a Caleb — Uno nunca sabe con los americanos.

Caleb la miró con aprecio.

—Si uno tiene suerte.

Sera refunfuñó su disgusto.

—Ambos son insufribles —Giró sobre su amigo —¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¿Y qué demonios le ha pasado a tu cara?

—Deberías ver a los otros hombres —Caleb sonrió y luego hizo una mueca, cuando la expresión tiró de su labio —¡Ay!

—Que eso te sirva para pensar y encontrar la forma de salir de esto —dijo, sin maldad —¿Qué pasó? —Repitió, levantando su mano hacia la mejilla fuerte e hinchada de su amigo, dirigiéndola hacia el borde de su ojo.

Inhaló bruscamente al contacto.

—No puedes volver. No ahora.

Sesily jadeó.

—¿Planeaste escabullirte a Londres? ¡Que emocionante!

Sera miró hacia el techo y le pidió paciencia a su creador. Había planeado una noche clandestina o dos, solo para ver al Gorrión.

—No es emocionante, Sesily. Son negocios.

—Dices eso como si tampoco sonara emocionante —respondió Sesily —Lo que sí lo hace. No todos los días una mujer tiene una...

—Nooooo —Tanto Caleb como Sera cortaron a Sesily antes de que pudiera decir taberna, Sera estaba mirando hacia la puerta para asegurarse de que nadie estaba lo suficientemente cerca para escuchar. Malcolm estaba en el vestíbulo más allá, y la miró a los ojos, pero la furia en ellos probablemente tenía más que ver con el glamoroso grupo de madres que objetaría su conducta toda la mañana, y sin duda mucho tiempo más.

Él no había escuchado nada, era todo lo que importaba. Si él supiera lo que tenía, tendría demasiado poder sobre ella.

Como si no tuviera suficiente poder como su esposo.

—El punto es —continuó Caleb —que debes quedarte aquí.

Ella parpadeó.

—¿Por qué?

Sesily sabía cuándo no era necesaria.

—Iré a buscar algo para el ojo del americano.

—Tengo un nombre, ya sabes.

Sesily hizo un guiño.

—Pero "el americano" suena mucho más siniestro, ¿no crees?

—Ve —dijo Sera.

Sesily lo hizo y Caleb dijo:

—Porque es un problema.

—Seré mucho más problemática si no me dices qué está pasando.

—No te preocupes.

—Si los hombres entendieran el terror desenfrenado que esas tres palabras en particular, instala en los corazones de las mujeres...—lo golpeó en el brazo —

Dime.

—¡Ooh! —Gimió, agarrándose el hombro y poniéndose pálido.

—¡Ahora ella lo golpeó! —Se escuchó un jadeo generalizado desde el pasillo —Debe despedirla, Su Gracia. ¡Este no es lugar adecuado para una joven inocente!

Sera ignoró las palabras, concentrada en su amigo.

—Caleb. ¿Qué te ha pasado?

—Está bien. Fue un hombro dislocado, pero encontré un carnicero decente que lo volvió a colocar. Está un poco tintineante en este momento.

Sus cejas se dispararon.

—¿Quién te lo dislocó?

—Los bastardos.

Los Bastardos Bareknuckle, el par de hermanos que dirigían el Covent

Garden subterráneo. Hasta ahora, habían dejado tranquilos a Caleb y a Sera, ya que no había pasado mucho tiempo desde que el gorrión había abierto, pero ellos sabían que cuando su éxito se notara, a los bastardos no les iba a gustar eso.

—¿Le pasó algo al Gorrión?

—Nada que no pueda arreglarse en un día o dos —No le gustó como sonaba eso —Querían un intercambio. Dinero para protección. Les dije que no necesitaba protección de un grupo de casacas rojas.

—Y se propusieron probarte que estabas equivocado.

Intentó esbozar una sonrisa.

—Recibí algunos buenos golpes.

Ella sacudió su cabeza.

—Eres un niño.

—No les pagaremos por temor.

Ella estrechó su mirada.

—Por supuesto que no.

—Excelente. Entonces considera la reunión de negocios aplazada.

Te vas a quedar aquí para divorciarte y yo me ocuparé del resto.

Su frustración estalló. Si no la hubiera obligado a ir al campo, habría podido ayudar en Londres. Habría podido proteger al Gorrión. Irónicamente, ella no había estado en el club para protegerlo de sus enemigos, porque estaba demasiado ocupada protegiéndolo aquí. De un enemigo diferente por completo.

Si perdía al Gorrión, perdía la única razón para haber regresado a Gran Bretaña. Todo por lo que estaba luchando. Estaba aquí por la promesa de libertad que le daría el Gorrión. Por su futuro. Y por ella. Pero, no tenía sentido proteger la taberna, en teoría, si no podía protegerla en la práctica.

—Como que hay un infierno. Voy contigo.

—No.

Ella lo miró.

—Dime. ¿Qué, precisamente, te hace creer que puedes decirme qué hacer?

Él suspiró.

—Ciertamente no nuestra historia.

—No —ella estuvo de acuerdo —Ciertamente no.

—Y si vuelves, ¿qué?

—¡Algo! —Insistió ella, con frustración —El Gorrión no es nada sin su homónimo.

—Tonterías —dijo Caleb —Quédate aquí. Yo me haré cargo de los

Bastardos.

Contraté seguridad, para asegurarme de que vean que no toleraré que se interpongan en nuestro camino. No preocupes tu bonita cabeza con esas cosas.

Ella estrechó su mirada.

—Te golpearé en la cabeza si continúas tratándome como a una preciosa paloma. Volveré.

—¿Por qué?

—Porque es mío —susurró —y te lo he confiado a tí.

—Hasta que consigas tu divorcio, que es por eso que estás aquí.

—Lo cual no significará nada si al final no tengo una taberna en pie.

Miró hacia el techo y exhaló su frustración.

—Quieres tu nariz en el negocio.

Ella asintió.

—Ahora más que nunca.

—Bien. Entonces pasaré días aquí.

Era una idea tan terrible que se rió.

—No, no lo harás.

—Por una vez, estamos de acuerdo, esposa. —Haven entró en la habitación como si fuera el dueño. Lo que por supuesto era. Qué hombre irritante.

—Te agradecería que no escucharas a escondidas mis conversaciones —dijo.

—Mientras continuemos casados, las conversaciones que tengas con caballeros solteros, son asunto mío, tesoro.

Los hombres eran insufribles.

—Llámame tesoro de nuevo, y verás qué pasa.

Él no se inmutó.

—¿Qué? ¿Me harás lo que a tu americano sinvergüenza le han hecho? —Miró a Caleb —Mala suerte. Solo desearía haberlo hecho yo mismo.

—Si hubieras sido tú, Duque, estarías asustado, no yo.

Haven sonrió ante eso. Como si fuera gracioso.

—La historia sugiere lo contrario, Yanqui.

Sera hizo una pausa. ¿Qué significaba eso? Daba igual.

—Haven, debo regresar a Londres.

—No. —Ella imaginaba que a ninguno de los dos le gustaba estar de acuerdo con el otro. No pudo contener su gemido de frustración — Ninguno de ustedes tiene voz en la decisión.

—Tenemos un trato, Sera —dijo Haven —Y ese trato no incluye viajar a Londres con algún americano.

—Iré donde sea y con quien yo quiera —replicó ella, de repente increíblemente irritada por todo —No eres mi dueño.

—Pero lo es —dijo Caleb.

Ella parpadeó.

—¿Te ruego me disculpes?

Haven también le dijo:

—¿Disculpa?

La mirada de Caleb encontró la suya, y odió el significado en ella.

—Él te posee, Duquesa. Eres su esposa. Él es tu dueño y de todas tus pertenencias. Él es dueño de tu futuro.

El mensaje era claro. Para mantener seguro al Gorrión y su futuro, tenía que quedarse allí. Tenía que asegurar su divorcio para asegurar su futuro.

Frunció el ceño a su amigo.

—Eres un maldito traidor.

—Hacemos lo que tenemos que hacer. No te preocupes, Duque. No volverá a Londres —Sera se tragó la urgencia de hacerle un daño adicional a la cara de Caleb, y añadió: —Y creo que pasaré más tiempo aquí. Todos nos convertiremos en amigos, estoy seguro.

Qué absurdo. Tenían un plan, ella y Caleb. Él no se iba a quedar aquí.

Cuando abrió la boca para decírselo, Haven intervino, con aspecto

de querer hacerle mucho daño a Caleb.

—Te aseguro que no lo seremos. Y no eres bienvenido aquí.

Había decidido que Caleb no se quedaría un segundo más en Highley, hasta ese momento. En que se convirtió en un motivo de orgullo. Así como siempre había sido todo entre Malcolm y ella.

—Se queda si yo lo deseo.

—Ya has deseado bastante, Seraphina. No estoy pensando en seguir mimándote como a una niña. No hay lugar para él.

—¿Cómo a una niña? —¿A quién, precisamente, pensaba que le estaba hablando?

—Oh, ahora sí lo has hecho, Duque —dijo Caleb.

Sera se volvió hacia él y levantó un dedo.

—Pisas sobre hielo muy delgado, Calhoun —Caleb extendió sus manos y volvió su atención a Malcolm —Hay una docena de habitaciones para él.

—Están en construcción —dijo.

Ella sonrió.

—Entonces puede compartir mi habitación.

Sera podría haber considerado que la contracción en la mandíbula de Haven señalando su furia, era una victoria apropiada en su batalla, pero no pudo celebrarlo porque estuvo acompañada por un grito de asombro colectivo que venía desde el pasillo. Cuando se volvió hacia el sonido, descubrió una colección de ojos abiertos que los observaban desde varios pies de distancia.

—Bueno, esta es ya, la mejor fiesta de campo a la que he asistido —dijo Sesily, con un gran pedazo de carne en la mano. Después de darle la carne a Caleb

con un susurro —Para tu ojo —se volvió hacia el resto de las mujeres —¿No están de acuerdo?

—Ciertamente no lo estoy —dijo la Sra. Mayhew. Siempre era la señora Mayhew, al parecer —Esto es completamente inapropiado.

—Oh, por favor —dijo Sera, exasperada con la extravagante

pomposa —

Entonces puede irse, Sra. Mayhew. Pero no lo hará, ¿verdad? Porque quiere un ducado, tanto como cualquier otra madre en Londres. Y esto es lo más cercano a uno que estará. —La Sra. Mayhew cerró su boca —Ahora. Como sigo siendo la señora de Highley hasta que una de sus hijas asuma el puesto, debo insistir en que encuentren sus recámaras y se instalen. Espero con mucho interés que nos veamos para el almuerzo. Seline, ¿querida?

Su hermana inmediatamente saltó a la acción.

Mientras el grupo se internaba en la casa solariega, Sera se volvió y miró a su marido.

—Él se queda.

—Él no es bienvenido.

—Él está parado aquí —dijo Caleb.

—¿Prefieres el americano? —Preguntó Sesily.

Caleb sonrió.

—Sabes, podría ser. Estoy feliz de quedarme, Duquesa. ¿Pero quién va a tratar con tu hombre? No es que no pueda, —se apresuró a agregar —estoy en buena forma.

Sin embargo, Haven no estaba prestando atención a nadie más que a Sera. Se aproximó, acercándose lo suficiente como para inquietarla.

Pero ella no se sintió inquieta. Sintió algo más, por completo diferente.

Su corazón vibró y ella encontró su mirada con orgullo, antes de contestar a su amigo.

—Yo voy a tratar con él.

Haven la observó durante un largo momento, haciéndola sentir como si fuera la única persona en la tierra. Finalmente, él habló.

—Te va a costar caro.

—Por supuesto que sí —dijo —Ese es el juego que jugamos.

Ella lo sorprendió, pero se recuperó casi de inmediato. Él no apartó la mirada cuando habló con Caleb y Sesily.

—Déjennos.

Esa única palabra hizo que el pánico corriera a través de Sera.

O tal vez fue emoción.

—Uhh —Sesily no parecía saber qué hacer.

—¿Duquesa? —Tampoco Caleb.

Sera no retrocedió y sin mirarlos, les dijo:

—Sesily, por favor, lleva a Caleb a una de las habitaciones en el ala familiar.

—No —corrigió Haven, fuerte y firme, con todo el poder ducal que poseía —

Cuarto piso. Ala oeste. Al final. Tan lejos de su recámara como sea posible.

Ella sonrió.

—Puedo subir escaleras y atravesar corredores, esposo.

Ignoró las palabras, en lugar de eso, repitió.

—Déjennos —Sesily y Caleb la miraron, y la irritación de Haven se convirtió en un gruñido —Calla a tus perros, esposa.

Sera asintió, y ellos giraron sus cuerpos, Sesily cerró la puerta con un chasquido silencioso. Ella inhaló profundamente, deseando estar lo suficientemente calmada, lo suficientemente fuerte, para lo que estaba por venir.

—Y ahora estamos solos. Ten cuidado, esposo, o harás que las lenguas se meneen. A la madre de tu futura esposa no le importará que en apariencia esto parezca... comprensible.

—No me importa lo que piensen.

Por un momento, le creyó. Pero lo sabía mejor que nadie. Era una bonita mentira, pero una mentira definitivamente. Lo enfrentó con toda la fuerza que pudo reunir.

—Tonterías. Siempre te ha importado lo que el mundo piense.

Entonces levantó una mano, y su aliento quedó atrapado en su pecho ante la anticipación de su toque. Y luego la estaba tocando, sus cálidos dedos recorriendo suavemente su mejilla, como si

pertenecieran allí.

Exhaló al sentir su calor. Su fuerza.

Él también exhaló. Larga y maravillosamente sensual, como si estuviera tan devastado por el sentimiento como ella.

Peor, como si hubiera sido devastado por el toque.

Ella cerró los ojos, resistiendo el impulso de apoyarse en la cálida cuna de su palma. Por favor, suplicó en silencio a quien pudiera estar escuchando.

Por favor, que esté devastado.

Porque incluso ahora, años más tarde, después de los eventos irreparables en su pasado, no pudo evitar sentirse atraída por él, este hombre a quien una vez había amado tanto.

—Me importó —dijo, y su voz era irregular, como ruedas en la grava —Una vez me preocupé demasiado por lo que pensaban los demás. Y ahora, parece que me importa muy poco. Parece importarme solo lo que tú piensas.

No pudo resistirse a mirarlo y, como siempre, fue instantáneamente su esclava. Negó con la cabeza, apenas. Lo suficiente para que él lo viera.

—Malcolm —susurró.

—¿Qué Ángel? —Su susurro la tentó como nada que hubiera experimentado en años, mientras se inclinaba más cerca —Te daré todo lo que me pidas. Nunca he sido capaz de negarte nada.

No era verdad. Hubo un tiempo en que le suplicó que la perdonara.

Cuando deseaba con todas sus fuerzas que le creyera. Y él se negó.

Pero ya no era esa niña, y él no era ese muchacho. Y ahora, él prometió no rechazarla, y ella descubrió que tampoco podía rechazarlo. Fue su turno de levantar la mano. Su turno de poner la palma en su mejilla. Su turno de hacer estragos.

Y lo hizo, sintiéndose más poderosa que nunca al escucharlo exhalar.

Amando el aliento que azotaba sus labios, y se mezclaba con su memoria.

Como si ella lo hubiera quemado. Y lo hacía. Siempre habían sido aceite y llamas. ¿Por qué no aceptarlo? ¿Sólo una vez? ¿Sólo por un momento? Sólo para ver si aún existía la combustión.

Ella se inclinó hacia él. O él se inclinó hacia ella. Daba igual.

Él estaba susurrando en sus labios, y ella no sabía si le hablaba a ella o a un poder superior.

—Perdóname —dijo. ¿A quién le estaba hablando? ¿Por qué?

Ella descubrió que no le importaba.

El beso la liberó, la abrió, dejando entrar la luz y el aire en la oscuridad, en los lugares húmedos en ella. Robándole la protección que había construido durante meses y años, derribando esa pared y dejándola sin nada para mantenerlo alejado.

Y aun así, no le importaba.

Siempre y cuando él no se detuviera. No estaba lista para que se detuviera. Habían pasado años desde que la había tocado, y aún más desde que la había tocado así, con deseo, pasión y una promesa de nada más que placer.

Suspiró en el beso, y él también se abrió, se movió, su mano fuerte y cálida se deslizó hacia atrás, los dedos se enredaron en su cabello, acercándola más, mientras presionaba su boca contra la de ella, de alguna manera girando el reloj hacia otro tiempo, en que todo lo que había entre ellos era esto, nada.

Su sabor era el mismo, como una especia misteriosa y tentadora, y no pudo evitar envolverse con sus brazos alrededor de su cuello y presionarlo más cerca. Lamiendo sus labios, audaz y desesperada por revivirlo. Él gruñó ante la sensación, el sonido bajo y malvado, y luego sus brazos estaban alrededor de su cintura y la estaba levantando, girándola, presionándola contra la puerta cerrada, gracias a Dios que estaba cerrada. Ella era suya.

Como si los años nunca hubieran pasado, y estuvieran aquí,

enamorados, una vez más.

Dios mío, cómo había amado esto. Había creído que se había roto hacía tantos años, arruinado por el dolor y la pérdida. Y tal vez lo había estado.

Pero ya no lo estaba. De alguna manera, en sus brazos lo encontró todo de nuevo.

Excepto que no era una sorpresa. Siempre lo había encontrado en él.

Ella apartó la boca de la suya, buscando aire, y él se apartó para observarla durante un largo momento, su mirada recorriendo su rostro, haciéndola temblar.

—Dios mío —susurró —Eres más hermosa ahora de lo que nunca has sido.

Y entonces él estaba inclinando su barbilla hacia arriba para exponer su cuello y poner sus labios en su carne, antes de que ella pudiera sonrojarse o darse vuelta.

Jadeó ante la sensación, tan deliciosa y familiar, y fue recompensada con otro gruñido como de animal, profundo, como si no fuera capaz de mantener su deseo a raya. Los dedos de Sera se enredaron en su cabello, presionando en los rizos de su nuca, trazando círculos lentos y alentadores, justo como a él le gustaba. Otro gruñido.

Señor, cómo amaba esos gruñidos.

Y entonces sus manos estaban en su corpiño, tirando de los botones de su pelliza, abriéndola de par en par y encontrando el borde festoneado del vestido, más bajo de lo que debería haber sido, y demasiado apretado, mientras luchaba por respirar. En su oído, dijo cosas perversas y maravillosas.

El tipo de cosas que no se permitiría recordar en noches oscuras y solitarias.

—Recuerdo cómo encuentras el placer, Ángel... —sus dedos largos y diestros encontraron su camino en su corpiño, deslizándose como

una deliciosa promesa —Recuerdo cómo intentas alcanzarlo —Se detuvo justo sobre un pezón tenso, lo que hizo que quisiera gritar — Recuerdo cómo te doblas y arqueas, haciendo todo lo posible para evitar decirme lo que quieres.

Las palabras se dispararon a través de ella, recordándole a la mujer que había sido, incluso cuando tomó el suave lóbulo de su oreja entre sus dientes y mordió suavemente, amenazando con destruirla de placer.

Estaba en lo correcto. Ella había estado nerviosa cuando estaba con él, temerosa de decirle demasiado por temor a parecer desvergonzada. A perderlo.

Pero así y todo lo había perdido. Y él ya la consideraba una disoluta.

Él la había hecho una libertina.

Así que cuando se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos, salvaje bajo los párpados pesados por el deseo que sabía que corría a través de él, no se sonrojó y no dudó. Tiró del pequeño lazo que mantenía su vestido ajustado a su piel, aflojando la tela lo suficiente. Y luego presionó su mano en la suya, donde permaneció inmóvil y llena de promesas, y lo conmovió. Lo apretó contra sí misma. Lo instó a tomar lo que ella quería darle.

Otro gruñido, enviando placer inimaginable directamente a su núcleo.

—Sera —dijo, con incredulidad y deseo de lucha en la palabra.

Ella rozó sus labios sobre la mejilla de él, mientras levantaba un pecho, probando su peso.

—Recuerdo cómo tú encuentras el placer, Duque —repitió sus palabras —

Recuerdo cómo lo alcanzas. ¿Debo decirte lo que quiero, esta vez?

Él maldijo, bajo, infame y ella lo tomó como un sí.

—Quiero tu toque —y se lo dio, deslizando lentamente su dedo pulgar sobre su pezón, que se endureció al instante —Quiero tu boca.

Él no dudó, inclinándose y llevándose la punta de un pecho a la boca.

Afanándose con labios y lengua hasta que ella pensó que podría perecer por tanto placer. Se lo chupó hasta que estuvo jadeando y retorciéndose contra él, una pierna lo envolvió, mientras lo atraía hacia la puerta.

Cuando su mano llegó a su tobillo y él se arrodilló, ella sabía que debería detenerlo, pero había pasado tanto tiempo, tanto tiempo desde que la habían tocado. Tanto tiempo desde que él la había tocado. Entonces su falda estaba levantada y su pierna estaba sobre su hombro, sus dedos estaban en su pelo y la boca estaba sobre ella con gloriosa certeza.

Gritó por el toque, por la fuerza y el placer de hacerlo, por su promesa, no solo en ese momento, sino por todos los momentos que estaban por venir.

El grito fue interrumpido por su gemido allí, contra su suave y húmedo centro, donde estaba tan tierna, tan lista, tan desesperada. Su lengua, ¿cuántas veces había permanecido en la oscuridad pensando en su lengua?, la golpeaba, segura y firme, encontrando todos los lugares que le habían dolido, mientras sus dedos se apretaban fuertemente en su pelo.

—Malcolm —susurró —Querido Dios. Sí. Ahí.

—Lo sé, Ángel —dijo contra ella. Él lo sabía. Él siempre lo había sabido.

En esto, nada había cambiado. Él había regresado, este hombre a quien ella había amado tan profundamente, este hombre que siempre había hecho que el placer fuera la parte más importante de su amor. Incluso al final.

Se retiró en ese momento, como si hubiera escuchado sus pensamientos, levantó su mirada hacia ella, sus hermosos ojos la encontraron, la capturaron, mientras un dedo se deslizaba profundamente en su ser, encontrándola húmeda y dispuesta. Ambos

gimieron ante la sensación, y cuando Malcolm comenzó a moverlo, a escurrir placer de sus lugares más secretos, no pudo mantener los ojos abiertos.

Él se detuvo.

—No. —Ella abrió los ojos. Rogando.—Malcolm.

—Te daré todo lo que quieras, amor. Pero tú me darás lo que yo quiero. —Él se movió de nuevo, y ella se irguió hacia él.

—Sí.

—Mantén los ojos abiertos —dijo —Quiero verte. Quiero un nuevo recuerdo.

Estaba lo suficientemente cerca como para sentir sus palabras sobre ella, su aliento donde estaba abierta y dolorida. Ni siquiera estaba segura de que hubiera un sonido que igualara esa sensación, pero de todos modos lo entendió.

Le daría todo lo que quisiera, siempre y cuando él no se detuviera.

Y no lo hizo. Sopló una larga corriente de aire donde lo necesitaba más, provocando, tentando y haciendo promesas que sabía que él podría cumplir.

Deliciosamente.

Él quería destruirla con la tentación. Para castigarla con el placer de la espera.

Pero ella ya había esperado lo suficiente.

Deslizó los dedos en su pelo otra vez, dejándolos apretarse contra su cuero cabelludo hasta que la miró de nuevo, hasta que se encontró con su mirada. El universo le había dado tanto poder sobre ella, más allá de esa habitación. Más allá de ese momento.

Pero en esto, eran iguales.

En esto, ella se deleitó en su poder.

—Yo también quiero —dijo ella. Y tomó su placer.

Él se lo dio, sin vacilar, sabiendo cómo hacerla retorcer y llorar, lenta y luego rápidamente, flexionando los dedos y la lengua hasta que perdió su fuerza y él la sostenía con sus manos y sus fuertes

hombros, tomando cada centímetro de su placer.

Pareció un siglo antes de que ella volviera al momento. Pero sólo había sido un instante.

Sintió cuando él se volvió y presionó sus labios contra el suave interior del muslo, deteniéndose allí hasta que ella lo empujó, quitándole la pierna del hombro y bajando sus faldas, alisándolas con cuidadosa precisión, mientras deseaba que su corazón frenara su loca carrera.

Lo quería de pie. Lo odiaba allí, de rodillas, como si pidiera disculpas.

Como si las quisiera.

Como si las fuera a tener.

Como si ella se las fuera a dar.

—Sera...

—No —Ella lo interrumpió. No podía dejar que terminara la frase.

Tenía miedo de lo que podría decir.

—No —repitió. Más fuerte. Más claro —No, Duque. Esto no cambia nada.

14. ¡Un novedoso «conoce al duque»!

8 de septiembre de 1836

Después de tenerlo de rodillas y desesperado por ella, su esposa lo evitó durante una semana completa. Oh, se sentaba en los desayunos, almuerzos y cenas, tomaba su jerez y jugaba al croquet en el césped. Cumplía con su deber sin signos de vacilación o disgusto.

Incluso leyó expedientes que esbozaban con una minuciosidad impresionante y que eran entregados con regularidad mecánica, las respectivas cualidades e intereses de todas las damas. De hecho, una vez que recibiera su divorcio, Sera podría encontrar fácilmente trabajo como casamentera profesional.

Por supuesto, ella no recibiría un divorcio.

Nunca había planeado dárselo, pero ahora no había forma de que sucediera. No cuando la había tocado de nuevo. ¿Cuántas veces había tratado de recordar ese sonido exacto que hizo cuando encontró su placer? ¿Su gusto exacto? ¿La sensación exacta de sus labios contra los de él, de sus dedos en su cabello, del peso de ella en sus brazos?

Era todo igual, y de alguna manera, totalmente diferente. Ella era completamente diferente.

"Esto no cambia nada", le había dicho.

Tenía razón. No cambiaba nada.

Él aún la deseaba. Él todavía iba a ganarla. La única diferencia era la urgencia en su deseo de hacerlo. Había sido paciente como Job, maldición. Le había dado una semana para encontrarla de nuevo. Para buscarla.

Se había sentado a las comidas, como el correcto duque, en el extremo de la inmensa mesa de comedor. Había saludado a las suplicantes, iban a tener que encontrar un mejor nombre para ellas,

agradablemente cuando las cruzaba por el pasillo.

Las veces que él había ido a buscarla, había sido atrapado por una colección de mamás empalagosas.

Hasta lo había requerido Lord Brunswick para ir a cazar una presa más fácil, un hombre que era decente con un tiro, pero demasiado dispuesto ante la perspectiva de disparar a cualquier cosa.

Durante los últimos siete días, Haven había hecho todo lo posible para tropezarse accidentalmente con su esposa. O, más bien, para asegurarse de que ella se tropezara con él.

Y ella no lo había hecho.

Era como si tuviera ojos y oídos en toda la casa, y tal vez los tuviera, considerando que sus locas hermanas parecían estar en todas partes. La marquesa de Eversley había establecido su residencia en su biblioteca, la esposa de Landry no podía dejar de decirle a su guardia de establo cómo hacer su trabajo, y esa mañana, cuando Malcolm se había vestido, había una extraña cantidad de pelo blanco en sus pantalones. El maldito gato de Sesily. Por no mencionar al asno de Calhoun, merodeando por los terrenos como un maldito pirata, inclinando su sombrero ante cualquier cosa con falda.

Calhoun.

Incluso en las comidas, Sera y Haven estaban separados, apropiadamente sentados en los extremos opuestos del comedor formal, una habitación en la que no podía recordar la última vez que había estado, y ella desaparecía inmediatamente después de la cena.

Malcolm estaba avergonzado de admitir que había pasado tres noches escuchando el silencio al otro lado de la puerta contigua a sus habitaciones, antes de darse por vencido e interrogar a los sirvientes sobre las actividades nocturnas de su esposa, desesperado por saber si ella estaba, de hecho, con Calhoun, que desaparecía en las noches, tan frecuentemente como su esposa.

Fue solo entonces que le dijeron que el Sr. Calhoun salía de la casa después de cenar y regresaba a la mañana siguiente al amanecer, antes

de que la mayoría de la casa se despertara para tomar el té y las tostadas.

Lo que significaba que Sera por la noche estaba sola.

En la habitación de al lado.

Su silencio lo estaba volviendo loco.

Él le había dado espacio, maldita sea, seguro de que ella volvería con él. Seguro de que lo buscaría, aunque fuera, por más placer. Se había derretido en sus brazos, fuerte, rápido y con una intensidad que se lo había llevado con ella. Lo había dejado de rodillas mientras ella se enderezaba, giraba y se iba.

Ella había salido de esa habitación como si el mismo Lucifer hubiera estado pisándole los talones. Cobarde.

Por supuesto, él no la había perseguido.

Ahora cambiando de idea, Haven se levantó del escritorio en su estudio privado, decidido a buscar a su esposa. Esta vez, la encontraría. Y esta vez, ella no podría evitarlo.

Estaba en las cocinas, rodeada de sus posibles futuras esposas y sus madres, como si las mujeres no fueran huéspedes, sino más bien estuvieran de turismo por Bath.

—Ahora —estaba diciendo —Como señora de Highley y Duquesa de Haven, se espera que organicen las comidas para el duque y cualquiera de sus invitados.

Como Seraphina Bevingstoke nunca había sido la duquesa de Haven, Malcolm no pudo contener el pequeño gruñido de sorpresa que se produjo ante sus palabras; el sonido fue más fuerte de lo esperado, claramente, ya que atrajo la atención de todo el grupo.

El rostro de Sera estaba completamente tranquilo, incluso cuando Malcolm notó la forma en que sus ojos brillaron con ira.

—¿Su gracia? ¿Necesitas algo?

Sí. A ti.

—No —dijo —Por favor continúa.

Hubo una pausa, y él pudo ver que quería discutir. Levantó una

ceja invitándola a hacerlo. Déjala que discuta. Si eso era lo único que él podía tener de ella, que así fuera.

Sus labios se presionaron juntos, con fastidio, él quería besarla de nuevo. Quería besarla, sinceramente siempre, pero particularmente cuando estaba molesta.

Comenzó de nuevo.

—Al duque le gusta el gamo, el cordero y el pato.

Él se rió de eso. Qué juego tan ridículo al que todas se prestaban.

La irritación de Sera se convirtió en enojo, y se volvió hacia él otra vez.

Él la miró fijamente. Quería besarla especialmente cuando estaba enojada. Era más hermosa entonces.

—Su Gracia —dijo, sin ocultar la desaprobación en las palabras — De nuevo, ¿podemos ayudarte de alguna manera?

—No —dijo, cruzando los brazos y apoyándose contra la jamba de la puerta —De hecho, estoy encontrando esto supremamente edificante.

—¿Te sorprende descubrir que disfrutas del pato?

—Me sorprende descubrir que eres consciente de que disfruto del pato.

Ella alzó las cejas.

—¿Estoy equivocada?

—No —dijo —Pero nunca has planeado una comida para mí en tu vida.

Él sabía que la había incitado. Pero si esto era lo que él podría tener de ella, lo tomaría.

Ella sonrió.

—Considerando que estamos en proceso de divorcio, creo que debes sentirte feliz de que no haya intentado envenenarte.

Él parpadeó. Las chicas reunidas se rieron. ¿Por diversión? ¿Por sorpresa? A Malcolm no le importó. Lo único que le importaba era que Sera se había movilizado. Lo suficiente como para desafiarlo. Eso

era familiar. Y bienvenido. Dios, ella era bienvenida como el sol en la primavera inglesa.

Mientras se acercaba, su corazón comenzó a latir con fuerza, sus palmas ansiaban levantarla en sus brazos y llevársela. Encontrar una cama y mantenerla allí hasta que aceptara comenzar de nuevo. En cambio, se obligó a sí mismo, incluso cuando ella se detuvo a escasos centímetros, a decir lo suficientemente alto como para que todas lo escucharan:

—¿Debo decirte qué alimentos me gustaría combinar con arsénico?
—levantó las cejas —Además ¿te das cuenta de que si aparezco muerto ahora, tenemos un cuarto lleno de testigos?

—Una pena, ya que ahora me doy cuenta de que debería haber considerado este curso de acción antes. Una viuda recibe un tercio de la herencia, ¿no es cierto? —Cristo, amaba la forma en que discutían. Continuó —Pato con guindas.

Hortalizas salteadas al estilo portugués. Patatas nuevas con salsa de crema salada. Cordero con gelatina hecha con la menta de Highley.

Hasta ese momento, nunca se le había ocurrido que sus alimentos favoritos podrían usarse contra él en la batalla.

—Brotos asados con peras, higos y mejillas de cerdo. Alcachofas en vinagre. Ni la carne de vacuno, ni las aves de corral son de su particular preferencia. A su gracia no le gustan los dulces, pero si debe elegir un postre, es frambuesas con una llovizna de crema fresca — Ella arqueó una ceja.

—¿Tienes algo que agregar, Duque?

Le habían dado un descanso culinario. Se aclaró la garganta.

—Me gustan mucho los espárragos.

Ella vio la mentira. Aborrecía los espárragos. Pero inclinó la cabeza y dijo:

—Qué edificante. A él le gustan los espárragos. Recuérdenlo, señoras —

Observó que varias de las madres estaban garabateando notas,

como si estuviese dando una lección de anatomía macroscópica, en lugar de planificar la comida —Si has terminado, Su Gracia, estamos un poco ocupadas, y usted es una distracción.

Le dio la espalda despidiéndolo.

Como si no fuera el dueño de casa y el señor de la casa solariega.

Como si fuera una distracción menor, mezquina e irritante.

Maldición. Ellas eran la distracción. No tenía intención de casarse con ninguna de las chicas, por lo que Sera no solo estaba perdiendo el tiempo con las discusiones sobre la comida y la mesa, los tratamientos del lino y cómo se hacía el jabón Highley, sino que también estaba perdiendo su tiempo.

Tiempo que podría haber gastado cortejándola. Ese era el plan.

Aunque el plan parecía desmoronarse, y había pasado solo una semana.

Era un plan idiota, obviamente.

Con una reverencia y un:

—Buen día —el más ducal que pudo reunir para las mujeres presentes, regresó a su estudio, sintiéndose insultantemente superado y en una no pequeña cantidad, responsable de ello.

Haciendo caso omiso de la gata de su cuñada, que había tomado una siesta en su escritorio, Malcolm intentó concentrarse en la finca, lo cual había hecho a medias, hasta que tocaron la puerta y entraron sus cuñadas prometiendo empeorar un ya, mal día.

—¡Brummell! —Sesily se abalanzó para levantar al descontento animal de su posición y sofocarlo con una vergonzosa cantidad de afecto. Una vez que terminó, devolvió el gato al escritorio, donde procedió a bañarse sobre una pila de informes agrícolas.

Malcolm frunció el ceño a la bestia.

—Oh, parece que estás de mal humor —Nadie había acusado nunca a Sesily Talbot de andarse por las ramas.

Se reclinó en su silla.

—De ningún modo.

—Mmm —dijo ella —Pero parece que sí, ¿verdad, Sophie?
Sophie, su némesis, sonrió y dijo:

—No lo sabría, ya que parece estar enfurruñado conmigo perpetuamente.

Buscó una réplica, pero todo lo que pudo decir fue:

—Me opongo a la palabra enfurruñado, sobre la base de que me hace sonar como un niño petulante —Sophie le dirigió una mirada que confirmaba su creencia de que era, de hecho, un niño petulante. Él frunció el ceño —No estoy enojado.

Ella extendió sus manos, blandiendo un cuadrado de papel.

—Lejos de mí decir lo contrario.

El ceño se hizo más profundo y señaló con la mano el sobre.

—¿Qué es eso?

Ella miró su mano, sus rasgos al instante se suavizaron.

—Una carta de mi esposo —Ella se la entregó —Para ti.

—¿Por qué?

Ella fingió ignorancia.

—¿Quién puede saber?

Haven suspiró y aceptó la misiva, buscando un abrecartas y abriéndolo para revelar el mensaje:

"Haven, tal como están las cosas, estoy para nada encantado de que mi esposa haya decidido pasar el verano contigo y sus hermanas, en vez de pasarlo conmigo, pero no me gusta discutir con ella cuando se encuentra en su condición, y lo que desea, lo obtiene."

Haven levantó la vista para encontrar a Sophie, con las manos sobre su sección media en expansión y una sonrisa serena en su rostro. Regresó a la nota.

"Entonces, me conformaré con decirte esto, sabiendo que hay

poco amor entre ustedes...

altérala y responderás ante mí. Lo cual me complacerá sobremanera. (Altera a tu propia esposa y responderás ante sus hermanas, que son, en masa, tan temibles como yo podría ser). Eversley"

—Él tiene un excelente punto. —Malcolm levantó la vista de la nota para encontrar a Sesily a su lado, leyendo por encima de su hombro. Arrebató el papel para ocultárselo —Eres bastante grosero. Ella sonrió.

—Ah, ¿Porque tú siempre has sido el retrato de buenos modales?
—Se volvió hacia Sophie —King te ama locamente.

La marquesa de Eversley levantó un hombro como diciendo: lo sé. Sesily puso los ojos en blanco y se volvió hacia Malcolm.

—Nos enviaron para decirte que la cena es a las ocho.

Él miró su reloj. Había suficiente tiempo para afeitarse y vestirse. Asintió.

—Gracias —Se movió para salir de detrás del escritorio, consciente inquietantemente, de que estaba demasiado ansioso por dejar a estas mujeres.

No era que lo asustaran. Por supuesto que no.

Eran mujeres, por el amor de Dios. Apenas había llegado a la esquina del gran escritorio de roble cuando Sophie negó con la cabeza.

—Aunque no debes irte todavía.

—Primero, tenemos algo que decirte —agregó Sesily.

Él lo meditó nuevamente. Eran aterradoras.

—Está claro que tienes en marcha un plan idiota.

Malcolm negó con la cabeza.

—No sé lo que tú...

Sophie lo cortó con una mano en el aire.

—No pierdas nuestro tiempo, Haven.

Sus cejas se dispararon.

—No entiendo por qué, todos decían que eras la más tranquila.

Ella sonrió.

—Bueno, tienes un par de botas arruinadas que demuestran lo contrario, ¿no?

Él las tenía, efectivamente. De hecho, cuando pensó cuidadosamente en ello, todavía podía recordar la gran vergüenza que sintió al ser puesto de culo en un estanque por esta mujer. No es que él le fuera a decir tal cosa.

—En cualquier caso —continuó —todas nos preguntamos cuál es el plan.

No iba a decir nada, pero parecía que no tendría que hacerlo.

—Hemos comenzado un libro de apuestas —Sesily anunció, como si estuvieran discutiendo sobre el clima —¿Te gustaría saber sobre eso?

Se apoyó en un lado del escritorio, fingiendo desinterés.

—Por favor.

—Seline cree que buscas el dinero de papá otra vez.

—No lo busqué la primera vez.

—No —dijo Sophie —lo estuviste después de su ruina.

No estaba orgulloso de eso. Había estado ciego de rabia, frustración y traición, pensando que ella nunca se había interesado en él. Desesperado porque ella se hubiese interesado. Entonces había ido detrás de su padre. En realidad lo habría hecho, de no haber sido por Eversley, quien intervino y lo tranquilizó.

—No lo estoy buscando tampoco, esta vez.

Sophie pareció no estar convencida, pero Sesily continuó.

—Seleste cree que eres un espía.

Eso sí que era inesperado.

—¿Con qué fin?

Sesily dejó el periódico que traía en la mano y la agitó en el aire.

—Algo que ver con el Sr. Calhoun y su taberna —eso no tenía ningún sentido.

Más tarde, se preguntaría acerca de esa referencia sobre la taberna. Pensaría en ella. Pero Sesily todavía estaba hablando. —Ahora yo... — Hizo una pausa con un dramatismo inquietante —Llámame romántica, pero creo que estás tratando de recuperarla.

Su corazón casi se detuvo. Reforzó sus facciones mientras su cuñada lo miraba intensamente, afortunadamente sin darse cuenta del efecto que lo que acababa de decir, había tenido sobre él.

—Lo cual es una idea terrible, lo sé. Quiero decir, no se necesita una mente brillante para ver que nunca te aceptará de nuevo.

Las palabras fueron tan directas, que no pudo evitar sentir su aguijón. Y decir:

—¿Incluso si he cambiado?

—No lo has hecho —dijo Sophie.

—Podría haberlo hecho —dijo, defendiéndose como un imbécil — Han pasado muchos años.

—El tiempo es irrelevante —dijo Sophie —Leopardos y manchas.

Abrió la boca para discutir nuevamente, de alguna manera incapaz de evitar la inutilidad de la acción, cuando Sesily lo interrumpió.

—Vale la pena decir en este punto, que Sophie piensa que estás tratando de obtener una venganza adicional.

Sophie asintió y señaló con la mano la carta que ahora estaba abierta en su escritorio.

—Por eso, la misiva de King.

Malcolm resistió el impulso de recordarle que los maridos amenazantes atemorizaban menos cuando hacían sus amenazas por correo.

—No estoy exigiendo venganza.

—Sin embargo, eso es exactamente lo que dirías si estuvieras exigiendo venganza —señaló Sesily.

Realmente no era de extrañar que ella permaneciera soltera. Era candidata perfecta para Bedlam. Haven la ignoró y miró firmemente a Sophie.

—No lo hago.

Ella estrechó su mirada.

—Olvidas que fui testigo de tu enojo, Haven. Vi las cosas que hiciste. Escuché las cosas que dijiste.

Todas las cuales daría cualquier cosa por no haber hecho.

—Yo era...

—Eras un asno absoluto.

Él parpadeó. Sesily rió disimuladamente. Y luego le concedió el punto.

—Sí.

Sophie lo observó por un largo rato, y luego dijo:

—Siento que debo decirte que te odio. Más que el resto de ellas.

El asintió. Todas las hermanas de Sera eran francas, pero Sophie era la más sincera. Siempre lo había sido. Iba a tener que reconquistarla también.

—¿Sabes cómo me llaman ahora, Sophie? ¿Desde nuestra última reunión?

Ella sonrió.

—El Duque Mojado. Estoy totalmente orgulloso de ello.

Él inclinó la cabeza, incapaz de olvidar la forma en que ella lo había dejado con su culo en un estanque de peces. Tampoco podía olvidar el hecho de que se lo merecía.

—Deberías estarlo. Es un nombre bastante vergonzoso —Otra larga evaluación, de nuevo. Y luego —Veo lo que estás haciendo Duque. No funcionará —Quizás no. Pero valía la pena intentarlo —Y además, no soy yo de quien deberías preocuparte. No te odio más de lo que Sera lo hace. Entonces, si Sesily tiene razón, y estás tratando de recuperarla, vas a necesitar un poco de suerte.

Golpeó bruscamente la puerta que daba a la habitación de su

esposa a eso de las ocho menos cuarto de la noche. Ella le abrió al instante, como si lo hubiera estado esperando del otro lado, abrió la puerta de par en par y dio un paso atrás para dejarlo entrar. Manteniendo la distancia, incluso mientras le facilitaba el mirarla.

Por un momento, descubrió que no podía respirar.

Estaba más hermosa que nunca, con un impresionante vestido color amatista, es decir púrpura azulado, desprovisto de las mangas anchas, los volantes y la frivolidad que adornaban cada vestido que se usaba en la actualidad. En su simplicidad, el vestido lo devastó, marcando sus formas desde el torso hasta la cintura, donde caía en líneas magníficas, ni un pliegue que se pudiera encontrar como sobrante.

Siempre había sido capaz de robar su aliento. Y ahora no era diferente.

Ella llenó el silencio que había entrado con él.

— Veo que mis hermanas te dieron mi mensaje sobre la cena.

¿Por qué no se lo había dicho ella misma?

Las palabras de su hermana resonaron a través de él. No te odio más que Sera. Empujó ese pensamiento a un lado.

— El tuyo y el suyo.

Ya había cruzado la habitación hasta su tocador, levantando un gancho para prender botones. Fue entonces cuando se dio cuenta de que un largo guante de amatista estaba desabrochado.

Extendió un largo brazo hacia la luz, revelando una larga línea de botones desprendidos, y comenzó a trabajar para sujetarlos.

— Escuché que había un mensaje de King — dijo, casi ausente. King era el marqués de Eversley, un hombre cuya exasperante superioridad le había sido inculcada junto con el nombre al nacer.

Rechinó por el uso del nombre informal, sin dudarlo.

— Amenazó con destruirme, si le hiciera daño a tu hermana.

Ella sonrió ante eso, sin levantar la vista de su guante.

— La ama absolutamente.

Las palabras fueron suaves y llenas de cálida satisfacción. Y en ese momento odió a su cuñado. Lo odiaba porque quería esa satisfacción para sí mismo. Él quería dársela a ella.

Dio un paso hacia ella, que se puso rígida al instante, él se calmó.

— ¿No deberías tener una criada para eso?

— Estoy compartiendo la de Sesily. No traje una propia.

Ella era la duquesa. Toda la casa estaba a su entera disposición.

— No necesitas compartir; hay una docena de chicas abajo que...

— No necesito una — dijo, abrochándose hábilmente el guante —
Me he vuelto bastante hábil para vestirme.

— Para el escenario.

Ella asintió.

— Entre otras cosas.

A él no le gustaba la referencia a su pasado sin él. No le gustó la forma en que le hizo querer hacer una docena de preguntas, ninguna de las cuales respondería. Trató con algo más ligero.

— ¿Sabías que tus hermanas están haciendo apuestas sobre por qué te traje aquí?

No levantó la vista de su tarea.

— ¿Pensé que estaba aquí para encontrar a mí reemplazo?

— Seleccionaste piensas que soy un espía.

Ella soltó una risita, y de repente se sintió más cálido de lo que había estado en años.

— Seleccionaste lee muchas novelas de aventuras.

— Es la mejor teoría de todas.

— ¿Cuáles son las otras?

De repente, parecía que el tema había sido una mala elección.

Sera escuchó su vacilación.

— ¿Debo adivinar?

Quizás ella las malinterpretaría.

— Por favor.

— A Seline le preocupa mucho nuestro padre, así que supongo que

piensa que estás buscando el dinero de papá. Lo cual, por supuesto, no es así.

—¿Cómo lo sabes?"

—Porque nunca has buscado su dinero; siempre has sido rico como un rey.

Fuiste detrás de mí —dijo ella, ligeramente, como si estuvieran discutiendo algo más que la ruina de su familia en sus manos — Sophie piensa que eres más ruin que la suciedad, por lo que probablemente crea que estás en busca de venganza.

Odiaba la manera en que sus mejillas se calentaron de vergüenza. Y con vergüenza, por la forma en que lo dijo, como si fuera algo perfectamente razonable que Sophie pensara así. Que lo era. Pero demonios, no era razonable. Si pudiera borrar todo, lo haría.

Se aclaró la garganta, pero antes de que pudiera hablar, ella dijo:

—Por supuesto, ella también está equivocada.

—¿Lo está? —Dijo, su voz una octava más alta de lo que hubiera deseado.

—No estás tratando de castigarme. Sabes que es imposible —Ella alzó la vista y sus ojos azules se encontraron con los suyos —No se puede castigar a alguien que no tiene nada que perder.

Las palabras le dolieron. Las había oído cuando se lo había dicho en su oficina en el Parlamento, pero ahora dolían más. Excepto que aquí, él estaba más cerca. Y la estaba mirando con más cuidado. Fue entonces cuando lo vio. La verdad y la mentira.

Ella tenía algo que perder.

¿Pero qué?

—Tienes razón. No estoy buscando venganza —ella entonces desvió la mirada, como si supiera que él podía ver más allá, y quería protegerse. Malcolm siguió adelante —¿Te gustaría saber qué piensa Sesily?

Perdió el botón en el que estaba trabajando.

—No.

La vio agarrar el gancho con más firmeza. Intentarlo de nuevo. De nuevo. Él se acercó, quitándole el gancho de la mano. Sera giró hacia él y le arrebató el brazo.

—No necesito tu ayuda.

—Por supuesto que no —dijo —Nunca me necesitaste.

Siempre fui yo quien te necesitó.

Dejó esa parte, extendiendo su mano hacia ella.

—La cena espera —No es que le importara. Se quedaría parado junto a ella, respirando el mismo aire, por el resto de su vida si ella lo dejara.

Sera exhaló con demasiada dureza y le dio una palmada en el brazo con la mano extendida.

—Bien.

Él movió el gancho sobre los botones, ignorando la irritación en su voz.

—Sesily cree que te quiero de vuelta.

Ella sacudió su cabeza.

—Sesily no sabe nada sobre el matrimonio.

Él más bien pensó que ella sabía bastante. Terminó con los botones y pasó el pulgar sobre la suave seda.

—Terminé —Él no la soltó, pero tampoco la abrazó. En cambio, se deleitó con la sensación que ella le producía, esta mujer a la que había buscado durante años. A quien había anhelado durante años.

Te quiero de vuelta.

¿Qué pasaría si se lo dijera? ¿Qué haría ella?

Sus ojos se alzaron hacia él con sus pestañas negras, imposiblemente largas. Por un momento, pensó que diría algo. Algo importante. Algo que podría cambiarlo todo. Pero no lo hizo. En cambio, extrajo su brazo de su agarre y dijo lo menos importante que podría decir. Lo que acababa de decir el mismo.

—La cena espera.

Nunca se decían las cosas que eran importantes.

Estaban descendiendo las grandes escaleras del salón principal cuando ella volvió a hablar.

—Es hora de que participes en este proceso, Malcolm. Tienes que elegir.

A ti, pensó. Te escojo a ti. Pero se tragó las palabras.

—¿Entonces la competencia comienza en serio esta noche?

Ella asintió.

—Así es.

—¿Con qué? ¿Esgrima? ¿Lucha? ¿Una charada despiadada? —Sus labios se crisparon con una pequeña sonrisa, y se sintió bastante orgulloso de sí mismo.

—Nada tan... prosaico.

—¿No habrá combates? Qué pena.

Ella rió.

—Comenzaremos con la comida. Debe ser capaz de mantener tu casa.

A él no le importaba nada la comida, pero podía fingir.

—Ah. De ahí el pato.

Fueron hacia el comedor.

—Sé que te gusta el pato.

Le lanzó una mirada a sus insistentes palabras.

—No debería haber dicho lo que dije.

—Pasé meses aprendiendo lo que te gustaba. Antes de que nos casáramos y después, incluso cuando no era bienvenida en tu casa — No podía apartar la vista de Sera, incluso cuando ella miraba hacia adelante, negándose a mirarlo a los ojos — Tenía toda la intención de planificar tus comidas. De mantener tú casa. De ser tú...

Se detuvo, pero él escuchó la palabra. ...Esposa.

Y también escuchó el pretérito.

¿Por qué siempre estaban en el pasado?

—Además, sé que detestas los espárragos —dijo, y las palabras fueron inyectadas con algo parecido a un triunfo petulante.

—Lo hago —dijo.

—Solo querías socavarme.

—Me has estado evitando —No es que fuera una excusa, pero era la verdad.

—Nunca dijiste que teníamos que interactuar —él suspiró, y ella lo malinterpretó como irritación —Sabes, tú trajiste esto sobre ti, Haven. Decidiste que querías una nueva esposa. Decidiste que querías que yo la seleccionara. Este es el proceso. Inténtalo. Puede que incluso te guste alguna de ellas.

Pero él no quería a ninguna de ellas.

—No necesito que me guste para casarme con una de ellas —dijo, sabiendo que sonaba como una bestia.

—Aunque ayuda, ¿no crees?

—No lo sabría —respondió —Nosotros nunca nos gustamos.

—Tonterías —dijo mientras se acercaban al comedor —Si no nos hubiéramos gustado tanto, tal vez no nos hubiera ido tan mal —Antes de que él pudiera responder, ella dijo: —Te he sentado junto a la señorita Mary. Se amable —y asintió con la cabeza al lacayo de guardia fuera del comedor. El chico abrió la puerta y reveló el abigarrado conjunto de invitados, que se volvieron para ver llegar al duque y a la duquesa.

—Espera —dijo, y ella tuvo que volver atrás, arriesgándose a que la censuraran si lo ignoraba. Tenía beneficios ser un duque. Bajó la voz y dijo: —¿Para qué crees que te traje aquí?

Habían hablado de las teorías de sus hermanas. Pero a él solo le importaba la suya.

Lo miró durante un largo momento antes de decir, lo suficientemente bajo como para que solo él pudiera oír:

—Creo que estoy aquí para ser tu juguete.

—¿Qué demonios significa eso?

—No me quieres, pero tampoco quieres que nadie más me tenga. Nunca lo has querido. —No eran ciertas, pero las palabras le dolieron

por su brutal honestidad, porque ella las creía. Y luego agregó: —No quieres ser parte de una vida conmigo.

Las palabras le causaron escalofríos, evocando un recuerdo que había olvidado. Un recuerdo que quería expulsar de inmediato. Adiós la cena y a todos en el comedor.

—Sera...

Ella sacudió su cabeza.

—Su gracia. He estado en esta posición en particular antes —ya estaba girando hacia la habitación, donde una colección de mujeres de rostro sorprendido estaba esperando.

En una mesa cargada de espárragos.

Miró a su esposa, que tenía una sonrisa en los labios.

Estaba equivocada. Él la quería a ella. Él quería una vida con ella.

Y, esta vez, no se detendría hasta que la tuviera.

15. ¡La tictac Talbot ataca de nuevo!

Abril de 1833

Haven House, Mayfair

Escuchó en el momento exacto en que ella entró a la casa.

Si Haven era honesto, la había escuchado en el momento en que su carruaje se detuvo en la calle frente a su casa. En el momento en que ella había bajado, como una maldita reina. No podía verla desde su estudio, pero podía sentirla, cambiando el aire del parque más allá. Robándolo.

La oyó golpear bruscamente la aldaba de la puerta y, por un segundo, consideró decirle al lacayo que no contestara.

Pero ahí estaba el problema que siempre existiría entre él y Seraphina Talbot: él siempre respondería a su llamada. Como un maldito marinero a una sirena.

Habían pasado tres días desde que habían sido atrapados, y debía pasar otra semana antes de que estuvieran atados para siempre. Y solo empeoraría después de casarse.

—¿Dónde está él? —La pregunta fue bastante grosera, la frustración y la ira en las palabras se dispararon a través de él en un torrente de emociones similares.

Y anticipación.

Y deseo.

La vergüenza lo inundó con esa última sensación. No debería desearla.

Debería querer deshacerse de ella. Debería querer no volver a verla nunca más. Quería que la castigaran por lo que había hecho, atrapándolo en esta farsa de matrimonio, lo cual no era una farsa en absoluto, porque toda la aristocracia y todos los chismosos de Gran

Bretaña parecían saber la verdad.

—Me quedaré aquí todo el día hasta que él me reciba, así que sería mejor que me lleves hasta él —Haven se paró, diciéndose a sí mismo que se dirigía a la puerta de su estudio porque quería proteger a su sirviente de ella. Por ira, y no porque estaba atado a ella como un perro a una correa.

—M—mi lady —tartamudeó el lacayo —Debería ver si el duque está en casa.

—No es necesario —dijo ella.

—¡Mi lady! No puede simplemente...

Pero nadie le había contado a Seraphina Talbot lo que podía o no podía hacer, y ciertamente no iba a empezar a recibir instrucciones de un lacayo, cuando no lo había hecho del amo del lacayo.

—¡Oh, pero puedo! ¿No lees los periódicos? ¡Vamos a casarnos!

La ira se encendió ante sus palabras y Malcolm puso su mano en la manija de la puerta de su oficina, preparándose para salir de ella rápidamente.

Abrió la puerta cuando ella llegó.

—Todavía no estamos casados, Lady Seraphina. Todavía tengo una semana antes de usar mi licencia especial.

Una ceja caoba se levantó en un perfecto arco.

—Te lo aseguro, soy muy consciente de que mi yugo se tensa cada vez más, Su Gracia.

Fue su turno de parecer sorprendido.

—¿Soy yo quien amenaza tu libertad, entonces?

—Esa es la forma en que lo hacen hombres y mujeres, ¿no es así?

—Ella lo golpeó en el pecho con un periódico —Puedes castigarme todo lo que quieras.

Esa es la cama que yo me tendí. Pero deja a mis hermanas fuera de esto, bastardo.

Él tomó el periódico.

—Estoy seguro de que los dos estamos un poco tristes por el hecho

de que no soy, de hecho, un bastardo. Si lo fuera, no estaríamos en esta situación —

Cuando ella no respondió, él miró el periódico, sabiendo al instante a qué se refería. Aun así, no pudo resistirse a irritarla —El rey está de vacaciones en Bath.

—Me gustaría sumergirlo en uno de esos baños —dijo, colocando un dedo sobre el papel —Ahí.

Él había leído la historia ese día, más temprano. "¡Haven Enganchado por Cazadora!" Su irritación se inflamó cuando la miró nuevamente. Irritación y vergüenza.

Ella no esperó a que se recuperara.

—¿Debería recitarlo de memoria? ¡Hombres!, advierten los claramente preocupados editores de News. ¡Cuídense! ¡Las damas de bajo nivel acechan en todo Londres, anhelando vuestra generosidad! Oh, ¿no te importa el lenguaje sobreexcitado? Déjame seguir, ¡ya que empeora significativamente!

¡Presten atención a la desgarradora historia del duque de Haven! ¡No caigan víctimas de una perversa Wisteria sin sentido... no importa que no estén dispuestos! ¡Estas son las peligrosas T., todas!

Miró a Sera.

—¿Deseas que esté en desacuerdo?

Parecía desearle la muerte.

—Ni siquiera conoces a mis hermanas —Alzó la voz —Ni siquiera viniste a mi casa para tratar de conocerlas.

—No las conozco —dijo —Pero como es mi nombre el que es arrastrado por el barro y tú la que lo arrastra, no estoy dispuesto a confiar en ellas relacionadas con hombres solteros.

—Oh sí. Pobres hombres solteros, muchachos voluntariosos, de voluntad débil, sin control ni inteligencia. Tan fácilmente marcados y arruinados por las mujeres, cada vez más poderosas. No me sorprendería si todas descendiéramos de brujas.

Él levantó una ceja.

Ella continuó:

—Pobres hombres tristes, tan amables e inocentes, deambulando por las calles con impotencia impresionable. Deben estar protegidos de las artimañas de las mujeres, que no quieren nada más que su destrucción —Hizo una pausa —Esa es nuestra historia, ¿no es así? ¿Tú, el trágicamente heroico Sansón, y yo, la tentadora Dalila, robando tu poder?

La mirada de Malcolm se redujo.

—Dímelo tú. Dalila tomó dinero y tierra.

—Yo no te quité nada.

—No —dijo —hiciste algo peor. No hubo ningún robo honorable en tus acciones, hiciste un intercambio por un botín.

Ella jadeó.

—¿Me estás llamando puta?

—Tus palabras, Sera. No las mías.

Él nunca debería haberlo dicho. Por un momento pensó que iba a golpearlo. Él lo habría aceptado. Lo habría merecido, incluso. Pero ella no lo hizo. Se enderezó, cuadró los rígidos hombros y sus dedos se enroscaron en puños. Él se levantó, preparado para el golpe. Sabiendo que se lo merecía y de alguna manera no podía disculparse por su comportamiento.

Era demasiado orgulloso y estaba muy enojado.

Como ella.

—Algún día, tendrás que escucharme, Malcolm.

—Pero no hoy.

—Disculpa.

—Perdóname si tres días no son suficientes para que tome conciencia de que mi futura esposa me atrapó en el matrimonio.

Ella no apartó la vista.

—Tú estabas allí también, Su Gracia.

—Sí. Pero con diferentes intenciones —Se dio la vuelta, sin querer volver a tener esa conversación. No queriendo recordar. Señaló a la

puerta —Puedes irte.

—No tenemos que casarnos —dijo Sera.

Él también se lo había dicho, una docena de veces en las horas posteriores al descubrimiento. Otra docena al día siguiente. Por supuesto, tenía que casarse.

Por desgracia continuó —Cometí un error —agregó, suavemente —Nunca debería haber estado de acuerdo...

—Detente —No quería oír la confirmación de que ella lo había atrapado. No deseaba revivir el momento en que lo había hecho.

Pero no se detuvo.

—¿Y si te dijera que no fue una trampa? No al principio. No en ninguno de los días previos al final. Porque no fue un engaño, Malcolm —Cristo, él quería creerle —Todo fue real. Yo era yo y tú eras tú y todos decían que lo nuestro no podía ser...

—Basta —Apenas podía contener su ira —Aun ahora, tejes tu bonita historia. No me importa —Tomó aliento, forzándose a sí mismo a calmarse —Atrapaste a tu duque, igual que mi madre atrapó a mi padre antes. Pensé que estabas en esto por mí, y estabas en ello por un título. Debería haberlo visto venir y no lo hice.

Se hizo el silencio, espeso y desagradable mientras consideraba sus próximas palabras y deseó que no fueran otra mentira. No creía que pudiera soportar otra mentira. No de esta mujer que pareció tan auténtica por tanto tiempo.

Finalmente, habló, con algo así como pánico en sus palabras —He pensado esto; si me voy, si desaparezco, le doy a mis hermanas la oportunidad de un futuro libre de mi escándalo.

—No puedes liberarlas del escándalo —dijo —Ellas ya lo ostentan, ya que llevan tu apellido. Serán para siempre las peligrosas Talbot. Así como yo siempre seré el Engañado Haven.

Tragó saliva y miró para otro lado.

—Nunca fue mi intención que pasara esto. Simplemente pensé que nos encontrarían y nos casaríamos. Y seríamos felices.

No pudo contener la risa sin humor ante sus palabras.

— Esa es la ironía, ¿no es así? Que hubiéramos sido felices.

Sus ojos se abrieron de par en par.

— ¿Y por qué no podemos serlo? ¡Cometí un error! Te am...

— ¡No! — La palabra, fría y llena de ira, detuvo el resto de su frase. Gracias a Dios. ¿Cuánto tiempo se había dicho a sí mismo que el amor no era algo que jamás tendría? ¿Cuánto tiempo había creído que no era real? Y luego conoció a Sera, y todo había cambiado. Todo y nada. Cruzó la habitación y se sirvió una bebida del aparador — No lo digas nunca. No a mí. No hay lugar para eso aquí.

Ya no.

— Malcolm — dijo, suave y dolorosamente hermosa, se negó a mirarla por miedo a lo que encontraría. Pero no tenía que volverse. Podía escuchar el dolor, a pesar de su silencio. Cristo, él quería creerlo. Él quería creerle.

Ella inhaló, un pequeño sorbo la única pista de que él podría haberla molestado.

— Si me dejas, deberías... — Hizo una pausa, considerando el resto de sus palabras. Cuando volvió a hablar, él escuchó la verdad — Me gustaría darte un buen futuro. Uno que podría tener felicidad. Seguramente no puedes desear un matrimonio para castigarnos a los dos por siempre.

— ¿No lo ves? — Dijo — Soy el producto de un matrimonio como este. Vi a mis padres castigarse durante años. Mi madre, la cazadora, mi padre, el cazado y yo, el premio en la balanza — agregó, ignorando el dolor que lo atravesaba mientras hablaba — Eso es UN matrimonio para mí. Y parece que también será EL matrimonio para mí.

— Entonces, ¿por qué elegirlo? — Preguntó, con frustración y confusión en sus palabras — ¿Por qué no encontrar otro?

No había otro. ¿No lo veía ella? Así era como terminaba, los pecados caídos sobre el padre, recaídos sobre el hijo.

— Todo sobre el matrimonio es miserable — dijo — Eso es lo que me

enseñaste.

Sus ojos se abrieron de par en par.

— ¿Cómo?

No había ninguna razón para mentirle.

— Cuando te conocí, Sera, tenía la esperanza de algo diferente y nuevo. Tenía la esperanza de que forjáramos nuestro propio camino a través del matrimonio y destruyéramos lo que mis padres habían forjado. Confié en ti para ayudarme a hacerlo, Dios sabe que no tengo ni idea de cómo tener un matrimonio feliz.

Mis padres no podían soportar estar en la misma habitación el uno con el otro.

— Malcolm — dijo en voz baja, detestaba la simpatía en las palabras. La pena en ellas. Él no quería su amabilidad. Él quería recordar su traición. Era más fácil de esa manera y no parecía fácil en absoluto. Y luego dijo: — No quiero eso para mis hijos.

— No habrá niños.

Ella jadeó. "

— ¿Qué?

Los niños ya no estaban en sus planes. No lo habían estado desde la tarde en Highley, cuando ella lo atrapó. No estaba interesado en torturar a otro niño con una vida como la que él había vivido.

— Tengo primos. Ellos pueden quedarse con el título.

— ¿No deseas un heredero?

Entonces la miró, encontrándose con sus hermosos ojos azules, amplios y honestos. ¿Cuántas veces se había perdido en esos ojos en las últimas semanas? ¿Cuántas veces había creído lo que veía en ellos?

— Ya no. No me interesa un niño que sea solamente un peón en la partida de ajedrez de sus padres.

Ella guardó silencio por un largo momento, su garganta trabajando mientras buscaba palabras.

— ¿Es esta tu forma de castigarme?

Él levantó una ceja.

— ¿Deseas niños?

— Por supuesto. Ellos son parte de la vida.

Imaginó a sus hijos, una línea de pequeños con rizos color caoba y brillantes ojos azules, pestañas largas y amplias sonrisas. Ella haría hermosos niños. Los harían.

Excepto que no lo harían Dio media vuelta, hacia la ventana que mostraba el jardín que se extendía más allá.

— No quiero ninguna parte de esa vida. — Hacía tres meses, había sido verdad.

Hacía tres días, había sido una mentira. Hoy no sabía lo que era.

— Conmigo — aclaró — No quieres ninguna parte de una vida conmigo.

— No — lo sintió como una mentira. Él había querido una vida con ella. Tenía la intención de casarse con esta mujer vibrante, divertida y hermosa, que parecía saber más sobre alegría, amor y familia que nadie más. Y luego se había dado cuenta de que no era real, y tampoco lo era lo que tenían.

— Entonces, ¿por qué no me dejas ir?

Porque todavía te quiero.

— Porque esta es la cama que nos tendimos.

Ella guardó silencio durante un largo momento, lo suficientemente largo como para pensar en mirarla, incluso cuando se negaba a sí mismo ese regalo.

El dolor en eso. Esa era la batalla que peleaban.

— ¿Qué deseas? ¿Deseas que me arrodille? ¿Qué te ruegue por mi libertad?

— ¿Lo harías?

Sus ojos, cerúleos y deslumbrantes, lo mataron con la sorpresa reflejada en ellos. Lo había dicho como exageración. Y ahora, de repente, colgaba entre ellos.

— ¿Es eso lo que debo hacer para ganar mi libertad? ¿Para ganar la libertad de mis hermanas?

—¿Si fuera así? ¿Mendigarías? —Se odió a sí mismo por la pregunta.

Y luego la odió a ella, cuando dijo:

—Lo haría —haría cualquier cosa para deshacerse de él. Y no podía culparla.

—Vete —dijo, volviendo a la ventana.

—Sabes que podría irme. Podría huir —Escupió las palabras.

Agitó su mano hacia la puerta una vez más.

—Hazlo.

No podía huir, sin embargo, no sin destruir a sus hermanas, y lo sabía.

Él también lo sabía. Sera siempre había sido noble. Incluso en el engaño.

Sus faldas crujieron contra la alfombra, y por un momento, él imaginó que ella podría haberlo hecho, ponerse de rodillas. Ofreciéndole una súplica como un siervo a un rey. En cambio, ella habló demasiado cerca.

—No pienses que no sé lo que haces —dijo —Juegas al perro del hortelano. Tú no me quieres. Pero tampoco quieres que nadie más me tenga —Él la miró, odiando la culpa que se cruzaba entre las palabras —Me estás castigando. Y lo estás haciendo maravillosamente.

Tenía razón. Era uno o el otro, aunque también podía ser ambos. Pero estaba tan cegado por la traición y la ira, que no podía haber dicho cuál. Todo lo que sabía era que no la dejaría ir.

Incluso cuando sabía que eso lo convertía en el peor tipo de hombre.

Sin embargo, pareció verlo, respiró hondo y se acercó a él como una cazadora, colocando un solo dedo sobre su pecho, fuerte como el acero. Como siempre lo había sido.

—Es muy justo. Haz lo que debas hacer, Malcolm. Me culpas por mi traición y por los restos destrozados de lo que una vez nos prometimos.

—Te culpo —dijo, alejándose de ella. —no te equivoques.

Ella lo persiguió. En esto, no estaba dispuesta a dejarlo escapar.

—Entonces castígame, pero mis hermanas no tienen nada que ver con esto. Y espero que lo arregles.

Era una petición imposible. Una vez que los tabloides de chismes tenían sus dientes en una historia, se agarraban a ella hasta que moría. Ella lo sabía. Ella y sus hermanas habían sido llamadas las Sucias Talbot desde que su padre, el barón del carbón, había bajado de Newcastle con cinco bellezas a cuestas.

—Tal vez deberías haber pensado en eso antes, Sera.

Las palabras fueron un error.

Ella se volvió hacia él, y él vio la furia en su rostro.

—¿Antes de...? ¿Antes que...? ¿Antes de tropezar en el balcón esa noche?

¿Antes de que me pidieras que bailara contigo? ¿Antes de que me hubieras besado? ¿Antes de que enviaras un carruaje a buscarme para ir a tu casa de campo? Porque, según recuerdo Duque, había dos de nosotros en el piso de tu estudio. No solo estaba Dalila, con su perversa espada.

El enojo de Malcolm también se elevó, junto con la culpa, la frustración y el maldito deseo. Entonces se acercó a ella, cercándola.

—Fuiste Dalila —gruñó —Dalila y Salomé y Diana... diosa de la maldita cacería —Hizo una pausa —Y yo el ciego y gordo toro.

—¡Tonterías! —escupió, enfrentándose a él sin miedo —¿Crees que no recuerdo como abriste mi vestido, como levantaste mis faldas? ¿Quién suplicó entonces, Duque? —Ella se rió, y el sonido fue un agujijón —Desearía poder volver el tiempo atrás. ¡Qué error cometí!

Él la tomó en sus brazos y la atrajo hacia sí, ella se inclinó hacia atrás, alejándose, sus labios casi rozando su piel, amando el calor, el olor y la sensación de ella, incluso mientras se odiaba a sí mismo por sentirse atraído.

Por desearla tan desesperadamente. Por no poder renunciar a ella.

Incluso cuando él la odiaba por quererse ir.

—Dices que cometiste un error. —Su aliento acariciaba la garganta de ella, e imaginaba que podía ver el orgulloso latido de su pulso debajo.

—El peor de todos.

—Dime exactamente cuál de ellos. ¿Fue la trampa tu error? ¿O el hecho de que te atrapara poniéndola? ¿Lo harías de nuevo si pudieras estar segura de que nunca me daría cuenta que lo habías planeado? ¿O el error fue como lo orquestaste? ¿O cómo me atrapaste?

Su mirada voló hacia la suya y vio el dolor en sus ojos un instante antes de confesar.

—Por supuesto que sí.

Por el resto de su vida, se preguntaría por qué la besó, aplastando su boca con la suya, hasta que ambos estuvieron sin aliento. Hasta que los brazos de ella se envolvieron alrededor de su cuello, compartiendo cada toque, cada gemido, cada caricia. Y él se preguntaría por qué le devolvió el beso en lugar de alejarlo y dejarlo para siempre. Tal vez fue porque en la pasión, vieron la verdad, que estaban perfectamente emparejados en fuerza, poder y deseo. Tal vez fue porque, en esos momentos, había un pequeño hilo de esperanza, de que pudieran encontrarse de nuevo, cuando su enojo hubiera pasado y encontraran espacio para otra cosa.

O tal vez fue porque la amaba, y ella lo amaba también.

16. ¿Bolos sobre hierba u objetivos del cortejo?

¿Bochas en el césped? ¿O los objetivos del cortejo?

—¡Vamos, Emily, tira el gatito!

—¡Ay! ¡No la apresures! Tómame tu tiempo, Lady E. Pero hazlo bien.

—¡Oh, por todos los cielos, es boliche, no cirugía, Em!

—¡De acuerdo! —Lady Emily encontró su voz, y Sera no pudo evitar sonreír —estoy tirándolo.

—Lanzándolo —corrigió Seline, agregando rápidamente cuando todo el grupo la miró —¿Qué? Así es como se llama —Añadió en voz baja: —No es mi culpa estar casada con un deportista.

Sera resistió la tentación de sugerir que las bochas de césped no eran precisamente deporte, y definitivamente no lo eran, cuando las jugaban ocho mujeres en los jardines de una casa señorial de Essex.

Se levantó una ovación cuando Emily arrojó la pequeña bola a las diez yardas más o menos necesarias para comenzar la siguiente ronda de bochas, acompañada por una cacofonía de ladridos de los perros salchicha de la marquesa de Bumble.

—¡Guau! ¡Tienes un buen brazo, Emily! —Dijo Sesily.

Lady Emily se sonrojó con gracia y bajó la cabeza, incómoda con los elogios.

—Gracias —dijo en voz baja —Fue un buen lanzamiento, ¿no?

—A nadie le gusta una dama con confianza, Emily —expresó su madre desde donde las mujeres mayores estaban reunidas debajo de varios toldos cercanos, abanicándose y mirando el juego con enfoque frustrante —Nunca ganarás las atenciones del duque si te considera orgullosa.

La cara de Emily se entristeció y respondió —Sí Madre.

—Te refieres a si alguna vez viéramos al duque —dijo la señora Mayhew antes de ladrar —Hombros atrás, Mary. Él podría llegar en cualquier momento.

Sera no creía que Malcolm se acercara a las bochas en el césped, pero evitó decirlo, dándoles la espalda a las madres le dedicó una sonrisa brillante a lady Emily.

—Pienso que fue un lanzamiento excelente.

—Tira —dijo Seline de nuevo e ignorando los gemidos que siguieron, dijo: —Estoy de acuerdo. Además, nunca escuches a tu madre, Emily. Los hombres decentes respetan a una mujer que conoce su valor —Hizo una pausa, y luego continuó: —Aunque admitiré que no hemos visto evidencia de que Haven sea un hombre decente.

Sera suspiró.

—Es un hombre decente.

—Deberían exigir prueba de ello antes de aceptar casarse con él, chicas —dijo Sophie desde su lugar cerca de una pila de bochas azules.

De hecho sus hermanas eran un peligro. Si no se dejaban de hacer sus comentarios sarcásticos, Haven bien podría terminar sin una prometida al final, lo que haría que todo su trabajo hubiera sido en vano y para colmo la dejaría sin su divorcio.

Estaría condenada si estuviera pasando estas semanas en Highley, con sus recuerdos en cada esquina, para no lograr su cometido.

—Es un hombre decente —confirmó, clavando miradas de advertencia a sus hermanas —Deberían creer en mi palabra.

—Sin ánimo de llevarte la contraria, mi lady —intervino lady Lilith —pero... ¿no lo abandonaste?

—¡Lilith! —Ladró la condesa Shropshire —Eso es suficiente.

—Tú eres quien me dijo que debería hacer todo lo posible por entender al hombre —señaló Lilith.

—¡No así! —Protestó su madre —¡Sé más sutil!

Lilith sonrió en dirección a Sera.

—La sutileza nunca ha sido mi fuerte.

—No te preocupes, Lady Lilith, la Duquesa tampoco es muy sutil

—Caleb había llegado, luciendo descansado y recién lavado. Levantó una ceja en dirección a Sera —Después de todo, estuvo a punto de derrotar al Parlamento hace varias semanas.

Sera lo miró e hizo lo posible por cambiar de tema.

—¡Señor Calhoun! Qué amable de su parte unirse a nosotras. Sé cómo disfrutas los juegos al aire libre.

—Prefiero algo donde haya un poco más de peligro.

—Es que no has jugado bochas en césped con las Sucias Talbot —dijo Sophie alegremente.

—Eso es bastante justo —Miró hacia el terreno —Un lanzamiento excelente —Le guiñó un ojo a Lady Emily, quien de inmediato se sonrojó.

—¡Emily! —La condesa Brunswick ladró de nuevo, y su pelirroja hija se movió para unirse a su equipo.

—Basta —dijo Sera, acercándose a su amigo —Las ahuyentaras a todas.

El orgullo masculino de Caleb era palpable.

—Si piensas que esa chica quiere huir de mí, es que estás perdiendo tu comprensión de las mujeres jóvenes en tu vejez.

—Perdón —dijo ella —Tengo apenas veintinueve.

—Prácticamente un pie en la tumba —respondió.

Ella resopló con irritación.

—¿Cómo está mi taberna?

Él levantó una ceja.

—Mi taberna está bien. Reparada. El entretenimiento es pasable —Se dirigía a Londres todas las noches para supervisar el negocio del pub, para asegurarse de que los artistas estuvieran seguros y que estuviera bien abastecido de licor.

Ella asintió.

—¿Pero?

Él inclinó la cabeza.

—Pero sin el Gorrión, es un abrevadero.

Una punzada de remordimiento la atravesó. Echaba de menos el lugar, el olor a madera y licor recién servido, el humo de las velas y del tabaco, y el sonido de la música, la mejor de Londres, estaba segura.

Pero sobre todo, se extrañaba a sí misma allí. La forma en que se perdía con la música y se convertía en ella misma. El gorrión. Libre.

—¿Cómo va tu divorcio?

—Si él pasara tiempo con las chicas, ayudaría.

—Tal vez no quiere a las chicas.

—Son las que seleccionó.

—Tal vez solo las seleccionó porque no creía que fueras una opción.

Ella frunció el ceño.

—Me iré tan pronto como elija una esposa —Caleb gruñó, y no le gustó el significado que se vislumbraba en el sonido —¿Qué?

Él se balanceó sobre sus talones, con los dedos en la cintura de sus pantalones.

—Nada. Solo que no estoy seguro de que vuelvas si no puedes hacerle frente a tu duque.

Entrecerró la mirada con un susurro enojado.

—¿Qué significa eso?

—¿Crees que no sé lo que pasa cada vez que estás sola? —Dijo su amigo, toda tranquila indiferencia, como si discutieran sobre el clima.

—Creo que no sabes nada al respecto, y no debería importarte, de hecho.

—Gorrión, ese duque te ha tenido desde el momento en que lo conociste. Y tú lo has tenido. Y ni los años separados, ni el divorcio cambiarán la forma en que te mira. O la forma en que no lo miras.

—No sabes de lo que estás hablando —dijo, alejándose y aplaudiendo para llamar la atención de las muchachas. Caminó hacia

el lugar donde la pequeña bola blanca yacía feliz en la exuberante hierba verde — ¿Qué equipo va primero?"

La forma en que te mira."

Él no la miraba. Él no la quería a ella. Él nunca la quiso. Y si ella no lo miraba, era porque apenas lo había visto desde que llegaron. No porque no quisiera verlo mirándola.

¿Cómo la miraba?

No. Tonterías. Caleb no sabía absolutamente nada sobre mirar.

Afortunadamente, siempre se podía confiar en que Sesily te distrajera.

—Como ganamos la última ronda... —Hizo una pausa triunfante, mientras sus palabras eran acompañadas por una serie de aplausos de parte de sus hermanas, burlándose de las cuatro candidatas a duquesa, y de los ladridos de los sabuesos en la línea lateral — ¡Tiramos primero! ¡Prepárense para perder!

Varias de las madres se enfadaron por la grosera actuación de Sesily, pero como se habían dado cuenta rápidamente de que las quejas por la presencia de las hermanas Talbot no causaban más que la irritación de Sera y el aumento de la impropiedad de las hermanas, permanecieron calladas.

No ayudaba tampoco, se imaginó, que a sus hijas les gustaran las Sucias Talbot. Lady Lilith y Lady Felicity Faircloth, nadie parecía capaz de referirse a ella si no era por su nombre completo, parecían incluso más que impresionadas por ellas. Hasta parecían influenciadas por ellas. Sesily se inclinó para ir a buscar una pesada bocha azul y Lady Lilith gritó:

—Yo, por mi parte, ya estoy impresionada por ese vestido, Lady Sesily.

Sesily se enderezó y se miró las caderas en el vestido, que algunos llamarían demasiado apretado, y ciertamente así lo hacían las mujeres mayores reunidas allí.

—Estaré feliz de recomendarte a mi costurera, Lady Lilith.

—¡Quizás para tu ajuar! —Bromeó Sophie.

—Ahora, ahora —dijo Sesily, después de que la risa se calmó — Todo el mundo sabe que Haven tiene afinidad por las mujeres que pueden mandar una bocha en línea recta.

—¿Es eso cierto? —Dijo la señorita Mary, preocupada por sus palabras.

—Muy cierto —dijo Sesily —Pregúntale a Sera. Ella sabe todo sobre su interés en... globos.

Un septeto de mujeres se rió, en un espectro que abarcaba desde ahogamiento hasta carcajadas. Caleb lo empeoró cuando le inclinó el sombrero a Sesily y dijo:

—Tenía razón. Eres problemática.

Sesily le hizo un guiño.

—Solo del mejor tipo, americano.

Caleb se rió, muy fuerte y con ganas, Sera no pudo evitar unirse a él y sintió que ese respiro era bienvenido, ya que le ayudaba a olvidar, por un momento, la verdadera razón de su permanencia en Highley Manor.

Eso fue hasta que la señora Mayhew se lo recordó a todos, cerrando su abanico y golpeándolo contra su muslo.

—¡De Verdad! ¡Esto ya es demasiado inaceptable!

Sesily parpadeó inocentemente con los ojos muy abiertos hacia la mujer mayor.

—No sé a qué cree que me refiero, señora Mayhew. A Haven le gustan los globos —Miró a Sera —¿No es así?

—Mucho, en realidad es para él una cuestión sumamente importante —dijo, bastante orgullosa de su capacidad para reforzar el razonamiento de su hermana. Sesily Talbot no solo estaba a la altura de las expectativas para las hermanas Talbot, sino que las superaba. Y Sera siempre la había adorado por eso.

Tal vez podrían envejecer juntas, socias, hermanadas en la ruina.

—¿Y qué pasa con el hecho de que sea una coqueta malvada? —La

señora Mayhew pinchó con indignación.

—No veo ninguna razón por la que eso impida un juego de bochas —dijo Sera encogiéndose de hombros.

—¡Excelente! —Dijo Sesily —¡Está decidido, entonces! Si gano, obtengo al americano.

—¿Y si alguien más gana? —Caleb dijo con una sonrisa —No es que no espere que las derrotas, Lady Sesily.

Sesily sonrió ampliamente.

—Por supuesto que sí, futuro esposo. No lo sé... si alguien más gana, puede tener a Haven. ¿No es eso para lo que están todas aquí?

Las hermanas de Sera se rieron, al igual que Lady Lilith y Lady Felicity Faircloth, mientras que la señora Mayhew y su pobre hija parecían estar enfermas. Lady Emily no respondió en absoluto. Sera había decidido intervenir y detener la actuación de su hermana, cuando Sesily dirigió sus ojos en un punto detrás de su hombro y sonrió ampliamente.

—¿No crees que es una idea genial, Su Gracia?

—Ciertamente haría las cosas más fáciles. —Se detuvo detrás de ella, su calor era todo lo que podía sentir —Buenas tardes, señoras. — Las suplicantes hicieron reverencias en bloque, y Haven agregó: — Siento que debería disculparme por mi distancia desde que llegaste. Una finca de este tamaño requiere más que un poco de atención hasta que regrese a la ciudad.

Era una mentira. Haven tenía el mejor administrador de tierras de Gran Bretaña trabajando para él: un caballero mayor con una inmensa habilidad sobre la tierra. Haven solo se preocupaba por la arquitectura. Sera nunca había visto a un hombre tan orgulloso como cuando hablaba de las habitaciones únicas de la casa principal, o de la casa Dower, una locura que se encontraba en los pastos del este.

—En cualquier caso, debería disfrutar de pasar un poco de idilio con ustedes.

Las bochas en el césped parecen encantadoras —Estaba cerca de

ella, demasiado cerca, considerando que estaba hablando con un grupo de una docena de personas. Luego se volvió hacia ella, la pregunta que le hizo le acarició la piel como una caricia —¿Está jugando duquesa?

Los ojos de Sesily se iluminaron.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

"Sesily cree que te quiero de vuelta."

Nada de eso. Se apartó de Haven, luciendo equilibrada y perfecta ocupó discretamente el lugar detrás de lady Emily, que estaba haciendo todo lo posible para fingir que no estaba allí.

—No estoy jugando —dijo ella —Yo soy el árbitro.

Él asintió y miró por encima del campo.

—¿Y los equipos? —Preguntó, lo suficientemente alto como para que todos lo escucharan, y no pudieran evitar volverse a mirarlo. Él sonaba contento. Como si hubiera estado buscando algo que hacer con su tiempo, y las bochas en el césped fueran una opción perfectamente razonable.

La sospecha la atravesó, junto con una no pequeña cantidad de pánico.

¿Qué estaba tramando?

Seline saltó para responder.

—Los solteros versus los casados. Y Sesily...

Sesily suspiró dramáticamente.

—Y yo siempre la dama de honor —Miró a Caleb —¿Quieres una novia americana?

Caleb se echó a reír descaradamente a carcajadas, y la señora Mayhew carraspeó de nuevo desde la banca.

Haven ignoró la interjección, mientras enderezaba su manga y consideraba los equipos en cuestión, que, para cualquiera, parecerían terriblemente desiguales.

A la izquierda del campo de juego había cuatro mujeres guapas, frescas y jóvenes, vestidas en tonos pastel, cada una con una

combinación de esperanza, emoción y terror en sus ojos, cada una probablemente más ansiosa que la siguiente, por impresionar al Duque de Haven y hacerse con un marido aristócrata adecuado.

Y a la derecha estaban sus opuestos. En todos los sentidos. Las hermanas Talbot nunca se habían vestido en tonos pastel en sus vidas; no seguían la moda, al contrario la inventaban ellas mismas. Vestían colores brillantes y hermosos que parecían capturados en los jardines veraniegos y en sus cabellos creaban elaborados diseños. Creían en la honestidad despiadada sobre la callada cortesía, y todo eso en conjunto, les daba la gracia y el tacto de un carruaje desbocado.

Lo que se confirmó cuando Sesily gritó desde fuera, —¡Ey! ¡Haven! si fuera tú me movería, antes de que mi pobre puntería te envíe una bocha directamente a la espinilla.

—¡Aquí hay accidentes felices! —Gritó Sophie desde la mesa cercana, donde habían servido limonada y el almuerzo.

—Me odia —dijo Haven en voz baja.

—De hecho, lo hace —respondió Sera, y se sorprendió por la punzada de incomodidad que le produjo pensarlo.

—¿Alguien más está muriendo de hambre? —Agregó Sophie.

—No estábamos comiendo, Sophie —gimió Sesily —Estaban jugando.

—No piensen que esta obsesión con el almuerzo solo es por el embarazo —

explicó Seline a las suplicantes —Sophie ha estado hambrienta en cada momento de su vida.

—¡Verdad! —Añadió Sophie, llevándose una tarta a la boca —A nadie le importa si empiezo, ¿verdad?

Las madres en la banca parecían incapaces de decidir si estaban más ofendidas por la referencia de Selesté al creciente estado de Sophie, o por la disposición de Sophie a comenzar a comer sin permiso del duque o de la duquesa, un hecho que solo sirvió para recordarle a Sera, cuánto adoraba a sus hermanas.

—Haré todo lo posible por ser un caballero y unirme a ti —
intervino Caleb —

Después de todo, soy un niño en crecimiento.

—¡Genial! —Respondió Sophie —Como yo soy a la que le está
creciendo un niño, seremos una buena pareja.

Las madres susurraron detrás de los abanicos, cuando la marquesa
de Eversley una vez más, demostró su reputación como una mujer con
una inclinación por el descaro.

Haven observó a Sophie durante un largo momento.

—¿Puede ella ser conquistada?

—¿Sophie? —Sera lo miró, sorprendida —¿Por qué te importa?

Algo brilló en sus ojos, algo que se parecía notablemente a la
verdad.

—¿Puedes tú ser conquistada?

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

Lo estaba haciendo de nuevo, tratando de conquistarla cuando no
lo quería. Intentando mantenerla a su lado cuando no deseaba tenerla.
Cuando ella no deseaba ser tenida. Ella había sido su posesión antes,
una vez. Y no había terminado bien para ninguno de los dos.

Encontró su mirada.

—No —La palabra apagó la franqueza en su mirada y trató de
ignorar la decepción que la desplazó. Entonces dijo para que todos
escucharan:

—No me preocuparía tanto, Duque, Sesily es bastante terrible en
este juego. Es poco probable que te golpee.

—¡Al menos, no a propósito! —Señaló Selest desde su lugar en el
campo.

Haven levantó una ceja.

—Ahora no estoy seguro de a dónde ir.

Sesily respondió sin vacilación.

—Siempre podría intentar golpearte, Haven. Si eso te haría sentir
mejor.

Sera sonrió y lo miró.

—Es tu decisión, por supuesto, como dueño del campo ¿qué equipo te gustaría? —Agitó una mano sobre la colección de bochas.

—Solo tira la bola, Sesily —dijo.

Sesily asintió una vez e hizo lo que le indicaron, la bocha rodó por el césped y aterrizó, bastante suavemente, junto al pequeño gatito blanco.

Algunos aplausos provenían de las suplicantes de Haven, pero las hermanas Talbot no fueron tan educadas.

—¡Oh! —Suspiró Selesté.

Seline espetó:

—¡Dios mío! ¡Casi lo golpea!

—¿Has estado practicando? —Sophie miró a Sesily con mirada escéptica.

—¡No lo he hecho! —cacareó Sesily —¡Pero me condenaré si no soy natural en este juego! —Las madres empezaron a sofocarse de nuevo, lo que aumentó cuando Sesily agregó —Te dije que debíamos apostar por nosotras mismas. Es claro que soy una sabia.

—Ah, claro —dijo Sophie secamente, mientras Sera se reía.

Y luego la señora Mayhew dijo:

—Perdón, ¿dijiste que apostaste? Seguramente no estás apostando por el resultado de las bochas en el césped con niñas inocentes.

—Seguramente puede haberse imaginado que hemos hecho lo necesario para hacer que las bochas en el césped de las niñas inocentes, fueran más interesantes, ¿verdad, señora Mayhew? Además, estarás muy feliz con el resultado si tu hija se acerca más al gatito.

Haven inmediatamente sospechó.

—¿Qué ganará ella?

Sera levantó un hombro y lo dejó caer.

—No —dijo, y de repente se sintió como si estuvieran solos en los jardines —Sin encogerte de hombros. ¿Qué gana ella?

—Bueno, si las hermanas ganan, la que se acerca más al gatito puede regresar a Londres —dijo Sera.

—¿No se sentirá sola? Lo mejor sería enviar todo el lote a casa con ella —Sera frunció el ceño —¿Y qué hay si las suplicantes ganan?

—Una excursión privada.

—¿Con quién?

—Contigo, por supuesto.

—Oh —La Sra. Mayhew habló por todas las madres y, por la expresión de su rostro, por Haven también.

Sera pensó que obtendría más placer por su sorpresa. Ella bajó la voz.

—Deseas una esposa, Su Gracia. Así es como obtienes una.

Él la observó durante un largo momento, y luego dijo:

—Estás usando color lavanda.

El cambio de tema la desestabilizó.

—Lo hago. —Las palabras salieron más como una pregunta, como si él no tuviera ojos en la cara ni una comprensión del espectro de colores.

—Ayer fue amatista. El día anterior, un gris como el brezo en invierno. —Ella sintió frío. —Me gusta el púrpura.

Sacudió su cabeza, los ojos oscuros por los secretos. Ella lo sabía, porque los suyos mostraban lo mismo.

—No, no lo creo.

No quería discutirlo. No entonces. No cuando estaban allí con lo que parecía ser la mitad de las mujeres de Londres mirando.

No quería discutirlo. Nunca. Y lo odiaba por señalar su ropa. Morados y grises. Los colores del duelo.

Malcolm no dijo nada más, volviéndose para mirar a las chicas en el otro extremo del campo, y Sera tuvo la clara impresión de que así era como se veían los hombres que marchaban a la batalla.

—Entonces creo que debería quedarme en este extremo y asegurarme de que eres imparcial.

Ella forzó una sonrisa.

—¿Temes que arreglaré el concurso para mantener a mis hermanas?

Él bajó la voz.

—Temo que organizarás el concurso para deshacerte de mí.

Ella se calmó. Ese era el punto, ¿no? Había estado muy relajada con las chicas y con él. Tenía que encontrarle una esposa. Una de estas mujeres iba a tomar su lugar. Y Sera recuperaría su libertad. Conseguiría su taberna, su futuro y se alejaría de este lugar, de este hombre y de todos los recuerdos que la atormentaban.

Ella lo miró.

—Haven —dijo ella —Debes...

Él la interrumpió, alejándose.

—Señora Mayhew. Veo que algo debe haberla molestado si ha salido al sol.

—De hecho así es —dijo la irritada mujer —¡Su gracia! ¡Debo objetar! Estas...

—Hizo un gesto con la mano a las hermanas de Sera —...mujeres, supongo que hay que llamarlas así, son unas terribles influencias. Has sido absolutamente invisible durante casi una quincena y, francamente, todo esto parece una terrible pérdida de tiempo.

—Madre —Mary estaba en la conversación ahora, gritando desde su posición con las otras jóvenes solteras.

—Supongo que debería tomar mi oportunidad —dijo Lady Lilith. Levantó la bocha en alto mientras la señora Mayhew continuaba.

—Mi esposo es bastante poderoso y Mary tiene mucha demanda. Hemos dejado pasar muchas invitaciones a otras partes, con otros hombres elegibles que, tendrá que admitirlo, son mucho más elegibles que usted, teniendo en cuenta sus circunstancias.

Sera tuvo que admitir que la señora Mayhew era una excelente madre.

Sabía qué toro deseaba para su hija y no estaba dispuesta a

quedarse quieta cuando podía agarrarlo por los cuernos.

Era difícil no ver los ecos de su propia madre en la mujer. Y, en esos ecos, las bases de lo que sería un gran éxito o un fracaso absoluto.

—Señora Mayhew —dijo Haven —Creo que quizás...

—¡Madre, por favor! —Mary estaba acercándose por el jardín. La Sra. Mayhew

no estaba tomándola en cuenta para nada.

—¡Debo creer que no sería difícil para usted, encontrar tiempo para caminar con mi hija, para poder conocerla más allá de su enorme dote!

La mujer era impresionante. Y Sera mentiría si dijera que no le gustaba que Haven se viera tan acosado.

—¿Estás loca? —La Tranquila Mary ya no estaba tan tranquila. De hecho, parecía que la manzana no estaba lejos del impresionante árbol.

Haven estaba en un aprieto e instintivamente intentó revertir cualquier situación vergonzosa que la anciana Mayhew pudiera haber causado a la más joven.

—Le aseguro, señorita Mayhew, que su dote no tiene importancia.

Mary le prestó poca atención a Haven.

—¡Madre! ¡No puedes simplemente enfurecer a un duque y esperar que termine en el matrimonio que quieres para mí!

—No solo un matrimonio que deseo para ti, cariño, ¡un matrimonio que desees para ti!

Las otras madres habían dejado de abanicarse y fingir que no miraban.

Las tres damas aristocráticas miraban con los ojos y la boca muy abiertos.

Caleb, por su parte, estaba alimentando con un pedazo de ganso asado, a uno de los perros.

—¡Ey! ¡Fuera del camino! —gritó Sesily —¡Lilith está tirando!

—¡Lanzando! —intervino Seline.

—Ladies, ¿puedo sugerir que llevemos esta conversación hacia la casa? —

Preguntó Sera, intentando calmarlas —¿O al menos lejos de la audiencia?

Sera escuchó el —Oh, no —de Sophie junto con un —¡Cuidado! — De Seline y se volvió justo a tiempo para ver que la bocha avanzaba hacia ellos. Saltó de su camino, pero la señora Mayhew no tuvo tanta rapidez. La bola se estrelló contra su pie y rebotó quedando muy cerca del gatito, mientras ésta gritaba de dolor y casi se cae encima de Haven.

—¡Lo siento tanto! —Exclamó Lady Lilith desde su lugar al final del jardín.

—¡Disparates! ¡Fue un excelente tiro! ¡Mira lo cerca que lo dejaste!

—Golpeó a una mujer, Seline —señaló Sophie.

—Oh, no es como si ella no se lo mereciera. Ojalá pudiéramos golpear a todas las mujeres que se comportan tan abominablemente. Lady Lilith, ¿es posible que sus servicios estén en alquiler?

Haven se ahogó, Sera lo miró.

—¿Te estas riendo?

Él negó con la cabeza y tosió. Demasiado obvio. Se reía.

Sera se acercó a la mujer que cojeaba, doblada de dolor y vergüenza.

—Oh, Dios mío —dijo ella, sorprendida e incapaz de contener la risa entre las palabras, mientras las decía para ayudarla —Señora. Mayhew, ¿está muy...

La mujer se enderezó de un salto.

—¡Oh, tú cállate! —espetó —Eres el escándalo aquí. Deberíamos haber sabido que lo harías caer sobre todos nosotros. Deberías haberte quedado en América y haber dejado a tu pobre esposo con su futuro. Con una mujer decente. Una con gracia, honor y fidelidad.

El silencio cayó en cuanto dijo la última palabra, un ataque agudo y airado, y Sera no pudo resistir el impulso de mirar a Malcolm,

preguntándose si él también sentiría la vergüenza que sentía ella. Odiaba lo que había traído sobre todos ellos. Sobre sus hermanas, sobre las jóvenes y sobre él, sobre todo, sobre él.

Excepto que no fue vergüenza lo que vio en sus ojos, ni siquiera un rastro de la risa que había estado allí antes. Era rabia. Era protección. Era lealtad.

Por ella.

Y, antes de que pudiera protegerse de eso, antes de que pudiera evitar sentir, placer, orgullo y algo mucho más aterrador, se enroscó a través de ella.

Algo con un eco de memoria que había jurado no resucitar.

El recuerdo del Malcolm que ella amaba.

Pero antes de que él pudiese soltar su furia, la señorita Mary habló, dando rienda suelta a su propia ira:

—Me gustaría que notaras que arruinaste esto, Madre —dijo, levantando la voz y un largo dedo hacia la nariz de su madre — Estaba dispuesta a jugar tu juego tonto, venir aquí y competir por el título de este hombre, porque siempre he hecho lo que tú y papá pensaron que debería hacer. Pero estas mujeres son diferentes, son interesantes y valientes, por lo que creo que debería serlo yo también. No me voy a casar con el duque, aunque no puedo creer que en algún momento hubiera estado en la carrera, ya que no puedo imaginar por qué un hombre como él se ataría a una suegra como tú. Me voy a casa. Para casarme con Gerald.

Los ojos de Sera se abrieron de par en par.

—¿Gerald?

—¿Quién es Gerald? —preguntó Felicity Faircloth.

—¡Felicity! ¡No intervenimos en los asuntos personales de otros! —parecía que al fin la marquesa de Bumble encontraba su voz materna.

—Nunca entendí esa regla, ¿sabes? —le dijo Lady Lilith a su amiga —Quiero decir, este asunto personal es muy público, ¿no?

Mary ignoró a las otras chicas, en cambio se volvió hacia Sera.

—Lo siento. Nunca debería haber venido aquí. Tengo un amor en casa. Gerald.

Y él es maravilloso.

Sera no pudo contener su sonrisa. Esta chica tenía voz. Y era notable. —

Me imagino que lo es si te ha ganado.

—¡Es un abogado! —Exclamó la señora Mayhew.

—¡Eso era Padre antes de que estuviera en el Parlamento! —Señaló Mary.

La Sra. Mayhew comenzó a ruborizarse.

—Pero ahora... ¡podrías tener un duque!

—Pero no quiero un duque —entonces le sonrió a Malcolm —
Disculpe, Su Gracia.

Malcolm negó con la cabeza.

—No estoy ofendido.

—Estoy segura de que no lo entenderás, pero no me importa que usted sea un duque. Y no me importa que él sea un abogado. Lo querría a pesar de lo que fuera.

La mirada de Malcolm parpadeó pasando a Mary a Sera.

—Un cazador de ratas.

Sera dejó de respirar.

Mary sonrió.

—Usted entiende.

—Sí, lo hago —dijo, y aun así miró a Sera, pareciendo entender cómo ella luchaba con el eco de su memoria. Cuando finalmente miró a Mary, dijo:

—Lamento no haber tenido la oportunidad de hablar con usted.

La joven sonrió.

—Creo que no me habría gustado, de todos modos.

—Ahí, está equivocada, señorita Mayhew. Veré los periódicos para el anuncio de su matrimonio. Y a cambio de que saque a su madre de mi tierra, le enviaré a usted y a Gerald un regalo muy generoso para

celebrar su matrimonio.

Bajando la cabeza para ocultar su sonrisa, Mary hizo una pequeña reverencia.

—Parece un excelente arreglo. ¿Nos disculpa, Su Gracia?

No se le escapó a Sera que ese particular Su Gracia, no estaba dirigido a Haven, sino a ella.

—No hay nada por qué disculparse —dijo Sera, ansiosa por olvidar el rastro de verdad en las palabras de la Sra. Mayhew. Por olvidar y dejar atrás de ellos todo el episodio.

—Hay todo por lo que pedir disculpas —dijo Haven, con una fría furia que profundizaba su voz a la de un tenor, que Sera conocía demasiado bien. Ella vio el miedo en la cara de la señora Mayhew — Nadie le habla a mi esposa como lo hizo, señora Mayhew. Saldrás de esta casa y nunca volverás. No se equivoque, nunca más serán bienvenidos bajo el techo de Haven —La mujer se puso blanca como una sábana cuando terminó —Hubo un tiempo en que podría haber pensado en arruinarles. Hubiera luchado por venganza. Debería subirse a su carruaje y agradecer a Dios que ya pasara ese tiempo y que me parezca que disfruto mucho con la compañía de su hija.

La mujer mayor abrió la boca para hablar, tal vez para defenderse, pero Malcolm levantó una mano y dijo:

—No. Usted faltó el respeto a mi duquesa. Salga de mi casa. Ya.

Luego de decir esto, les dio la espalda a las mujeres, clara señal de que habían sido despedidas, rápidamente.

Habiendo estado alguna vez en el extremo receptor de esas geniales despedidas, Sera sabía que en eso era mejor que nadie. Particularmente cuando se volvió hacia el grupo y dijo:

—Lady Lilith, debo decir que la física de su lanzamiento fue bastante notable.

Lilith sonrió y respondió:

—Desearía poder darme crédito por ello, Su Gracia. Pero solo fue muy buena suerte —Era mentira; todos podían ver que Lilith había

luchado por su amiga.

Lilith era un buen partido. Ella sería afortunada de tener a Haven.

Es decir, Haven sería afortunado de tenerla.

Y aun así, el eco de sus palabras consumi3 a Sera. "Mi duquesa."

Por supuesto, se refería a su esposa en los términos más vagos y más amplios. Él no se refería a Sera. ¿Cuántas veces le había dejado claro que no la quería? ¿Cuántas veces había dicho ella que no lo quería?

Y ella ahora no lo quería.

Antes ni una vez había dejado de quererlo. Ni una vez hasta que se había ido.

Había pasado casi tres años sin quererlo. Orgullosamente no queriéndolo. Orgullosamente planeando un futuro sin él. Y ahora... con un puñado de palabras, palabras como "mi duquesa" y "el cazador de ratas", él le recordaba los sueños que alguna vez había tenido. Las, en extremo, poco realistas expectativas.

Las mujeres no ganaban amor ni felicidad.

Al menos, Sera no lo había hecho. Esos premios estaban fuera de su alcance. Lo suficientemente lejos como para haberse enfocado en otros objetivos más alcanzables. Como la libertad. Los fondos. Y un futuro.

Deja el amor a los demás.

Como si hubiera hablado en voz alta, Malcolm actuó sobre las palabras.

—Lady Lilith, uno casi siente que debería ganar el premio, en virtud de tener éxito en una misión tan valiosa. No es que sea ningún tipo de premio, estoy seguro de que lady Eversley dará fe.

Sophie sonrió.

—Con gusto, Duque.

Lilith hizo una reverencia.

—Estoy segura de que eso no es cierto, Su Gracia.

Sera, entonces, odió a la hermosa joven. La odiaba por su

confianza, su aplomo y su maldita habilidad para jugar a las bochas. Y odiaba a Haven por la forma en que la miraba, la forma en que le sonreía con amabilidad aristocrática, como si no hubiera nada en el mundo que quisiera hacer, más que felicitar a Lady Lilith, por casi romperle el tobillo a una terrible anciana que se lo merecía. Era irrelevante que ella misma, cuando sucedió, hubiera estado dispuesta a levantar a Lilith sobre sus hombros, en triunfante gloria.

Pero sobre todo, Sera se odiaba a sí misma, por preocuparse tanto al notar que a Malcolm le gustaba totalmente Lilith.

Desde la mesa del almuerzo, Caleb se aclaró la garganta, atrayendo la atención de Sera. La miró por un largo momento antes de arrojar otro trozo de ganso a los perros que aguardaban debajo de él y alzó una ceja en pedante bravuconada masculina, como diciendo, veo lo que está sucediendo.

Maldición, estaba equivocado. Nada estaba sucediendo. Sera había venido por su divorcio, y lo iba a conseguir. Venía a borrar su pasado. Escribir su futuro. Y forjarse una nueva vida.

La vida que Malcolm no pudo darle.

La vida que tenía que concebir por sí misma.

17. ¡Llegan las tretas femeninas...! ¡Hombres, poneos a cubierto!

Highley Manor

— ¿Amas a mi hermana?

Caleb Calhoun se volvió y miró el último cabrestante que conectaba su carruaje con los cuatro caballos que, en minutos, lo llevarían a Covent Garden.

Sesily Talbot se apoyó en el carruaje, con los brazos cruzados sobre el pecho, un cofre bellamente exhibido por un deslumbrante vestido dorado que brillaba como el fuego en la puesta del sol.

El vestido probablemente se vería demasiado bajo y apretado, pero Sesily Talbot no parecía el tipo de mujer a la que le importaba lo que se pensaba de ella. Y no importaba, sinceramente, ya que no era el fuego en la tela de su vestido lo que hacía que la joven fuera peligrosa, sino el fuego en sus ojos.

No, peligrosa no parecía la palabra adecuada para Sesily. Peligrosa parecía demasiado gentil. Ella era positivamente ruinosa. Lo cual era un problema, ya que Caleb siempre había sido partidario de la ruina. Y ser la ruina de la hermana de su amiga más querida, no era una opción.

Ignorando el hilo de placer que lo atravesó al verla, volvió su atención a los caballos, haciendo un escándalo por un arnés perfectamente abrochado.

— Lady Sesily, ¿puedo ayudarla?

— ¿No me estás respondiendo porque crees que te juzgaré por eso? No lo haré.

La gente siempre ha amado a Sera. Es particularmente adorable. La más hermosa de las Peligrosas Talbot, sin duda — Caleb no estaba

seguro para nada, con esa afirmación. —Solo pregunto porque si la amas, tienes un problema.

Tenía razón sobre eso. Haven claramente deseaba a Sera, con una intensidad que Caleb nunca había visto. Cuando estaban cerca el uno del otro, el duque no podía dirigir su atención a nadie más que a su esposa. Y Sera...

bueno, nunca había dejado de amar a su duque, sin importar cuán horrible fuera su pasado y cuán imposible fuera su futuro.

Y Caleb sabía sobre horribles pasados y futuros imposibles.

Tuvo uno y estaba conversando con otro.

—Por supuesto que la amo —dijo —Pero no en la forma en que tú te refieres. No tengo ningún interés en seducirla.

—¿Amas a otra, entonces?

Al parecer nadie le había enseñado a Sesily Talbot, tacto.

—No veo cómo eso sería asunto tuyo.

—Ah, eso es un sí.

—El amor es una tontería. Basta mirar a Sera y su duque para saberlo.

Pareció no escucharlo.

—¿No eres correspondido?

La irritación se encendió en él y Caleb se giró para mirarla a los ojos, claro, directo, y... Dios mío, tenía los ojos más hermosos que jamás había visto, azules con un magnífico aro negro a su alrededor. Lo suficientemente hermosos como para que fuera esencial que él dijera en voz alta.

—Tu hermana es la mejor amiga que he tenido —como para recordarse a sí mismo dónde estaban sus lealtades. Entonces hizo una pausa —Lo que significa que tampoco tengo ningún interés en seducirte.

Quería que las palabras la aguijonearan, lo suficiente como para apartarla de él, pero no parecían hacerlo. Parecían deslizarse justo más allá de ella. De hecho, sonrió.

—No creo que haya pedido ser seducida, señor Calhoun.

Él era un toro, y ella era una impresionante bandera roja. Se acercó a ella. No podría haberse detenido ni por todo el oro del mundo.

—Por supuesto que sí —dijo —Lo pides cada vez que me miras.

—Tú confundes coquetear con deseo, señor.

—No confundo tu audaz coquetería con nada más que con lo que es, Sesily Talbot.

Levantó la barbilla, exponiendo un milímetro más de piel. Tentándolo con eso.

—¿Y qué es eso? ¿Diversión?

Dejó pasar un latido mientras miraba a una chica que nunca en su vida se había enfrentado a un hombre adecuado.

—Ocultamiento.

La había escandalizado. Ella descruzó sus brazos y se alejó un poco del carruaje, inquieta por su habilidad para ver la verdad.

—No sé a qué te refieres.

—Quiero decir que eres una coqueta, Sesily, y una muy buena. La mayoría de la gente no ve lo que eres, porque estás llena de arrogancia.

—¿Y tú lo haces?

—Lo veo —dijo —Lo reconozco.

Ella parpadeó y luego rió, demasiado audazmente para que un hombre común no escuchara el nerviosismo oculto en esa risa.

—¿Qué es lo que reconoces, Caleb Calhoun? ¿Una falta de voluntad para comprometerse?

—Una falta de voluntad para arriesgarse.

Estrechó su mirada.

—No sabes mucho sobre mí, si crees que no me arriesgo. No he hecho más que arriesgarme desde que tuve mi primera temporada. Soy un escándalo desde hace años.

—Nah, solo eres un escándalo porque no ven que eres la menos escandalosa del grupo.

Sus cejas se elevaron.

—Nunca le digas a una de las hermanas Talbot que no es escandalosa, señor.

Te arriesgas a que nos ofendamos.

Él sonrió.

—He pasado tres años con Seraphina, amor. Yo sé la verdad. Usas tus ropas bonitas y hablas inteligentemente, pero cuando se trata de eso, quieres sólo una cosa. Y no es lo que quieres que piensen que es.

Sus labios se presionaron en una línea recta.

—Me gusta cuando un hombre me cuenta sobre mí misma. Es positivamente afrodisíaco.

—Soy americano, mi lady. No me asustas con todas tus pomposas palabras.

Sus ojos brillaron con humor.

—Entonces ¿debo decirte lo que pienso de ti, Calhoun? No temas. Usaré palabras sencillas para que entiendas.

No.

Él no quería que le dijera nada. Ya habían llevado esto demasiado lejos. Sera patearía sus huevos si la tocaba. Destruiría al Gorrión hasta los cimientos solo para vengarse. Y luego se subiría a un barco que la llevara a Boston, para hacer lo mismo con todas las propiedades que poseía allí.

El caso es que podría valer la pena.

Estaba tan distraído pensando en lo mucho que valía la pena perder todo por un momento con Sesily Talbot, que olvidó decirle que dejara de hablar.

—Creo que estás aquí con mi hermana en el campo, que ya sabes es tan aburrido como la suciedad, porque todas las noches huyes a Londres para respirar el glorioso hedor de la aventura, porque estar con Sera te mantiene a salvo.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—Estar con tu hermana me mantiene en constante amenaza de ser

golpeado por tu cuñado.

—Eso puede ser cierto —dijo Sesily —Pero es preferible sentir cualquier cantidad de puños en la cara de parte de Malcolm, que sentir algo realmente peligroso.

Él ya había tenido suficiente de ella.

—¿Y eres una experta en el tema?

—¿Sobre evitar las emociones? Lo soy —No sabía qué responder a eso —Y entonces un día te despiertas y descubres que tu futuro está dispuesto.

—Por favor —se burló —Eres una niña.

—Tengo veintisiete años. Incasable por muchas razones, la menor de las cuales es el escándalo y la peor de ellas es mi trágica aproximación a la vejez.

Si eso no era una tontería británica, él no sabía lo que era. Sesily Talbot no podría dar un paso por una calle de Boston, sin media docena de hombres que la miraran, que la desearan. Incluso pensarlo lo enfurecía.

Él había terminado con esta conversación.

—Bien. Esto ha sido entretenido, Sesily, pero...

—Tú y mi hermana forman un buen par, uno excelente en verdad. Ambos aterrados de lo que podría suceder si realmente tomaran la decisión más importante de sus vidas.

Él frunció el ceño.

—No sabes nada sobre mí.

Ella levantó una ceja.

—Sé que eres un cobarde, americano.

Lo estaba hostigando. Él lo sabía, y aun así quería demostrarle que se equivocaba. Él quería hacer más que eso. Quería arrojarla al carruaje y mostrarle precisamente lo carente de cobardía que era.

En cambio, abrió la puerta del carruaje para arrojar su bolsa dentro.

Solo para ser atacado por un violento proyectil blanco y peludo.

—¿Qué... —Él saltó hacia atrás, la bestia peluda aparentemente no se había dado cuenta de que había cedido el carruaje, ya que se aferraba a su abrigo con un poderoso aullido.

Entonces fue cuando se dio cuenta de que Sesily estaba riendo. Y eso sonaba como el maldito pecado. Hasta ese preciso momento, Caleb no habría imaginado que era posible, simultáneamente, ser atacado por un gato y ponerse duro como una roca.

Pero Sesily Talbot era el tipo de mujer que le enseñaba cosas a un hombre, eso estaba muy claro. Incluyendo lo enfurecido que podía sentirse.

Agarró al animal cuando comenzó a escalarlo como al tronco de un árbol, y Sesily al instante gritó, —¡No! ¡No lo lastimes!

Y entonces estaba lo suficientemente cerca como para tocarlo. Y luego lo estaba tocando. Si uno puede llamar a la eliminación de garras, como tocar.

Caleb estaba sintiendo algo, teniendo en cuenta que los suaves movimientos y los tranquilizadores chasquidos de lengua que Sesily le ofrecía a la pequeña bestia, le daban ganas de arañar algo él mismo.

Tenía que alejarse de ella.

Lo cual era difícil, ya que tenía un gato unido a él.

Finalmente, ella acunó al animal en sus brazos, y, más allá de los oscuros celos que sintió por la maldita criatura, Caleb escuchó la risa en su voz.

—Le gustas.

Él encontró su mirada. Me gustas.

Bueno, ciertamente no iba a decir eso. Entonces se decidió por, — Mmm. ¿Y por qué está él en mi carruaje?

Ella levantó un hombro y lo dejó caer, sus labios se torcieron con diversión.

—Por mi avanzada edad, a veces olvido dónde dejo las cosas.

Esta mujer era un problema. Del tipo por el que no tenía tiempo o inclinación.

—¿Así que este era tu plan? Que tu gato me atacara y esperar lo mejor.

Ella parpadeó, sus grandes ojos azules hacían que quisiera besarla sin importar las consecuencias. Sin embargo, ese era el problema. Definitivamente habría consecuencia.

—¿Está funcionando?

—No —Demasiadas consecuencia. Puso su bolso en el carruaje y cerró la puerta —Solterona o no, Lady Sesily, quieres amor. Y sé que es mejor no acercarme a eso. Con o sin tu gato de ataque.

Pensó que ella podría negarlo, pero al parecer Sesily Talbot no esperaba nada, y ciertamente, sobre todo, cuando se trataba de despedazar a los hombres.

—Sabes, Caleb —dijo en voz baja, el nombre en su lengua era un arma —Si decidieras seducirme... —Se apartó de ella, incapaz de permanecer quieto mientras hablaba, mientras las palabras grababan imágenes sobre él, imágenes que sabía que no debía generar y que no podría resistir. Cuando terminó la frase, fue con una sonrisa en las palabras —...bueno, lo verías tan claro como yo.

Él se giró como si estuviera bajo un maldito hechizo, solo para descubrir que ella había recuperado su perezoso lugar contra su carruaje.

Arruinándolo, para siempre, porque nunca sería capaz de mirar esa puerta sin pensar en el momento en que Sesily Talbot, envuelta en una puesta de sol, lo había acosado a fondo, incluso mientras permanecía completamente relajada contra el costado de su carruaje, como si no tuviera otro interés en ese momento que no fuera el de jugar con él.

—¿Qué vería?

Y luego le sonrió, y no era la forma en que sonreía cuando coqueteaba.

No era la forma en que sonreía en la cena o cuando jugaba en el césped. Era privado. Personal. Como si solo le hubiera sonreído así a

él. Como si fuera su propio maldito sol. Y cuando habló, fue con perfecta simplicidad.

—Ya sabes... lo bueno que sería.

Sintió que su mandíbula caía y no pudo evitarlo, ni siquiera cuando ella, sin dudar y con el gato en sus manos, se dejó caer en una perfecta y pura reverencia que le hizo tener pensamientos sucios e impuros. Cuando se irguió por completo, dijo:

—Que tengas un buen viaje, señor Calhoun —girando y dirigiéndose hacia la casa con largas y flojas zancadas. Sin preocuparse siquiera por haber destruido a un hombre tan solo diez segundos antes.

Cristo. Pasaría el resto de la noche imaginando "lo bueno que sería", como ella le había dicho. Y sufriría por el deseo que no cedería hasta que volviera con ella y la sacara de sus pensamientos.

Lo cual nunca sucedería.

Haven encontró a Sera en la galería más allá de los ventanales de la biblioteca esa noche, después de que el resto de las mujeres se hubiera retirado a sus aposentos. Estaba sentada en la parte superior de los escalones de piedra que conducían a los jardines, donde habían acaecido las bochas en el césped y las revelaciones dramáticas, con un vaso en una mano, una linterna y una botella de whisky a su lado.

La mujer que conoció años atrás, bebía champaña y había escandalizado felizmente a la sociedad con sus cuentos sobre los pechos de María Antonieta moldeados en vidrio. Había bebido vino y, de vez en cuando, un poco de jerez, aunque recordaba que más de una vez había arrugado la nariz ante el olor demasiado dulce.

Nunca había bebido whisky.

El whisky había llegado cuando estuvieron separados. Y de alguna manera, mientras ahora brindaba con la oscuridad, tenía sentido. Ella

también había mejorado con los años, como un buen whisky. Más rica, más oscura, más perfecta. Más embriagadora.

Los segundos se convirtieron en minutos mientras Malcolm la observaba, evitando la tentación de acercarse, eligiendo, en cambio, guardarla en su mente. Su bella esposa, la mujer más hermosa que había visto en su vida, enfrentándose a la oscuridad del campo, vestida con un suave vestido de seda color berenjena, que en la cena brillaba a la luz de las velas y que ahora se volvía negro a la luz de la luna.

Le dolía el pecho ante la visión de esa mujer, su mujer, impresionante, estática y perdida en sus pensamientos.

Hubo un tiempo, muy lejano, en que podría haber ido a sentarse a su lado y ella le hubiera dado la bienvenida. Un tiempo en el que él no hubiera dudado en interrumpir sus pensamientos. Para poder ser el centro de los mismos. Pero ahora, vacilaba.

Ella habló sin mirar atrás.

—¿Tienes un vaso?

La pregunta lo despertó. Se acercó, sentándose a su lado en los escalones de piedra, como si no estuviera en bata de dormir. Como si ella no estuviera rodeada en seda.

—No. —miró su perfil iluminado por la luna —Deberás compartir el tuyo.

Miró hacia abajo, al vaso que colgaba de sus largos y elegantes dedos y luego se lo pasó.

—Quédatelo.

Bebió, incapaz de contener el hilo de placer que lo recorrió por la familiaridad del momento.

—No pensé que te encontraría sola.

Lo miró por un instante, luego se giró, volviendo su atención a los oscuros terrenos más allá.

—No pensé que vendrías a buscarme.

—¿O hubieras convocado a tu americano para protegerte?

Ella soltó una pequeña carcajada, sin humor.

— Mi americano está en camino a Londres.

Sin duda para cuidar su taberna. Caleb Calhoun era muchas cosas, pero no era un mal hombre de negocios.

— Él debería quedarse allí.

Sera estuvo en silencio por tanto tiempo que él no pensó que respondería. Pero lo hizo.

— Él piensa que soy incapaz de arreglármelas aquí.

Sus cejas se levantaron.

— ¿Arreglártelas, con qué?"

— Contigo, me imagino.

— ¿Es necesario arreglártelas?

Ella soltó una pequeña risa ante eso.

— Honestamente, nunca soñaría con intentarlo.

— Creo que podrías, sin mucha dificultad.

Observó la oscuridad durante un largo rato y luego dijo:

— Caleb está dispuesto a ser el amante en la petición de divorcio — agregó.

Más tarde, se odiaría a sí mismo por decir:

— Es un buen amigo — en lugar de decir: ...No habrá un divorcio.

— Él lo es — respondió ella — Está dispuesto a hacer cualquier cosa por mi felicidad.

— Él no es el único — Ella entonces lo miró, encontrando su mirada, buscando algo. Finalmente, ella miró hacia otro lado.

— ¿Qué quieres, Su Gracia?

Quería tantas cosas que se sorprendió con su respuesta.

— Quiero que no me llames Su Gracia.

Ella se giró ante eso, sus ojos azul grisáceo en la oscuridad.

— Sigues siendo un duque, ¿verdad?

— Nunca me trataste como a uno.

Un lado de su boca se elevó en una pequeña sonrisa.

— Tonto Haven. ¿No me dejaste porque sabía demasiado bien

sobre el valor de tu título?

Odió sus palabras. Odiaba que incluso en esta oscuridad tranquila y privada, estuvieran envueltos por el pasado. Pero, sobre todo, odiaba la verdad en ellas. La había dejado porque creía que ella se preocupaba más por su ducado que por él.

Para cuando descubrió que no importaba por qué lo había atrapado, solo importaba que lo hubiera atrapado, se había ido.

Y con ella, su futuro.

Finalmente habló, como si hubiera escuchado sus pensamientos.

—No tenía la intención de atraparte, ¿sabes? No al principio —
Respiró hondo, mirando al cielo — Esa es la verdad, si te importa.

Él dejó el vaso y tomó la linterna mientras se ponía de pie, tendiéndole una mano.

—Ven.

Su respuesta fue tan cautelosa como la mirada que deslizó hacia su mano.

—¿A dónde?

—A pasear.

—Es muy tarde.

—Son las diez en punto.

—Es el campo —replicó ella — Si es de noche, estás muerto.

Él se rió de eso.

—Pensé que te gustaba el campo.

—La ciudad tiene sus beneficios. Me gusta poder ver las cosas que me pueden matar en la oscuridad —dijo con certeza.

Recordó esto, la forma en que se sentía bromear con ella. Como si nunca hubiera habido un hombre y una mujer tan bien emparejados.

—¿Hay algo que temes, acecha sigilosamente en la oscuridad?

—Podría haber cualquier cosa.

—¿Por ejemplo?

—Osos.

Frunció el ceño.

—Pasaste demasiado tiempo en Estados Unidos, si crees que los osos vendrán por ti.

—Podría ocurrir.

Él suspiró.

—No. Realmente no podría. No en Essex. Menciona una cosa que podría matarte en la oscuridad en Essex.

—Un zorro enojado.

La respuesta llegó tan rápido que no pudo evitar su risa.

—Creo que estás a salvo. No hemos tenido una cacería de zorros en varios años.

—Eso no significa que los zorros no estén buscando venganza por sus antepasados.

—Los zorros están demasiado gordos con urogallos⁵ para reunir mucha ira. Y si vienen por ti, Sera, prometo protegerte...

—Tus votos no han sido muy prometedores en el pasado —dijo, y notó la forma en que ella trató de evitar el final de la oración, como si no hubiera querido decirlo más de lo que él hubiera querido escucharlo.

Por supuesto, merecía escucharlo. Ignoró el aguijón de las palabras y las enfrentó.

—Esta noche, le doy la vuelta a una nueva página.

Le tendió la mano otra vez, ella la consideró por un momento, antes de suspirar, recoger la botella, levantarse y erguirse magnífica.

Entonces bajó la mano que ella no había tomado.

—No tengo el calzado apropiado.

—No estaba planeando darte un recorrido por los pantanos —dijo, bajando los escalones —No te preocupes, te protegeré de las criaturas nefastas.

—¿Quién me protegerá de ti? —Preguntó inteligentemente antes de agregar —¿Y a dónde me llevas?

—¿Ves? No deberías haber calumniado tan rápido a los zorros.

Podrían haber sido tu única salvación.

— ¿Entonces eso es todo? — Preguntó mientras marchaban hacia su destino —

¿Serás tú el que lo haga en la oscuridad de la noche?

Ignoró el comentario, disminuyendo la velocidad para permitirle una oportunidad de alcanzarlo.

— Vamos al lago.

— ¿En la oscuridad?

Malcolm extendió una mano hacia la botella que ella sostenía. Se la entregó y él bebió profundamente, secándose la boca con la mano antes de decir:

— Estoy agarrando al toro por los cuernos.

Ella recuperó la botella.

— ¿Uno de nosotros es un toro en este escenario?

— ¿Sabías que Lady Emily no toma sopa?

Sera le lanzó una mirada.

— ¿Perdón?

Él sonrió. La tenía. Sera nunca había estado interesada en otra persona.

— La sentaste junto a mí en la cena. Había sopa, lo que proporcionó una conversación interesante.

Sera parpadeó.

— No me puedo imaginar cómo.

— Créeme, yo también estaba sorprendido. Pensé que tendría que evitar torpemente el tema de la desaparición de las Mayhew. De hecho, los eventos de la tarde no surgieron, gracias a la sopa.

— Malcolm, perdóname. Pero, ¿estás bien?

— Lo estoy, de hecho. Es la dama que parece un poco... rara.

— ¿Porque no tomó sopa?

— No es esa sopa. Cualquier sopa.

Ella paró. Él la tenía.

— ¿No toma sopa?

—Eso es lo que he tratado de explicarte. La mujer no toma sopa.

—¿No toma? ¿No le gusta? ¿O ambos?

—Eso es lo que no puedo entender. No sabe si le gusta, Seraphina.

Nunca la ha tomado.

Ella parpadeó.

—¿Es esto una especie de broma? ¿Tomas mi whisky, me arrastras en la oscuridad y me cuentas historias ridículas de personas que nunca han tomado sopa?

Él levantó una mano.

—Por mi honor, Sera lo poco que tú y tus hermanas creen que me queda, Lady Emily nunca ha tomado sopa.

Hubo una pausa, y Sera dijo, —¿Cómo es posible?

—Ese es exactamente mi punto.

Un latido. Y luego, ella se rió. Magníficamente, Como si el cielo bajara a la tierra, el sonido los envolvió, antes de extenderse en la oscuridad, Malcolm

medio esperando que asomara al sol.

Porque se sentía como el sol.

Y todo lo que quería era disfrutar de ella. Incluso mientras la risa se desvanecía, disipándose en pequeñas risas entrecortadas, ella comenzó a caminar de nuevo, y él se le unió, los dos en agradable silencio por primera vez y posiblemente para siempre.

Y era glorioso.

Tal vez había esperanza, después de todo.

Subieron una pequeña colina, Malcolm la ayudó a atravesar un terreno rocoso, Sera tomó su mano como si fuera lo más natural del mundo, el calor lo inundó al tocarla, junto con el deseo. Y la esperanza, una palabra peligrosa.

Lo liberó en el momento en que llegaron a la cima, y la decepción que sintió por esa acción, fue intensa. Después de un largo momento, ella se volvió, él contuvo la respiración, preguntándose qué podría decir.

—¿Crees que es a los alimentos líquidos a lo que le teme?

El regreso al extraño tema de Lady Emily, provocó su propia risa, alta y desconocida.

—No lo sé.

—¿No le preguntaste? —Ella negó con la cabeza con burlona decepción.

—No.

—Supongo que pensaste que sería grosero curiosear.

—Sé que habría sido grosero curiosear.

Ella asintió.

—Tienes razón, por supuesto. Pero realmente debería haber un protocolo especial permitido para estos casos.

No se había sentido así de libre en años. No desde la última vez que se habían reído juntos. Antes de que fueran novios. Entonces la culpa lo golpeó.

Le había quitado tanto, tanta vida. No era de extrañar que lo hubiera dejado.

No era de extrañar que no deseara volver. Él debería dejarla ir.

Pero por supuesto, no lo haría.

Sin darse cuenta de sus pensamientos, Sera agregó, —Entre la sopa y las bochas en el césped, ha sido un mal día para tus suplicantes, Duque.

—Tienes razón —dijo, incapaz de ocultar su frustración — Enviémoslas a todas a sus casas.

—¿Por qué lo haces sonar como si yo fuera responsable de estas chicas? Tú eres quien planeó una reunión en el campo para encontrar a mi reemplazo. Tú las convocaste sin mí. Hubieras estado aquí solo, de todos modos, eligiendo a tu próxima esposa. Simplemente estoy atrapada aquí junto con ellas.

No podía decirle que estas chicas habían sido convocadas en un frenético período de veinticuatro horas, inmediatamente después de su decisión de recuperarla. No la haría feliz la revelación, eso lo sabía

muy bien.

—Pude haber cometido un error de juicio.

Ella se rió entre dientes.

—Son mujeres encantadoras, Malcolm. Buenos partidos.

Él la miró.

—Una nunca ha tomado sopa.

Ella sonrió.

—¡Piensa en cómo podrías cambiar su manera de ver e interpretar el mundo!

¿No deseas siempre que sea menos mundana?

Nunca. Ni una sola vez.

—Ah sí —dijo, ignorando el pensamiento —Qué encantadora base para un matrimonio, podría ser una sopa.

Ella se rió de eso, y luego dijo:

—Ella no sería tu elección, de todos modos. Nunca iba a serlo.

Por supuesto que ella no. Ninguno de ellas lo sería.

—Estoy bastante seguro de que Felicity Faircloth preferiría tener a tu americano antes que a mí.

Sera no dudó.

—Él no es mi americano, y tú lo sabes.

Él lo sabía. Sera nunca le habría permitido tocarla si estuviera comprometida con Calhoun. Pero eso no significaba que...

Antes de que pudiera pensarlo, Malcolm preguntó:

—¿Lo ha sido alguna vez?

—¿Importa? —Preguntó ella, mientras miraba sus pies moviéndose a través de la hierba —¿Importaría si hubiera habido una docena? —Ella no le dio tiempo para responder —Por supuesto que importaría. Este es el mundo en el que vivimos, donde debo seguir siendo casta como una monja, y tú... eres bienvenido a hacerlo con todo el mundo —Hizo una pausa, recuperando la calma. Luego, dijo suavemente, —Él nunca fue mío. Incluso si pudiera amarlo...

él merece hijos.

Malcolm no lo dudó.

—Tu amor sería suficiente.

Ella guardó silencio durante un largo momento, mientras buscaba las palabras correctas, en vano. Luego levantó la botella y bebió.

—No importa. —Importaba. Importaba más que nada, y de alguna manera, como todas las cosas que importan mucho, no podía encontrar las palabras para decirlo. —¿Y tú? —Preguntó ella — ¿Cuántos "americanos" has tenido?

Él le dijo la verdad.

—Una. La que presenciaste.

Se rió entonces, hueca y tan diferente de la felicidad anterior que sintió el sonido como un golpe.

—¿Debo creer eso?

—No espero que lo hagas —dijo —Pero es la verdad.

—Ese es el problema con la verdad; muy a menudo debes confiar en la fe para alcanzarla.

—Y no tienes fe en mí. —Lamentó las palabras en el momento en que las dijo, deseando de inmediato poder recuperarlas. Él no quería que respondiera. El silencio que se extendió entre ellos a raíz de sus palabras, era bastante claro sin su respuesta. Sin mencionar que no era nada sorprendente.

Y luego dijo, tan suave que casi parecía que estaba hablando con otra persona, —Dios sabe que quiero.

—Fue una vez, Sera. Una vez.

—Tenías la intención de castigarme —respondió, las palabras simples y vacías de emoción, mientras miraba hacia el lago que abajo se extendía como tinta negra.

La contrición y la vergüenza lo quemaron. ¿Cuántas veces las había sentido? ¿Cuántas veces lo habían consumido en la oscuridad, mientras la buscaba? Pero nunca las había sentido así, sin ella, habían sido una emoción vaga, ondulante, presente, pero nunca verdaderamente fuerte. Pero ahora, frente a ella, con la aceptación

tácita de su pasado, de sus acciones y de sus errores, eran un golpe perverso y malvado.

Qué jodido asno había sido —No puedo volver el tiempo atrás. Si hubiera alguna forma, lo haría...

Sera soltó el aliento como una corriente de frustración y entonces dijo:

—Dime, ¿fue el acto lo que no te enorgullece? ¿O las consecuencias de él?

Entonces se volvió hacia ella, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para responder.

—¿Las consecuencias?

—Mi hermana te tiró sobre tu trasero frente a todo Londres, Malcolm. No te importó nada y castigaste a toda la familia después de eso.

Vergüenza de nuevo, cruda y ardiente, junto con un instinto agudo de protección para defenderse de sus acciones. Pero no había defensa posible.

Ninguna digna de lo que había hecho. Ninguna que hubiera eliminado nunca su pesar por ello.

Lo siento, sería un escape simple.

—Recibiría el ataque de Sophie cien veces más. Mil. Si pudiera borrar el resto de esa tarde.

Sera guardó silencio, y Malcolm habría dado cualquier cosa por saber qué estaba pasando por su cabeza. Finalmente, ella dijo:

—Como lo haría yo, irónicamente.

Él cerró los ojos en la oscuridad. La había lastimado abominablemente.

Estuvieron en silencio por un largo rato mientras consideraba sus siguientes palabras. Pero antes de que pudiera encontrarlas, ella dijo:

—¿Y qué hay de todos los años desde entonces?

Él la miró, la oscuridad de alguna manera, lo liberaba. Haciéndolo honesto.

—También los borraría si pudiera.

Ella se volvió hacia él, lenta y suavemente, como si discutieran sobre el clima.

—Yo no lo haría —El dolor que acompañaba a la confesión era aplastante, negro como el agua que se extendía ante ellos, eterno como el silencio que lo acompañaba. Finalmente, Sera miró hacia el cielo iluminado por las estrellas y dijo: —Entonces, ¿este era tu plan? ¿Llevarme a la oscuridad y hacerme recordar el declive de nuestro matrimonio?

Exhaló, mirando al agua, negra y brillante a la luz de la luna.

—No lo era, de hecho —Comenzó a descender hacia el lago mientras decía —

Había planeado mostrarte algo.

La curiosidad se apoderó de ella, como siempre.

—¿Qué cosa?

¿Podría él alejarla de los recuerdos del pasado? ¿Llevarla hacia algo más prometedor? Valía la pena intentarlo.

—Ven y mira.

Durante un largo minuto, no la escuchó, y se armó de valor para lo peor, la posibilidad de que no hubiera esperanza para ellos.

Y luego sus faldas crujieron en la hierba.

18. La increíble arquitectura hundida: El escondite secreto de Highley

—Esto es hermoso. —Sera estaba parada dentro de una pequeña e impresionante estructura de piedra, rodeada de seis ventanales de vidrio, que representaban a una serie de mujeres en varios estados de celebración, rodeadas de estrellas formadas por trocitos de vidrio incrustados en la piedra a su alrededor, como si bailaran en el cielo nocturno.

Malcolm estaba a su lado, con la linterna en alto, revelando las gloriosas estrellas de piedra y el cielo que trepaba por las paredes entre las ventanas y se extendía a través del techo abovedado. Sera inclinó la cabeza hacia atrás para contemplar la luna y el sol en pleno relieve cuando él dijo:

—Los ventanales son más hermosos a la luz del día, obviamente.

Ella lo miró.

—Te creo.No había sabido qué esperar cuando lo siguió, con una linterna en la mano, mientras descendía por la ladera hasta la orilla del lago. Ni siquiera debería haberlo seguido, porque ¿cuál era el punto? Pasar tiempo con él solo resucitó el pasado en formas que nunca más deseaba volver a hacer.

Pasar tiempo con él solo le recordó que una vez había querido pasar toda una vida a su lado.

Y aun así, lo había seguido, en la noche, atraída como una polilla a la llama. Y, al igual que una polilla, el fuego de él amenazaba con consumirla.

Como siempre.

Nunca había estado en los terrenos de Highley; él había hablado del lago una docena de veces, ocupaba un lugar importante en las historias de su infancia, pero nunca había tenido la oportunidad de

verlo.

Y ahora, mientras miraba a una de las mujeres, cada una tan bellamente diseñada que parecía como si estuvieran atrapadas en el vidrio, Sera se preguntó por qué no la había traído aquí, a este hermoso lugar que daba al lago. Ella lo miró:

—¿Quiénes son?

Vaciló, apenas, ni siquiera lo suficiente para que otro lo notara.

—Las Pléyades.

Las Siete Hermanas, hijas de Atlas. Ella miró hacia las ventanas, contando.

—Solo hay seis.

Él asintió y se volvió hacia el centro de la habitación, donde había una baranda circular de hierro forjado. Abrió una puerta incrustada en la barandilla y agitó la linterna hacia la profunda oscuridad de abajo.

—La séptima está debajo del lago.

Sera se movió hacia él, segura de que había escuchado mal, su mirada se fijó en la escalera que se internaba en aquella terrorífica oscuridad. Y quedó paralizada. No había luces abajo, los primeros escalones daban paso a una espantosa oscuridad. Miró hacia atrás a Malcolm.

—No voy a entrar allí.

—¿Por qué no?

—Bueno, antes que nada, porque la parte "debajo del lago" suena terriblemente siniestra y, en segundo lugar, porque está más oscuro que la medianoche y no soy imbécil.

Sus labios se crisparon en una pequeña sonrisa.

—Estaba planeando ir delante de ti.

Ella sacudió la cabeza.

—No gracias. Estaré bien aquí.

La ignoró, se volvió hacia la pared, tomó una antorcha apagada, abrió la linterna que llevaba y la encendió con una habilidad

impresionante. Sera retrocedió un paso cuando la levantó por encima de su cabeza, proyectando en su cara luz brillante y sombras nítidas.

—Si piensas que una antorcha en llamas me hará sentir más dispuesta a ir allí, estás muy equivocado —dijo.

Él se rió.

—¿No confías en mí?

—No, no lo hago de hecho.

Él se puso serio. O tal vez era un truco de la luz en su rostro, haciéndolo parecer como si nunca hubiera sido más honesto que en ese momento.

—Te mantendré a salvo, Sera.

Antes de que pudiera responder, antes de que pudiera detener el instante y el pánico reflejado en los vertiginosos latidos de su corazón, Malcolm

se había ido, siendo devorado por la oscuridad. Ella llegó al borde de la barandilla, y observó mientras la luz daba vueltas por los estrechos escalones.

—¿Qué tan abajo llega? —gritó hacia el abismo —No te preocupes, Ángel, no te llevaré al infierno.

—De todos modos, prefiero no seguir —le respondió.

—Piensa en ti misma como Perséfone.⁶

—Es verano —replicó ella mientras una luz cobraba vida, revelando el final de la escalera —Perséfone está sobre la tierra en septiembre.

Él miró hacia arriba, con sus hermosos ojos que parecían negros en la oscuridad y con una amplia sonrisa en su rostro.

—Me seguirás.

Ella soltó una pequeña risa.

—No tengo idea de por qué pensarías eso.

—Porque eso es lo que hacemos, —dijo —nos seguimos en la oscuridad —Y luego pasó a través de una puerta oscura y fuera de la

vista.

Y maldito si él no tenía razón.

Lo siguió, levantándose las faldas y avanzando lentamente por la sinuosa escalera, refunfuñando por las malas decisiones y los irritantes duques durante todo el camino. Cuando llegó abajo, levantó la vista, la abertura circular en la parte superior de las escaleras estaba a gran distancia, los ventanales en la piedra y los trozos de vidrio picado parecían, de repente, como si fueran un friso pintado en el techo, en lugar de una sala entera.

Era un arte hermoso, un dominio de la perspectiva como ella nunca había visto alguna vez.

El aire fresco se burlaba de sus faldas, y era bienvenido el respiro del empalagoso calor de arriba. Eso consoló a Sera por un momento, antes de darse cuenta de cual era la razón de una temperatura tan comfortable. Estaba bajo tierra.

La idea la hizo mirar hacia la puerta en forma de lágrima por donde Haven había desaparecido. Allí estaba él a poca distancia, parado con la antorcha en la mano y una grandiosa sonrisa en su hermoso rostro.

—Te dije que me seguirías.

Ella frunció el ceño.

—Puedo irme igual de fácil.

Sacudió la cabeza.

—No si quieres verlo. —Agitó su luz más profundamente en el espacio, revelando lo que parecía ser un túnel angosto, en forma de lágrima, trabajado por todos lados con el mismo motivo que la cueva de arriba, cielo oscuro y un paisaje estelar con trocitos de vidrio, asemejando al cielo nocturno.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué tan lejos llega?

—No muy lejos —dijo —Toma mi mano.

Ella no debería.

—No.

Parecía que quería discutir, pero en cambio asintió y siguió adelante, encendiendo otra antorcha fija en la pared, y luego otra, cada una revelaba unos metros más del túnel.

—¿Estamos bajo el lago?

Otra antorcha.

—Estamos técnicamente dentro del lago, pero sí.

—¿Por qué?

Y otra.

—¿Conoces la historia de las Pléyades?

Había momentos en que podía olvidar que Haven era un duque, y momentos en los que su pasado, criado en un constante capricho aristocrático, lo demostraba sin lugar a dudas. Invariablemente, esos momentos eran los de este tipo, cuando ignoraba las preguntas y cambiaba de tema sin disculparse.

No ocultó su irritación.

—Sé que eran hermanas y que eran hijas de Atlas.

Otra luz brilló a la vida.

—Y una vez que Atlas fue castigado y forzado a mantener la tierra separada del cielo por toda la eternidad, ellas quedaron solas, sin nadie que las protegiera de dioses u hombres. Siete hermanas. Teniéndose solo la una a la otra.

A ella no le gustó la sutil coincidencia que atravesaba sus palabras. La familiaridad de la historia: su padre, hecho aristócrata sin previo aviso, ella y sus hermanas se metieron en el mundo de la aristocracia londinense sin ayuda.

Nunca aceptadas por sus bajas raíces, nunca admiradas por la forma en que habían conseguido su ascenso a la aristocracia.

Afectó bravura falsa a sus palabras.

—Las hijas peligrosas deben permanecer juntas.

—Algunas más que el resto. —Una llamarada naranja, se proyectó sobre los ángulos y sombras de su seria cara. Continuó, su voz baja y

oscura como el interminable corredor en forma de lágrima —Las seis Pléyades mayores, eran hermosas, y cada una tentó a un dios. Cada una casada en el cielo. Pero la más joven, Merope, la más bella, la más grácil, la más valorada, llamó la atención de un pretendiente peligroso, alguien nacido en la tierra.

—¿No es siempre así? Tus hermanas obtienen lo que desean sus corazones, y tu obtienes a un simple mortal —Otra antorcha. Este túnel era interminable —

¿Estamos cruzando todo el lago bajo el agua?

Como si ella no hubiera hablado, él continuó:

—No era un simple mortal. Orión era el mejor cazador que el mundo haya conocido, y persiguió a Merope implacablemente. Y ella fue tentada.

—Por supuesto que sí. Estoy segura de que era guapo como el demonio.

—Lo era, de hecho —Ah... entonces él estaba escuchando. —Ella hizo todo lo posible por esconderse de él, sabiendo que no había esperanza para ellos.

Ella también estaba escuchando, las palabras "no había esperanza" se clavaron con un fuerte dolor en su pecho.

—Se amparó en sus hermanas, que se unieron, como solo las hermanas pueden hacerlo, para proteger a la menor del cazador mortal que nunca sería lo suficientemente bueno. Comenzaron por cegarlo...

—Y pensaste que mis hermanas eran malas —Encendió una antorcha final, revelando otra puerta oscura, como insinuación de algo más allá.

Un lado de su boca se inclinó, incluso mientras permanecía enmarcado en la oscuridad, mirándola. Parecía una especie de dios, uno moderno. Alto y hermoso, con un rostro cincelado en mármol, aún más divino a la luz parpadeante de la antorcha que sostenía, como si pudiera invocar las llamas a voluntad.

—Su ceguera no fue disuasiva. Era un maestro cazador, hecho así por los dioses mismos. Y entonces persiguió a Merope, cada vez más desesperado por lo que podrían llegar a tener juntos. Por la posibilidad de un futuro.

—Uno pensaría que, por su claro desinterés, él la debería haber dejado.

La respuesta fue más gruñidos que palabras.

—Ah, pero no era desinterés. Era miedo. Miedo de lo que podría haber sido. Y, como él era un mortal, tenía miedo de lo que sin duda perdería si ella sucumbiera.

Su corazón. A él.

Sera permaneció en silencio, y él continuó, sus palabras suaves y claras en este íntimo espacio desierto. Eran tan secretas como el lugar en sí mismo.

—Orión no temía a la ceguera. Solo temía no encontrarla jamás. Nunca tuvo la oportunidad de convencerla de que eran el uno para el otro. Mortal o no, él podría darle todo. El sol, la luna y las estrellas.

—Excepto que no pudo —susurró Sera.

Vaciló ante las palabras, y ella notó su puño apretado alrededor del mango de la antorcha, la forma en que la luz temblaba allí, en el corredor débilmente iluminado, como si sus palabras pudieran manipularlo.

—Las hermanas se acercaron a Artemisa, la diosa de los cazadores, pensando que si ella le decía a Orión que abandonara su búsqueda, él la escucharía. A cambio le prometieron su lealtad. Y entonces Artemisa lo buscó.

—Pero él se negó —dijo ella, de repente sabiendo la historia sin haberla escuchado. Se acercó a Malcolm, desesperada por conocer el final. Intuyendo que sería trágico.

Queriendo que fuera feliz.

—Por supuesto que se negó —dijo Malcolm, acercándose a ella — Y ese fue su error.

—Nunca desafíes a una diosa —susurró Sera.

Entonces soltó una pequeña carcajada, y los años desaparecieron como las arrugas en las esquinas de sus ojos, su risa la atrajo, haciendo que deseara la forma en que esos ojos la veían, la conocían y la evidenciaban.

—Como si yo mismo no hubiera aprendido esa lección.

Escuchó las palabras y miró sus labios, el recuerdo de su suavidad y su fuerza la asaltó. ¿Y si lo besara? No como lo había hecho la última vez, con enojo y frustración. Con placer. ¿Qué pasaría si besara esa sonrisa? ¿Podría atraparlo? ¿Guardárselo para ella, por todos los momentos que estuvo sola y que deseó poder recordarlo?

No.

—Cuéntame el resto.

Levantó su mano, sus dedos junto con su mirada se movían sobre su piel sin tocarla y la expectación la consumió por la promesa incumplida.

—Artemisa buscó a Zeus, padre de los dioses y los hombres, que gobernaba a los dioses del Olimpo.

No terminaría felizmente Malcolm respiró hondo y exhaló. Sera sintió el aire cálido en su sien.

Doliéndole.

—Y le pidió que ocultara a Merope. Para castigar al hombre.

Para castigarlos a los dos.

—¿Cómo?

La mirada de Malcolm permaneció paralizada en sus dedos, a un pelo de su mejilla.

—Primero, la convirtió en paloma.

Se quedó sin aliento, y él entonces la miró, como si supiera lo que estaba pensando. Ella también había sido convertida en una paloma. Y no había sido suficiente para esconderse de él. Pero Malcolm no sabía que Sera había sido una vez una paloma.

—Pero encontrar su paloma no fue un desafío para Orión, ni

siquiera ciego. Ni siquiera enfadado. Él conocía su canción.

No significaba nada. Era una historia.

—Además, como paloma, Merope estaba angustiada. Las palomas, como sabes, se emparejan de por vida. Y al pedirle que la salvara de una vida con un mortal, Artemisa había sometido a su protegida al peor tipo de dolor: el dolor de la añoranza por su pareja. Orión lo sabía, y no descansó, negándose a dejar de buscarla. Viajó a los confines de la tierra para encontrarla. Para amarla —Él la miró en silencio, y pasó un largo momento antes de que dijera: —Y lo hizo.

Su aliento era superficial e incómodo, Malcolm nunca la había encontrado. Nunca la había buscado. Ella lo había encontrado. En el Parlamento.

Ya no era una paloma en busca de un compañero, sino un gorrión en busca de su libertad.

—¿Qué pasó? —Preguntó.

—Casi la encontró. Estaban casi reunidos.

La tristeza la recorrió y dijo:

—No lo suficiente.

Sus dedos finalmente, se asentaron como un beso en su mejilla.

Ligero, perfecto y efímero.

—Nunca desafíes a una diosa. Artemisa volvió a buscar a Zeus.

Sera exhaló, odiando la forma en que echaba de menos ese fugaz toque... allí, en su mejilla.

—Maldito Zeus.

—Zeus le concedió a Artemisa su deseo.

—Pero no de la manera que alguien quisiera.

Malcolm se dio vuelta.

—Sin duda, no en la forma en que ellos querían. —entró en la habitación oscura que estaba más allá, y Sera lo siguió como si estuvieran unidos por una cuerda, desesperada por conocer el final de la historia. Él cruzó la habitación, con la antorcha en la mano, un charco de luz siguiéndolo, manteniéndolo a salvo de la oscuridad más

allá. La oscuridad que la consumía.

—Merope no estaba destinada a casarse con un dios, pero Zeus, sin embargo, la colocó en los cielos, junto con sus hermanas. —Las palabras resonaron en la habitación, instantáneamente inquietándola por su fuerte sonido hueco que reverberaba contra las paredes. Dio vuelta en un círculo completo, mirando hacia arriba, desconcertada por su incapacidad para situarse en el espacio. Y Malcolm continuó: —Amarrada al firmamento.

Miró hacia él y lo vio doble, de espaldas a ella y su reflejo en la pared de la habitación del otro lado. Era un espejo inmenso. Una cúpula de espejos.

Lo buscó, lo miró en el espejo, sus ojos negros mientras levantaba su llama para encender otra antorcha en el otro extremo de la habitación.

—Y Orión, desesperado por estar cerca de ella, suplicó que unírsele.

Encendió otra antorcha en el extremo opuesto de la habitación. No espejos. Vidrio. Otro. Y otro, hasta que finalmente colocó su antorcha en un lugar cerca de la puerta de la habitación, los reflejos de luz se irradiaron en la habitación, bañándolos en el resplandor dorado de cada pieza de vidrio grueso y templado, interrumpido por herrajes de una calidad que Sera nunca había visto.

Y allí, en el suelo, la hermana desaparecida de la glorieta de arriba, Merope, maciza y gloriosa, retorciéndose en un impresionante mosaico de azulejos.

Y más allá del cristal, el agua, iluminada por las estrellas con la antorcha de su marido.

Las palabras de Haven interrumpieron su asombro.

—Así es que Orión la persigue. Para siempre.

Sera fue consumida en ese momento por todas las cosas que no debería hacer. No debería haberse quedado, pero ¿cómo no podría haberlo hecho? En el centro de un edén bajo el agua, como algo salido

del mito que acababa de susurrarle.

Sin embargo, quedarse era una cosa, pero avanzar hacia él era otra completamente distinta. Tampoco debería haber hecho eso. Debería haberse mantenido firme en un extremo del magnífico espacio, recuperando el sentido y diciéndole, categóricamente, que debería invitar a las candidatas restantes a ser su reemplazo, aquí, para ganarse sus corazones y sus mentes. Porque sin duda, este lugar era lo suficientemente mágico como para hacer eso a casi cualquier persona.

Probablemente por eso Sera se movió hacia él, sorprendida por este lugar que nunca había imaginado, que apenas podía imaginar ahora que estaba dentro, intoxicada por su magnificencia.

Se resistió a la idea de mostrarles a las otras este lugar, odiaba la idea de compartirlo con ellas, odiaba la idea de que vieran esta versión de él, manipulando el agua y el aire con su fuerza y propósito. Fuerza y propósito que la habían intoxicado antes. Y que aún la embriagaban.

Se detuvo a escasos centímetros. Lo suficientemente cerca como para que, si él lo deseaba, pudiera extender la mano y tomarla en sus brazos. Si ella lo deseaba, podría extender la mano. Y tomarlo. No es que quisiera.

Mentirosa.

Sacudió su cabeza.

—Este lugar...

No tenía palabras para expresar lo que este lugar le producía. Lo que sus palabras habían producido en ella. Este lugar era un mito hecho carne, amarrándola al firmamento, seguramente como si fuera el mismo Zeus. Por supuesto, él no lo era.

—Lo construí para ti —La confesión fue tan suave que casi no la escuchó, pero fue seguida de más, una ráfaga de palabras que pareció expulsar antes de que pudiera detenerse —Lo construí para que hubiera algo para ti cuando regresaras. Alguna cosa... nueva.

Algo que no hubiera sido estropeado por el pasado. Con lo que

había perdido. Su hijo. Su futuro. La tristeza llegó como un golpe y cerró los ojos, dejándola pasar antes de tomar una respiración profunda y mirar hacia la magnífica cúpula, cientos de cuadrados de vidrio negro que la reflejaban.

Convirtiéndola en la luz de las estrellas.

Y a él, también, la parte superior de su cabeza se reflejaba docenas de veces, sus rizos de caoba lo único que podía ver mientras hablaba, las palabras susurradas haciendo eco a su alrededor en una perfección acústica.

—El día en que se terminó, me quedé aquí, solo, pensando en ti — Entonces levantó la mirada hacia el espejo negro perfecto de la cúpula, encontrando sus ojos al instante. Manteniendo su atención mientras decía —soñé contigo aquí.

En la canción...

Ella giró su mirada hasta la suya, sin la seguridad del espejo.

—Me construiste un escenario.

Levantó un hombro y lo dejó caer.

—Te encantaba cantar —dijo, simplemente, como si fuera suficiente —Y me encantaba escucharte.

Sabía lo que él quería. Podía escuchar el eco de la canción en su cabeza que le había cantado hacía una eternidad. Antes de que sus madres hubieran llegado y él hubiera descubierto su tonto plan, uno que había sido tan infame como erróneo.

Y maldita si ella no lo quisiera también.

—Lo extraño.

—¿Cantar?

Cantar para ti La idea la sorprendió y buscó una respuesta diferente.

—La actuación se convierte en adicción. Uno se encuentra ansiando aplausos como muestra de afecto. Anhelando canciones, como aire para respirar —Su corazón comenzó a latir con fuerza e inmediatamente lamentó las palabras.

Conocía bien su anhelo. ¿Cuánto había soñado con este hombre?

—Y así nació el Gorrión.

Asintió.

—Cantando, encuentro libertad.

—¿Estás tan enjaulada? Solo has estado aquí por tres semanas.

He estado aquí por tres años.

No dio voz a las palabras, sino que dijo:

—Tres semanas sin aplausos es una eternidad, Su Gracia.

Por un momento, pensó que él la pelearía, la empujaría a la seriedad.

Pero en cambio, dio un paso atrás y dijo:

—Por supuesto, entonces, canta.

—¿Y aplaudirás?

—Ya veremos. —Era magnífico en su arrogancia, siempre había sido capaz de ganarla con eso.

Ella sonrió y se levantó las faldas, mostrando sus tobillos mientras hacía una pequeña inclinación.

—<Larga vida a las mujeres, hermosas piernas al piso. Larga vida a la duquesa, al gorrión, al...

Cerró los ojos antes de llegar al final de la cancioncilla, y se detuvo, la última palabra colgando entre ellos, primeramente una broma, luego un pinchazo, y se arrepintió de evocarla, esa palabra que había colgado entre ellos antes, demasiadas veces.

Dejó caer sus faldas, y Malcolm abrió los ojos cuando el eco se apagó.

—¿Y entonces? ¿Complementa este espacio?

Él había construido este lugar para ella, afirmó. Para el futuro y no para el pasado. Y aunque sabía que era imposible olvidar el pasado que los separaba, se encontró capaz de intentarlo.

Asintió.

—Es perfecto. ¿Cantarías para mí?

Sabía lo que quería.

—No creo que sea una buena idea.

—Probablemente no —dijo —Pero eso no cambia el deseo.

Y así, se dio cuenta de que también lo quería, como si cantar la canción que le había cantado años atrás, de alguna manera la liberara.

Liberándolos. Para algo nuevo y fresco. No la había cantado en tres años. No desde que se la había cantado a él.

Pero recordaba cada nota, cada palabra, como si fuera una plegaria. Y tal vez lo era. Quizás podría exorcizar el pasado con eso.

Cerró los ojos y cantó, fuerte y libre, la perfecta cúpula, enviando el sonido de vuelta hacia ellos.

—<Aquí yace el corazón, la sonrisa, el amor, aquí yace el lobo, el ángel, la paloma. Dejó de soñar, dejó de lado los juguetes, y nació ese día, en el corazón de un niño.>

Cuando abrió los ojos, él la estaba mirando con un placer brillante, el color en sus mejillas y el aliento duro. Se acercó a ella, las últimas notas se arremolinaron a su alrededor, y extendió la mano, empujando un rizo suelto detrás de una oreja. Debería haberse apartado, pero se encontró fascinada por su cercanía. Tan decidido — Dime, Seraphina. Si no hubiera nadie, ninguna hermana, dios o diosa, ningún americano para protegerte, ninguna aristocracia que observe y juzgue. ¿Qué harías si te persiguiera?

Sus ojos se oscurecieron con sus palabras y ella no pudo apartar la mirada. ¿Cuántas veces le había hablado así? ¿Poesía líquida y lánguida?

¿Cuántas veces lo había soñado?

Él siguió adelante.

—¿Si te prometiera el sol, la luna y las estrellas? Si prometiera siempre cazarte, ¿volarías? ¿O elegirías que te atrapara?

Estaba lo suficientemente cerca para poder ceder. Para poder alcanzarlo y presionar sus labios contra los suyos. Para poder tirar la precaución al viento y tomar lo que ofrecía.

Así él podría atraparla.

Pero Malcolm no lo haría, no sin su consentimiento.

—¿Y si pudiéramos recuperarlo, Sera? —El susurro la destruyó, el dolor en las palabras, se correspondía con el dolor en su pecho —¿Y si pudiéramos comenzar de nuevo?

Ella sacudió la cabeza.

—Nunca deberías haberme traído aquí.

Él dio un paso hacia ella. Ignorando las palabras.

—¿Lo harías?

Tragó saliva, sabiendo que no debería.

Él vio la vacilación. Se inclinó aún más, su fuerza de voluntad no le permitía besarla. ¿Cómo se detenía cuando notaba que todo lo que quería era dejarse ir?

Él se detenía por ella.

—Tómalo, Ángel.

Una vez. Sólo esta vez, y luego lo dejaría. Le permitiría encontrar una nueva esposa. Podría perseguir su libertad.

Pero esta vez, esta sola, tomaría lo que le ofrecía. Lo que deseaba.

Luego lo sacaría de su mente para siempre.

Una vez.

Se puso de puntillas, cerrando la distancia entre ellos mientras Malcolm

susurraba, más aliento que sonido, dos palabras devastadoras, dos palabras que resonaban en su corazón.

—Por favor.

19. Haven es descubierto por la cazadora

No había nada suave en la forma en que se pegaron, nada silencioso o vacilante. Se fundieron entre sí como si la cúpula a su alrededor pudiera implosionar y despedazarlos, y si este fuera su último momento juntos, ¿por qué no dejar que fuera uno de fuego y pasión, carente de arrepentimiento?

¿Por qué no tener un solo momento en el que no hubiera nada entre ellos, sin trampas, sin enojos, sin frustraciones o súplicas por otra cosa, nada entre ellos, solamente el deseo que siempre los había consumido? ¿El placer que siempre habían sentido?

Las manos de Sera estuvieron instantáneamente en el cabello de Malcolm, enroscándolo entre sus dedos y atrayéndolo hacia ella. Mientras sus labios estaban abiertos para él, sentía las horquillas, descendiendo por el pelo que se desparramaba suelto alrededor de sus hombros, antes de que los fuertes brazos la rodeasen, levantándola contra él y robándole el aliento.

Como ella le robaba el suyo, como ella lo reclamaba.

Hubo una época, hace mucho tiempo, en que lo habría seguido a donde él la condujera. Pero no ahora, no cuando había soñado con él durante tanto tiempo y no ahora que ella había cambiado tanto. Ahora, era su igual.

Ambos conducían, ambos se seguían.

Y fue glorioso.

Las manos de Malcolm estaban desatando los lazos de su corpiño, mientras ella se ponía a trabajar en su abrigo, deslizándolo por sus hombros.

Hizo una pausa en sus lazos, solamente para arrojar la prenda a través de la habitación, sin siquiera liberarla de su beso. Sus manos ya estaban recorriendo el frente de su camisa, deleitándose con el duro y

cálido pecho musculoso que se apreciaba debajo, mientras él continuaba tirando de los lazos de seda que los mantenían alejados.

Después de un largo rato, él despegó sus labios de los de ella.

Entonces, embriagada por el beso y desesperada por que la tocara de nuevo, abrió los ojos. Ahora era su turno de suplicar. Cuando lo hizo, sintió su deseo estremeciéndose a través de él.

Con una sonora maldición, agarró el borde de la tela donde los lazos parecían resistirse, entonces tiró, fuerte y rápido, haciendo que las delgadas tiras de seda ya no fueran necesarias, ya que la tela se partió en dos y la dejó expuesta.

Otra maldición. Tal vez suya, ya que estaba perdida en sus gemidos cuando sintió su calor corporal pegado contra ella y entonces volvieron a besarse, larga y ásperamente, repletos de todo lo que habían pasado años negando.

Luego él apartó los labios de los suyos y los pasó por su mandíbula, su mejilla, su oreja, por la columna de su cuello, diciéndole todas las palabras que siempre había soñado, perversas y maravillosas.

—He sufrido por ti por tanto tiempo —confesó sobre su piel, los labios jugando con los lugares secretos a los que solo él había tenido acceso alguna vez —

Siempre has sido tú, todas las noches, Ángel.

Su lengua dibujó un pequeño círculo donde el cuello se unía con el hombro, y cuando ella se quedó sin aliento, le dijo:

—He permanecido despierto todas las noches, con visiones de ti atormentándome, hasta que no tengo otra opción... —se detuvo, sus labios se deslizaron por la pendiente de su pecho hasta el lugar donde sus pechos se tensaban en la parte superior del corsé —Visiones de tu piel, millas de perfección; de tus labios hermosos; de tus ojos, profundos como el pecado; de tus pechos... —entonces estaba allí, liberándolos de su corsé, deslizando sus labios sobre la piel delicada que estaba desesperada por ellos, dibujando círculos pequeños y

burlones alrededor de sus pezones —Antes te gustaba cuando te chupaba aquí —susurró, las palabras sucias enviaron calor y un intenso deseo recorrió su cuerpo.

—Hazlo —susurró.

—Lo que quieras —susurró, su lengua encontrando la punta de un pecho —Todo lo que desees, amor.

Amor. La palabra cariñosa la recorrió internamente, y ella la alejó, en lugar de eso, apoyó las manos en sus rizos, imposiblemente suaves y le mostró justo donde lo quería.

—Me gustaría esto —dijo, y sus labios tomaron un pezón en su cálida y gloriosa boca. Él tembló bajo su toque, o tal vez fue ella quien tembló. Entonces se detuvo esperando que ella misma dijera la sucia palabra —Chupa.

Y él lo hizo, dándole todo lo que había deseado en sus propias noches.

En su propia oscuridad. El placer se apoderó de ella al sentir su contacto, primero en un pecho y luego en el otro, hasta que sus rodillas se debilitaron y él tuvo que agarrarla y bajarla al suelo de baldosas.

Desató rápidamente las correas de su corsé, mientras ella le quitaba la camisa de la cintura y recorría con sus manos la cálida y áspera piel que había debajo, al sentirlo con las yemas de sus dedos, las lágrimas amenazaron con caer. Había olvidado. Había sido una eternidad, ella lo había deseado tanto, tan completamente, y aun así, había olvidado la sensación. Y ahora, los recuerdos regresaron y no pudo mantener a raya la gloria, el dolor y la emoción.

No deseaba hacerlo.

Tampoco él.

—Cuántas veces he soñado con esto —susurró Malcolm, tirando de su camisa sobre la cabeza y enviándola al piso donde ya estaba su abrigo, antes de sumarle su corsé y depositar suaves besos entre sus pechos, por la delicada piel que le cubría las costillas, hablándole a su

cuerpo de una manera en la que quizás nunca le hubiera hablado a ella —¿Cuántas noches me he satisfecho yo mismo con la mano, pensando en esto? —continuó, las palabras haciendo eco a su alrededor en la cúpula iluminada por las estrellas, el impacto de su verdad encendiéndola —¿Cuántas noches he pasado solo, avergonzado, desesperado por ti?

—No más que yo —susurró, lamentando de inmediato la confesión.

Levantó la cabeza y sus ojos encontraron los de ella en la oscuridad.

Rehusándose a dejarla ir.

—¿Has soñado conmigo?

Era una noche. Una noche para la verdad. Una noche para exorcizar el pasado y allanar el camino para un futuro libre de demonios. La mano de Sera se deslizó hacia su rostro, a la sombra de la barba, en su fuerte y firme mandíbula.

—Cada día.

Sus ojos se cerraron ante la confesión, como si lo hubiera golpeado en el estómago.

—Sera —susurró.

—Me atormentaste —dijo las palabras liberadoras —Me he sentido hechizada por ti todos los días desde que me fui.

—Desearía haberlo hecho —dijo —Me encantaría haberme convertido en espíritu para velar por ti. Cristo, sufría por ti. Sufría por esto.

Él le pasó el vestido por las caderas, siguiéndolo con sus besos, y recorrió las marcas que había allí, en ese lugar que una vez había sido terso, liso e ideal. Sera se cubrió el suave y redondo oleaje de su vientre con las manos.

Silenciosamente, él besó el dorso de sus dedos, deslizando su lengua a lo largo de la zona que ella escondía de su vista, haciéndole cosquillas, lo suficiente como para que las moviera, para que él

podiera llegar a ese lugar privado y secreto. Y luego dijo:

—Eres tan hermosa aquí, más que nunca.

Las lágrimas volvieron a amenazarla al recordar cómo, de alguna manera, ese lugar le pertenecía a él, nunca estaría libre de él, donde estaba marcada con líneas blancas y arrugadas de su pasado.

Él se detuvo, y ella lo miró, encontrando sus ojos, llenos de las mismas emociones que la consumían: demasiadas para nombrarlas, y dominadas por una comprensión intensa que nunca había pensado encontrar en otro. Pero por supuesto, ella lo encontró en él. Siempre había sido él.

Él se elevó sobre ella, sus fuertes brazos lo sostenían y los músculos de sus hombros le recordaban su inmensa fuerza. La besó de nuevo, larga, suave y hermosamente, hasta que se quedó sin aliento y colmada de agonía y placer. Levantó sus manos hacia su rostro, su suave toque terminó con el beso, Malcolm se estiró hacia atrás para mirarla con esos ojos oscuros y llenos de pecado.

—Eres perfecto —cerró los ojos —Estoy profundamente viciada.

Él se quedó quieto y en silencio hasta que ella los abrió de nuevo.

—Tus defectos son perfectos para mí. Un mapa de dónde hemos estado —Ella contuvo el aliento ante eso, ya que quería que fuera verdad. Él continuó —He soñado contigo aquí. Juntos. Mirándonos. Mirando lo hermosa que eres.

Mirando cómo te adoro.

Su mirada parpadeó más allá de su hombro hacia el techo abovedado, negro y brillante con su imagen reflejada mientras volvía a la adoración, a su adoración, el roce de sus dientes y la seda de su lengua a lo largo de ese lugar imperfecto, enviando calor a través de ella, agonía y placer, arrepentimiento y promesa, las emociones chocaban dentro de ella mientras lo miraba en el techo abovedado, consumida por su reflejo, una mano extendida sobre sus costillas, manteniéndola quieta. Se movió más abajo, su amplia y musculosa espalda, escondiendo su estómago y luego sus muslos. Ahora se veía

claramente, su cabello extendido salvajemente debajo de ella, sus pechos y estómago desnudos.

—¿Lo ves, Sera? —Preguntó, las palabras bajas y oscuras —¿Ves cómo nos complementamos?

Ella respiró hondo, el aire la estremeció. Se mordió el labio. Sus palabras prometían mucho y la tentaron para siempre. Pero esto no era para siempre. Esto era sólo esta noche.

Él mordisqueó la suave piel de su estómago y suavizó la mordedura con su lengua. Ella jadeó.

—¿Ves? —Repitió.

—Sí —susurró.

Se movió más abajo, hablándole al oscuro cabello que cubría el lugar que solo había sido suyo.

—¿Que ves?"

—Malcolm —La palabra sonó a súplica. Y tal vez lo era. Simplemente que no sabía lo que estaba rogando.

Sin embargo, él sí lo sabía, separó sus muslos y se colocó entre ellos.

—¿Qué ves, Ángel?

—Veo... —Sus dedos rozaron su cálido y firme centro, y ella jadeó de nuevo.

—Malcolm.

Él se detuvo.

—Dime.

Ella miró hacia el techo.

—Veo... Te veo.

Él extendió los suaves pliegues de su sexo, como una recompensa por su honestidad.

—Sí —dijo, la palabra lamiéndola como una llama contra ella. No pudo evitar elevarse hacia él —¿Y qué más?

El deseo se agrupó, espeso y desesperado.

—Y a mí —Puso dos dedos en el centro de ella, deslizándolos

arriba y abajo por su sexo, arriba y abajo, una y otra vez, hasta que ella pensó que podría morir por el placer. Por la burla en su toque. Sera se retorció contra el tacto, desesperada porque él encontrara el sitio donde quedarse, el lugar que le brindara lo que anhelaba.

Lo que necesitaba —Malcolm...

Él retiró su mano.

—Dime que ves.

—Ya te lo dije, maldición.

Él se rió ante esa respuesta, el muy bastardo. La sensación casi la hizo acabar.

—Dime más.

—Te veo —dijo bruscamente, con irritación y deseo en las palabras

—Veo como me tocas.

Y, como por arte de magia, la tocó. Un dedo, dando vueltas alrededor de ese magnífico lugar donde estaba desesperada por él. Ella jadeó de placer.

—Oh, querido Dios. —El dedo se ralentizó, y ella habló al instante, desesperada porque continuara —Veo que me tocas —repitió — Explorándome. Encontrando todos los lugares donde te necesito.

Y lo hizo, deslizando un dedo en su caliente y húmedo núcleo, la sensación la hizo arquearse contra él mientras sus ojos se ensanchaban, clavados en la traviesa e indigna Sera de arriba.

Fue entonces cuando vio lo que estaba haciendo.

—Merope —suspiró.

Malcolm gruñó interrumpiendo otro deslizamiento largo y lánguido, este con un segundo dedo, el sonido profundo, oscuro y exigente para que dijera más.

—La veo a ella también —dijo Sera bastante jadeante —Tu planificaste esto.

—Lo hice —dijo, estaba tan cerca, susurrando las palabras en el lugar que más lo necesitaba —Te quería aquí. Tan hermosa como ella.

—Me querías desnuda como ella.

—Siempre te quiero desnuda, amor.

Las palabras enviaron un calor que se enroscó a través de ella y se enterraba profundamente.

—Ya veo eso —dijo, su mirada se deslizó sobre la ninfa de mosaico, pechos desnudos como los suyos, girando y girando en el azulejo como si Malcolm los tocara a ambos. Como si traicionara a Sera, complaciendo también a Merope.

Le creía, ya que sus dedos estaban realizando su magia... que podría ser suficiente para complacer hasta a una diosa.

—Malcolm —susurró, incapaz de evitar su contacto mientras la acariciaba profundamente una, dos, una tercera vez. Incapaz de evitar decir más. Incapaz de no tomar todo lo que él le ofrecía —Veo que me miras —dijo, y él se quedó quieto, retrocediendo y mirándola, encontrando su mirada al instante, esperando que dijera más. La emoción del momento era innegable. Su poder, inconfundible. Ella podría pedirle todo, y él se lo daría —Veo que me quieres —, susurró.

Sin romper el contacto visual, presionó un beso en rizos oscuros.

—Más de lo que nunca he querido algo.

Ella entendía eso, sentía lo mismo, deseaba atravesar su propio cuerpo, dolorida por él. Giró sus caderas, y aun así esperó, como si pudiera aguardar una eternidad para que le pidiera que la tocara. Para que le permitiera tomarla. Ella susurró su nombre, y aun así él permaneció congelado, encerrado en su atención absorta, esperando su permiso —Veo que me besas —dijo, las palabras surgieron más firmemente de lo que hubiera imaginado.

Ese bajo gemido otra vez, como si ella le hubiera permitido hacer lo único que siempre había deseado. Luego él movió su mano, abriéndola ampliamente y revelando su rosado e hinchado centro. Sera dejó de respirar, ante la insoportable expectación.

—Dímelo otra vez —dijo —Quiero que estés segura.

Todo su cuerpo se tensó ante las palabras. Ante la promesa en ellas.

Ante el significado en ellas.

Nunca haría lo que no le permitiera.

La seguiría, como Orión a Merope, pero solo mientras ella deseara ser perseguida.

Esa comprensión le dio la libertad que jamás había sentido. Y fue por eso que no dudó al decirle:

—Bésame.

La recompensó con su gloriosa boca, tomando sus muslos y levantándola hacia él, sus labios y lengua tomándola con total certeza y sin vacilación. Ella gritó al sentir la forma en que saboreaba cada uno de sus recovecos, su lengua la exploraba, mientras sus dedos la acariciaban y ella se abría, se ensanchaba, se ofrecía a él sin pausa.

Malcolm tomó su ofrenda, cerró los labios alrededor del lugar más sensible y chupó, atrayéndola hacia él con una habilidad magnífica, hasta que su nombre hizo eco bajo la bóveda cuando ella cedió al placer, retorciéndose contra él, chocando contra él, deslizándose sus dedos por su cabello para guiarlo y mostrarle dónde más lo necesitaba.

Su lengua se arremolinó sobre ella, dándole todo lo que le pedía.

Entonces cerró los ojos, apenas consciente de las lágrimas que brotaban de ellos, debido al puro y salvaje placer que le causaba. Todo su cuerpo se sacudió y se retorció contra él, mientras éste realizaba su adoración implacable, ella jadeaba, una y otra vez, con la emoción agitándose a través suyo hasta que se acostó debajo de él y lloró, sin querer dejarlo ir.

A este hombre, a quien una vez había amado tanto, que siempre había sabido extraerle placer.

A este hombre, que le daba un poder más allá de su conocimiento.

E incluso a través de sus lágrimas, él no se detuvo, los círculos lentos se hicieron más rápidos, su lengua contra ella, lamía y chupaba con movimientos exuberantes, mientras deslizaba sus manos debajo de ella y la levantaba hacia él como si fuera un festín. Redoblaba sus

esfuerzos. La reclamaba.

Jadeó, tensionándose ante la idea, casi temerosa de lo que estaba por venir, de cómo sería suya si dejaba que eso sucediera. Aun así, él insistió, sin darle ninguna oportunidad, adorando el palpitante y magnífico lugar donde más lo quería, haciéndole el amor hasta que lloró de placer con su nombre en los labios, la única palabra que podía encontrar la capacidad de decir.

La sostuvo mientras volvía a la tierra, a ese magnífico lugar donde la cúpula submarina se alzaba sobre ellos como si fuese el cielo. Cuando él levantó la cabeza, y sus hermosos ojos salvajes la observaron intensa e insoportablemente, el deseo que había mantenido a raya amenazó con consumirla y su cara se sonrojó.

No. Ella no lo quería.

Ella no podía tenerlo.

Ella ahora lo conocía mejor.

Se arrastró de debajo de él, empujándolo, él se apartó instantáneamente, liberándola como si solo hubiera estado allí para cumplir sus órdenes. Comprender eso amenazaba con destrozarla exactamente igual que su toque.

Así que Seraphina hizo lo que pudo, deslizándose por el suelo buscó su vestido, y agarrándose a él dijo:

—No podemos ir más allá.

Malcolm no se movió de donde estaba sentado, desnudo de la cintura para arriba, con un pantalón oscuro y suave y con un brazo apoyado en una de sus piernas doblada.

—No pedí ir más allá.

—Pero tú quieres.

—Soy un hombre adulto, Sera, y he esperado por esto, por ti, durante años. Por supuesto que deseo hacerlo. —Su mirada era cálida y honesta. —Pero te esperaré. Hasta que estés lista.

Odiaba las palabras. Odiaba la forma en que la tentaban. La forma en que susurraban una promesa que ella entendía, pero que por

supuesto, no podía aceptar.

—Nunca estaré lista.

—Tal vez no. Pero tal vez, en algún momento lo estarás. Y cuando tú lo estés, yo estaré aquí. —Lo dijo como si no tuviera nada más que hacer, salvo languidecer allí, en su guarida submarina, esperando que ella entrara y le pidiera que le hiciera el amor.

Y algo sobre eso, sobre la certeza en sus palabras, sobre que podría esperarla para siempre, la inquietaba más que cualquier otra cosa.

—Ese acto en particular nunca nos ha salido bien —dijo en voz baja —¿O no te acuerdas? —Odiaba las palabras, aborrecía decirlas en voz alta, haciendo referencia de una manera vaga y sutil, a su pasado en común. Al bebé que no habían buscado. Al que él no había querido. Y a todos los otros que nunca podrían tener.

Se puso de pie, demasiado desnuda y expuesta para permanecer quieta, le dio la espalda, poniéndose el vestido por la cabeza y uniendo las dos mitades del corpiño, en un infructuoso intento por borrar la última hora de su vida.

—Toma esto.

Casi saltó por la sorpresa. Él estaba detrás suyo, lo suficientemente cerca como para tocarla, sosteniendo su abrigo para ella, como si todo fuera perfectamente normal.

Tomó el abrigo y se obligó a calmarse mientras se lo ponía, los anchos hombros de la tela, empequeñecían aún más los suyos. Cruzó el frente sobre su pecho, y sus brazos sobre él, como una armadura. Malcolm dio un paso atrás, con las manos en alto y abiertas, como para mostrarle que estaba desarmado. Por supuesto, no era verdad.

Siempre habían estado armados el uno contra el otro.

—Lo recuerdo, Sera —dijo, y las palabras, también, parecieron ser arrancadas de él, imposible. Todavía podía escuchar su promesa de que nunca tendrían un hijo.

Aún podía sentir el aguijón de la misma, ahora, años más tarde, y el dolor que sintió cuando descubrió que, sin embargo, esperaba uno.

Así como todavía podía sentir la tranquila felicidad que la había embargado cuando comprendió que nunca estaría sola, incluso cuando nunca lo había estado.

Y luego, la devastación que sintió cuando se dio cuenta de que ni siquiera eso podría tener.

—Déjame ir —susurró, las palabras roncadas salieron con miedo, de que él quisiera resistirse, de que quisiera tratar de mantenerla allí.

De que ella pudiera elegir quedarse.

Dio otro paso atrás. Y otro, hasta que el camino hacia la salida fue claro para ella.

—Eres libre —dijo.

—Ninguno de nosotros es libre —dijo —Pero podríamos serlo.

Mentira.

La observó, inmóvil, con su ancho y hermoso pecho dorado a la luz del fuego, su cara toda luz y sombras.

Y luego arrojó su arma.

—Nunca pedí serlo.

Y dio en el blanco, extirpando, afortunadamente su tristeza y llenándola de ira, recordándole sus planes. Del gorrión. De su futuro sin él. Sin su pasado. Sin los recuerdos de los que no podía escapar estando allí.

—Eso es mentira —dijo entrecerrando su mirada sobre él, y dejando volar su enojo —Fuiste tú quien nos terminó, Duque. No yo.

Antes de que él pudiera responder, ella escapó.

20. ¡Una increíble sorpresa para el traicionado Haven!

Tres años antes

Londres

Él la sintió antes de verla.

Debería haber sospechado que la condesa de Liverpool las invitaría a su famosa velada de verano. Debería haber asumido que las Peligrosas Talbot

serían bienvenidas en la fiesta de los jardines de la mujer, con su decoración con temas de China y la anfitriona misma vestida como uno de los peces en su famoso estanque de peces. Lady Liverpool nunca se había apartado de lo dramático, y las hermanas Talbot no eran nada más que dramáticas.

Menos Sera.

No se giró para mirarla, sabiendo que todo el mundo lo estaba observando y susurraba en voz baja y detrás de abanicos que revoloteaban velozmente. Resistió la tentación de tirar de su corbata, que sentía demasiado apretada alrededor de su cuello, en la cálida humedad de verano, sabiendo demasiado bien que él era el centro de atención.

"Haven cazado por una de las Peligrosas Talbot", el hazmerreír de los tabloides de chismes, serviría de ejemplo para el resto de los hombres elegibles de la alta sociedad. Nunca ser cegados por la belleza.

Dios sabía que había sido cegado. Como el maldito Orión.

Condenado.

Habían pasado más de dos meses desde que la había visto por última vez; la había dejado, rápidamente, pasados unos minutos de

una ceremonia de matrimonio, en la que había estado casi ausente, y se había entregado a su trabajo, haciendo todo lo posible por olvidar el hecho de que tenía esposa.

Una esposa cuya cercanía hacía añicos su calma, y a quien sabía que encontraría más hermosa que nunca, si tan solo se volviera para mirarla.

Cobarde.

La idea lo movilizó y, endureciendo sus emociones, de inmediato, se volvió, buscándola con la mirada, como siempre. Estaba a varios metros de distancia, en un grupo de vestidos con tonos de joyas: sus hermanas reunidas a su alrededor como un escudo protector. Sera en satín rojo con hilos de oro.

Por supuesto que ella usaría el rojo. No había nada en el mundo más deseable que Seraphina Talbot, no, Seraphina Bevingstoke, duquesa de Haven, su esposa, su duquesa, vestida de rojo.

No importaba.

El daría cualquier cosa para no desearla más.

Vendería su maldita alma para olvidarla.

Entonces las gallinas que revoloteaban a su alrededor se separaron, y él pudo verla por completo, parada sobre la verde hierba del jardín, una brisa fresca en ese día de verano. Comenzó en su precioso rostro, pasando por su sensual y esbelto cuello, bajando por la línea de sus pechos y fue entonces cuando llegó el golpe, perverso e inesperado.

Estaba embarazada.

Estaba encinta y no se lo había dicho.

Las emociones que corrieron a través de él fueron innumerables.

Incredulidad. Placer. Esperanza.

Y furia. Sintió una rabia aguda e inflexible al comprobar que una vez más le había ocultado la verdad.

Iba a ser padre. Iba a tener un hijo.

Y como castigo por los pecados del pasado, ella se lo había ocultado.

Él endureció su semblante, negándose a mostrarle cómo la verdad lo había afectado. Era un castigo devastador. Y lo había sorprendido sentirse una mierda. Luego giró sobre sus talones, buscando una manera de sentirse diferente y de paso también poder castigarla.

Septiembre de 1836

A la mañana siguiente, su esposa casamentera, le informó que iba a salir a pasear a caballo, con Lady Lilith y Lady Felicity Faircloth por sus tierras.

Sin duda, Seraphina pensó que ya era hora de que conociera a las dos candidatas restantes para ser la futura duquesa de Haven, ya que la señorita Mary se había marchado hacia el cálido abrazo de Gerald, y la aversión a la sopa de lady Emily era un rasgo de carácter demasiado abrumador.

No es que tuviera intención de casarse con ninguna de las mujeres. De hecho, el aviso de su esposa, superficial y sin una mísera alusión a la noche anterior, lo tenía considerando irrumpir en la sala del desayuno y despedir a todos los invitados, descartando finalmente el estúpido plan que había inventado para tener a Seraphina a mano. Para al fin poder cortejarla una vez más.

Decidió que ya había terminado con los planes. Estaba listo para que su esposa regresara. Estaba listo para ganarla en serio. Y eso requería que estuvieran a solas, maldita sea. Necesitaba tiempo, espacio y honestidad para hacer que creyera. Para hacer que creyera en él. En ellos.

Estas mujeres, simplemente, estaban en su camino. No cabía duda de que, del cuarteto original de suplicantes que había convocado para convencer a Sera de que estaba interesado en otra esposa, Lady Lilith y lady Felicity eran las más adecuadas para él. Lilith era inteligente y graciosa, apasionada por los viajes, y Felicity tenía cerebro dentro de

su cabeza, lo que sería para cualquier aristócrata inteligente una compañera decente. Pero Haven no quería una compañera decente. Él quería a su esposa, a la mujer que amó desde el momento en que la conoció en un balcón, hace una vida. Y eso había sido simplemente así.

Sin embargo, no podía deshacerse de ellas, no sin que quedara claro que todo el plan había sido solo eso, un ardid desagradable, que enfadaría a la mitad de la aristocracia londinense e incurriría en la ira de su esposa cuando se diera cuenta de las intenciones que lo habían motivado. O la falta de ellas, ya que no tenía la intención de darle el divorcio, que Sera había manifestado que deseaba, tan públicamente. Un divorcio que, ella pronto vería, no quería, si tan solo pudiera demostrarle que su pasado no tenía nada que ver con su futuro.

Y así, lo único que pudo hacer cuando recibió la nota de Seraphina sobre sus acompañantes para el paseo de la mañana, fue responder, que insistía en que ella actuara como chaperona.

Ni por un momento pensó que estuviera de acuerdo. De hecho, había creído que tendría que buscarla, una eventualidad que hizo que su corazón se acelerara con placer anticipado, y probablemente fue la razón por la que Sera no discutió sobre su insistente solicitud.

Cuando la vio salir de la casa solariega, a las once menos cinco, vestida con un bello traje de montar color berenjena, con el sombrero posado alegremente sobre su cabeza y, Dios lo salvara, con la fusta de montar en la mano, perdió el aliento ante la imagen representada, hermosa, fuerte y poderosa, como si la noche anterior no hubiera sucedido, o más bien, como si la noche anterior hubiera acrecentado aún más su propósito.

Podía ver la determinación en su hermosa mirada azul, al instante comprendió cual era ese propósito; ella quería emparejarlo de una vez por todas. Y ya.

Él resistió el impulso de reírse ante la inutilidad de su plan.

En ese instante la idea de reírse desapareció, porque el trío de

acompañantes salió por la puerta principal, a pesar de que no habían sido invitadas. Por supuesto, Seraphina llegaba armada hasta los dientes, con su batallón privado de mujeres guerreras. Menos una, porque Sophie, la Marquesa de Eversley, estaba en estado y, por lo tanto, no cabalgaba.

Gracias a Dios por los pequeños favores.

Se negó a mostrar su frustración, en lugar de eso, le dio la espalda a la banda de hermanas y se movió para ayudar a lady Lilith y a lady Felicity, a subir a sus monturas. Ninguna de las dos parecía necesitar su ayuda, ambas eran, claramente, excelentes amazonas, y se le ocurrió que en algún momento podría haber disfrutado de un paseo con ellas.

En cambio, ahora, temía lo que estaba por venir.

Después de ayudar a sus invitadas, se volvió para ayudar a su esposa, quien, por supuesto, ya había subido a su montura. No lo sorprendió el hecho de que había elegido una de sus yeguas más preciadas, la montura que él había hecho ensillar específicamente para ella.

Malcolm levantó la vista hacia Sera, con los dedos ansiosos por tocarla, por deslizarlos bajo el borde de su traje y encontrar la suave piel sobre sus botas de montar.

—¿Tu perro guardián americano, no se une a ti hoy?

Ella levantó una ceja y lo miró.

—El señor Calhoun ha regresado a Londres para siempre —dijo— Solo puedo suponer que lo hizo por tu insistencia.

La sorpresa lo golpeó, seguida por el rápido alivio de que el protector de su esposa hubiera desaparecido.

—De hecho, no tuve nada que ver con eso, aunque Dios sabe que estoy agradecido por ello.

—Maldito cobarde —gruñó Sesily, y todos se volvieron para mirarla —¿Qué?!

Eso lo que es.

Haven ignoró a su cuñada enojada y se dirigió a su caballo, subiendo a su montura.

—Nos dirigimos a "la locura oriental".

—¿No es así como la gente llama a tu matrimonio, Sera? — preguntó secamente una de sus hermanas, riéndose de su propia pregunta.

Sera respondió despectivamente:

—No se preocupen, ladies; Haven seguramente prefiere un matrimonio con alguna de ustedes antes que el que tuvo conmigo, y me imagino que será exactamente el marido ideal.

Los dientes de Malcolm se apretaron ante las hirientes palabras que ella dijo tan fácilmente, cuando en él aún estaban frescos los recuerdos de la noche anterior en que se había desnudado y se había perdido en sus brazos.

Frustrado, espoleó su caballo y el grupo lo siguió, lo suficientemente lejos como para evitar oírlo. Llevaría a las mujeres a dar un paseo, las devolvería, y luego encontraría una manera de sacarlas de su casa.

Después de una media hora de marcha, redujo la velocidad ante la gran locura de piedra en el extremo oriental de la finca, una torre medieval que había sido construida varias generaciones atrás. Desmontando, se movió para ayudar a las damas a bajar de sus respectivos caballos. No a Sera, por supuesto. Ella desmontó por su cuenta, alejándose rápidamente del grupo, seguida por sus hermanas como si estuvieran liadas con cuerdas.

Dejándolo a solas con Lady Lilith y Lady Felicity, ambas con un atractivo color en las mejillas, resultado de la cabalgata. Podría considerarlas muy bonitas si reparara en ello, cosa que no hacía. Estaba demasiado ocupado mirando a su esposa.

Sin embargo, él no era un monstruo, ni estaba interesado en discutir con sus cuñadas, por lo que guió a las muchachas a la entrada de "la locura", indicándoles que debían entrar. Cuando lo hicieron,

señaló la tortuosa escalera de piedra que conducía a la torre.

—Hay una vista notable de toda la finca en la parte superior, si no les importa la subida.

Lady Lilith ya estaba subiendo los escalones, y lady Felicity la siguió rápidamente, Haven detrás. Cuando llegaron a la parte superior de la torre, saliendo a la luz del sol, ambas se dirigieron inmediatamente hacia los parapetos de piedra para asomarse y examinar la tierra que se extendía millas y millas en todas direcciones.

Haven se dirigió al extremo de la torre, mirando hacia abajo para encontrar a Sera y a sus hermanas, en una profunda conversación. Se enderezó, mirándolas, deseando poder oír lo que decían, mientras sus compañeras comentaban sobre la vista, en gran parte la una a la otra.

—Guau, esto es hermoso —dijo Lady Felicity después de un largo suspiro.

—Lo mejor de toda la fiesta, ¿no crees? —Replicó Lilith, con emoción en su voz.

—Fue construida en 1750 —las interrumpió, diciéndose a sí mismo que si participaba en la conversación con las jóvenes, no se sentiría como un niño tonto detrás de su esposa tres pisos más abajo —Un regalo de mi bisabuelo a la mujer que amaba.

Lilith se volvió.

—¿No a su bisabuela, supongo?

Él sonrió sin humor ante eso.

—No.

Los Duques de Haven no se casaron por amor.

No hasta él.

E incluso entonces, lo había arruinado.

Las mujeres habían vuelto a mirar el paisaje.

—¡Hay una casa de viuda! ¿Sabías que había una casa de viuda? —dijo Lilith

—¡No sabía! Y mira el lago. Es hermoso —Una pausa —Dios mío, ¿esa es una estatua en el centro? ¡Qué maravilloso! ¡Simplemente

surgiendo del agua! ¿Es Orión, Su Gracia? —Felicity Faircloth lo miró buscando una respuesta.

Malcolm ignoró la punzada de decepción porque estas mujeres habían descubierto la estatua que marcaba la sala debajo del agua, antes que Sera.

Su mirada se dirigió hacia su esposa que se hallaba abajo, y respondió:

—Lo es.

"Si prometiera siempre cazarte, ¿volarías?"

Anoche había volado y lo había dejado inmóvil, con aspecto de poder hacerlo en serio en cualquier momento: convertirse en una paloma y dejarlo, para siempre, mirándola desde muy abajo, con los pies en la tierra.

¿Y si ella no lo quisiera? ¿Y si él nunca pudiera tenerla?

Odiaba las preguntas que surgían con el duro recuerdo de la noche anterior, cuando habían vuelto al pasado, invocando sin palabras al bebé que habían perdido. A la historia que nunca habían podido escribir.

Sin embargo, podían escribir un futuro. Él lo creía.

Tenían una oportunidad, ¿verdad?

Cristo, por favor, ojalá pudieran tener una oportunidad.

Sera, entonces, levantó la vista, como si hubiera escuchado sus pensamientos tres pisos más arriba. Él encontró su mirada y se la sostuvo, no dispuesto a dejarla ir.

Ella miró hacia otro lado.

Lady Felicity señaló una casa solariega a lo lejos.

—¿Y qué es eso de allí?

Despegó la vista de su esposa y siguió la dirección que la joven le señalaba.

—Es la sede del Ducado de Montcliff.

Felicity asintió.

—Nunca me ha gustado ese hombre.

Sus cejas se elevaron ante la franca evaluación de su solitario vecino.

—No, no muchos lo hacen.

—No a muchas personas les gusta usted, tampoco —dijo Lilith.

Las palabras sinceras lo sobresaltaron, y se volvió para mirar a las chicas: Lilith, con una sonrisa de complicidad en los labios, y Felicity, con los ojos muy abiertos, en los que solo se podían notar chispas de alegría. Dejó que reinara el silencio por un momento antes de inclinar la cabeza.

—Eso también es verdad.

—¿Por qué? —Preguntó Felicity.

—¿Están ustedes trabajando juntas? —Se miraron una a la otra y compartieron una sonrisa, Haven decidió que le gustaban —¿Es este el lugar donde me llevan a juicio?

—Es una buena pregunta, ¿no crees? —Señaló Lilith —Deberíamos saber con precisión qué tipo de pescado estamos comprando.

—Y si deseamos tener pescado en absoluto.

Ignorando la extraña metáfora, Haven extendió sus manos ampliamente.

—Por supuesto, entonces. Lance su pregunta.

Nunca había visto tanta alegría en sus caras, Lady Lilith en realidad se estaba frotando las manos.

Lady Felicity se movió para sentarse en el bajo muro de piedra, en el espacio entre los parapetos, luego se inclinó hacia delante con los codos en los muslos, la postura al viento, como si hubieran sido amigas de por vida.

—Dicen que es un marido terrible.

Levantó la barbilla ante la impactante declaración.

—Buen Dios, Felicity —dijo Lilith, despacio y llena de asombro — Tu madre perecería en el lugar, si te escuchara decir eso.

—Mi madre no tiene que casarse con él —dijo Felicity, sin apartar la mirada de Malcolm.

—Parece que vamos derecho a ello —dijo Lilith secamente.

Nadie diría que Felicity Faircloth no era una digna oponente.
Malcolm

se apoyó contra el parapeto, cruzó los brazos sobre su pecho y confesó, las palabras se volvieron sorprendentemente fáciles.

—No he sido el mejor de los maridos.

—Dicen que es infiel —Sus labios se aplanaron en una línea larga y delgada, pero no asustó a esta valiente joven. En cambio, Felicity Faircloth continuó —Y es por eso que Lady Eversley lo tiró dentro de un estanque lleno de peces.

—Está en lo cierto —La nariz de Lilith se arrugó, y él no podía culparla —Fue una vez. Acababa de descubrir a Sera... —Se detuvo. No era asunto de ellas —Yo estaba enojado. Nunca lo volví a hacer.

Se quedaron en silencio durante mucho tiempo, y luego Lilith dijo:

—¿Sabes?, creo que le creo.

Felicity asintió.

—Yo extrañamente, también.

Milagroso. Ahora... si solo pudieran convencer a Seraphina para que hiciera lo mismo.

Felicity continuó.

—¿Debo decirle que es lo que me gusta de su esposa?

No necesitaba escuchar una lista de las cualidades de Sera. Las conocía bien. Las había enumerado más de una vez. Más de mil veces, y aun así, quería escucharlas. Quería hablar de ella con otras personas, como si invocándola allí pudiera sentirla más cerca.

—No me imagino que podría detenerla, mi lady.

Ella sonrió.

—Eso probablemente sea cierto. Soy terrible para callarme. Es por eso que mi madre estaba tan emocionada de recibir su invitación. Es su última gran esperanza.

—No tengo ningún interés en impedir que dé su opinión —dijo — Los Duques, de por sí, ya obtienen demasiado de eso.

Felicity asintió.

—Muy bien, se lo diré. Me gusta que Seraphina sepa lo que quiere. Y me gusta que no tenga miedo de perseguirlo. Incluso cuando definitivamente le está costando tanto.

El divorcio era para eso. El asintió.

—Ella siempre ha sido así.

—Las mujeres no siempre podemos tener lo que queremos —dijo, y había una melancólica insinuación en su tono —Con demasiada frecuencia se nos juzga por perseguir lo que queremos.

Las palabras le causaron escalofríos. Él había hecho eso. La había castigado por perseguirlo. Y luego, finalmente, la había castigado por negarse a perseguirlo.

—¿Lo persiguió? —fue Lilith, esta vez.

—Sí, lo hizo —dijo, odiando el dolor que lo atrapó ante las palabras. La forma en que sus entrañas se retorcieron.

—Dicen que lo cazó. El engañado Haven y todo eso...

Estas mujeres carecían de miedo, y Haven no pudo evitar admirar eso.

—Eso es lo que dicen.

—Pero no pudo haber sido por el título —señaló Felicity —¿De lo contrario, por qué huir? ¿Por qué no quedarse y ostentarlo?

¿Con qué frecuencia se había hecho la misma pregunta?

—Con toda esta persecución de su libertad, parece que ya no lo quiere mucho, Su Gracia —agregó Lilith.

—No, ella no lo hace —dijo. Eso estaba claro para todos.

—Me gusta eso de ella —dijo Felicity en voz baja —Me gustó saber que cuando se hizo evidente que usted no la quería, ella no se quedó.

Excepto que él, sí la había querido.

Aún la quería.

No es que alguna vez se lo hubiera dicho. En cambio, la avergonzó por demostrar su pasión. Por manejarse sola. Por alcanzar lo que quería de cualquier forma. Él, en cambio, se lo había ocultado. A

ambos.

—Me gusta que se conoce a sí misma. Que cree en sí misma. Que no se permitió ser menos de lo que merecía —agregó Felicity —Me gustaría ser más como ella.

—Entonces quizás no deberías casarte con el Duque de Haven —dijo Lilith, con sequedad —La historia sugiere que él no es el hombre más servicial cuando se trata de ayudar a su esposa a alcanzar sus metas.

Las palabras no eran para él en absoluto. Pero todavía le picaban como ortigas dentro de sus pantalones.

—Mmm —dijo Felicity, pensativa —Creo que ese podría ser el caso.

Cristo. ¿Por qué se necesitaron dos jóvenes solteras para enseñarle lo que debería haber visto hace años?

—Y eso fue antes del otro problema —continuó Lilith, devolviendo a Malcolm al momento.

—¿Qué otro problema? —Preguntó, más contundentemente de lo que había planeado.

Las mujeres continuaron charlando, como si no estuviera allí. Como si estuvieran discutiendo la herencia. O el clima. Y no sus defectos personales.

—Oh, ciertamente, esa parte está clara como el cristal.

—¿Qué parte? —Exigió.

Lilith se volvió hacia él, observándolo por un largo momento.

—Como todo este escenario es poco común en extremo, Su Gracia, me pregunto, ¿podría encontrarse dispuesto a responder una pregunta bastante inapropiada?

Ambas damas rieron y Lilith con una sonrisa en los labios, dijo:

—Probablemente no, de hecho... —Esperó a que ella encontrara las palabras adecuadas —¿Desea una nueva esposa?

Y allí estaba, su salida de esta debacle.

—No, no lo hago, de hecho.

Ella asintió y miró a Felicity.

—Bueno, eso es todo, entonces.

—De hecho —Felicity saltó de su lugar en el parapeto —Muchas gracias, Su Gracia. Esta es una locura encantadora. La mejor que he visto.

—Y la finca... —Lilith saltó para agregar, cortésmente —...esa estatua de Orión en el lago es particularmente hermosa.

La confusión estalló en él, y también una, no pequeña esperanza.

¿Eran todas las mujeres en todas partes tan inquietantes? ¿O era específico de las mujeres con las que había entrado en contacto?

—¿Se van? —Preguntó, bastante angustiado.

—Lo haremos —dijo Felicity, haciendo una breve reverencia — Estamos seguras de que lo entiendes.

—No, no lo hago, de hecho —señaló —Nunca en mi vida he conocido mujeres tan dispuestas a decir tanta cantidad de verdad.

Lilith sonrió.

—Quizás debería conocer a más mujeres. No somos tan poco comunes.

—Por supuesto que no aquí. Hay otras cinco mujeres en esta propiedad que tampoco parecen tener problemas para decirle la verdad, Su Gracia —dijo Felicity —Y eso sin contar a la señorita Mary Mayhew, que dijo tanta verdad que terminó yéndose a buscar a Gerald.

Lilith sonrió.

—Me pregunto qué clase de hombre será ese tal Gerald.

Y así, fue despedido, las dos jóvenes se marcharon entablando una feliz conversación, con las faldas rozando suavemente el suelo de piedra, mientras se dirigían hacia las escaleras.

—Esperen —llamó, toda la tarde parecía alejarse de él.

Ellas voltearon.

—No hay necesidad de preocuparse, Su Gracia —dijo Lilith — Somos libres.

Quédese aquí y haga lo que sea que hacen los hombres cuando no están obligados a interpretar el papel del dispuesto pretendiente.

—No me dijo cual era el otro problema —Se volvieron, con curiosas sonrisas gemelas en sus caras, considerablemente diferentes. Él aclaró. —El que está claro como el cristal.

—Ah —dijo Lilith.

—Hmm —agregó Felicity.

—Ladies. —La palabra salió más amenazante de lo que pretendía. —Me imagino que es algo así como el hecho de que soy un marido terrible.

—Sabe, no estoy segura de que sea un marido terrible en absoluto —dijo Lilith pensativa.

—Oh no. No lo es —Lady Felicity se apresuró a responder — quiero decir, tan pronto como usted descubra cuánto la ama.

Él podría haber estado avergonzado. Pudo haber estado a la defensiva. Pero en cambio, las palabras de Lady Felicity, llenas de verdad, lo hicieron sentir aliviado.

Finalmente, pensó.

Finalmente alguien lo veía. Alguien le creía. Dos personas. Dos personas que le escucharon decir:

—Sé cuánto la amo. Lo sé desde hace años.

Se miraron una a la otra, luego a él, su juicio claro. Lo consideraban un imbécil.

—Debería decírselo, entonces.

La frustración estalló en su interior. ¿Honestamente creían que no deseaba hacerlo? ¿Creían que era tan sencillo?

Un destello de color berenjena apareció detrás de las mujeres, un destello profundo y rico.

Sera.

Maldita sea, lo haría ahora si pensara que eso cambiaría las cosas.

Él se calmó. ¿Cambiaría las cosas?

Pero su corazón comenzó a latir con fuerza nuevamente cuando ella pasó por la puerta, y vio el interés dibujado en sus ojos y la curiosidad en su rostro.

—Esto es una locura encantadora —dijo.

Él lo haría ahora. Aquí, en este lugar que su antepasado había construido para la mujer que amaba más allá de la razón. Él lo haría frente a estas mujeres, y terminaría con este plan idiota. ¿No se había dicho a sí mismo esa mañana que había terminado con los planes?

La conciencia, el placer, la excitación y el deseo le quitaron las palabras, como si fuera un colegial demasiado ansioso.

—Lo haré ahora.

No vio la instantánea sorpresa y la clara duda en los ojos de Lilith y Felicity. Estaba demasiado ocupado mirando a su esposa, que entró por la puerta, interesada en la conversación que allí tenía lugar.

No vio a Lilith negar con la cabeza.

No vio a Felicity abrir la boca para hablar, ni vio la forma en que fruncía el ceño cuando Sera preguntó:

—¿Qué es lo que harás?

Si hubiera visto algo de eso, quizás no hubiera dicho lo que dijo frente a lo que de inmediato parecía ser todo el mundo.

Tal vez podría no haberla mirado a los ojos y decirle, sin pensar en lo que podría suceder y como si fuera la cosa más común del mundo:

—Decirte que te amo.

21. Lecciones de amor legítimas de las damas: Cambia la táctica de cortejo

Para ser justos, se dio cuenta inmediatamente de que había cometido un error.

Y, sorprendentemente, no fue cuando su esposa giró en redondo y bajó las escaleras por donde había venido.

Tampoco fue cuando Lady Lilith soltó un suave, —Oh, no. Tampoco fue cuando que lady Felicity Faircloth francamente dijo:

—Bueno. Eso fue mal hecho.

Se dio cuenta de que había cometido un error en el momento en que se había escuchado a sí mismo pronunciar las palabras, tan poco familiares, y descubrió que nunca antes las había pronunciado en voz alta. Por supuesto, él las había dicho miles de veces en su cabeza. En la oscuridad, mientras la añoraba por las noches.

Pero nunca en su cara.

Y ahora, mientras la seguía por los pastos orientales de Highley, se arrepintió por haberlo dicho frente a lady Lilith y lady Felicity, a unos pasos de Sesily, a quien Sera casi había derribado de la escalera al pasar corriendo junto a ella, y de Seleste, que se apretó contra la pared de la planta baja de la torre cuando Haven salió tras su esposa. Y de Seline, cuyo fuerte, —¡¡Oh Haven!!¿Qué has hecho mal ahora? —fue interrumpido por el salto de Sera a la silla de montar, antes de gritarle al caballo un poderoso:

—¡Hyah! —Y darle a la bestia rienda suelta.

—Maldita sea, Sera —Malcolm la llamó —¡Espera!

Por supuesto no esperó, entonces se dirigió hacia su propio caballo, casi había llegado allí cuando un objeto pesado le golpeó directamente entre los hombros. Se giró para mirar a su cuñada, que se estaba enderezando, probando el peso de otro proyectil.

—¿Qué demonios?! ¿Acabas de arrojarme una roca?

Seline parecía estar calculando la distancia entre ellos.

—No sé si usaría la palabra roca.

—¡Piedra, más bien! —Gritó Sesily Talbot desde lo alto de la torre, donde tres cabezas con capucha se asomaban por el parapeto.

—Apenas un guijarro —Seleste apareció en la entrada de la torre, con los brazos en jarras, lista para luchar como una maldita Amazona.

Negó con la cabeza a la cuñada que estaba armada.

—¿Te das cuenta de que tirar rocas es peligroso?

Seline arrojó su nuevo proyectil al aire y luego lo atrapó.

—No para mí —dijo —Tengo un buen brazo.

Sacudió nuevamente la cabeza.

—Estás loca.

—No, soy leal. Que es algo que tú nunca has sido.

Una negación instintiva quedó atrapada en su garganta cuando la condesa Clare dijo desde su lugar, —¡Y amén a eso! ¡Golpéalo en la cabeza esta vez!

Por un momento, se preguntó si Seline realmente podría hacerlo. Él extendió sus manos de par en par.

—Estás enojada. Pero voy detrás de tu hermana.

—Todavía no, no irás —Seleste se paró junto a su hermana armada —Me parece que la has hecho bastante infeliz. Tan infeliz que no desea verte.

—¡Él le dijo que la amaba! —Gritó Sesily desde su lugar, muy arriba, su tono era el mismo que uno podría usar si estuviera diciendo que había encontrado una rata en un desagüe en algún lugar de la propiedad.

Todas las otras mujeres hicieron una mueca.

—Te mereces otra piedra por eso —señaló Seline —Y cuatro más por las jóvenes con las que has estado jugando mientras tratabas de cortejar a nuestra hermana.

—¡No es problema, Duque! —dijo Lady Lilith.

—¡Por supuesto que es un problema! ¡Estarán en el mercado por largo tiempo...

—dijo Sesily —... ahora que ustedes dos han sido vistas con Haven!

—Lo cual no es exactamente lo peor del mundo —señaló Selesté — Ya que él es espantoso.

—Y está a punto de obtener una piedra en la cabeza —agregó Seline.

Malcolm apretó los dientes.

—Amo a tu hermana —dijo —Tal vez no debería haberlo dicho, aunque Dios sabe por qué no, porque es la verdad. Y estoy condenado si voy a dejar que un grupo de brujas impidan que se lo diga correctamente.

—¡Ah! ¿Se dan cuenta de que esto significa que yo gano, no es así? —Sesily cantó inclinada desde el espacio entre los parapetos de la torre. A Malcolm se le ocurrió que tal vez se había inclinado demasiado, pero descubrió que no podía encontrar la energía o la decisión para decirle que tuviera cuidado.

—Lo sabemos, Sesily.

—¡Diez libras cada una! —Gritó —Sophie estará furiosa.

—¿Hubo una apuesta? —Preguntó lady Felicity.

—¡Por supuesto! Siempre hay apuestas. ¡Deberías vernos en temporada! —

Sesily hizo una pausa, luego se volvió hacia Lilith y Felicity —¡Nos verás, muy pronto! ¡Nuestro libro de apuestas compite con el de White's! Y es mucho más interesante.

—Estoy feliz de que todas disfruten de una hermosa amistad y de fondos, al mismo tiempo que me separan de mi esposa, pero estoy harto de esto ahora. —

Miró a Seline —Confío en que no me dejarás inconsciente en mi camino a recuperar a tu hermana.

—No lo haré —admitió Seline —porque si usas la palabra

recuperar, Duque, ella misma te dejará inconsciente. No te quiere, no importa cuán contundente haya sido Sesily —Las palabras de Seleste eran frescas, impasibles e inquietantes por la manera en que dejaban traslucir la verdad a su alrededor —Arruinaste todo hace años, cuando te negaste a reconocer que ella existía más allá de ti.

Él contradijo.

—Nunca me negué a eso.

—¿Eh? —gritó Sesily desde muy arriba —Debemos habernos perdido todas las veces que viniste a almorzar y a tomar el té.

—Y la vez que le pediste a nuestro padre su mano —dijo Seleste.

—Y las veces que hiciste público tu cortejo —agregó Sesily —oh, y nosotras aquí, pensando que estabas avergonzado de tu juguete.

La sangre rugió en sus oídos.

—Ella nunca fue mi juguete —Pero las palabras de Sera resonaron a través de él.

"No me quieres, pero tampoco quieres que nadie más me tenga. Nunca lo has querido."

Cristo. ¿Qué había hecho?

Miró a las hermanas de su esposa.

—Solo la he amado.

—Pero no a ella en su totalidad —dijo Seleste.

—Lo cual no es suficiente —agregó Seline.

En otra vida, Malcolm habría argumentado el punto. Hubiera dejado que su enojo y frustración lo superaran. En cambio, en ese momento, miró de una hermana a la otra, y a la otra, y luego dijo, con firmeza:

—La amo. A ella toda. Duquesa o Paloma. Con o sin su grupo de brujas.

Seline lo observó durante un incómodo período de tiempo antes de tirar su piedra al suelo.

—Por supuesto, entonces... ve convencerla de eso.

Malcolm no perdió el significado de las palabras, la clara

incredulidad de que lograría convencer a su esposa de algo por el estilo.

Y aun así, se subió a la silla de montar, y la siguió a una velocidad vertiginosa, su corazón se aceleró al darse cuenta de la dirección hacia la que ella se dirigió, desesperado por alcanzarla antes de que descubriera...

Fustigó con los talones a su caballo y se dirigió hacia el pequeño círculo de árboles que marcaba el centro del extremo norte de la propiedad, gritando su nombre al viento.

Y allí estaba ella de pie, arrastrando su montura mientras lo miraba, con los hombros rígidos y estirada su columna vertebral. Se quedó quieta, esperándolo, la brisa del verano agitando sus faldas con un movimiento largo y lánguido, incluso mientras permanecía congelada en la exuberante hierba verde.

Su caballo arremetió hacia ella, pero no se movió, permaneció en una postura perfecta, como si mil libras de carne de caballo no se le estuvieran acercando. El miedo se estrelló contra él mientras tiraba con fuerza de las riendas, el caballo se detuvo a escasos metros de Sera, como si lo hubiera frenado con la mera fuerza de su voluntad.

Se había bajado de la silla de montar incluso antes de que el caballo se detuviera, sin importarle que se le cayera el sombrero de la cabeza, mientras acertaba la distancia entre ellos, queriendo alcanzarla, tocarla y, maldita sea, amarla.

Era como un sabueso corriendo detrás de un zorro, y esperando que ella huyera.

Excepto que no lo hizo. En cambio, lo dejó ir por ella. Y ocurrió que de pronto él comprendió que de hecho, podría ser el zorro.

Cuando él la alcanzó, sus dedos la tocaron, se enroscaron alrededor de su nuca y ella inclinó su cara hacia él, tocándolo con su propia mano. Sus dedos se encresparon. Y, Dios en el cielo, sus labios estaban sobre los suyos y ella era su... todo aliento y tacto en un beso largo y glorioso.

No podía detenerlo, ni siquiera cuando sabía que debería hacerlo.

Porque debería. Porque este no era ni el momento ni el lugar para besarla, no cuando ella había huido y él había corrido detrás de ella y cuando no necesitaban nada más que hablar.

Era hora de que detuviera esto.

Ella se apartó, lo suficiente como para susurrar su nombre, y ese pequeño y suave "Malcolm", fue suficiente para matarlo, tentarlo y atraerlo de nuevo hacia ella. Solo por un momento. Solo hasta que la probara y la tocara.

Solo hasta que se volviera fuerte de nuevo ante su presencia.

Había pasado demasiado tiempo desde que había sido fuerte.

Y luego Sera lo apartó, poniendo distancia entre ellos, con las mejillas coloreadas y los labios rojos por el beso. Ella negó con la cabeza, y él abrió la boca para decir las palabras, una vez, solo una, a solas, a ella. Aquí.

Pero Sera no le dio la oportunidad de hablar, sólo levantó su barbilla.

—¿Qué, entonces, debería arrodillarme y agradecerte por condescender a ofrecerte tu amor?

Malcolm se congeló, su boca abierta, las palabras perdidas. Nunca parecía tener las correctas con ella. Con demasiada frecuencia eran mentiras, y cuando eran verdad, nunca eran suficientes.

—O, ¿qué? —Ella insistió —¿Confesarte mis propios sentimientos?

—Eso no habría sido desagradable. Y podría recordarte que hace unos segundos, tu beso hizo su propia confesión.

—Los besos nunca han sido nuestra falla.

—¿Entonces qué? —La pinchó. Sabiendo que no debería —¿Cuál ha sido nuestra falla?"

—¿Qué no lo ha sido? —Ella extendió los brazos —¿Honestidad? ¿Confianza? —Las palabras fueron una quemadura helada, acertando con la precisión adecuada. Y aun así ella continuó —¿Cuándo las invitaste a venir aquí? —Su vacilación fue suficiente para que supiera

la verdad, y aun así lo apremió —

¿Cuándo, Malcolm?

—El día que llegaste al Parlamento.

Apartó la vista, hacia la casa solariega, elevándose en la distancia.

—Nunca pensaste en darme el divorcio, ¿verdad?

Por supuesto que no. La había perseguido por todo el mundo. Nunca había estado tan emocionado como en el momento en que ella irrumpió en el Parlamento y prácticamente prendió fuego al lugar. Ella era suya.

—No.

—¿Por qué mentir? ¿A mí? ¿A estas mujeres? ¿A sus familias? —
Antes de que pudiera responder, continuó — ¿Fue un castigo?

—No.

—Por supuesto que sí —dijo — Sigues siendo el gato y yo el ratón. Y todo lo que sabes hacer es jugar conmigo.

—No —dijo, acercándose a ella, con un brazo estirado como si quisiera tocarla.

Dio un paso atrás, retrocediendo ante su avance y envolviendo los brazos alrededor de su cintura como si pudiera protegerse, como si tuviera que protegerse de él. Malcolm dejó caer su mano como si se hubiera chamuscado, nunca había pensado darle lo que ella tanto deseaba. Buscó las palabras correctas, las que cambiarían todo. Simplemente. Perfectamente.

Por supuesto, nada entre ellos era simple.

—¿Te digo cómo me siento, Malcolm? —Él esperó, y ella continuó —Me siento enojada. Me siento traicionada. Me siento burlada y engañada. Conoces muy bien esas emociones, ¿verdad? ciertamente me las has arrojado con suficiente frecuencia.

Él dio un paso hacia ella.

—Ya no más.

Ella levantó una mano, defendiéndose nuevamente.

—Supongo que es irónico, ¿no es así? aquí estamos, exactamente

en la misma situación con la que comenzamos hace años, uno de nosotros atrapado en un matrimonio que no desea —No era cierto. Realmente no. No podía ser. Pero ella continuó, arrojando su pasado como flechas —Excepto que esta vez, no eres tú quien cuestiona mi honestidad, sino al revés.

—¿Cuánto más honesto puedo ser? —Preguntó, con frustración en su tono —Te amo.

Ella cerró los ojos y miró hacia otro lado.

—Supongo que también me amabas en ese momento.

—Lo hacía —confesó —Te he amado desde el principio y nunca lo has creído.

—¿Cuándo fue eso? ¿Cuándo me robaste unos besos y amenazaste mi reputación frente a todo Londres?

Un puño se anudó en sus entrañas.

—Sí —dijo.

—¿Y cuándo me hiciste el amor aquí? ¿En Highley?

—Sí, Sera.

—¿Y cuándo forcé tu solicitud de matrimonio?

Él había estado tan furioso entonces. Pero no había cambiado nada.

Realmente no.

—Sí.

—No me creíste entonces. Que te amaba. Que tenía miedo por mis hermanas y por mí misma. Que todo lo que tú y yo habíamos hecho hasta ese momento había sido tan clandestino. Y que me encantaba. Pero, ¿qué pasaría si salía a la luz? —Ella negó con la cabeza —Lamenté todo lo que hice en esos momentos. Una vez te dije que lo haría de nuevo si tuviera la oportunidad de cazarte. En realidad no lo habría hecho nuevamente. Si pudiera revivir un solo día de mi vida, sería ese día, aquí. En Highley —Apartó la vista, miró los caballos, el prado, la finca, toda la perfección del final del verano —Me arrepiento de ello.

El asintió.

—Lo sé.

Ella volvió rápidamente la cara, su mirada era tan clara y honesta.

—Me dije a mí misma que lo hice por mis hermanas. Así es como me mantuve cuerda. Pero también lo hice por mí misma. Lo hice por mí misma, y punto.

Porque te amaba y temía que nunca sería suficientemente buena para ti.

—Tú lo eras —dijo, alcanzándola nuevamente, rozando suavemente sus brazos y tomando sus manos entre las suyas —Eras más de lo que podía soñar. Había pasado la mayor parte de mi vida creyendo que el amor era imposible, que cuando lo tuviera en mis manos, sería todo para mí, solo. Y esa avaricia fue mi perdición — Sacudió la cabeza —Yo te amaba. Nunca dejé de amarte.

Apartó su mirada, alejándose como la brisa de verano que recorría el prado más allá.

—Entonces parece que el amor no es suficiente.

Él detestó esas palabras, porque podía ver hacia dónde se dirigía. Y como un carruaje desbocado no se detendría.

—Lo es.

Sera soltó un bufido de risa sin humor y miró hacia la casa solariega en la distancia.

—Sin embargo, no lo es. Todavía no me conoces lo suficiente como para ver la verdad, Malcolm. Todavía ves a la misma chica de hace mil años. La que pensó que te amaba lo suficiente como para ganar tú corazón. La que pensó que podría convencerte de que la perdonases.

—Te perdoné —dijo.

—No, me castigaste —dijo —Me castigaste por atraparte, y nunca creíste que te atrapé porque te quería, maldita sea, y no por el título, por el maldito título que cuelga como un maldito yugo en mi cuello — La maldición lo destrozó, una prueba más de la vida que había tenido sin él. De los años en que fue libre —Te negaste a liberarme, incluso

cuando vine a ti, ofreciéndote también tú libertad.

Ofreciéndote un futuro. Incluso cuando me ofrecí a ponerme de rodillas y rogar por ello.

De todas las cosas que le había hecho alguna vez, todavía esa era la más vergonzosa.

—Y todo eso antes de que me impusieras el peor de tus castigos.

Nunca se perdonaría ese momento, tomar a otra mujer para vengarse de su esposa.

—No puedo volver el tiempo atrás. Solo puedo decirte que yo...

—Lo sé —Ella lo interrumpió —Estabas enojado.

—Estaba más que enfadado —Él extendió la mano hacia ella, tratando de explicarse. Ella retrocedió hacia los árboles, y él se calmó. Si no deseaba su toque, él no se lo daría —Estaba destruido. No me habías dicho: Cristo, Sera.

Yo iba a ser padre.

Ella sacudió su cabeza.

—No la querías.

Las palabras le robaron el aliento.

—Nunca dije eso.

—¡Lo hiciste! —La acusación llegó con un torrente de angustia — Dijiste que no querías una vida conmigo. Que no querías una familia. Que no querías niños.

—Estaba equivocado. Estaba enojado y me equivoqué —dijo apurado por aclarárselo —Yo quería esa vida. Yo quería a ese bebé.

Cristo, cómo se habían arruinado el uno al otro. Él siguió adelante.

—Quería a ese bebé, y te deseaba. Pero estaba demasiado enojado, era demasiado cobarde, demasiado temerario para verlo. Nunca he querido lastimar a alguien tanto como lo deseé ese día. Pensé que todo lo que había entre nosotros era una mentira.

Sera asintió.

—No era así.

—No. No era así.

—Ella tampoco fue una mentira.

—No. Ella no lo fue —Pasó una mano por su pelo, lo único que podía hacer para evitar tocarla —Sera, si pudiera recuperar todo...

Ella sacudió su cabeza.

—No lo hagas Malcolm. No puedes recuperarlo, incluso si hubieras podido... si hubiéramos permanecido juntos, algo más nos habría separado. ¿No lo ves?

No. No lo veía, maldición.

—Ese es el punto —continuó Sera —Nunca quise besarte, Malcolm. Nunca he estado dispuesta a rogar por tu toque. Y nunca ha sido suficiente.

Nunca sabría por qué eligió ese momento para contarle todo.

—Fui a Boston.

Las palabras fueron tan inesperadas que la movieron físicamente hacia atrás, hacia los árboles.

—¿Qué?

—Fui detrás de ti —dijo.

Ella sacudió su cabeza.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente —dijo, la palabra rápida y cortante, como si estuviera avergonzado de ella —El día que te fuiste. Pero te habías ido sin dejar rastro.

Ella no estaba de acuerdo, pero no obstante, él sabía que era verdad.

No había regresado a Londres. Ni siquiera se había despedido de sus hermanas.

—Fui a Bristol.

El asintió —Y luego a América.

La incredulidad y la incertidumbre se enhebraron a través de su respuesta.

—Si lo sabías, y fuiste a Boston, ¿por qué no me encontraste?

—Lo hice, maldición —Apartó la vista, su garganta se movía con

frustración, rabia y años de arrepentimiento —Te encontré. Me llevó un año llegar allí.

Empecé en Europa. Pasé meses persiguiendo locas sugerencias, de que estabas en media docena de lugares, muchas de las cuales vinieron de las brujas de tus hermanas. Fui hasta Constantinopla antes de dar la vuelta y regresar. Y cuando volví a Londres, sumido en la suciedad y el cansancio, escuché la historia de una bella inglesa en Boston. Una cantante. La paloma.

Sus labios se abrieron y él vio la sorpresa, la confirmación final de que el americano había ocultado su viaje, de ella.

—Sabía antes de reservar un pasaje en el maldito barco que me llevaría a América que eras tú. Y te encontré en el momento en que desembarqué, fui a la ruidosa taberna de Calhoun y pasé por tonto buscándote. Preguntando por ti.

Entonces te escuché, maldición. Te escuché cantar, y sabía que eras tú. Y aun así, estaba tan desilusionado porque habías huido de mí y de nuestra vida, que les creí cuando me dijeron que no eras tú, yo les creí —Apartó la vista otra vez —

No fue por decepción. Fue por miedo. Por temor a que no quisieras regresar.

Por temor a que no me quisieras. Por miedo a que llegáramos a este punto, aquí, ahora.

Se hizo el silencio y luego, —¿Caleb sabía quién eras?

—Él sabía que yo había corrido detrás de ti. Él te escondió de mí... No antes de que le rompiera la nariz —agregó, evocando el único momento de luz en esa oscuridad.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Tú fuiste el copetudo.

—Él nunca te lo dijo.

—No —Ella negó con la cabeza, y él pudo ver el impacto en sus ojos mientras agregaba suavemente: —Nunca se me ocurrió que fueras tú. Tenía...

admiradores. Por eso había una señal —Hizo una pausa, perdida en sus pensamientos —Al detectarla, yo salía del escenario, y cuando los hombres...

demasiado interesados en mi llegaban, ya no me encontraban.

Quería matar a alguien por eso, pero se tragó la ira.

—No supiste que era yo.

Ella sacudió la cabeza.

—Él nunca me lo dijo. Si lo hubiera sabido, yo habría...

Su mirada encontró la de ella en las palabras que se desvanecían.

—¿Qué habrías hecho Sera?

La brisa de verano era el único movimiento a su alrededor, sus faldas azotaban sus piernas, aferrándose a ellas, a él, como si su ropa supiera la verdad que ella negaba. Él disfrutó del roce, un pedazo de ella que podría robar.

—No sé lo que habría hecho —dijo, y se aferró a esa honesta incertidumbre. No dijo que lo habría ignorado. No dijo que lo habría enviado a empacar y de vuelta a Londres. —Eras el pasado, y no quería tener nada que ver con eso.

—Me dejaste —dijo, extendiendo sus manos de par en par —Me dejaste aquí, para vivir en el pasado, congelado en el tiempo, lleno de arrepentimiento, y te llevaste el futuro.

—Lleno de arrepentimiento porque no podías ganarme —dijo en voz baja —

Siempre fui un premio para ti, Malcolm. Incluso cuando querías castigarme.

Eso era cierto.

Él soportaría toda una vida de dolor, por un momento de placer con ella.

Siguió adelante.

—Pero no encontraste el futuro, ¿verdad?

—¡Porque no soy libre, por eso! —Argumentó.

Tal vez fue el recuerdo del pasado lo que le hizo decirlo. Tal vez

fue el recordar la forma en que había sufrido por ella. La desesperación que había sentido. El deseo de encontrarla para ganarla de nuevo. Daba igual y dijo:

—Por cada momento que no te libero, Sera, hay uno igual en el que tú no te liberas. ¿Crees que no te veo? Siempre te he visto. Siempre has sido vivos colores para mí. Brillante zafiro en la primera noche que me encontraste.

Esmeraldas, oros, platas y rojo, Cristo, ese rojo. Estoy obsesionado con ese color. El rojo de la tarde en que viniste aquí. El rojo en la fiesta en el jardín de Liverpool, cuando te paraste como una maldita reina y me mirabas arruinándonos como un maldito tonto —Se detuvo maldiciendo al viento, mientras inclinaba la cabeza hacia atrás con el recuerdo.

—No estábamos arruinados entonces —dijo.

—No, no lo estábamos". Nos arruinaron mucho antes.

—Antes de que nos conociéramos.

Un músculo palpitó en su mandíbula mientras la miraba, mientras consideraba qué decir a continuación.

—No pienses ni por un segundo que no te he visto desde que regresaste, que no te he visto en un color igualmente vívido. Pizarra, amatista y lavanda. Hoy, berenjena.

El aliento se le quedó atascado en la garganta mientras decía:

—No.

—Anoche me dijiste que te consumía. ¿Crees que no me consumo también?

¿Por nuestro pasado? ¿Crees que no me duele, por lo que una vez nos prometieron? —Hizo una pausa, miró hacia los árboles, y luego dijo suave como la seda —¿Crees que no estoy de luto, también?

Él la alcanzó, la tomó de la mano con firme e inquebrantable resolución y tiró de ella, llevándola hacia los árboles. Rodearon el claro, donde un hermoso y pequeño jardín estaba escondido en un charco de luz dorada.

Allí, la dejó libre, observándola mientras se movía hacia el monumento en el centro del claro. Hacia el ángel de piedra que estaba allí, sentado en una plataforma grabada con dos simples palabras. <Amada hija.>

El silencio se extendió por siempre, hasta que ya no pudo soportarlo más. Ella se agachó, pasando sus dedos por las letras.

—Tú hiciste esto.

—Fui a verte después de traerla aquí —dijo —Todavía tenía las manos congeladas por el frío. Mis botas estaban cubiertas de nieve y barro. Fui a decirte que deseaba comenzar de nuevo. Estabas dormida, pero ya no corrías peligro. Me dije que ya habría tiempo para hablar, para ganarte. Para amarte.

Ella lo miró sobre su hombro, instándolo a continuar.

—Dormiste la mayor parte del día siguiente. Y el día después, ya te habías ido.

Ella asintió con la cabeza, las lágrimas robando sus palabras, enganchándolas a la parte posterior de su garganta.

—Tuve que irme.

—Lo sé —dijo —Creo que medio esperaba que te hubieras ido cuando regresé.

Pero cuando descubrí que mi madre te había dado el dinero para huir, me volví loco. La desterré de la casa y nunca la volví a ver —Se acercó, poniéndose de rodillas junto a ella —Puede que haya sido mejor que no te encontrara en esos días. No estoy seguro de que hubiera podido ganarte entonces. Tus hermanas lo leyeron en mí. Me enviaron al este cuando debería haber ido al oeste.

Calhoun, también, ocultándote de mí como un hueso a un perro. Y todos podrían haber tenido razón —Extendió una mano hacia ella, una cálida y gran mano encontró el contorno de su mandíbula.

—Yo te quería. Desesperadamente. Yo quería esto.

Sus lágrimas estaban cayendo en cantidad ahora. Cerró los ojos, al dolor de los recuerdos y al momento grabado a fuego.

—Estoy obsesionada con los eneros.
—Lo sé —dijo. Él también lo estaba.
—Tuve que irme Le dolía ver a esta hermosa mujer.

Y no quería nada más que detenerla.

Él la atrajo hacia sí.

—Lo sé.

—Nunca la tendré. Y nunca más tendré otro.

Las palabras lo devastaron.

—Lo sé.

Sera permaneció rígida en su abrazo por un rato, su mejilla presionada contra su hombro, sus manos a los lados, sus únicos movimientos eran las pequeñas respiraciones que parecían arrancadas de ella.

También arrancadas de él.

Y luego se entregó a él, colapsó contra él, concediéndole su peso y su dolor, su fuerza y su tristeza. Y Malcolm la acogió, la sostuvo, la abrazó y la dejó llorar por el pasado, por ese pasado por el que también él había llorado.

Por el pasado por el que, finalmente, lloraban juntos.

Sus lágrimas llegaron como las de ella, desde un lugar profundo y silencioso, llenas de remordimiento y frustración con la comprensión de que no había forma de borrar el pasado. Que la única posibilidad para su futuro, residía en el perdón.

Si ella alguna vez pudiera perdonarlo.

Si alguna vez pudiera perdonarse a sí mismo.

Y entonces hizo lo único que podía hacer, abrazarla durante largos minutos, llenos de dolor, hasta que ella se calmó, y sus lágrimas disminuyeron, Se quedaron sin nada entre ellos excepto el sol, la brisa y el pasado. Él se apartó lo suficiente como para mirarla, lo suficiente como para acunar su rostro, más hermoso de lo que nunca lo había visto, teñido de lágrimas y marcado por el dolor, y la miró a los ojos profundamente.

—Llegué tarde, Ángel —dijo, las palabras llegaron casi rogando, sin vergüenza —

Siempre demasiado tarde. Siempre te he echado de menos. No tenía planes de venir a Highley durante el verano. Estaba por salir a buscarte de nuevo. Nunca dejé de extrañarte.

Tomó sus labios, el beso fue suave y persistente, como un bálsamo. Ella siempre había sido su bálsamo.

Malcolm rompió el beso y presionó su frente en la de ella, amando la larga exhalación de su aliento, como si hubiera estado esperando durante años por este momento. ¿Y no lo había estado esperando él también?

—No hagas que te extrañe hoy —susurró.

Sera cerró los ojos ante las palabras, y por un momento pensó que no sentía esa necesidad aguda e insoportable, como de aire, de comida, de ellos, aquí. Ahora.

Luego abrió los ojos, y él vio allí, que ella también lo necesitaba. Se necesitaban el uno al otro.

La levantó en sus brazos, la subió a su caballo y la llevó a la casa.

22. ¿Matrimonio en vías de recuperación? Quizá...

16 de septiembre de 1836

Highley Manor.

No hablaron en el camino a la casa, y Sera estaba agradecida por ello, agradecida por la oportunidad de quedarse en el regazo de Malcolm, el olor de él consumiéndola, tierra fresca y especias, rodeándola con sus fuertes brazos, como una promesa. Sabía que no había forma posible de que pudiera cumplir esa promesa.

Las promesas nunca fueron suyas para cumplirlas.

Ni siquiera ahora, envueltos el uno en el otro, el movimiento de su caballo debajo de ellos como único recordatorio del mundo más allá.

Sera giró su rostro hacia su pecho, amando su cálida fuerza concentrada allí, amando, también, la forma en que la acercó más y presionó sus labios en su sien, susurrando palabras que el viento se llevó.

No le importaba que se hubieran volado; estaban mejor allí, porque si las hubiera escuchado, podría haberlas amado, y entonces ella podría haberlo amado. Pero no había espacio para eso. Todo lo que había amado se había arruinado. Por eso sabía que no debía dejarse llevar por la emoción otra vez.

Se habían amado al principio y, sin embargo, había sido una batalla. Siempre sería una batalla entre ellos. Siempre un juego. Y nunca sería suficiente.

Pero esa tarde, como habían liberado su pasado y confesado sus pecados y sus remordimientos, no parecía importar que el amor no fuera su futuro. En cambio, todo lo que importaba era que cada uno, de alguna manera, entendía al otro.

Fue ese entendimiento el que los empujó hacia Highley, Malcolm eligió la entrada trasera de la casa solariega, la ayudó a descender del caballo y la guió sin hablar y sin titubear, tomándola de la mano y llevándola por las cocinas, ignorando a los sirvientes que pretendían no darse cuenta de su presencia, mientras subían por la escalera trasera y recorrían el largo, ancho y oscuro pasillo, hacia las habitaciones. A sus habitaciones Todo sin hablar, como si dar voz a las palabras, diera voz al resto: a la duda, al miedo, a la lucha y al mundo más allá. Pero allí, en silencio, cuando ella entró en su dormitorio y él cerró la puerta, solo estaban los dos. Solos, finalmente. Juntos, finalmente.

Sólo una vez.

Caminó hacia el centro de la habitación, su corazón latía con fuerza, sabiendo que debería hablar. Sabiendo que debería recordarle quiénes eran, dónde estaban y qué les deparaba el futuro.

Excepto que cuando ella se volvió para mirarlo, y lo vio con su espalda presionada contra la puerta cerrada y su mirada inquebrantable, ya no quería hablar. Solo quería tocar. Solo quería amar.

Sólo una vez.

Y entonces ella avanzó hacia él.

Y él ya venía hacia ella, pero no hizo lo que esperaba. Él no tomó la iniciativa, no la incendió con sus besos y le robó el aliento con la pasión que con tanta frecuencia los consumía a ambos. En cambio, se arrodilló e inclinó la cabeza hacia sus manos unidas, como un caballero que prometía lealtad a su reina.

Y allí, de rodillas, presionó besos en sus dedos entrelazados, y susurró su nombre hasta que ella ya no pudo soportarlo, entonces tomó su rostro entre las manos, lo inclinó hacia arriba y lo miró profundamente a los ojos antes de unírsele, arrodillándose ante él.

Entonces la besó, sus dedos se enredaron en su pelo, esparciendo horquillas por el piso, mientras llovía besos sobre sus mejillas, su

mandíbula y sus labios, ansioso por ella, continuando un beso con otro, y otro, y otro, hasta que ella se encontró acariciándolo, atraída hacia él, muriendo de hambre por él.

El beso fue hermoso y honesto, ni frenético ni enojado. Una reunión de labios, una suave y sedosa bocanada de aire. Su nombre. Suyo. Su suspiro.

Suyo. Él despegó los labios, solo lo suficiente para susurrar:

—Te amo. Y, por primera vez desde el comienzo de su tiempo juntos, ella dejó que se acercara, dejó que la envolviera. Que compartieran los dolores gemelos de su pena y placer, pasado y presente, ella tomó todo lo que alguna vez había soñado. Y él se lo dio, como si nunca hubieran compartido otra vida.

Y fue glorioso.

Sus dedos se apretaron en su cintura, atrayéndola hacia él. O tal vez ella lo estaba atrayendo. Durante todos los días y semanas de persecución, de batalla, de fingir que no lo deseaba, que no la deseaba, de fingir que no lo quería, que no la quería, era un regalo encontrarse en el medio, aquí, de rodillas, en sus habitaciones.

Sólo una vez.

Él inclinó su barbilla y posó los labios en su mejilla, en su oreja, y siguiendo el reborde de su mandíbula, llegó hasta la columna de su cuello, alcanzando el lugar donde se encontraba con su hombro, dejando suaves y bienvenidos besos allí, donde su lengua se arremolinó hasta que ella suspiró, y su mano se posó en la cabeza, encontrando su suave cabello y sosteniéndolo contra ella.

Él levantó la cabeza y tomó sus labios otra vez, con besos largos, lentos y pecaminosos, como si se hubieran pasado toda una vida besándose y tuvieran otra vida para hacerlo. Lo siguió beso a beso, respiración a respiración, hasta que él le chupó el labio inferior, reteniéndolo entre los dientes, mordiéndolo suavemente, antes de suavizar el pequeño dolor, con una devastadora lamida de placer.

Ella jadeó ante la sensación y él la soltó, besando su mejilla y su

oreja, donde tomó el lóbulo entre los dientes, enviando un escalofrío a través de ella.

—Malcolm —susurró, la primera palabra desde que la había subido a su caballo y la había traído aquí. Él entonces se detuvo, querido Dios, y tembló, como si su nombre en ese momento, en sus labios, le proporcionara un placer inconmensurable.

Lo cual era posible, por supuesto, ya que sentía lo mismo.

—Dilo de nuevo —pidió.

Ella lo hizo, susurró su nombre contra sus labios antes de que se perdiera en otro beso salvaje, este acompañado por sus manos afanadas en el cierre frontal de su traje de montar, mientras la consumía con la caricia. Se puso de pie, llevándola con él, la giró con un movimiento fluido y soltó sus labios solo para acomodarlos en su nuca, enviando escalofríos a través de ella mientras sus dedos encontraban la larga línea de botones en la parte posterior del vestido.

Él comenzó a desnudarla, su nombre era una letanía en sus labios, mientras aflojaba el vestido con movimientos rápidos y eficientes, hasta que se soltó en una liberación gloriosa, cayendo al suelo en un charco de lino y encaje.

Luego se afanó en su corsé, tirando de las cintas con movimientos largos y fluidos, mientras su lengua trazaba patrones sobre su piel. Luego eso también desapareció, junto con sus calzones, y se quedó con sus medias, nada más.

Debería haberse sentido avergonzada cuando se volvió para mirarlo, pero el placer supremo en su rostro no se parecía a nada de lo que había presenciado, y lo único que quería era disfrutar de ello.

Disfrutar de él.

Malcolm extendió la mano hacia ella, pero la dejó en el aire, a un respiro de su piel, su mirada se recreó en su cuerpo desnudo por lo que pareció una eternidad. Finalmente, ella susurró su nombre, incapaz de mantener el placer, el orgullo y la autosatisfacción.

Sus ojos se dispararon hacia los de ella, quien sonrió y le dijo:

—¿Estás planeando tocarme?

Maldijo, áspero y profundo en la habitación silenciosa, y se movió a una velocidad impresionante, levantándola en brazos, llevándola a la cama y poniéndola sobre ella, mirándola y reflejando en sus ojos sus malvadas intenciones, mientras se quitaba el abrigo, la corbata y sacando la camisa de sus pantalones, enviando todo a volar a través de la habitación.

Después de eso se tumbó en la cama, presionando a Sera contra el suave colchón, su pecho cálido y maravilloso contra el de ella, la mata de pelo crujiente que la seducía en todos los lugares que habían estado restringidos todo el día. Toda la vida.

Abrió las piernas, ansiosa por sentirlo entre sus muslos otra vez. Había pasado tanto tiempo. Él encontró el espacio, estaba duro y perfecto para la muesca entre sus muslos, y jadeó ante la sensación, sus ojos se cerraron por el placer que sentía. Levantó sus caderas para encontrarse con él, su cuerpo dolorido por él. Rogando por él. Como si supiera a dónde pertenecía.

Combinaban sus movimientos. Emparejaban sus latidos. Una vez. Dos veces. Sus corazones pulsaban juntos. Siguiendo el mismo ritmo.

Cuando el movimiento la hizo sentir el dolor de la necesidad, y descubrió que no podía evitar abrir más las piernas, susurró:

—Malcolm —su nombre sonaba obsceno y erótico —Por favor —rogó Atrapó las palabras con sus labios.

—Todo lo que desees. Pide.

Alzó sus caderas hacia él.

Él entendió. Presionó. Empujó. Su rigidez haciendo promesas maravillosas en ella, que no pudo evitar inclinarse hacia él y atrapar su labio inferior con los dientes, chupando hasta que sintió su gemido de placer.

Entonces lo soltó, retrocedió un poco, y mirándolo a los ojos, le pidió lo único que quería desde el momento en que se conocieron.

—Quiero mi noche de bodas.

Las palabras se le escaparon antes de que pudiera imaginar su impacto, en ambos.

Él se congeló sobre ella, la sinceridad de la declaración, la promesa del momento, el recuerdo del pasado, todo estaba allí, flotando entre ellos.

Ella no pudo evitar continuar.

—Nos casamos, pero nunca fui tu novia, Malcolm.

Por supuesto, era demasiado tarde para eso. Sera no era una virgen ruborizada, y tampoco lo había sido esa noche. Pero ella, sin embargo, lo deseaba. Quería su noche, con las esperanzas, las promesas y todo lo que nunca tendría.

Sera quería la fantasía.

Malcolm abrió la boca para hablar, y ella se aterrorizó al instante por lo que le podría decir. Entonces, en lugar de permitirlo, deslizó una mano por su cabello, anclándose en su nuca, mientras levantaba sus caderas, y se mecía contra él una vez, dos veces y una tercera vez antes de gruñir con deseo:

—Dame esa noche.

Tal vez si la tuviera, podría encontrar el valor para irse.

Apartó el pensamiento de su mente mientras tomaba sus labios otra vez, prodigándole besos lentos y largos, de los que harían que quisiera hacer cualquier cosa por ella. Era una sensación gloriosa y embriagadora, saber que pronto él haría lo mismo por ella... pero entonces se apartó y la empujó, moviéndose hasta el borde de la cama y sentándose allí, con el pecho agitado por el esfuerzo.

No.

Él no iba a dejarla. No después de la tarde que habían compartido. No después de sus confesiones. No después de desnudarla y acostarla en la colcha, haciéndola sentir dolor por él. Ella se puso de rodillas detrás de él.

—¿Malcolm?

Inclinó la cabeza, sosteniéndola entre sus manos mientras luchaba

por respirar.

—Malcolm.

—¿Esto importará?

Él no estaba mirándola cuando preguntó, y por un momento, no entendió su significado.

—Yo... no...

Entonces se volvió, sus hermosos ojos casi negros de emoción.

—No solo quiero follarte. Quiero amarte.

Sus labios se separaron ante las palabras. La forma en que la envolvieron. La forma en que enviaron un placer perverso a través de ella.

Deberían haberla sorprendido, no haberla conmovido.

Pero solo hicieron que lo quisiera más.

—¿No puedo tener las dos cosas? —Preguntó ella.

—Dios me ayude, no creo que pueda detenerme —dijo, y escuchó el odio hacia sí mismo en sus palabras —Creo que podrías decirme que no importó. Creo que podrías decirme que no significó nada, y lo haría de todos modos. Nunca he sido capaz de resistirte.

Ella sacudió la cabeza.

—No es necesario que lo hagas.

Dejó el resto sin decir. Tú me importas. Esto importa.

Nada de eso había estado en discusión.

Por un largo instante pensó que, después de todo, él podría resistirse.

Luego se movió, se inclinó para quitarse las botas, antes de ponerse de pie, y dirigiendo las manos hacia la cintura de sus pantalones, desabrochó los botones y deslizó la tela por sus piernas, volviéndose hacia ella, duro y perfecto.

El placer la envolvió como la seda, ante el retrato del que estaba disfrutando.

—Eres hermoso —dijo —Siempre lo has sido. Desde el primer momento en que te vi.

Las palabras colorearon sus mejillas, como si nunca nadie le hubiera dicho al duque de Haven que era guapo. Hizo un intento de alcanzarla y ella negó con la cabeza, queriendo mirarlo un poco más, queriendo explorarlo.

Queriendo dar de sí misma.

—Espera —susurró, y ese magnífico hombre lo hizo, un músculo latió como loco en su mejilla, las cuerdas de sus brazos y muslos se tensaron cuando ella se sentó sobre sus talones y separó los muslos, probando su resolución, amando la forma en que su mirada cayó sobre el lugar que tan descaradamente revelaba.

Instantáneamente apartó su atención de ella, como si le avergonzara verse atrapado, pero ella vio la forma en que se tensó. Sabía lo que quería.

Estuvo a punto de saltar de su piel cuando ella lo tocó, pasando los dedos por los músculos de su pecho, explorando las caídas y elevaciones de su cálido cuerpo, deleitándose al sentir como le costaba respirar bajo su toque.

Dejó que sus dedos bailaran por las crestas de su torso, pero él le sujetó la mano antes de que pudiera tocarlo allí, donde se lo veía, tan orgulloso y deslumbrante.

—No —dijo.

Ella lo miró, deshaciendo su sujeción.

—Sí.

Él sacudió la cabeza, como si le doliera.

Sera se puso de rodillas y lo besó, larga, lenta y exuberantemente.

—Dijiste que me darías cualquier cosa que pidiera.

Él gimió.

—Eres demasiado buena en este juego.

Fue su turno de negar con la cabeza.

—No es un juego, Malcolm. Esto es lo que merecemos —Su mano se deslizó más abajo, encontrándolo caliente como fuego y duro como el pecado. Ambos suspiraron al tacto.

—Enséñame —susurró.

Y lo hizo, sin vergüenza, envolviendo su mano en la suya, mostrándole cómo le gustaba que lo tocara. Ella se inclinó hacia adelante, sus labios se deslizaron sobre su pecho, mientras sus manos aprendían a darle placer. Se deleitó haciéndolo, hasta que él la soltó con un gemido.

—No más.

Ella no se detuvo, sino que lo miró, capturando su mirada.

—¿No lo deseas?

Él se rió, el sonido salió de él con incredulidad.

—Lo he deseado por tres años, amor. Por tres largos años. — continuó acariciándolo, larga y profusamente, amando la forma en que él respondía, la forma en que ella lo controlaba.

—Al igual que yo —vio su mano afanándose sobre su dureza, hipnotizada con su hermosa fuerza, con su suavidad, con la forma en que recuperaba el aliento —

Pero he deseado más que esto.

Se inclinó y le dio un beso en la punta, sintiéndose mucho más poderosa cuando lo escuchó maldecir, duro, enojado y lleno de deseo. Sus manos, se deslizaron entre su cabello mientras decía:

—No deberías...

Pero él no la detuvo, y aunque lo hubiera intentado, ella nunca lo habría permitido. Por supuesto que tenía que hacerlo. Si esta era la única vez que podría disfrutar de este placer, de este poder, por supuesto que lo haría.

No pudo contenerse y lo lamió, él se tensó como un tambor y sus manos temblando se movieron apenas, tocándola, como si temiera que se alejara.

Adoraba tenerlo al borde de su control, se deleitaba en ello, jugaba con la mano, el aliento, los labios, deslizándose sobre él con un toque ligero, reclamando su tamaño, fuerza y deseo. Marcándolo como suyo.

Tanto era así que susurró, —Mío.

—Siempre —respondió sin dudar —Para siempre.

Lo ignoró, sabiendo que no era cierto, pero queriendo creerlo en ese momento. En respuesta lo lamió, probando su sal y su dulzura, sintiéndose repentinamente salvaje por ello. Él gimió, sus manos se adelantaron para sostenerla incluso más firmemente, pero las detuvo antes de tocarla, evitando tomar lo que tanto deseaba.

Ella sonrió contra él.

—Muéstreme lo que te gusta, esposo.

Las palabras lo trastornaron, como lo hizo ella, cuando separó sus labios y lo tomó larga, lenta y profundamente en su boca, él estaba duro y caliente enviando oleadas de placer a su núcleo mientras perdía el control de sus palabras, maldiciendo y rogando a la par que ella lamía, chupaba y lo atraía hacia lo más profundo de su garganta, sin querer nada más que darle placer.

Hubo momentos en que había soñado con estar así con él, había fantaseado en cómo sería volverlo loco, enviándolo al límite. Había imaginado cómo habrían encontrado todas las maneras de separarse entre sí para luego encontrarse juntos de nuevo. Noche tras noche. Justo como él había dicho.

Para siempre.

Pero ella no tenía el "para siempre". Ella tenía el "ahora".

Sus manos se apretaron en el pelo de Sera, mientras soltaba otro gemido, más fuerte y más salvaje que el anterior, y una oleada de placer la recorrió.

—Sera, Ángel... No puedo... —Hizo una pausa y respiró hondo mientras ella lo sacaba de su boca, lamiéndolo, saboreándolo y mirándolo con los ojos entrecerrados. Vibró con pasión mientras continuaba —Amor, he esperado demasiado tiempo. Quiero estar contigo cuando ocurra.

Las palabras, hermosas y honestas, la detuvieron, entonces lo liberó, pasando la mirada por su fuerte, musculosa y bella verga, grabándola en su mente y deseando recordar cada centímetro de él.

—Quiero estar contigo, también —susurró, irguiéndose en sus rodillas y besándolo larga y profundamente —Quiero cada pulgada de ti en cada pulgada de mí. Sin dudas. Sin miedos. Sin penas.

—Sí —Él la atrapó, ahuecando sus pechos, frotando sus pulgares contra las puntas duras de sus senos, hasta que ella suspiró y se meció contra él, haciéndolo gemir: —Dios, sí. Lo que tú quieras.

Esas palabras, de nuevo. Tan diferente de lo que le había ofrecido hacía tanto tiempo. Tan diferente de lo que ella había pedido.

—Te quiero a ti.

Sus manos subieron, acunando su rostro, manteniéndola quieta para poder mirarla.

—Ya me tienes. —Tan claro. Tan honesto Tan tarde.

Lágrimas salpicadas con el pasado. Con el susurro suave e inquietante de una pregunta, ¿y si se hubiera ofrecido a ella hace años? ¿Qué habría pasado si hubieran tenido otra oportunidad?

—Te amo —susurró Malcolm.

¿Qué pasaría si tuvieran una ahora?

Pero no la tenían. No había forma de superar el pasado. De olvidar la forma en que se enfrentaron el uno al otro. Y no había forma de borrar la verdad más básica: la vida que nunca podrían tener, porque su única posibilidad había desaparecido en la fría nevada de enero de tres años antes.

Sera lo besó, porque no pudo encontrar otra respuesta.

Porque no quería pensar en una.

Él se apartó casi al instante, sus labios aferrándose a los de ella, incluso mientras la apartaba, como si supiera lo que estaba pensando y quisiera discutirlo.

—Sera —dijo, y escuchó la intención en su nombre.

Ella sacudió la cabeza.

—No ahora, Malcolm. No aquí. No cuando he estado esperando tanto tiempo. Y tú también.

Luego se recostó, quedó tendida en la cama, con una rodilla

doblada y los brazos abiertos. Acogedora. Deseosa.

Sus ojos brillaron con avidez y sus labios se aplanaron.

—Después.

Ella asintió.

—Después.

Sera le habría prometido cualquier cosa en ese momento. Cualquier cosa para asegurarle que cumpliría su promesa.

Entonces, gloriosamente, él estaba sobre ella, tal como había deseado.

Cada centímetro de él sobre cada centímetro de ella, la gloriosa y tensa longitud de él acoplada contra el calor húmedo de ella, presionando perfectamente, burlándose de ella. Sus brazos se levantaron para enjaularla entre ellos, sus manos acariciando sus musculosos hombros mientras se mecía contra ella, contra el lugar donde lo deseaba más que a nada. El placer la atravesó y ella jadeó ante el repentino y desesperado dolor que sintió.

Sera lo necesitaba. Inmediatamente.

Repitió el movimiento, mofándose de ella, su miembro duro y firme contra el lugar donde siempre había sido capaz de volverla loca.

—Te gusta, ¿verdad, Ángel?

—Sí —su respuesta llegó en un gemido del cual se negó a avergonzarse.

La besó profundamente y se movió de nuevo. Una recompensa por su honestidad.

—Dime cómo —susurró —Dime lo que deseas.

Y ella lo hizo.

—Más duro —insistió ella —De nuevo —Entonces lo hizo, y fue perfecto —

Malcolm.

Él se balanceó nuevamente, presionando firmemente hasta que encontró su punto más sensible, y jugó allí, demorándose, empujándola casi por encima y luego tirando de ella hacia atrás, hasta

que se mordió el labio y se revolvió en la cama, rogando por su liberación.

—Malcolm. Dentro de mí.

Él no obedeció.

—No. Quiero ver.

Ella abrió los ojos, encontrando su mirada.

—Puedes mirar mientras estás dentro de mí, maldita sea.

El bastardo se echó a reír, rudo, grosero y perfecto, como si ella no estuviera muriendo de necesidad por tenerlo donde lo deseaba.

Inmediatamente.

—Ahora... —jadeó —Malcolm, ¿no quieres tenerme cerca de ti?

Él cerró los ojos y se detuvo sobre ella.

—Cristo, sí.

Ella abrió más sus muslos y dijo, —Yo también lo deseo. Hazlo.

Y el glorioso y maravilloso hombre lo hizo, presionando lenta, asombrosa y perfectamente, un grueso tobogán de placer que los hizo suspirar a los dos antes de que se detuviera.

—¿Sera?

La preocupación en la palabra fue su perdición. Ella giró sus labios para encontrarse con los suyos, deslizando su lengua profundamente, raspando sus uñas por su espalda, levantando sus caderas hacia él, forzándolo a profundizar. Él gimió ante el movimiento, y tomó el ritmo incluso mientras tomaba el beso, reclamándola de todas las maneras posibles, meciéndose más y más hasta que se sintió llena de placer y de él.

Sera apartó sus labios de los suyos.

—Todo el tiempo que estuvimos separados...

El asintió.

—Lo sé.

Pero, sin embargo, no lo sabía.

—Todo lo que alguna vez imaginé que esto podría ser...

—Lo sé —La besó de nuevo, extendiéndose sobre ella y

presionando justo encima del lugar por donde estaban unidos.

Cuando ella se despegó de la cama, arqueándose como una reverencia, él la tomó de la cintura, jalándola para que se sentara sobre él, enfrentándose cara a cara, para tener más acceso a su cuerpo. Se inclinó, tomando la punta de un pecho en su boca, chupando lenta y largamente mientras sus dedos se esmeraban mágicamente entre sus piernas, todo esto mientras continuaban danzando al ritmo de sus cuerpos, demostrando que él era su lenta y perfecta destrucción.

Sera empujaba y se movía contra él, se inclinaba para agarrar su muñeca y mostrarle todas las formas en que podía tocarla, todos los caminos para su placer.

—Más rápido —susurró —Más duro —Aunque no sabía si estaba hablando con él o con ella misma, ya que también se movía más rápido, también se acercaba a él más fuerte y con más potencia, como si pudiera imprimir este momento en sus recuerdos.

Para siempre.

Entonces lo miró a los ojos, desesperada por liberarse, y reconoció que él también estaba al borde, vio la forma en que ambos se catapultaban hacia la liberación, y le susurró:

—Malcolm. Te amo.

Las palabras los destrozaron a ambos, inclinándolos sobre ese magnífico borde, profundo, rápido y poderoso. Sera deslizó los dedos por su cabello.

—Mírame —susurró —Muéstrame.

Malcolm lo hizo, y ella lo vio encontrar su placer antes de tomar el suyo propio, mostrándose a él, sin importarle si alguna vez regresaba o no, porque no había nada en el mundo que quisiera tanto como esta liberación magnífica, insoportable y aterradora.

Y por primera vez desde que lo había dejado, Sera encontró la paz.

Se derrumbaron uno contra el otro, respirando con grandes jadeos que hicieron imposible saber dónde terminaba ella y donde comenzaba él, y realmente no importaba. Daba igual. Sera no podía

dejar de tomar el sol que le brindaba este momento, simplemente cuando no eran ni los dolores del pasado, ni la promesa imperfecta del presente, sino todos los magníficos momentos intermedios.

Pasaron largos minutos mientras su respiración volvía a la normalidad y Sera regresaba a la habitación, al día y a la vida que habían construido. Y a la promesa que se había hecho a sí misma: que después de esto, ella se iría.

Porque nada había cambiado.

Estaba demasiado abrumada por él, por la sensación de él, por las promesas tácitas de él. Incluso ahora, cuando se aferraban como pareja, como como amantes, como si el futuro fuera suyo, ella luchaba por encontrarse a sí misma en ese futuro.

Te amo.

Sin separarse de ella, la arrastró hacia la cama, besándola, larga y exuberantemente antes de acomodarla en el hueco de su brazo y susurrarle en el pelo:

—Quiero que seas mía. Te quiero para siempre. Y, maldita sea, yo te tengo. Te he tenido todo el tiempo. Nunca debería haber dudado de ti. Debería haberte dado todo. El título, el matrimonio, todo. Quería. Quiero, aún. Quiero volver contigo y comenzar de nuevo.

Nunca imaginó que podría amar y odiar tanto algo, como amaba y odiaba esas palabras. A la vez, quería todo lo que le ofrecía, sin vacilar, quería la promesa de algo nuevo, fresco y no empañado por el pasado. Y aun así, no podía confiar en esa promesa. Nada bello había salido estando junto a él.

No había un nuevo comienzo. No podían borrar el pasado y no podían cambiar el futuro. No podían tener la promesa que se había burlado de ellos.

Pero podía cerrar la puerta. Y darles a ambos la oportunidad de algo nuevo.

Podría tener el Gorrión, y la libertad que venía con eso. Y él podría tener una familia, una que lo amara tanto como se merecía.

Las lágrimas le picaban detrás de los ojos, y no tuvo más remedio que meter la cara en su pecho y esconderse de él.

Como siempre, se escondió de él.

Porque siempre había podido leerla.

Suspiró, notando que la luz del exterior oscurecía rápidamente la habitación, y dándose cuenta de que se habían saltado la cena. Que las madres y las hijas que habían sido parte de su elaborada estratagema volverían a ser desairadas.

Presionó la oreja contra su pecho, escuchando como su respiración se calmaba. Suavemente. Hasta que se durmió.

Ella seguía allí, sacudida por su amor por él, que la había reclamado, tal como lo había hecho años antes. Sacudida por el recuerdo de lo que había sucedido entonces. Sacudida por el miedo a lo que podría pasar si se permitía amarlo.

Por la tentación de hacerlo.

Incluso en el sueño, él la tenía envuelta firmemente en sus brazos, bienvenida en su refugio. En una cama que debería haber sido suya, en una casa que debería haber sido su hogar, con una familia que nunca sería. Fue entonces cuando le respondió, susurrándole a su cálida piel:

—No me ames, Malcolm. No hay futuro para nosotros.

La aguda comprensión de esa verdad la había llevado a cruzar el océano y a presentarse en el Parlamento.

Había perdido todo lo que había amado alguna vez: su bebé, su familia, su vida. A él.

Primero lo persiguió, y luego huyó de él. Y tal vez había cobardía en esperar hasta que se durmiera para decir la verdad. No, tal vez. Había cobardía. Furiosa e insoportable. ¿Pero quién era ella si no la suma total de sus defectos?

Al menos si huía, ambos tendrían la oportunidad de ser libres.

23. Déjà Vu? La duquesa desaparece (Parte II)

Malcolm despertó por un golpe seco en la puerta de su dormitorio.

Se incorporó, inquieto por la oscuridad, inconsciente de la hora, de la fecha o de nada más que el profundo y adormecedor sueño que lo había consumido. Habían pasado años desde que había dormido tan profundamente.

Tres años. Más.

Es posible que nunca hubiera dormido tan bien, ya que nunca se había acostado con ella.

Buscó instintivamente a Sera, descubriendo disgustado que, una vez más, estaba solo. En su cama y entre sábanas frías.

Con un pequeño gruñido, miró hacia las ventanas, la intensa oscuridad más allá indicaba que había estado dormido durante varias horas. Se sentó en el borde de la cama, queriendo levantarse por una sola razón: buscarla y arrastrarla de vuelta a su cama. Hacerle el amor otra vez, y volver a dormir con ella entre sus brazos hasta el amanecer. Hasta la salida del sol dentro de una semana, si pudiera.

Los golpes llegaron de nuevo, impacientes y urgentes.

Poniéndose una bata, se dirigió a la puerta. La había trabado cuando entraron, sin querer arriesgarse a ser interrumpido, es probable que Sera hubiera escapado por la puerta contigua a sus habitaciones. Estaba a mitad de camino cuando el sonido comenzó de nuevo. Conteniéndose, ya que sabía que su irritación por despertarse solo y a esa hora, no era culpa de quien estaba al otro lado de la puerta.

Claramente tenían asuntos urgentes, maldición. Abrió la puerta, — ¿Qué pasa? — Cerró la boca al ver la extraña comitiva que se arremolinaba en el pasillo con poca luz frente a su alcoba. Estaban las

tres suplicantes restantes, cada una más mortificada que la otra por estar allí. Bueno, no tanto como sus respectivas madres, también presentes, que parecían confabular en la concreción de algún descabellado plan que hubieran puesto en marcha y que aparentemente involucraba también a Lord Brunswick, dos de los perros de Lady Bumble y, de alguna manera, al gato de Lady Sesily.

Cuando abrió la puerta y apareció un Malcolm parcialmente vestido, el grupo ofreció una miríada de exclamaciones: dos madres se movieron de inmediato para ocultar de las miradas de sus hijas, el estado de semi desnudez del duque; las hijas en cuestión hacían todo lo posible por fingir inocencia y mirar entre los dedos de sus manos; y la última chica, Lady Felicity Faircloth, por supuesto, miraba con descarada diversión, a pesar de que su madre gritaba claramente, — ¡Dios mío, Felicity, mira hacia otro lado!

Por supuesto, esta no apartó la mirada, y Malcolm se dio cuenta de que estaba sosteniendo al gato, que parpadeó y le ofreció un maullido bajo.

Nunca se volverían amigos, él y ese gato.

El Barón Brunswick, por su parte, parecía haber sido enviado a tocar la puerta, pero tenía poco interés en lo que se suponía que ocurriría una vez que se abriera. Parpadeó, dio un paso atrás, miró a Malcolm de arriba a abajo, y luego dijo:

— ¿Bien, Haven? ¿Te hemos molestado?

— Ya lo creo.

A Malcolm se le ocurrió que gran parte del trabajo de la aristocracia consistía en mentirle a la gente sobre cómo uno se sentía, tanto, que ahora, cuando contestaba una pregunta directamente, nadie en el grupo sabía qué hacer al respecto. Bueno, casi nadie. Después de un momento de silencio, Lady Lilith y lady Felicity se rieron.

Él hizo una nota mental: hacer todo lo posible por conseguirles candidato a esas chicas, tan pronto como regresaran a la ciudad. Él y Sera las recibirían para cenar y las presentarían a cada aristócrata rico

de la ciudad.

Se perdió por un momento, en la domesticidad del pensamiento. La idea de pasar el resto de sus vidas repartidos entre la ciudad y el campo, construyendo una gloriosa vida de risas y languidez, entreteniendo a sus invitados antes de retirarse a su dormitorio para hacer el amor hasta el amanecer.

Lo que le recordó que tenía que deshacerse de esta colección de personas.

—Bien. —dijo el barón, como si todo estuviera en orden — ¿Podría..., es decir, debería ponerse unos pantalones?

Él no se movió del lugar, solo se cruzó de brazos, se apoyó en la jamba de la puerta y dijo:

—Como imagino que cualquier cosa que lleva a un grupo de invitados a golpear la puerta de la alcoba del dueño de casa, debe ser terriblemente importante, —dijo arrastrando las palabras —no me atrevería a posponer lo que sea.

Por un momento, pareció que nadie le contestaría, ni reconocería sus afirmaciones. Pero luego, la madre de Felicity dio un paso adelante, claramente dispuesta a sacrificar su orgullo por su hija.

— ¿Ha terminado entonces?

Malcolm parpadeó.

— ¿Mi siesta? Sí.

El grupo carraspeó, pero la marquesa de Bumble no se acobardó. De hecho, no fue difícil ver de dónde provenía la lengua directa de la joven.

—La competencia. Ya has seleccionado una esposa.

—De hecho, lo he hecho. —No es que pudiera ver por qué la situación les parecía tan urgente. Solo podía suponer que ladies Lilith y Felicity habían informado al resto del grupo sobre lo que había sucedido entre él y Sera en la "locura oriental".

Lady Brunswick resopló con desagrado.

— ¿Lo ves? Te dije que ya lo había hecho —le espetó a su hija —Te

dije que se enfrió contigo. Podrías haberte afanado más duramente.

A él no le importaron las palabras de la baronesa, pero sí le importó la forma en que parecía culpar a Lady Emily del hecho de que había elegido amar a su esposa y renunciar por completo a encontrarle un reemplazo. Por supuesto que era extraño que la joven no tomara sopa, pero no era motivo para que se la tratara con crueldad. La invitarían a cenar junto con ladies Lilith y Felicity y no servirían sopa. Además, estaba seguro que podría encontrar a un hombre a quien no le importara la sopa, en absoluto.

Por eso afirmó:

—Se lo aseguro, lady Emily, fue un placer conocerla.

Lady Brunswick continuó como si él no hubiera hablado.

—No es de extrañar que las Peligrosas Talbot, se hayan ido tan rápido, pero al menos, podría habernos mandado a alguien que nos dijera que ya había elegido el reemplazo, y no dejarnos solos en la cena, esperando a que se anunciara su decisión.

Él se calmó, incluso mientras ella lo presionaba.

—¡En cambio, se metió a la cama en la mitad del día! Espero que usted y las Peligrosas tengan un buen viaje. Nuestra familia se merece algo mejor —dijo, mientras agarraba el brazo de Emily y le decía — Vamos, Emily.

La pobre muchacha, parecía como si quisiera que la tierra se la tragara, pero eso no fue lo que preocupó a Haven, sino una parte de lo que esa odiosa mujer había dicho. Él levantó una mano para detener su huida y preguntó:

—¿Qué dijo? ¿Qué otros se fueron rápidamente?

—¡Las hermanas! ¡Como ladrones! ¡Corriendo en la oscuridad de la noche! —

dijo la baronesa.

Esas palabras desbloquearon a las otras madres, que acotaron:

—Hace una hora, aproximadamente, las hermanas Talbot subieron a su carruaje y se marcharon.

—Sesily dejó su gato —agregó lady Felicity, como si fuera importante. Y luego añadió Lilith, suave y seria, como si entendiera las implicaciones de sus palabras:

—Tenían mucha prisa.

Ellas se habían ido.

Seguramente Sera no. No después de todo lo que habían experimentado esa tarde. No después de prometer que lo discutirían. No después, de lo que ella le había dicho.

Malcolm sacudió la cabeza, mirando de Felicity a Lilith, una y otra vez.

—¿Todas ellas?

—¡Por supuesto que todas ellas! —Graznó la baronesa — ¡Consiguieron lo que querían, las dementes! —Se volvió hacia su hija —Vamos, Emily, debemos acostarnos, ya que mañana nuestra búsqueda comenzará de nuevo —Le dio un golpecito a su esposo en el hombro —Tú también, Barón.

Brunswick hizo una mueca ante la orden, pero la siguió de todos modos; al menos, eso es lo que asumió Haven, que no se demoró en la puerta, sino que giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta que conectaba sus habitaciones con las de Sera.

Irrumpió a través de ella, medio esperando que estuviera allí, en la cama, dormida. O en el tocador, utilizando un gancho de botón. O en la silla junto a la chimenea, leyendo. O riendo con sus hermanas. Cualquier cosa.

Pero no estaba. La habitación estaba oscura y vacía.

Ella lo había dejado.

Nuevamente.

Inspeccionó el guardarropa, encontrándolo lleno de sus cosas, vestidos de una docena de distintos tonos de púrpura y zapatos amontonados debajo.

Sobre el tocador, polvo y cepillos para el pelo, alfileres y adornos, un brazalete que había usado cuando las bochas en el césped. Aretes

que reconoció de una de las cenas.

Ella lo había dejado todo, y rápidamente.

Maldita sea, ella le había dicho que lo amaba, y había salido corriendo de la casa como si el infierno mismo la estuviera persiguiendo. Como Merope y las Pléyades tomando vuelo como palomas. Y Malcolm, el ciego y desesperado Orión, obligado a cazarla de nuevo. Como un tonto.

Contuvo el grito de rabia que tenía ganas de lanzar en la oscura habitación. Se acercó a la ventana, abierta para dejar entrar la brisa nocturna del verano. La habitación daba al camino de entrada, un camino largo y sinuoso que conducía a la carretera principal y luego al camino de correos de Londres.

No había ni rastro del carruaje, ni una linterna parpadeando en la distancia, ninguna indicación de que alguna vez hubiera estado allí.

Puso sus manos en el alféizar de la ventana, agarrándolo hasta que la piedra y la madera se clavaron en sus palmas, susurrando su nombre con toda la rabia, la desesperación y el amor que pudo invocar.

Lo había dejado, como una maldita cobarde.

Y luego surgió la idea, fría, dura y aterradora. ¿Y si ella hubiera huido de nuevo?

Él lo descartó rápidamente. No correría de nuevo. No como lo había hecho antes. Esta vez se había ido con sus hermanas. No la dejarían ir, ¿verdad?

En su cabeza resonaron las palabras y el recuerdo del día en que ella apareció en el Parlamento y le pidió el divorcio, que nunca tuvo intención de darle: "No tengo ninguna razón para no terminar con nuestra infeliz unión. No tengo nada que perder."

Por lo tanto, no había razón para que no corriera. No había nada que perder.

Ella no tenía nada que perder, se había asegurado de eso. Había regresado a Londres del brazo del americano, de quien era amigo y

nada más.

Cantaba en una taberna. Servía whisky ¿cómo qué, una dama cantinera?

Tenía dinero, de sus padres y no tenía nada que la relacionara con Londres.

Pero sí lo tenía, maldición.

—¡Dijo que me amaba! —Su áspero y triste susurro cortó la oscuridad, y cerró los ojos, con los puños apretados a los costados — ¿Cómo pudo dejarme?

El amor no fue suficiente.

—¿Su gracia?

Giró, con el corazón en la garganta, para ver a lady Felicity Faircloth, enmarcada en el umbral, con una linterna en una mano y el maldito gato de Sesily en el otro brazo. Negó con la cabeza para aclararse. No tenía tiempo para estas chicas.

—Nunca fue real, Lady Felicity —dijo —Eran un ardid.

Ella asintió.

—Lo sé. Cualquiera que tenga ojos en la cara podría ver que usted y la duquesa son el uno para el otro y para nadie más.

—Creo que se refiere a que cualquiera podría verlo, excepto la duquesa —No pudo evitar la frustración en su tono.

—Creo que ella también lo ve, ¿sabe? —dijo —Pero no quisiera involucrarme.

—Está parada en mi dormitorio, sosteniendo el gato de mi cuñada, así que creo que ya está bastante involucrada —señaló Malcolm.

Ella asintió y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Podría ser cierto.

—De hecho, no puedo pensar en un lugar menos apropiado para usted, que en mi dormitorio con el gato de la hermana de mi esposa.

La sonrisa se ensanchó.

—¿Está planeando deshonrarme de alguna manera?"

—No.

—Bueno, entonces creo que estoy perfectamente segura. Además, el gato parece detestarte.

Malcolm miró al blanco animal, que parecía perfectamente satisfecho en los brazos de Lady Felicity Faircloth.

—Honestamente, pensé que habíamos llegado a un grado de distensión.

El gato aulló.

—Oh, sí, eso parece —Hizo una pausa —El punto es que creo que mi persona está a salvo con usted.

—Hubo un momento en que me hubiera decepcionado con esa evaluación.

Felicity sonrió.

—Me imagino que entonces era más joven. Y estaba menos enamorado de su esposa, lo que pone un obstáculo considerable a la peligrosidad de un hombre.

—Definitivamente más joven, probablemente no menos enamorado de mi esposa.

—Eso parece ser un problema para usted.

—Teniendo en cuenta que regularmente la pierdo, tendría que estar de acuerdo —respondió, incapaz de encontrar humor en la situación.

Felicity Faircloth, entonces, se apiadó de él.

—Me temo que tengo algo que decirle, Su Gracia, y no creo que le guste escucharlo.

Se dirigió al estante bajo junto a la ventana y encendió una linterna allí, haciendo que la habitación fuera, al mismo tiempo más acogedora para la joven y más devastadora para él. Había una sombrerera al pie de la cama de Sera, abierta y vacía, como si no hubiera tenido tiempo, ni ganas, de llenarla y llevársela.

Al lado, un pedazo de papel. Doblado al azar, con una Margabateada como único adorno. Él lo abrió, su corazón latiendo con fuerza.

**"No me puedo quedar.
Espero noticias del Parlamento.
S."**

Maldijo, fuerte y desagradablemente, aplastando el papel en su mano.

Miró a Felicity.

—¿Es más o menos agradable, que escuchar que mi esposa me ha abandonado... de nuevo?

Tuvo que admitir que la pausa de la joven lo inquietó. Pero luego dijo:

—Bueno, para ser honesta, es menos agradable, me imagino, teniendo en cuenta los acontecimientos de esta mañana —Hizo una pausa, apresurándose a aclarar —De los que fui testigo, obvio.

A Malcolm se le revolvió el estómago.

—Continúe entonces.

Ella suspiró y se agachó, dejando al gato en el suelo, quién sin vacilación, saltó a la sombrerera y se instaló cuidadosamente adentro, mirándoles a los dos con ojos serios e inquebrantables.

El duque hizo todo lo posible por ignorar a la criatura, volviéndose, en cambio, para mirar a lady Felicity, que había sacado un trozo de papel de alguna parte y ahora lo estaba desplegando.

—¿Ha preparado un discurso de algún tipo? —Dijo, sabiendo que estaba siendo intencionalmente difícil.

Lo miró, pero ignoró la pregunta.

—Esto llegó a través de la doncella de mi madre hace una hora.

A Malcolm no le gustó como sonaba eso. Su mirada se posó en el escritorio del rincón, donde un secante y un bolígrafo estaban desordenados, como si su esposa hubiera escrito una carta antes de huir.

Una carta a esta mujer, por alguna razón.

—Continúe.

Felicity asintió y procedió a leer en voz alta.

—**"Querida lady Felicity, debe saber que le tengo mucho aprecio. Es inteligente, directa y, sobre todo, fuerte. Tiene una mente propia y no tiene miedo de hablar, todas las cosas que le servirán bien"** — Hizo una pausa, miró al conde, y él leyó el nerviosismo en su rostro. Lo reconoció y lo sintió él mismo, odiando la anticipación en las palabras que estaban por venir. Aborreciéndolas, incluso antes de que lady Felicity las leyera. Queriendo detenerla, pero sabiendo que lo que tenía que decir debía ser dicho.

Ella continuó:

—**"Todas esas cosas también le servirán a Malcolm."**

—No —dijo, incapaz de evitar que la palabra explotara desde su pecho.

Felicity Faircloth lo miró con clara afrenta.

—Por supuesto que no.

—¿Entonces por qué...?

Ella levantó un hombro, lo dejó caer y simplemente dijo:

—No parece importarle cómo nos sentimos al respecto, Su Gracia.

Eso parecía ser cierto. Lady Felicity continuó.

—**"Es un buen hombre, Lady Felicity, una persona que sabe de la vida y del amor. Uno que ha demostrado una notable lealtad hacia su esposa"** —Lady Felicity se detuvo —Entonces se corrige a sí misma. **"Hacia sus esposas"**.

—Maldita sea.

—Mis pensamientos, precisamente —dijo Lady Felicity —**"Será un buen marido"**

La frustración se convirtió en incredulidad.

—¿Me está regalando a usted?

Las cejas de Felicity se dispararon al considerar la carta en su mano.

—No está claro, sinceramente, yo temo que me esté regalando a usted —Hizo una pausa, respirando profundamente, como si tuviera que fortalecerse para leer el resto —"**Algunas cosas que debe saber: primero, detesta los espárragos**" —Se detuvo —Su Gracia, estoy segura de que me comprenderá si acoto que no tengo ninguna idea terrenal, de ¿por qué su afinidad o falta de ella por los espárragos sea relevante de alguna manera para un matrimonio?, y mucho menos lo suficientemente relevante como para ser el punto número uno en una lista de puntos importantes.

—No lo es —dijo.

—Bueno, los otros puntos también son muy extraños, entonces... —Felicity devolvió su atención a la carta —"**Está fascinado con los mitos griegos. Lea y aprenda. Él estará agradecido por tener a alguien con quien hablar de ellos**".

Las palabras parecían una traición a su confianza. Malcolm permaneció en silencio.

Lady Felicity siguió su lectura —Y este es el más extraño de todos.

"Búsquese un vestido rojo y haga lo mejor que pueda para dejarlo solo una vez que lo lleve puesto. Si puede hacer eso en su estudio privado, mucho mejor".

Fue entonces cuando surgió la furia. Se movió a por la carta, como si de alguna manera pudiera usarla para hacer retroceder el reloj y detenerla de la locura que claramente la había consumido al escribir todo eso.

—¿Qué diablos?

Lady Felicity levantó la mirada, con los ojos muy abiertos por su proximidad.

—Estoy de acuerdo —dijo ella —No entiendo lo que está tratando de hacer.

—Yo sí lo hago —dijo, con el recuerdo grabado a fuego, de la última vez que se vistió de rojo en esta casa, en su estudio privado. ¿Cuántas veces había recreado ese momento en su mente? ¿Cuántas

veces había bajado su corpiño? ¿Levantado sus faldas? ¿Le había hecho el amor? ¿Cuán a menudo se había imaginado haciéndolo de nuevo?

Cogió la carta de la mano de Lady Felicity Faircloth, disfrutando de la liberación de ira que surgió cuando la dobló y comenzó a romperla en pedazos.

—Quiere que me seduzca.

Ella parpadeó.

—Bueno, pues no quiero.

—Lo cual es excelente, ya que no tengo ninguna intención de ser seducido por nadie más que por mi esposa. —Tan pronto como dejara de estar furioso con ella.

Lady Felicity asintió.

—Eso suena extremadamente razonable. Aunque, ¿si puedo...?

El asintió.

—Por favor.

—Parece que su esposa, sigue sin estar interesada en ser su esposa, su Gracia.

Las palabras no deberían haberse estrellado contra él. No deberían haberlo afectado tanto. Y aun así lo hicieron. Se apartó de ella entonces, odiando que entendiera la interacción de su matrimonio incluso mejor que él.

No. No lo entendía mejor. Simplemente estaba más dispuesta a aceptarlo. Pero ella no se había casado con Sera.

No pudo evitar caminar hasta el borde de la cama, donde había estado parado hacía casi tres años, deseando que su esposa viviera. Rogando poder alejarla de la muerte, jurándole que lucharía por ella y por un futuro juntos. Que la amaba y que la perseguiría hasta el cielo si fuera necesario...

A donde había llegado más tarde, solo para darse cuenta de que ya había huido.

Fue entonces cuando Malcolm comprendió que siempre huiría de

él.

Lejos del amor. Lejos de la promesa de un futuro juntos.

Y que él siempre la perseguiría.

Ciego y roto.

Su castigo por nunca ser digno de ella.

Estaría condenado si ella se divorciaba de él.

24. ¿Se ha seleccionado a la sucesora? Las Peligrosas Talbot están en la ciudad...

Las hermanas Talbot habían estado en el carruaje durante más de dos horas; las carreteras nocturnas requerían más tiempo del habitual para llevarlas de vuelta a Londres. Pero no era el contenido del carruaje lo notable. Después de todo, ellas habían pasado la mayor parte de sus vidas viajando juntas.

Lo notable era el silencio. Las cinco hermanas nunca habían pasado mucho tiempo sin hablar. Ni siquiera los servicios de la iglesia eran sagrados.

Las cinco habían estado más silenciosas que nunca en sus vidas, algo que Seraphina apreció.

Y así fue que cuando Selesté finalmente rompió el silencio, con un franco y simple, —Bueno, entonces... —todas brincaron en su lugar.

—Fue interesante, ¿no es así? —Esto de Sesily.

—Yo, por mi parte, no lo esperaba —respondió Selesté —Hubiera pensado que Haven tenía una mejor oportunidad para convencerla de que se quedara.

—Estaba dispuesta a lanzarle una piedra a la cabeza —señaló Seline.

Si no hubiera estado tan desesperada por salir del carruaje, Sera podría haber encontrado la energía suficiente para mirar hacia su hermana.

Pero, en cambio, se mantuvo enfocada en sus dedos, estrechamente entrelazados en su regazo y como no llevaba guantes, todavía se veían manchados de tinta por la nota a las carreras que le había escrito a Lady Felicity.

La nota diseñada para alentar a la próxima esposa de Malcolm.

Si él, solo pudiera ver que su matrimonio estaba condenado,

podría ser feliz con otra. La idea envió un rayo de dolor a través suyo, constriñendo su corazón y dificultándole la respiración. Se obligó a sí misma a calmarse, inhalando profundamente y devolviendo su atención a sus hermanas.

—Ses, fue una buena cosa que la apuesta se centrara en las intenciones de Haven, y no en las acciones de Sera, ya que de lo contrario le deberías al resto de nosotras una importante cantidad de dinero, —señaló Selesté.

Sesily negó con la cabeza.

—Oh, nunca hubiera apostado a Sera queriendo recuperarlo.

—Yo lo habría hecho. —acotó Sophie.

Sera levantó la cabeza, su mirada al instante encontró la de Sophie, que la había estado observando desde que entraron al carruaje, mostrando preocupación e interés en su hermosa cara.

—¿Qué dijiste?

—Nunca hubiera apostado que no querías a Haven.

—¿Por qué no? —preguntó Sera.

Sophie levantó un hombro y lo dejó caer.

—No hace mucho tiempo me enseñaste una lección sobre el amor, hermana.

El recuerdo vino desde muy lejos. Sera, en la frontera escocesa, sentada con Sophie, que se sentía desamparada y estaba desesperada por el hombre que eventualmente se convertiría en su esposo. Pero esa noche, el marqués de Eversley había sido un imposible, hasta que Sophie se acercó a él y le dijo la verdad. Por sugerencia de Sera.

Sophie parecía recordarlo perfectamente, también.

—¿Le dijiste? —le preguntó sin dejar de mirarla.

—¿Decirle qué? —Interrumpió Sesily, pero nadie le respondió.

"Nunca le dije a Haven que lo amaba", había dicho Sera, tratando de convencer a Sophie para que hiciera lo mismo. "Y mira el desastre que he hecho."

Sera miró por la ventana, hacia la oscura negrura más allá.

Sophie no le permitió el silencio.

—Sera —insistió — ¿Le dijiste?

"Te amo". Ella asintió con la cabeza, su hermana más joven se estiró y le tomó la mano con fuerza, sin dudarle. Sera la miró.

— ¿Y?

Sera negó con la cabeza. No importaba. No cambiaba nada. Todo seguía siendo un desastre. Retiró su mano de Sophie. Tragándose su emoción.

—Y... el amor no es suficiente.

El silencio se sumó a las palabras, hasta que Seleste soltó un pequeño suspiro y dijo:

—Puede que no sea suficiente, pero es algo de hecho, si todas tuvimos que correr a Londres en la oscuridad de la noche —Agitó una mano en el aire —Me he pasado la mitad de mi matrimonio discutiendo con Clare. Lo cual hace las cosas más interesantes.

Seline puso los ojos en blanco.

—Tú y Clare no son una comparación adecuada para otros, ya sabes.

— ¿Y tú y su jinete, sí lo son? —Seleste defendió su matrimonio — No hay dos personas en el mundo que compartan intereses similares de la forma en que ustedes dos lo hacen. Es terriblemente aburrido.

Seline se encogió de hombros.

—No nos resulta aburrido. —Se inclinó para mirar por la ventana —Ya casi estamos en casa. —A Sera no se le escapó la emoción en la voz de su hermana. Estaba contenta de volver a su aburrido matrimonio y a su demasiado similar marido —Mark estará tan sorprendido.

Seleste suspiró feliz y recostó su cabeza contra su mejilla.

—Clare también —dijo —Será mejor que no esté en su club. Tengo un trabajo para él esta noche.

Todas las hermanas gruñeron ante las palabras, Sesily sonriendo, le dio a Seleste un rápido golpe en el hombro —Por favor. No

mientras estoy ocupada tratando de mantener la cena en su lugar.

—¿Qué? —Seleste se rió —¿Te sorprende el hecho de que esté esperando una noche íntima con mi esposo?

—No —señaló Sesily —Pero podrías ser un poco más discreta al respecto.

—Bah —dijo Seleste —Las mujeres están presentes durante el acto, Sesily. Es justo que también lo disfrutemos.

—Maldición —agregó Seline.

—Todos sabemos que tú también lo disfrutas, Seline. Recuerdo una ópera de la que todos tuvimos que irnos, porque madre te descubrió a ti y a Mark en una situación flagrante detrás de una cortina.

Seline sonrió con aire de suficiencia.

—Al menos estábamos detrás de una cortina. Además, no eres quien para hablar, todo el mundo sabe lo que sucede dentro de esa librería cuando llega King y cierras la puerta durante horas y horas para disfrutar de un prolongado almuerzo, cada mediodía.

Las mejillas de Sophie se enrojecieron, y Sera no pudo evitar la pequeña sonrisa que surgió en sus labios.

Por eso había regresado a Londres. No por Malcolm, ni por la familia que le había prometido, ni por el título o por recuperar la vida que había llevado. Sino por estas mujeres, leales, queridas, audaces y mejores que todas las demás. Y por ella.

Por ella insistiría en su divorcio. Así estaría libre de su pasado y Malcolm podría casarse con Lady Felicity, que era una excelente elección, que sería una buena compañera y que le daría unos bonitos niños.

La idea no la hizo sentir mal en absoluto.

La náusea que subió rápidamente a su boca, fue por el viaje en carruaje. Semejante a la dolencia de Sesily.

De hecho, ese espasmo no vino por un torrente de anhelo por su esposo. No anhelaba nada de él. Tenía un plan, y lo cumpliría.

Tendría su taberna. Cantaría. Y sería suficiente.

Tendría que serlo.

Algo en su vida tenía que ser suficiente.

—No parece justo que todas fuéramos enviadas al campo por un mes, y Sera fuera la única que tuvo permitido... ya sabes... —dijo Seline.

Cuatro pares de ojos buscaron a Sera en la oscuridad e hizo todo lo posible por mantener su atención en la ventana, repentinamente muy interesada en los edificios que pasaban.

—Bueno, no sabemos si ella lo tuvo —señaló Seleste.

—¿No? —fue la respuesta —¿Qué más podría haber sucedido que la hiciera huir de él en la oscuridad de la noche?

—Nunca quiso huir, ¿verdad? —Preguntó Seline.

—Bueno —dijo Seleste, sonriendo —Entonces volvemos a la teoría original sobre Haven.

—¿Y cuál sería? —Sera no pudo detener la pregunta.

—Que él es terrible haciéndolo.

Todas rieron. Todas menos Sera, que extendió la mano y dibujó un círculo lenta y decididamente en la ventana.

—No es terrible en eso.

El carruaje volvió a sumirse en el silencio antes de que Sophie suspirara y dijera:

—Sera, ¿por qué estamos aquí?

La irritación llameó en ella, caliente e irrazonable, pero no le importó.

—Porque, contrariamente a las creencias de todas ustedes, el hecho de que mi marido sea un excelente amante, no implica un matrimonio perfecto —Cuatro series de cejas se enredaron en los cabellos de sus cabezas, y la respuesta hizo que Sera estuviera aún más enojada —No necesitan verse tan sorprendidas. Ninguna de ustedes tiene idea de lo que es estar en mi situación.

—¿Te gustaría contarnos? —Sophie siempre estaba tan tranquila.

Tan imperturbable. Y Sera nunca había estado tan enojada como en ese momento —¿Qué te gustaría que dijera? ¡No hay nada que decir! —dijo, su voz elevándose a un tono febril —Sus vidas son perfectas. Sus matrimonios.

Perfectos. Sus hijos... —Su voz se detuvo, su corazón se contrajo, y tragó saliva, empujando la sensación hacia abajo. Negándose a permitir que la tristeza la cubriera —...son perfectos. Y nunca tendré nada de eso.

—Sera —nunca la había escuchado a Seline tan amable.

—No. —Se giró hacia su hermana, con un dedo levantado —No te atrevas a sentir lástima por mí. He tomado mis decisiones. Podría haber seguido huyendo, pero volví, más fuerte que nunca. No necesito tu pena.

—¿Estás segura? —Espetó Sophie, y todas se volvieron para mirar a la más joven y la más tranquila de las hermanas Talbot, la que todos llamaban "menos interesante". Todos los que no la conocían, obviamente.

Sera se inclinó hacia su hermana.

—¿Qué quieres decir?

—Solo que pareces necesitar nuestro apoyo y nuestra protección, sólo cuando te es conveniente. Y te lo hemos dado. Nuestra lealtad eterna. Porque las Peligrosas Talbot se mantienen unidas. Pero nunca nos has ofrecido tu honestidad. Así que mi pregunta es la siguiente...

—El carruaje comenzó a aminorar la marcha y se detuvo al llegar a Eversley House, donde Sophie se apearía. Pero no antes de que aclarar su punto. —¿Es simplemente porque te niegas a ser honesta con nosotras? ¿O porque te niegas a ser honesta contigo misma? —Había cosas que solo las hermanas podían decirse. A veces solo las hermanas sabían cómo enfurecer a una mujer.

—Siempre he sido sincera con ustedes.

—Qué mentira total —se burló Sophie —Nos dejaste. Sin palabras. ¿Qué fue honesto en eso? Te fuiste, Sera. Estabas de luto por el

hombre que amabas y el bebé que perdiste. Y tiraste todo a la basura. Incluyéndonos a nosotras.

Estaba inclinada a ser comprensiva. Pero ya es hora de que veas que te haces un flaco favor. Dios sabe que nunca me ha gustado demasiado Haven, pero el hombre te adora, y está dispuesto a darte todo lo que desees. Todo lo que necesites. Aunque ahora mismo no puedo imaginar ¿por qué? —Sera se recostó en su asiento.

—Oof. Eso fue un poco duro —dijo Seline en voz baja.

—Bueno, tal vez ella necesitaba escucharlo —espetó Sophie.

—No lo necesitaba, de hecho. Porque no es verdad. —Sophie alzó una ceja cuando Sera continuó —Le pedí una cosa, sólo una cosa. Un divorcio. Mi libertad. La suya también, debo agregar, y él no me ha dado eso.

—Tal vez él no te lo ha dado, porque tienes algún tipo de extraña fantasía sobre lo que es la libertad.

Sera entrecerró su mirada sobre su hermana.

—¿Y supongo que tú si lo sabes?

—Así es, y muy claramente —dijo Sophie cuando el carruaje se detuvo. Se alisó las faldas y el pelo, mientras un lacayo con librea se acercó para abrir la puerta.

Miró a Sera, antes de tomarle la mano al criado y bajar del coche. Dando la vuelta, dijo:

—Te amo, lo sabes —Llegaron las lágrimas, instantáneas y desagradables, y Sera miró hacia otro lado, lo cual era mejor porque se derramaron cuando Sophie agregó, suavemente: —Ojalá pudieras encontrar, en el equilibrio, una manera de amarte a ti misma.

Sera no miró a su hermana, hasta que la puerta del carruaje se cerró con un suave chasquido, consumida por la ira, la tristeza y la frustración que no podía expresar.

Con una mano apoyada en su cintura, Sophie se dirigió lentamente hacia la puerta de la casa de la ciudad, que estaba abierta mostrando un cálido brillo anaranjado que le daba la bienvenida. La culpa se

encendió en las entrañas de Sera. Su hermana estaba encinta, y probablemente habría estado más feliz en una cama que metida en un carruaje en medio de la noche.

Pero Sophie estaba en casa ahora, y su esposo pronto se recortó en la puerta dorada, deteniéndose por breves momentos antes de ir a buscar a su esposa, levantarla en alto en sus brazos en mangas de camisa y besarla a fondo. Los sirvientes que quedaban cerca estaban impecablemente entrenados, o estaban tan acostumbrados al afecto entre el marqués y su esposa que eran inmunes al escándalo. Sera imaginó que era lo último.

Y entonces. King cruzaba con Sophie en brazos por el umbral y entraba en la casa, deteniéndose solo para cerrar la puerta de un golpe detrás de ellos.

El carruaje se puso en marcha, y Sera apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento con una expresión frustrada:

—Maldición. —Sus hermanas no respondieron, y ella sabía por qué. Estaban de acuerdo con Sophie.

Sera abrió los ojos y las miró.

—Supongo que también quieren explicaciones —Sabía que estaba siendo difícil.

—No me importan mucho, sinceramente —respondió Seline — Pero si tienes la posibilidad de elegir entre estar aquí y no estar aquí, te prefiero aquí en Londres. Entonces, si planeas repetir tus acciones pasadas, y mi opinión te importase, por favor abstente de hacerlo.

—¿Es verdad? ¿Planeas irte? —Preguntó Sesily desde su lugar en el rincón más alejado del carruaje.

Sera estuvo en silencio por un largo instante y sacudió la cabeza:

—No lo sé. Estaba planificando mi vida. Mi negocio —Apartó la mirada y le dijo a la ventana — Eso es todo lo que quería.

Seleste y Seline no respondieron, y Sera tomó su silencio como una aprobación tácita. Quizás era meramente lealtad, pero ella tomaría el silencio.

Era mejor que la verdad. Pero una vez que el carruaje las había depositado en sus respectivos hogares, con sus respectivos maridos, quedó sola con Sesily, y entonces se puso nerviosa.

Sesily era la más directa de todas las hermanas Talbot y, a la luz de los acontecimientos acaecidos durante el viaje, podría ser una verdad particularmente inquietante.

—Preferiría que no te vayas —dijo Sesily, mientras la oscuridad del carruaje se cerraba a su alrededor, las ruedas traqueteaban sobre los adoquines, mientras el carruaje avanzaba a través de Mayfair hacia Covent Garden.

Sera respiró profundamente.

—No tenía la intención de hacerlo.

—¿Y Haven?

Ella asintió.

—Él no desea el divorcio.

—¿Y tú, sí?

Sí. No.

Ignoró la pregunta, odiando la respuesta extraña e imprecisa que vino con ella.

—¿Puedo decirte algo?

—No creo que pueda detenerte.

—No, probablemente no —dijo Sesily, indiferente ante la agria respuesta —

Sophie no está equivocada, Sera. La libertad viene en muchas formas. E incluso los Gorriones deben descansar.

Sera miró por la ventana.

—El carruaje te llevará a casa con mamá y papá, cuando me haya dejado.

—¿Deseas venir con nosotros? Madre estará encantada de verte.

El tema debería haber sido fácil y seguro. Pero, en cambio, trajo agrios recuerdos de su madre que, a pesar de sus terribles planes, amaba a sus hijas más allá de la razón.

Sacudió la cabeza negando.

—Ya aprendió la lección, ¿lo sabes? —dijo Sesily —Casi nunca me mira con lástima y decepción. Supongo que debería agradecerte por eso.

Sera forzó una sonrisa.

—De nada. Vendré a verlos otro día, pero esta noche debo regresar a mi casa.

A sí misma.

A la mujer que había sido cuando llegó a Londres semanas atrás, antes de que Malcolm cambiara todo. Antes de que la tentara con un futuro diferente del que había imaginado.

Entonces iría a la taberna, serviría las bebidas, cantaría sus canciones y esperaría que la noche se la tragara.

—Iré contigo —dijo Sesily.

Sera miró a su hermana.

—No, no lo harás.

Estaba demasiado oscuro para ver la cara de su hermana, pero Sera sabía que nada evitaría que Sesily hiciera lo que quería.

—¿Por qué, porque estás planeando huir, después de todo? ¿No quieres un testigo? ¿O no quieres cerca a alguien de quien deberás despedirte?

—No voy a huir, Sesily. No esta noche.

—No estoy muy segura de creerte —respondió Sesily —Que huyan de la casa de campo, pareció ser una costumbre.

Sera notó la irritación en las palabras.

—¿Huir de Highley?

—Esta semana, ha sido una especie de deporte.

Los ojos de Sera se ensancharon en la oscuridad.

—¿Te refieres a Caleb?

Olió el desdén de Sesily. Buen señor. ¿Qué se había perdido?

—Ses, ¿ha sucedido algo?

—No —dijo Sesily —Simplemente deseo ver esta legendaria

taberna.

Obviamente, era una mentira.

—Sabes que Caleb es el dueño.

—Oh —dijo Sesily vagamente — ¿eso significa que estará allí?

Sera no pudo evitar reírse por su terrible actuación.

—No vendrás conmigo.

—¿Por qué no?

—Bueno, en primer lugar porque eres una dama soltera y muy reconocible.

Sera podía oír el puchero en la voz de su hermana cuando respondió:

—Hay grandes franjas de Londres que estarían en desacuerdo con la parte de "una dama" de esa frase. Soy la última de las Peligrosas Talbot, Sera. La antigua relación del actor más famoso de Drury Lane.

—Sin embargo, no voy a dejar que te arruinen. Ni siquiera Caleb.

—Esto no tiene nada que ver con Caleb.

—Estás hablando con alguien que ha añorado a un hombre por años.

Sesily la miró a la tenue luz de los pubs y teatros que pasaban.

—¿Y entonces? ¿Hubieras permitido que te arruinara sin pensártelo?

—De hecho, eso es exactamente lo que hice.

Y esta tarde, de nuevo, pensó.

—No tengo intención de arruinarme.

—Eso es excelente, ya que no tengo intención de permitir que suceda.

—No puedes simplemente regresar a Londres y asumir el papel de la adecuada chaperona.

Sera perdió los estribos.

—Por el amor de Dios, Sesily. ¡Una de nosotras tendrá una vida feliz!

—Sí, y a este ritmo, serás tú, ¡porque al menos tienes a un hombre

dispuesto a hacerte caer!

Las palabras salieron disparadas por la boca de Sesily, impactando a Sera, quien le dio una respuesta inesperada:

— ¿Sabes que las caídas no siempre son la solución?

Se hizo el silencio, y Sera se consumió de curiosidad. Esperó, sabiendo que Sesily no podría dejarlo. Y tenía razón. Finalmente, su hermana llena de honestidad, dijo:

—Tengo planes.

—¿Involucran a Caleb?

—Sí.

—¿Ha aceptado algún tipo de relación? —Era difícil para Sera evitar sonar sorprendida.

—No. Peor.

Buen señor. Lo mataría.

—¿Qué ha hecho?! —De repente, Sera se disgustó con el hombre al que había llamado amigo por tanto tiempo. Una cosa era inmiscuirse en su vida, pero otra muy distinta era seducir a su hermana.

—Nada —Un pequeño suspiro —Ese es el problema. Huyó de Highley cuando le pedí que hiciera algo.

Buen Dios.

—Sesily, él es...

—Dijiste que nunca habías estado con él. Dijiste que no estabas interesada.

—Y todo eso es verdad. Iba a decir que es... viejo.

Sesily sonrió.

—No tan viejo.

—No viejo en cuerpo. Viejo en espíritu. Es un bastardo. Y alguien que mereció un fuerte golpe en la nariz, al parecer.

—Sí, he escuchado eso último.

—¿Y entonces?

Sesily se apoyó en el asiento, el destello de su blanca sonrisa

apenas se veía a la tenue luz de la calle.

—Entonces creo que merece un bastardo enfrente, ¿no?

Que cuelguen a todos los hombres por hacer sentir así a las mujeres.

Sera disfrutó la idea de la venganza simple e ideal del momento... y del castigo que recibiría por la interferencia de Caleb en su propia vida, al mantener en secreto la presencia de Malcolm en Boston. Se merecía enfrentarse a otro bastardo, y Sesily era más que suficiente mujer para interpretar ese papel. Pero su hermana no se merecía a un hombre que tenía una visión tan fría del amor.

—Caleb... Sesily, Caleb no es el tipo de hombre que pueda ser para siempre.

Sesily miró hacia la oscuridad más allá del carruaje durante un largo tiempo, lo suficiente como para que Sera imaginara que su hermana no hablaría. Finalmente, lo hizo:

—Nadie es para siempre... hasta que lo es. —La simple declaración impactó a Sera más de lo que imaginaba que podría ser, y quedó suspendida en el aire entre ellas, causando estragos silenciosos, hasta que Sesily la miró y dijo:— ¿Él es para siempre? ¿Haven?

La pregunta la destrozó, y se encontró incapaz de responder.

Aterrorizada por cuál podría ser la respuesta.

En lugar de eso, miró a su hermana, a través de la oscuridad que las rodeaba, a la que había tomado Londres por asalto y que estaba de pie, valiente, erguida, hermosa y audaz, dispuesta a aceptar la vida que se le presentaba, siempre que la hubiera elegido ella. Una heroína entre las mujeres.

Sesily merecía la oportunidad de tener la vida que deseaba, aunque el escándalo fuera condenatorio.

¿No es cierto?

Es posible que Sera no pudiera tener el futuro que había soñado alguna vez, pero podría ayudar a su hermana a tenerlo. Si este era su papel, ayudarla a tener el futuro que quería, eso sería suficiente.

Tendría que serlo. Alguien debería encontrar su futuro allí.
—Entonces ¿al Gorrión?

25. ¡Las tabernas más elegantes de la ciudad!

—Americano, hay mujeres.

Caleb no levantó la vista del whisky que estaba sirviendo.

—Diles que busquen otro lugar. No somos un burdel.

El guardia que había contratado para abrir la puerta de "El Gorrión cantante" varias semanas atrás, lo intentó de nuevo.

—No se ven prostitutas, americano.

Caleb apretó los dientes ante el apodo, que parecía incapaz de sacudirse. De hecho, parecía incapaz de convencer a nadie en ese país para que lo llamara nada, excepto... americano, incluido el hombre en cuestión, un samoano que había sido contratado en los muelles de Londres, junto con media docena de hombres, decentes y fuertes.

—Bueno, entonces déjalas entrar —dijo —El dinero de las mujeres sirve tan bien como el de los hombres.

Fetu sonrió, sus dientes blancos se veían brillantes en las sombras.

—Ya están adentro. No pensé que pudiera rechazar al Gorrión mismo.

Las palabras captaron su atención. Caleb miró hacia la puerta, incapaz de ver mucho en el apiñamiento de cuerpos apilados en el espacio, sin importarles el calor del verano, no cuando había entretenimiento y bebidas alcohólicas. Entonces, dejó la botella y se inclinó sobre la barra.

—¿Ella está de vuelta?

—Hermosa, alta y enojada como un zorro, cuando cuestioné su identidad.

No tenía ninguna duda sobre eso. ¿Qué demonios estaba haciendo ella en Londres? ¿El duque ya había elegido esposa?... Ahí fue cuando lo otro que dijo el guardia, penetró en su cansado cerebro. "Mujeres".

Sera seguramente no lo habría hecho. No habría arriesgado la reputación de una de sus hermanas.

La reputación de... su hermana.

Golpeó con su mano la barra.

—¿Dijiste mujeres?

Maldita sea. Sera no la había traído aquí.

—Hay dos de ellas.

—¿Cómo es la otra? ¿Sencilla y erudita? —Tal vez era Sophie —
¿Alta como un árbol? —O Selesté —¿Nadando en joyas? —Seline, tal vez.

—Hembra.

—¿Qué significa eso?

La sonrisa de Fetu otra vez, esta vez, realizada por enormes manos trazando una figura escandalosamente curva en el aire.

—Hembra.

Caleb agarró la camisa de Fetu en su puño, tirando de él lo suficientemente cerca como para ver la tinta en el tatuaje que cubría la corona de la calva del hombre.

—Ni se te ocurra tener eso en cuenta. Ella no es hembra para ti.

Las cejas del otro hombre se alzaron sobre su cabeza calva, pero fue interrumpido antes de que pudiera contestar.

—¿Y soy hembra para ti?

Caleb soltó a Fetu y giró hacia la dueña de esas palabras. Hacia esa hembra.

Maldita sea, no quería que fuera una hembra.

—No. Eres una molestia.

Ella rió. El sonido del pecado y del sexo, bienvenido como el maldito sol.

Pero ella no era bienvenida. Él no la quería allí.

Incluso si era una brisa fresca en la habitación calurosa y llena de humo, con el cabello recogido con alfileres que habían estado demasiado tiempo en su cabeza, dejando que los rizos largos y

errantes se retorcieran y se pegaran a su cuello, a sus hombros, la punta de uno colándose en el borde de su escote. Con las mejillas sonrojadas y un brillo húmedo sobre esa hermosa y lisa piel. Con esos labios, rosados, llenos y perfectos.

Ella levantó una ceja.

—No puedes escapar. No, a menos que estés dispuesto a saltar sobre la barra y chocar contra unas pocas docenas de personas que claman por conseguir un lugar decente para ver actuar al Gorrión.

Dirigiéndose a Fetu:

—Vuelve a la puerta. —éste ejecutó una breve reverencia en dirección a Sesily.

—Un placer conocerte, hermana del Gorrión.

Ella le sonrió y se inclinó para hacer una pequeña reverencia.

—Y a ti, protector del americano.

Caleb quería romper algo.

—No es mi protector —dijo, odiando la necesidad de decir algo. A él no le importaba lo que ella pensara. Sus pensamientos no eran para que él se preocupara por ellos —No necesito un protector.

Sesily se volvió hacia él.

—¿Oh? Entonces, ¿por qué lo empleas?

—Porque él necesita un protector —intervino Fetu con una sonrisa.

—Vuelve a la puerta —dijo Caleb, recogiendo una botella y fingiendo servir whisky a hombres que no esperaban beber. Una vez que Fetu se fue tranquilamente, giró por casualidad, mirando a Sesily una vez más. No era fácil, ya que era demasiado hermosa para mirar sin temor a las repercusiones —No deberías estar aquí.

—No habría tenido que venir si hubieras sido menos cobarde.

Él hirvió por la frustración.

—Un hombre se familiarizaría con mis puños por tal sugerencia.

Ella sonrió.

—Bueno, como ya hemos establecido, no soy un hombre. Así que creo que me arriesgaré.

Casi con un gruñido, arrojó la botella sobre una mesa baja y salió de detrás de la barra, tomándola del brazo y guiándola a través de la multitud, hacia la trastienda del pub, donde no había nada más que whisky y gin para officiar de testigos. La soltó y cerró la puerta detrás de él.

Sesily estaba demasiado segura, dio un gran paso hacia él, y Caleb tuvo que esforzarse para no retroceder. Ella destilaba peligro. Y eso fue antes de que dijera, baja y sensualmente, como si estuviera probando las profundidades de su desenfreno, —Tal vez no tan cobarde, después de todo. ¿Qué piensas hacer conmigo aquí?

La pregunta produjo tantas respuestas vívidas, deslumbrantes y devastadoras que necesitó un momento para pensarlo. Por supuesto, no tenía la intención de actuar sobre una de esas respuestas, incluso cuando él lo deseaba desesperadamente.

Después de todo, era un hombre con sangre en las venas.

Aclarando su cabeza, buscó un tema seguro. Y se aferró a él.

—¿Dónde está tu hermana?

Ella se acercó más, sus abundantes faldas cerúleas rozando contra sus piernas. No es que las sintiera. No es que él sufriera por ellas.

—Desapareció en el momento en que llegamos. Discutió con el Sr. Fetu, ganó la entrada a la sala principal, y se fue hacia el escenario, murmurando algo sobre el entretenimiento.

—No debería haberte traído.

—¿Tienes miedo de que me arruine?

—Alguien debería tenerlo Ella inclinó la cabeza.

—¿No te ha dicho Sera que mis hermanas y yo estábamos arruinadas antes de comenzar? Somos las peligrosas Talbot. Curiosamente, estamos tan arruinadas que no podemos impresionar a la sociedad. Podemos huir de nuestros maridos. Tirar a los duques en estanques de peces. Correr con caballos. Irnos a Escocia en carruajes con hombres que no conocemos. Y lo único que hacemos es probar el punto que afirma todo el mundo. Una de mis hermanas es una

duquesa. Otra una marquesa. Otra una condesa. Y la última más rica que las otras tres combinadas. La ruina nos ha servido bastante bien.

Él estrechó su mirada.

—Pero, sin embargo, tú no.

Algo brilló en esos ojos, azules como la tela brillante de su vestido. Algo que habría llamado tristeza si estuviera dispuesto a prestar atención. Lo cual no hacía.

—No, yo no. Pero tal vez simplemente no me he esmerado en ello.

Y luego le puso una mano encima, su palma en el pecho, sobre el chaleco de lino abotonado que llevaba sobre la camisa cuando trabajaba. El toque fue como fuego. Cogió esa mano criminal y gloriosa, seguro de que iba a sacarla de su persona. Era una coqueta, de la peor clase, del tipo que hacía que un hombre quisiera arrodillarse y suplicar.

Él no movió la mano. En cambio, lo apretó más fuerte contra él.

Esos ojos azules capturaron los suyos.

—Tu corazón late rápido, americano.

—Accidental —dijo —Pensé que te había dejado en claro que no soy alguien con quien jugar.

—Dime por qué, y lo aceptaré.

No pudo evitar reírse un poco al escucharla. Como si todo el mundo se inclinara a su capricho. Como si ella y su clase lo gobernaran como si fueran de la realeza. Y tal vez lo hicieran.

—Porque me he despedido de mujeres como tú.

Su voz suave y sensual preguntó:

—¿Mujeres como yo?

—Del tipo peligroso.

¿Estaba él inclinado hacia ella?

—¿No lo somos todas?

Quizás ella se estaba acercando a él.

—Dios sabe que la mayoría de ustedes.

Ella estaba allí, con los labios separados como una promesa. Como

un secreto.

—Pareces un hombre al que le gusta un poco el peligro. —Las palabras fueron un aliento contra su piel, la mano deslizándose hasta su hombro, hasta su cuello. Caleb apretó sus manos a los costados.

—No del tipo que me lleva al altar.

Ella lo miró, hermosa, con desafío en los ojos.

—Nunca dije que quería casarme contigo.

Se merecía una maldita medalla por no besarla entonces. Por no aceptar la oferta tácita que ella expresó: "bésame". "Tócame". Y todo lo que Sesily Talbot, la más peligrosa de las Peligrosas Talbot, quisiera.

Se merecía que el presidente Jackson entrara en la maldita habitación y le ofreciera un puesto en el gabinete. Merecía ser nombrado caballero por el maldito rey. Riquezas y poder más allá de sus sueños. Todo ello. Porque, seguramente, alejarse de ella fue el acto más noble que alguien haya realizado alguna vez en la historia.

De hecho fue aún más noble cuando dijo:

—Ve a casa con tu gato, gatita.

Los labios de Sesily se cerraron en algo como decepción, y luego suspiró:

—Mi gato todavía está en Highley.

—¿Por qué? ¿Decidió que no quería un compañero salvaje?

Ella respondió, seca como la arena.

—Brummell se escondió después de que huyeras.

—No hui —retrucó Ella lo ignoró.

—Ansiaba a su rascador americano.

Él frunció el ceño.

—Quizás deberías ir a buscarlo, entonces. No me importa mucho lo que hagas, francamente, siempre y cuando encuentres otro árbol para maullar.

—Tu habilidad para mezclar metáforas realmente no tiene paralelo —dijo.

—Parece una razón bastante buena como para que encuentres otro

hombre con quien jugar, Sesily —dijo, reforzando su tono —No soy lo suficientemente inocente como para ser tentado en tu juego.

Si el color que inundó sus mejillas fuera una indicación, la había enojado. Pero antes de que pudiera responder, el aire cambió. En la habitación más allá, que parecía estar a una inmensa distancia, cayó la calma, suave y pesada de anticipación.

Sesily miró hacia la puerta, escuchando el silencio.

—¿Qué está pasando?

—Tu hermana está a punto de cantar.

Se volvió hacia él.

—No me iré sin escucharla.

—Quédate si quieres —dijo, afectando el desinterés. Esperándolo

—Pero no esperes que me quede contigo.

Levantó una ceja y enderezó los hombros.

—Y entonces tenía razón.

—Te equivocaste. No soy otro hombre para ser hechizado por ti — Tal vez si lo dijera, ella lo creería. Quizás él lo haría.

Ella no. De hecho, parecía completamente impasible a las palabras. Al insulto que pretendía impregnarle a ellas. En lugar de dar media vuelta y salir, le sonrió, audaz como siempre.

—No, Caleb, tenía razón. Eres un cobarde. No estás dispuesto a ver la verdad.

Ella había dicho esas palabras antes. En el campo. No tuvo que pedirle que se aclare, ya que estaban grabadas en su memoria.

Qué bueno sería.

Sacudió la cabeza.

—Vete a casa, pequeña, antes de que te metas en problemas.

Lo miró por un tiempo suficiente como para desestabilizarlo, antes de sonreírle.

—No creo que esté en peligro de meterme en problemas, americano.

—El mundo pensará que te he arruinado si no tienes cuidado.

—Y no lo pensarán si tienes cuidado.

Odiaba la forma en que respondía a su audaz descaro. Odiaba sus palabras, tan impactantes y tan malditamente bienvenidas. Él no se había sentido de esta manera: despierto, ardiendo, duro. Intentando ignorar todo eso, habló, reforzando su voz.

—¿Qué quieres, Sesily? Debo regresar a la taberna.

—Quiero que me beses.

Sacudió la cabeza.

—No.

Se movió hacia él.

—¿Por qué no?

—Porque no beso a las niñas.

—Como te dije, no soy una niña.

Se aferró a la ira, esperando alejarla, lo suficientemente lejos como para que nunca regresara.

—Pero eres joven y mimada, ¿verdad? Siempre lo has sido.

—Entonces debería obtener lo que deseo, ¿no?

—No me interesa.

—¿Malcriarme?

—Besarte.

Las palabras al fin la picaron y le dolieron. Lo vio en sus hermosos ojos azules, por un ínfimo momento, antes de que se cerrara a la emoción y asintiera.

—Entonces encontraré a alguien más.

—¿Para malcriarte? Es un plan excelente. —No le importaba. Ella no era su problema.

Se volvió sin decir una palabra, se dirigió hacia la puerta, abriendo y dando media vuelta desde el umbral antes de contestar:

—No. Para besarme.

Se había mezclado con la multitud de personas más allá, antes de que él pudiera atraparla.

Se quedó mirando su estela, durante un rato, mucho después de

que ella desapareciera entre el gentío. Estaba a salvo, y no era su problema.

No se iría sin Sera. De hecho, probablemente se dirigiría detrás del escenario para encontrarla. Estaba a salvo, y no era su problema.

Había media docena de hombres en esa habitación que habían sido contratados para mantener la paz. Ella estaba a salvo, y no era su problema.

Acababa de convencerse de ese hecho cuando comenzó la pelea.

Malcolm había cabalgado directamente a Covent Garden, recuperando gran parte de la ventaja que le llevaba Sera, al llegar a "El Gorrión cantante"

encontró linternas en llamas y una multitud de jueguistas estruendosos bloqueando la calle, maldiciendo y gritando de placer y alcohol.

Ató su montura afuera, le lanzó una moneda a un chico para asegurar la protección de la bestia y se dirigió hacia la puerta, desesperado por llegar a Sera, que sabía sin duda, estaba adentro. Malcolm empujó al enorme portero, agradecido por el obvio sentido común del americano, al menos en el asunto de contratar al tipo de seguridad, ya que pocos se arriesgarían a la ira de esa masa de músculos, en una habitación oscura, ahumada y con el olor de Londres en verano. La habitación estaba extrañamente silenciosa, la anticipación y la emoción flotaban en el aire. Su mirada fue inmediatamente al escenario, vacío pero perfectamente iluminado, con largas y parpadeantes velas, como si ellas también temblaran con la excitación de la habitación.

—Escuché que ella regresó —anunció un hombre a un grupo sentado a su izquierda.

—Seguro —fue la respuesta burlona —Lo han estado diciendo

todas las noches desde que ella se fue. Escuché que ha volado de vuelta a América. Al Gorrión no le gustan las cosas de aquí.

Otro intervino.

—Sí, dicen que vino buscando instalarse como amante de un aristócrata rico, pero ninguno de ellos la quiere.

—¿Tú la querías? No es como si fuera una dama.

Haven apretó los dientes, odiando a esos hombres, el lugar y todo lo que representaban: la vida que ella había elegido sobre él. Cómo lo aborrecía para elegir esta vida. Tenía que llegar a ella.

Antes de poder avanzar, el primer hombre habló de nuevo, puntuando sus palabras con un rudo movimiento de la mano.

—Razón de más para tenerla. Seguro sabe cómo hacerlo.

Los hombres se reían a carcajadas cuando Haven se volvió hacia ellos, tomando nota de los grandes jarros de cerveza sobre la mesa mientras se agachaba y apoyaba su mano en el hombro del que había hablado:

—Dilo otra vez.

Las palabras eran profundas y siniestras, pero los hombres estaban lo suficientemente borrachos como para no ver el peligro delante de ellos.

—¿Qué?, ¿que el Gorrión parece un buen lugar donde enterrarse?

Fueron las horas de frustración, cabalgando solo en la oscuridad, desesperado por llegar a ella.

Fueron las semanas de frustración, deseando que estuviera con él, ya que aunque estaba a centímetros de distancia, era imposible alcanzarla.

Fueron los años de frustración, sabiendo que había cometido todos los posibles errores. Temiendo nunca encontrarla.

Sin todo eso, tal vez no hubiera volteado la mesa aplicando toda su furia, haciendo que el cuarteto volara hacia atrás, estampándose contra paredes y mesas.

Tal vez no habría agarrado una jarra de cerveza virtualmente del

aire y no la habría destrozado contra el costado de la cabeza del que había hablado de Sera, y tal vez no habría disfrutado del poderoso golpe, más de lo que debería. El hombre aterrizó en el suelo con una maldición salvaje, entonces las multitudes que parecían densas e inmóviles se dispersaron abriendo un amplio espacio, mientras alguien gritaba —¡Pelea!

La habitación explotó en actividad, la anticipación y la emoción por la actuación del regreso de Sera, se transformó en una ola salvaje por la pelea que había estallado por su culpa. Las mujeres gritaban y levantaban sus faldas, huyendo de la acción, mientras los hombres comenzaban a apostar.

Malcolm, sin embargo, no se detuvo a apreciar el éxito de sus acciones. Estaba demasiado ocupado luchando, sus puños volaban rápida y poderosamente, castigando a los tres miembros restantes del grupo que habían ofendido al Gorrión.

—No vas a hablar de esa manera de ella —dijo, ensangrentando la nariz de un hombre antes de girar para bloquear una silla que le tiró otro.

La madera se estrelló contra su brazo, cubriéndolo con una lluvia de astillas, un segundo antes de que Malcolm asestara un fuerte golpe en la mandíbula de su atacante.

—No hablarás de esa manera de ninguna mujer —rugió.

—¡Escucha! —Le llegó la réplica del primer hombre, una vez más de pie, con la mejilla ensangrentada —¡Diré lo que me guste, donde me guste!

Malcolm fue hacia él otra vez, tomándolo por la camisa mugrienta y lanzándolo, por el aire, hacia el enorme guardia, que parecía menos interesado en la repugnante basura humana a sus pies, y más interesado en llegar hasta él, sin duda para detener su ataque de furia.

El duque levantó sus manos en señal de rendición. No quería problemas con los hombres que protegían a Sera.

—No estoy aquí para...

No pudo terminar la frase ya que un chillido femenino sonó detrás de él. Se volvió, sin saber qué esperar.

Desde luego, no esperaba encontrar al bocazas que recién había golpeado, a escasos centímetros de él, agitando los brazos en el aire, por el golpe que la mujer le había dado al cretino desde atrás. Sesily. Su cuñada, que lo miró directamente y dijo:

—¡Continúa, toma tu oportunidad!

Y él lo hizo. Le dio un brutal gancho, que hubiera dejado inmensamente orgulloso a su instructor de boxeo en Eton. El hombre cayó como un árbol y Sesily se sentó encima de él, notablemente rápido, y con un gesto impresionante, como si luchar con bestias en el suelo, usando faldas, fuese un talento particular. Ella le sonrió.

—Estamos en problemas, creo.

Sesily, como siempre, subestimaba la situación.

La sala estaba desenfrenada, el gentío aullaba y daba alaridos, vitoreando y exaltando a los contrincantes, aclamando en forma grupal, cambiando el dinero de manos, hasta que un corredor de apuestas muy emprendedor gritó:

—¡Como nadie apostó que una chica entraría en la refriega, nadie gana!

Basta decir que aquellos que se habían reunido esperando sus ganancias no estaban satisfechos.

Mientras luchaban entre ellos, varios hombres grandes salieron de una oficina para sacar a los cuatro infractores. Malcolm se inclinó, ofreciendo una mano a su cuñada y ayudándola a levantarse.

Ella sonrió.

—Sabía que vendrías, pero no esperaba una entrada tan espectacular, lo confieso.

Él frunció el ceño.

—No sé si ella se sentirá de la misma manera.

Sesily sacudió su cabeza.

—No seas tonto. Las mujeres aman un gran gesto.

Gran gesto... Malcolm no estaba seguro de que destruir una taberna y ensangrentar a cuatro hombres, fuera lo mismo que una habitación llena de rosas de invernadero, pero el guardia lo alcanzó antes de que pudiera discutir el punto, las grandes manazas se posaron en los hombros del duque y lo empujaron hacia la entrada.

—Es hora de irte, copetudo.

—¡Espera! —Dijo Sesily, adelantándose —Él es...

—¿En qué maldito infierno estabas pensando? —Malcolm de alguna manera había olvidado al americano, lo que fue un shock, honestamente, considerando cuán feroz estaba el hombre en ese momento en particular, haciendo girar a Sesily para enfrentarlo — ¿Acabas de lanzarte a una maldita pelea de bar?

No había ni una pizca de temor en Sesily. De hecho, parecía que su cuñada estaba complacida más allá de toda medida por la furia de Caleb

Calhoun. En ese momento lo comprendió, mientras observaba como giraba con total calma.

—¿Qué se traen ustedes?

Parecía que las peligrosas Talbot habían atacado de nuevo, y por primera vez desde que se había despertado horas antes y se había dado cuenta de que Sera había desaparecido, Malcolm se encontró pensando en algo más que en recuperar a su esposa.

Calhoun se volvió hacia él.

—¿Por qué estás sonriendo?

Malcolm sonriendo le respondió:

—Solo que es bueno verte debajo de una de ellas, también.

—Vete —dijo Caleb, señalándolo con un dedo, antes de agitarlo frente a la nariz de Sesily —Y llévate a esta contigo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Esta?

—¡Has destruido mi taberna, bruja!

—¡No hice tal cosa! Apenas unos rasguños —Malcolm echó un

vistazo a los destrozos —Y además —continuó —no es tu taberna. Es de Sera.

El duque se quedó quieto.

—¿Qué dijiste?

Caleb maldijo, y los ojos de Sesily se agrandaron, como si acabara de darse cuenta de lo que había dicho. Las implicaciones en ello. Inmediatamente quiso retractarse.

—Eh... es decir...

—No es de Sera —dijo Caleb.

—No lo es —mintió Sesily. Muy rápido.

Malcolm se esforzó por encontrar sentido al descubrimiento a través de los eventos de los últimos diez minutos, de las últimas doce horas, de las últimas cuatro semanas. A través del dolor en su brazo donde había sido golpeado con una silla, en su mandíbula donde había sido golpeado con un puño, y el que estaba en su pecho, donde había sido golpeado con la verdad.

Luego, de manera imposible, la sala se quedó en silencio, teniendo en cuenta la lucha, la bebida, el calor y la gran masa de humanidad, todos los ojos puestos en la mujer que, en el centro del pequeño escenario, aguardaba enmascarada, brillante, y hermosa. La pelea olvidada.

Se quedó en perfecta quietud, como si simplemente se hubiera materializado allí, en el charco de la dorada luz de las velas, como una diosa.

—Es ella —alguien suspiró, con adoración en las palabras.

Malcolm entendía la adoración, porque allí, en el escenario, estaba la mujer que amaba.

La habría reconocido, enmascarada o no, cubierta de maquillaje o no.

Habría reconocido sus largas líneas, sus sensuales curvas, su suave aliento.

Como reconocía la luz, el aire, el pecado y el amor que la rodeaba.

Llevaba un vestido impresionante, del más intenso color púrpura, una delicada máscara, que llegaba hasta debajo de su nariz en filigrana retorcida en vibrante rojo y azul, brillando como el metal, con un elaborado patrón y un eco de plumas en su tocado, dejando apenas espacio entre el borde de la máscara y sus labios perfectamente pintados, llenos y deslumbrantes.

El vestido era demasiado ajustado en el corpiño, demasiado bajo en el pecho y era la perfección.

Entonces, silenciosamente, levantó los brazos, extendiendo sus manos hacia su audiencia, con gracia, como si los estuviera invitando a entrar, para poder contarles sus secretos más íntimos, para que la amaran, como se merecía.

Para que pudieran amarla, como lo hacía él.

Toda la habitación pareció moverse, inclinándose hacia ella, y Malcolm

con ellos, como si hubiera tirado de una cuerda. No había nada que pudiera alejarlo de esa habitación en ese momento. Nada que pudiera alejarlo de esta mujer.

Ella era magnífica.

—¡Bienvenidos, amores! —dijo ella, sus labios curvados alrededor de las palabras llenas y orgullosas, su voz baja y lánguida. Familiar, y de alguna manera completamente extraña —Es encantador ser libre esta noche con ustedes.

Y fue entonces cuando Malcolm se dio cuenta de la verdad.

Esto podría ser parte de su actuación, sí. Y podría ser algo que él nunca había visto o conocido, pero era ella. Una parte de ella. Y no era una obligación. Se deleitaba con lo que hacía. La elevaba. Y luego, cuando ella abrió la boca y comenzó a cantar, se dio cuenta de que todos eran elevados por ella.

No fue sorpresa lo que cantó. Incluso allí, en la oscuridad, donde sabía que no podía verlo, sabía que ella cantaría para él, esa canción que había hecho eco en su memoria durante años.

—<"Aquí yace el corazón y la sonrisa y el amor; aquí yace el lobo, el ángel, la paloma. Dejó de soñar y dejó de lado los juguetes; y ella nació ese día, en el corazón de un niño">.

Pero lo que no sabía, era que había más, versos adicionales que eran melancólicos, hermosos, y que dolían.

—<"Se fue la flor y se fue el cuervo; se fue el futuro que prometió crecer. Adiós al pasado, al presente y al ahora; adiós a la nave, al ancla y al arco">.

Y entonces, lo encontró en la habitación oscura, volviéndose hacia él, conectados ahora, como siempre. Como habían estado esa primera noche, cien años atrás, mil, en un balcón en la oscuridad, destinados el uno al otro.

Por esa noche y por siempre.

—<"Así que nos acostamos y almohazamos nuestras cabezas; así que nos acostamos en el fresco de nuestras camas. Dejamos de soñar, y dejamos de lado los juguetes; y recuerda nuestros días en el corazón de un niño">.

La taberna estaba quieta y silenciosa como las nevadas, las notas llenaban cada rincón de la habitación, todo el público cautivado por su hermosa voz. Pero solo Malcolm estaba devastado por la canción.

Porque finalmente entendió.

El Gorrión no era un gorrión. Era un fénix. Resucitado de las cenizas del pasado. De su pasado. Ninguna de las cosas que habían roto estaba aquí.

Ninguna de las cosas que habían perdido. ¿Cuántas veces había hablado ella de la libertad? Aquí, en esta habitación, ella era libre.

Él finalmente entendió.

Cuando la música terminó y ella se inclinó, la sala estalló en aplausos ensordecedores y gritos de aprobación que hicieron temblar las paredes. Sin embargo, no se entretuvo con el brillo de los aplausos, en cambio, se volvió y empujó una pequeña cortina al costado del escenario, apenas perceptible.

Por supuesto, todos los hombres reunidos, y varias de las mujeres, querían más de ella. Malcolm se movió para evitar que la siguieran, cuando una mano lo detuvo.

—Hay seguridad —dijo Calhoun —Ella está a salvo.

Dos hombres enormes se ubicaron frente a la cortina, preparados para luchar por el Gorrión, por su Reina.

A él no le importaba. Él quería protegerla.

—Quizás deberías esperar —agregó Sesily.

Malcolm oyó el significado en las palabras. "Ella no te quiere". La ira le hizo decir a Calhoun:

—Esta no es su taberna, todavía. Eso es lo que querías decir. ¿No?

—No quise decir nada —El americano frunció el ceño a Sesily.

Sesily levantó un hombro y lo dejó caer.

—Me habías hecho enojar. Y además, es hora de que alguien los persuada.

—¿Los persuada? —Gruñó Caleb.

—No se está divorciando de ella, americano —dijo Sesily —La ama profundamente.

Su cuñada no estaba equivocada, pero esa conversación no lo estaba ayudando. Malcolm resistió el impulso de decirles a los dos que se callaran, por eso dijo:

—Tengo razón, ¿no es así? La taberna será suya.

El americano escupió la respuesta.

—Será de ella cuando pueda tomarla.

Malcolm negó con la cabeza. Las mujeres casadas no podían ser propietarias. Y no podían ser dueñas de negocios.

—Lo que nunca sucederá. Mientras esté casada conmigo.

Calhoun no tuvo que responder.

Para tener su futuro, ella tenía que olvidar su pasado. Lo cual era imposible, si él estaba con ella. Miró a Sesily, la única hermana que parecía remotamente dispuesta a perdonarlo.

—¿Por qué no me lo dijo? —Calhoun tampoco tuvo que responder

a eso.

Malcolm respondió por él —Porque no confiaba en que yo no jugara con ella —Ella no confiaba en él, punto. Y no había hecho nada más que demostrar que tenía razón, intrigando, planeando y organizando una maldita fiesta en el campo, para atraerla hacia él en lugar de decirle la verdad. Y arriesgarlo todo.

Todo lo que habían perdido de todos modos.

Nunca le había dado razones para confiar en él.

Sus palabras de esa mañana, ¿solo había sido esa mañana? Cristo, se sentía como si hubiera pasado una era, se hacían eco a través de él como su canción, dulce, honesta y melancólica. "El amor no es suficiente".

Hubo un tiempo en el que debería haberlo sido. Cuando él había sido todo lo que ella había deseado alguna vez. Todo lo que ella alguna vez había necesitado. Pero había estado demasiado ciego para ver que todo lo que ella había hecho, había sido para él. Para su familia. Para su futuro. Y cuando lo había entendido, ya había desaparecido.

Él asintió, sabiendo lo que tenía que hacer. Sabiendo que si no funcionaba, la perdería para siempre. Y sabiendo que no tenía otra opción.

Se dio vuelta para irse, y Sesily lo detuvo.

—¡Espera! ¡Haven! ¿Qué le decimos?

Él respondió sin mirar atrás.

—Dile que no me voy a casar con Felicity Faircloth.

Cruzó rápidamente el salón y salió a la calle, necesitando aire y un momento para pensar. Apoyó la espalda en la pared curva de adoquines, cerró los ojos y respiró hondo varias veces, el dolor fuerte en su pecho amenazaba con consumirlo.

Cuando los abrió, fue para encontrar dos hombres brutales de pie delante de él, uno alto, delgado, con una cicatriz perversa en la mejilla y un bastón que parecía que no estaba diseñado para ayudar en el

equilibrio sino para ayudar en una pelea, y el otro más petiso, más ancho, y con un rostro que evocaría una escultura romana, si no se viera tan cruel.

Parecían demasiado preparados para carteristas o peleadores ebrios, pero era Covent Garden, por lo que dijo:

—Si están buscando pelea, caballeros, debo advertirles que estoy más que dispuesto a dársela. Encuentren otro sujeto para molestar.

El hombre alto no dudó en su respuesta.

—No estamos aquí por ti, Duque —Malcolm no estaba sorprendido de que lo conocieran. Parecían el tipo de hombres que sabían bastante —Al menos, no hemos venido por ti. Pero ahora que hemos visto la forma en que peleas... —El hombre marcado deslizó su aprobación —No supongas que no estaríamos interesados en que lucharas para nosotros. —Bueno, eso fue contundente.

—Yo no lo estoy.

El otro, el del rostro guapo y cruel, habló en ese momento, su voz grave y rasposa, sonaba a desuso.

—Nah. Serías un perdedor en eso.

—¿Por qué sería eso?

El alto otra vez.

—Mi hermano quiere decir que hay dos tipos de luchadores; los que se destacan en la lucha pase lo que pase, y los que solo se destacan cuando algo que aman está en juego. Eres de los últimos.

Así, supo quiénes eran.

—Ustedes son la pareja que golpeó a Calhoun.

El alto se tocó la gorra y sonrió ampliamente.

—Solo un poco, ¿qué tal?, le dimos la bienvenida al vecindario. Calhoun se defendió, y bueno. Somos amigos, ahora.

Malcolm asintió, incluso mientras dudaba de cada palabra. Hizo una pausa, considerando a los dos hombres y todas las formas en que podría destrozarlos si se atrevieran siquiera a mirar a su esposa. Finalmente, soltó un pequeño gruñido y se inclinó.

—Tienen razón, saben. No soy imparcial cuando algo que amo está en la línea.

Y supongo que pueden decir eso porque están cortados de una tela similar.

Los hombres lo observaron con atención, pero no dijeron nada.

El duque mantuvo su furia y frustración en un rígido control.

—Escúchenme. Todo lo que amo está dentro de este lugar. Si algo le sucede, vendré por ustedes.

Hubo un latido de silencio, después de lo cual el hombre silencioso gruñó y el hombre alto dijo:

—Cristo, ojalá pudiéramos conseguirte un raund. ¡Piensa en el dinero que nos daría!

—Tiene otras peleas en mente.—acotó su hermano.

Dios sabía que eso era correcto. Hasta ese momento, Malcolm había luchado por sí mismo.

Era hora de que comenzara a luchar por ella.

26. Divorcio ducal: ¡Llegó el día de la decisión!

12 de octubre de 1836

Cámara de los Lores, Parlamento

—No lo veo.

Sesily se inclinó sobre la barandilla de la galería de observación y contempló la procesión de miembros del parlamento que se estaban presentando en la Cámara de los Lores, Sera ignoró la punzada de decepción que surgió en ella y acotó:

—No, no creo que esté allí.

—Bueno, todos pueden verte, así que eso es lo que importa — Seline señaló secamente cuando Sesily se enderezó y le dio la espalda a la sala.

—No me inclino a mostrar deferencia hacia un montón de hombres arcaicos y venerables, ¿sabes? No, a menos que le den a Sera lo que ella quiere.

—Lo que no sucederá —respondió Selesté, colocando su trasero perfecto en la barandilla y cruzando los brazos sobre su pecho. La posición colocó su parte posterior a la vista de todos los hombres de abajo, cosa que no pareció importarle —Clare dice que tiene la data de que no tienes los votos suficientes, Sera. Aunque, por supuesto, tienes el de Clare.

—Y el de King —intervino Sophie.

Sera sabía que no se iba a divorciar. De hecho, todavía estaba sorprendida de que tuviera un par de votos. Después de todo, Malcolm había pasado semanas trazando planes para evitar la disolución de su matrimonio, arruinando el verano de media docena de mujeres y el suyo también.

Mentira.

Era más fácil si imaginaba el verano arruinado. Si fingía que él no le importaba. Entonces, tal vez, no le dolería tanto que hubiera hecho lo que había prometido: desconocer su matrimonio y mantenerse alejado.

Durante tres semanas, se había mantenido alejado, sin contactarse y sin otro mensaje que el que le dio a Sesily en "El gorrión" después de casi destruir el lugar. No se casaría con Felicity Faircloth.

Parecía que tampoco se casaría con Lady Lilith, considerando que ambas mujeres, junto con Lady Emily habían regresado a Londres y al mercado matrimonial con el inicio de la nueva sesión del Parlamento,.

Sorprendentemente, la columna de chismes de "Noticias de Londres", ya las había proclamado como tres de las joyas más brillantes de la temporada.

Entonces, al parecer, Malcolm no se casaría con otra y, por lo tanto, no tenía intenciones de divorciarse de ella.

Tres días después de que su esposo dejara "El gorrión", sin decir una palabra, Sera recibió noticias del Lord Canciller, indicando que:

"El asunto de la disolución de su matrimonio con el Duque de Haven, por divorcio, se tratará en el piso de la Cámara de los Lores. Octubre duodécimo, 1836, a las once y media de la mañana."

No se le pidió que hiciera una declaración sobre su solicitud, ni se le permitió contratar a un abogado para el proceso. Las esposas no eran entidades legales, por lo que simplemente se le dio aviso de la fecha y la hora.

—Bien —había declarado Seline cuando Sera les había leído a sus hermanas la misiva —Al menos no perderemos nuestro paseo de la mañana.

Y por eso allí estaban, a cada una de las Peligrosas Talbot se les había permitido entrar a la galería de observación para sentarse junto

a su hermana, ya que allí, casi doscientos hombres nacidos en la pompa y el privilegio, decidirían su destino. Bueno, casi doscientos, ya que su padre, había ganado su título en las cartas, que, si uno pensaba demasiado en la situación actual, podría haber sido la razón por la que todos estaban sentados allí.

Los hombres de abajo se arremolinaban, aparentemente inconscientes de que su futuro dependía del equilibrio de su trabajo legislativo. Entraban y salían por dos puertas, una a cada lado del estrado. La puerta de la izquierda conducía al lobby, donde los señores a favor del divorcio del Duque y la Duquesa de Haven emitían sus votos por "Contenido". A la derecha, al Lobby "Sin contenido", donde ocurría lo contrario.

—Entonces, tienes al menos dos votos a favor del divorcio — señaló Selesté —

King y Clare están de tu lado. El problema es que ninguno de esos hombres ancianos con títulos crujientes, está interesado en que las esposas infelices puedan simplemente pedir el divorcio. Nuestros maridos, sin embargo, saben reconocer un error.

—Nunca lo he considerado un error —Sophie sonrió, mirando por encima de la galería de observación —Y, además, no tengo ningún interés en pedirle el divorcio —Hizo una pausa, y luego dijo sin aliento: —Nunca había visto a King

con su peluca. Es bastante...

—¿Travieso? —Ofreció Sesily.

—Iba a decir curioso. Pero travieso es una opción interesante — Ella inclinó la cabeza —¿Estoy traviesa? Es posible.

—¿Las pelucas hacen eso? —preguntó Seline, secamente —Crin de caballo con polvos, pasada a través de las generaciones. Muy elegante. Y oloroso.

Las hermanas se rieron a carcajadas. Las peligrosas Talbot, eso eran, pero Sera, no podía ignorar el apremiante debate del día, lo que tenía sentido, considerando que ese debate impactaría directamente

en su futuro y en su libertad.

No importaba que, de repente, con Malcolm desaparecido de todas partes menos de sus pensamientos, ella estuviera mucho más interesada en una de las puertas que en la otra. Por eso preguntó:

— ¿Estás segura que no está allí abajo?

Sesily giró y observó a los hombres que estaban abajo, una vez más.

— Es difícil de decir, con todas las pelucas y túnicas, pero no lo creo — Miró a Sera — ¿En verdad no creíste que estaría aquí? ¿No?, es decir, todo este procedimiento parece diseñado para demostrar eso. Él no te va a dar el divorcio, de modo que ¿de qué serviría que estuviera?

— Me prometió una votación.

— Él también te prometió amor y honor, y eso no funcionó bien.

— Seline — dijo Sophie bruscamente — Ella no necesita recordatorios de su pasado.

— También le prometí esas cosas — señaló Sera.

— Bah — Seleste agitó una mano — también prometimos obediencia, y ¿alguna de nosotras lo cumplió al pie de la letra? El punto es que esto es humillante. Si él insiste en mantenerte como esposa, entonces debería haber cancelado la votación, en lugar de hacer que todo el mundo vea como la pierdes.

Sera no podía estar en desacuerdo con la declaración, no le importaba si tenía la intención de pasar el día regodeándose con su victoria, pero ¿cómo lo haría? si no aparecía para regodearse con su victoria.

— Bueno, en cualquier caso, uno pensaría que vendría — respondió Seleste, uniéndose a Sesily para mirar hacia abajo al piso del Parlamento —

Sorprendentemente, Sera, parece que has recibido más votos que simplemente los de nuestros estimados cuñados, ¡Oh! Ahí está Padre, viene del lobby del "contenido". ¡Buen trabajo, papá! — Gritó, aplaudiendo y recibiendo la atención y la clara desaprobación de una

parte de la Cámara de los Lores —

Papá votó por ti, Sera.

Sesily se sumó al espectáculo y gritó:

—¡Vote a Seraphina! —Ella se volvió —Deberíamos haber hecho sombreros y carteles. Y una marcha.

Sera resistió el impulso de ocultar su rostro entre las manos cuando Seline agregó:

—No creo que una marcha hubiera ayudado.

—Uno nunca sabe —dijo Sophie, con una sonrisa.

—Uno lo sabe —dijo Seline, con la voz seca como la arena —A nadie le gusta una mujer intrépida.

—Y bueno, por eso nuestras reputaciones saltan por las ventanas y caen en el Támesis, —dijo Sesily, seca y divertida, tomando asiento junto a Sera y agregando, suavemente —sea lo que sea que hagamos.

Las Peligrosas Talbot se rieron en masa.

—Para todas las manos que va estrechando, uno pensaría que estaría un poco más a favor de un divorcio —dijo Seleste, un poco demasiado alto, a juzgar por la forma pomposa en que se aclararon la garganta varios de los caballeros de abajo, debido a su evaluación inapropiada y sumamente apropiada de Lord Grabeham. También le dio un guiño y una sonrisa encantadora a su atractivo esposo —Oh, sí, me gusta esa peluca.

—¡Seleste!

Seleste bajó la voz a un susurro.

—Bueno, es verdad.

—¿Qué parte? —Preguntó Sera.

Sus cuatro hermanas la miraron sorprendidas por un instante, antes de que Seleste respondiera, llena de honestidad, —Ambas.

Su risa colectiva resonó por el pasillo, y Sera descubrió que no le importaba. Si Malcolm no podía presentarse para a la maldita votación, podría pasar la mañana divirtiéndose. Después de todo, él todavía ganaría al final, ¿no es así?

También puedo ganar, se dijo Se tragó la idea, ya que no le gustaba el malestar que la recorrió.

—¡Mi Lord Canciller!

—¡Oh! ¡Mira! ¡Heiferbetter₋₁—tiene algo para decir! —anunció Sesily, y bajando la voz, agregó —Hombre odioso.(-1-)Heiferbetter: juego de palabras "VaquillaSuperior"

Sera no estuvo en desacuerdo con la evaluación.

—El Canciller reconoce al Lord Hoffenbetten, entonó el hombre que presidía la sesión.

—Solicito humildemente que se le recuerde a los que están en la galería de observación, que estamos en un lugar de gran importancia, decidiendo sobre una cuestión que afecta gravemente a uno de nuestros miembros, y que bien podría influir en el resto de nosotros de una manera que solo puede describirse como...

—¿Grave? —Preguntó Seline, y la palabra cayó al piso como plomo.

Lord Hoffenbetten miró a Seline con pura irritación y dijo:

—Sería.

El Lord Canciller respondió con total aburrimiento:

—Tranquilos, por favor, desde la galería.

El cuarteto de hermanas hizo lo que se les dijo, notablemente, tomando sus asientos en una línea sorprendentemente tranquila y colorida de mujeres, viendo a los miembros de la Cámara de los Lores entrar y salir a través de sus respectivas puertas para emitir su voto, y posiblemente terminar con la esperanza de su hermana de un futuro que no viviera a la sombra del pasado.

Después de largos minutos de silencio observacional, Sesily dijo en voz baja, —Sera, hay muchos más hombres votando "contenido" de lo que hubiera esperado.

Seleste se inclinó y susurró:

—He estado contando, y... bueno, no deseo darte falsas esperanzas... pero creo que podrías tener una oportunidad de luchar,

Sera.

Sera asintió, incapaz de apartar su atención de la puerta del vestíbulo de "contenido", donde un flujo interminable de caballeros, lo más jóvenes que podía recordar de sus primeras temporadas, volvía después de haber votado a favor de su divorcio.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—Puede suceder —dijo en voz baja, más para sí misma que para las demás, pero las hermanas Talbot siempre habían estado conectadas por algún tipo de vínculo inquebrantable en momentos como este.

Sophie tomó su mano, apretándola fuertemente.

—Sera.

Y fue entonces cuando vio al marqués de Mayweather. La memoria se estrelló contra ella, tan desgastada, que parecía haber sucedido hacía décadas y no solo tres años atrás. La noche que conoció a Malcolm, en el balcón de la casa Worthington, había estado con Mayweather, lamentándose por las fallas del matrimonio, regañando al marqués por haberse enamorado.

Ella miró a sus hermanas.

—¿Está casado el Marqués de Mayweather?

La confusión floreció en sus rostros antes de que Sesily dijera, tan delicadamente como Sesily podía decir algo:

—Tal vez deberías esperar hasta que estés realmente divorciada, antes... —hizo un gesto con la mano en el aire —...de mirar a otro hombre tan fijamente.

Sera negó con la cabeza.

—No quiero casarme con él, Sesily. Tengo curiosidad.

—Oh. Bien.

—Está casado —le ofreció Sophie —La marquesa frecuenta la librería.

—Helen —dijo Sera —Su nombre es Helen.

—Bueno, solo la llamé lady Mayweather, pero sí, creo que sí, es

Helen. ¿La conocías? ¿De antes?

Ella negó con la cabeza, apenas hablando por encima de un susurro, distraída por el hombre de abajo.

—Supe de ella. Que él estaba enamorado —Se distrajo por el hecho de que el marqués ingresó en el Lobby de "contenido". El votó por el divorcio. ¿Por qué?

¿No debería estar del lado de su amigo? —A ella le gustan los gatos —dijo, vagamente. Casi sin notar lo que estaba diciendo.

Si Malcolm no quería el divorcio, ¿no pediría a sus amigos que votaran por él?

—También me gustan los gatos —dijo Sesily —¿Alguien ha visto a Lady Felicity desde que regresó a la ciudad? Estaba tan feliz de que me devolviera a Brummell. Deberían invitarla a cenar.

—Podrías invitarla a cenar tú —dijo Seleste.

Sesily negó con la cabeza.

—Nadie permitirá que su hija soltera se haga amiga mía — Después de los eventos en "El Gorrión", el nombre de Sesily había quedado grabado en los periódicos, y sus padres amenazaban con enviarla lejos de Londres para restaurar su reputación. Como si tal cosa fuera posible.

—Sophie debería invitarla. Ella es la más respetable de todas nosotras.

—Oh, sí —sonrió Seleste —Ella nunca ha hecho nada escandaloso.

—Bueno, su escándalo terminó en un marquesado.

Mientras Sera observaba, otro hombre salió del Lobby de "contenido", deteniéndose para hablar con otros en un grupo muy cerrado. No podía distinguirlos, pero le parecían terriblemente familiares.

—¿Sera? —dijo Sophie en voz baja, como si pudiera sentir lo que Sera estaba pensando.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

Sophie se volvió para mirar.

—El grande es el duque de Lamont. El jengibre alto es el conde de Arlesley. Y el guapo, es el marqués de Bourne. Ellos tienen un club.

No cualquier club, ellos eran dueños del club de Haven.

Y estaban votando por el divorcio.

Algo estaba sucediendo. Su aliento se disparó a su pecho. Algo estaba en marcha, y no podía descubrir que era. ¿Dónde estaba Malcolm? ¿No pondría su voto? ¿Por qué no? ¿Por qué la dejó sentarse en la galería y esperar los resultados como si esperara la guillotina?

Habían pasado tres semanas desde que lo había dejado, durmiendo en Highley, y él la había dejado en "El Gorrión". Sera lo había visto allí, entre la audiencia. Había sido imposible no verlo, y no solo porque él y su hermana se habían confabulado para destruir una mesa, varias sillas del salón, y habían enviado a cuatro hombres maltratados y magullados al suelo.

Lo había visto en el momento en que entró.

Pero Malcolm había desaparecido, como si esa noche nunca hubiera acontecido. Que era, supuso Sera, lo que ella siempre había esperado que él hiciera. Excepto que, una vez hecho, parecía no querer eso en absoluto. Él había desaparecido y, de alguna manera, todo lo que ella quería, era verlo.

¿Por qué no estaba aquí?

—Sera —dijo Sophie su nombre por tercera vez. Cuando la miró, fue para descubrir a su hermana menor, mirándola cuidadosamente —¿Aún lo amas?

La pregunta era casi demasiado.

Por supuesto que lo amaba, ¿no? Lo había amado por años. Había sido lo que se había prometido a sí misma en los años que no había tenido nada. Después de haber perdido todo, el matrimonio que había soñado, el marido que había amado, el hijo que había dado a luz, el futuro que había imaginado. Y cuando había huido, incluso había perdido a estas mujeres, sus hermanas.

El divorcio era cerrar la puerta a toda esa pérdida y darle la oportunidad de comenzar de nuevo.

—Todo lo que he amado se ha convertido en basura. Todo menos "El Gorrión".

Durante casi tres años, la única vez que Sera había sido feliz había sido en el escenario, primero, en Boston como La Paloma y luego aquí, como el Gorrión. En el escenario, ella siempre se había encontrado a sí misma.

Y si no tenía nada más, al menos tenía eso.

—No puedo ser el Gorrión y la Duquesa. Yo nunca quise serlo. Pero ahora... —Dejó que las palabras se calmaran.

—¿Pero ahora...? —Sophie siempre vio la verdad antes que el resto de ellas.

Sera miró al piso muy abajo, ausente de Malcolm. Pensó en las últimas tres semanas, ausentes de Malcolm. ¿Dónde había estado él? ¿Por qué había decidido no estar aquí? ¿Por qué no la había perseguido? Había pasado los últimos tres años persiguiéndola. Había viajado por el continente. Había navegado cruzando el océano hasta Boston. La había buscado.

Él la amaba.

Incluso cuando creía haber perdido todo, la amaba.

Y ahora, él se había ido.

Y sintió, de alguna manera, como si estuviera perdiéndolo todo de nuevo, y esta vez, no estaba segura de que "El Gorrión" la salvara.

—Mis lores, los votos se contaron —la voz del Lord Canciller retumbó desde su lugar en el otro extremo de la sala. —Y estoy sorprendido y no sorprendido de que el resultado sea un empate. Ochenta de mis lores han emitido un voto de "contenido" y ochenta votos "sin contenido".

Sera contuvo el aliento en estado de shock mientras los aristócratas reunidos allí, carraspeaban, tosían o emitían disimuladas carcajadas y varios gritaban su descontento a quien quisiera escucharlos.

—¿Un deshonesto empate?

—¡Como si no fuera suficiente que desperdiciáramos un día votando un maldito divorcio!

—¡El hombre debería encerrar a su esposa, eso es lo que debería hacer!

—¿Quién dijo eso? —Seline se inclinó sobre el borde de la barandilla —Quiero estar segura de invitar a tu pobre esposa a tomar el té, ¡tal vez podamos convencerla de que la disolución matrimonial es una meta digna!

Los hombres que estaban debajo golpearon y bramaron, no les gustaban las mujeres descaradas de arriba.

—¿Uno se pregunta por qué Haven querría tener algo que ver con ustedes?!

¿Cómo podría cualquier hombre compartir su suerte con un grupo tan horrible?!

El marido de Sophie se puso de pie y saltó a la refriega, el marqués de Eversley, con la túnica y la peluca, era intimidante.

—¡Dilo otra vez! —Tronó.

Continuaron los gritos, la habitación explotó con la locura contenida que proviene solo de las payasadas parlamentarias.

Y todo el tiempo, Sera se preguntaba shockeada:

—¿Cómo que es un empate? —Miró a sus hermanas —¡Nos aseguraron que no tenía los votos necesarios! —Su mirada se posó en el Marqués de Mayweather, que parecía extrañamente tranquilo. Al igual que los propietarios del club de Malcolm y varios otros miembros del lobby del "contenido".

Sesily Talbot no estaba contenta, sin embargo. Se puso de pie, agarrándose a la barandilla que la protegía de caer sobre la multitud de lores de abajo.

—Oh, por el amor de Dios, Lord Canciller. ¡Díganos! ¿Qué pasa ahora?

Lo que sucede es que viene Malcolm.

Y como si Sera lo hubiera convocado con sus pensamientos, las enormes puertas en el otro extremo de la habitación se abrieron de golpe, el sonido hizo eco a través del silencioso pasillo, apaciguando el disturbio. Y allí estaba Malcolm, tranquilo, imperturbable, como si fuera un día perfectamente normal, y su esposa no estuviera sentada en la galería esperando oír sobre su futuro.

—¿Si me permite, Lord Canciller?

Sera se lo devoró, maravillada por cómo podría haber pasado años sin verlo y ahora, tres semanas la habían hecho desesperar por él.

—Llega tarde, Duque Haven —declaró el orador —Lo cual no es un pequeño desliz, teniendo en cuenta el tema del día. Además, su vestimenta inapropiada, insulta las costumbres de la Cámara de los Lores.

Él no estaba usando su túnica. O su peluca.

—Me disculpo —dijo —Estaba cazando votos.

Sera enfrió su ardor al escuchar esas palabras.

—Bueno, ha hecho un mal trabajo, ya que el conteo es un empate.

¿Esa era una sonrisa en sus labios? No podía apartar la mirada de esa expresión, ni feliz ni triste. ¿Qué estaba pasando?

—Ah. Bueno. Tal vez, como ahora estoy aquí, ¿podría emitir un voto verbal?

El orador hizo una pausa.

—Eso es poco ortodoxo.

La habitación estalló en un coro de puños y siseos.

—Dejen que el hombre hable —se oyó un grito desde algún lugar debajo de ella.

Y luego Mayweather dijo:

—Tiene derecho a votar sobre su propio matrimonio, ¿no?

—Lo tiene —dijo en voz baja.

Sus hermanas la escucharon. Sophie se giró para mirarla.

—Quieres que vote.

Si votara, sería para mantener su matrimonio intacto.

Sí.

El shock la recorrió, y asintió, el movimiento apenas estaba allí, tan pequeño que nadie debería haberlo visto. Por supuesto, sus hermanas lo vieron, y comenzaron a gritar y aullar, golpeando con sus manos la barandilla de observación y llamando la atención de Malcolm hacia el nivel superior del Parlamento. Cuando la encontró, la miró a los ojos sin dudarle, y ella vio allí, todo. Amor. Pasión. Convicción.

Él la quería y haría cualquier cosa por retenerla.

Y en ese momento, se dio cuenta, que ella sentía lo mismo.

—No creo que ahora obtengas tu divorcio —dijo Sophie, apretando su mano.

—Pero parece que podría estar teniendo un gran gesto —dijo felizmente —Le dije que me gustaba un gran gesto.

—Muy bien entonces, Haven, siga adelante —dijo el Lord Canciller con más que un hilo de irritación en su tono. Parecía haber aceptado la informalidad parlamentaria.

Haven se movió al centro de la cámara, elevó la vista, su mirada se clavó en ella, y de alguna manera, todo el Parlamento desapareció, como si estuvieran los dos solos en algún lugar privado y perfecto. El salón de estrellas bajo el agua en Highley. El escenario del Gorrión en la madrugada. En algún lugar donde el mundo no podía verlos.

Ella contuvo el aliento, esperando que él hablara.

—Te amo. Un coro de fieras irritadas sonaron alrededor de la habitación mientras los lores de toda Gran Bretaña se daban cuenta de lo que estaban presenciando, pero Sera descubrió que no le importaba ni un poco. Se puso de pie, agarrándose a la barandilla de la galería de observación en busca de apoyo, deseando estar lo más cerca posible de él para lo que estaba por venir.

Especialmente cuando siguió hablando.

—Supe que quería casarme contigo desde el momento en que te conocí, cuando me diste una lección por insultar los motivos por los que las mujeres querían el matrimonio. Estuviste magnífica —Señaló

—Mayweather estaba allí.

Él también lo habría pensado, solo que ya estaba enamorado de Helen.

Sus hermanas ofrecieron pequeños suspiros de placer, por lo que Sera supuso que el marqués había hecho algo hermoso al respecto, pero estaba demasiado ocupada mirando a su marido, que se movía hacia ella, como si no estuviera diez pies debajo. —¿Recuerdas lo que te dije esa noche?

—Dijiste que el amor es una gran falacia.

Varios de los hombres reunidos parecían estar de acuerdo.

Malcolm asintió.

—Sí, eso dije. Y ni diez minutos después, me había arrepentido.

Su corazón latió con fuerza. Ella también lo había hecho. Había estado planeando buscar a este legendario duque elegible, y luego había tropezado con él, y había sido perfecto. Y casi había estado decepcionada de que él fuera el mismo hombre que había pensado atrapar.

—¿Recuerdas la primera canción que me cantaste?

Por supuesto que sí. Y él lo sabía. La había cantado la última noche en "El Gorrión".

—Lo hago.

Malcolm había llegado a la primera de varias filas de asientos que los separaban, todos poblados de lores ataviados con túnicas.

—Cuidado, Haven —gruñó uno de ellos.

Él no pareció escucharlo.

—<"Ella nació ese día en el corazón de un niño">. Siempre pensé que era por ti.

Que te encontraste en mí —Las lágrimas pinchaban en sus ojos — Pero a medida que pasaron los años, me di cuenta de que era un pensamiento tonto.

Porque ¿qué hay de él? ¿Qué hay del niño, nacido ese mismo día, en el corazón de una niña?

Las palabras estaban llenas de emoción, y los nudillos de Sera se volvieron blancos con la fuerza que usó para agarrar la barandilla.

—¿Y el niño que no había conocido el sol hasta que la había visto?
¿Ni la luna?

¿Ni a las estrellas? —se quedó quieto, mirándola, su mirada rastreando cada centímetro de su rostro mientras ella hacía lo mismo, deseando estar más cerca.

Debió haber deseado lo mismo, porque se movió entonces, trepando a los pesados bancos de abajo, sin preocuparse por los venerables muebles, ni por los venerables aristócratas que tuvieron que apartarse del camino o verse pisoteados por el duque de Haven. Parecía que solo le importaba acercarse a ella.

—Aquí viene —susurró Sesily.

Sera se inclinó para observarlo mientras él alcanzaba los pilares incrustados en la pared de abajo y, sin vacilar, comenzaba a escalar la pared.

La habitación se quedó sin aliento en un shock colectivo, una docena de hombres en el suelo estallaron en una furiosa censura, y dos directamente trataron de alcanzarlo, como si pudieran detenerlo.

No podían. Era demasiado rápido, demasiado fuerte, y demasiado perfecto, echando una pierna sobre la barandilla mientras Seleste y Sophie retrocedían para dejarle espacio mientras Sesily gritaba su emoción desde varios metros de distancia.

Al menos, Sera estaba bastante segura de que era Sesily. Ella no estaba dispuesta a apartar la mirada de Malcolm para estar segura. Entonces él estaba parado frente a ella, con el aliento agitado tras el esfuerzo por... Dios mío... haber escalado una pared del Parlamento inglés.

El duque extendió una mano hacia su duquesa, los dedos le temblaban mientras colocaba un rizo rebelde detrás de su oreja, dejando un rastro de fuego tras su toque. Cuando habló, su voz estaba cargada de emoción.

—¿Y el niño que no podía dejarla ir?

Surgieron lágrimas, calientes e inesperadas.

—Ese siempre fue el problema —le dijo —No me dejas ir. —O tal vez era porque no la mantenía lo suficientemente cerca. Ya nada tenía sentido. Excepto esto.

Él, aquí, tocándola.

Sacudió la cabeza.

—Yo fui un bastardo. No me di cuenta que mientras más cerca te sujetaba, más lejos querías volar. No comprendí que querías tomar vuelo. Yo era joven, estúpido, y Dios sabe que hice cosas de joven estúpido, una de las más graves fue jurar que nunca te dejaría ir.

Hizo una pausa, ella anhelaba a la bella e inquieta joven que había sido, pero que había hecho todo mal.

—Incluso cuando volviste, juré que nunca te dejaría ir, Sera, porque nunca dejé de desear que te hubieras quedado.

Pero ella tuvo que irse, y así había arruinado tanto.

Era como si él pudiera escuchar sus pensamientos.

—Sé que crees que hemos fallado, mi amor, pero no lo hicimos. Yo fallé. Te fallé.

Sera negó con la cabeza, las lágrimas llegaron velozmente.

—No.

No era cierto, por supuesto. Ambos habían fracasado, y ambos habían triunfado. Eran mejores por sus pérdidas, por sus riesgos, por el mundo que habían dejado atrás y por el nuevo que habían construido.

En realidad no habían fracasado.

Porque ellos habían amado.

Amaban.

Levantó su otra mano, sosteniendo firmemente su cara entre las palmas, y habló como si el mundo entero no estuviera mirando.

—Pensé que si te perseguía el tiempo suficiente, lo suficientemente lejos, y te obligaba a mantenerte lo suficientemente cerca de mí, podría

convencerte de que había cambiado. Que podríamos comenzar de nuevo. Pero no puedo hacer eso y darte tu libertad, que es todo lo que siempre me has pedido, y todo lo que siempre te he negado. Porque he sido un bastardo desde el principio.

Nunca, ni una vez te merecí.

—No, Malcolm.

—Si amor. Estoy harto de perseguirte. Estaré feliz de encontrarte por la noche, en las estrellas. —Hizo una pausa, y ella jadeó, dándose cuenta de lo que estaba a punto de hacer. —Nunca habrá otra para mí. Pero no es mi decisión la que importa; es la tuya. Y si no quieres lo que puedo ofrecerte, prefiero darte la libertad, la que deseaste desde el principio. La que necesitas para comenzar de nuevo. Para conseguir tu felicidad en otro lugar. Con... —Hizo una pausa, y luego agregó —... con alguien más. Alguien en quien puedas confiar. Alguien en quien creas.

Él le había robado el aliento; ahora le corrían las lágrimas, caían por sus mejillas y no podía detenerlas.

Te creo.

Ya es suficiente. Eres tú.

Pero el añadió en un susurro:

—Como todavía estamos casados... —entonces la besó, frente a sus hermanas y al Parlamento, en medio de vítores aprobatorios y gritos de desaprobación que para ellos, se desvanecieron con la caricia, larga, persistente, hermosamente suave. Y triste. Porque se sintió como un último beso.

Se sintió como un adiós.

Cuando terminó, presionó su frente contra la de ella.

—Solo quiero que seas libre, amor. Solo quiero que seas feliz. Solo quiero que elijas tu camino y que sepas que te amaré más por ello — dijo en voz baja, como si pudiera liberarla, como si ella fuera un pájaro entre sus manos, y la dejara volar hacia el cielo.

—Te amaré por siempre. —¿Qué estaba haciendo?

Y luego la soltó, volteándose con total convicción y elevando su voz a la Cámara de los Lores.

—Mi Lord Canciller, yo voto "contenido".

Y, así, estaban divorciados.

27. Cada duquesa tiene su día...

Dos horas más tarde, Malcolm ingresó a sus oficinas parlamentarias para descubrir que su ex esposa acampaba dentro.

Se detuvo un paso dentro de la sala, la puerta abierta y el pestillo en la mano. Entonces la observó, encaramada en el asiento empotrado en la ventana que daba a St. Paul, con las rodillas dobladas hacia el pecho, envueltas con sus brazos. Mirando hacia afuera. Quieta y hermosa a la luz del perfecto día de octubre.

Y aquí.

Gracias a Dios, ella estaba aquí.

Cuando habló, no apartó la mirada del horizonte, de la ciudad, con el rostro en ese ángulo podía disfrutar de su perfecto y dorado perfil.

—Me imagino que hoy los miembros de la Cámara de los Lores no están felices contigo, Duque.

Cerró la puerta y le dio la espalda, temeroso de que si se acercaba más, ella desaparecería y él estaría solo otra vez. Ya no estaba atada a él, después de todo. Podía irse y nunca regresar.

—Muchos de ellos no, no lo estaban. —Malcolm había pasado las últimas dos horas enfrentando la ira y la desaprobación de los ochenta miembros de la aristocracia que habían votado en contra de la disolución de su matrimonio. —

Crean que le hemos faltado el respeto a la institución.

—¿A la institución del matrimonio? ¿O a la institución del Parlamento?

—Un poco a ambas.

Su pequeña exhalación podría haber sido una risa.

—¿Solo un poco? Estuviste vestido vergonzosa e inadecuadamente en el piso de la Cámara de los Lores, Su Gracia.

—Curiosamente, nadie parecía estar interesado en eso.

—Supongo que estaban más preocupados en que hayas escalado la pared y que me hayas besado.

—Sí —respondió —Pero eras mi esposa en ese momento, así que creo que estaban más irritados porque cuando se publiquen las noticias, todos tendrán que hacer algo similar con sus propias esposas.

—No lo recomendaría, —dijo —tales gestos grandiosos a menudo terminan en divorcio.

—¿Demasiado a menudo? —Él daría cualquier cosa para que ella lo mirara.

Para que se voltease, lo enfrentara y le dijera todo lo que estaba pensando.

Entonces ella lo hizo, lo miró y lo capturó. Como lo había hecho alguna vez y dijo:

—Cien por ciento del tiempo.

Le tomó todas sus fuerzas no ir hasta ella. Había prometido dejar de perseguirla. Había prometido dejarla hacer sus propias elecciones.

—Que terribles probabilidades.

Ella entonces sonrió, una sonrisa pequeña y perfecta.

—Estás loco.

—No eres la primera en hacer esa evaluación en el día de hoy.

Ella se giró nuevamente, levantando una mano hacia la ventana, trazando con uno de sus dedos un círculo en el cristal. Estuvo en silencio tanto tiempo que Malcolm no estaba seguro si volvería a hablar, y se dio cuenta de que no le importaba si se quedaban a vivir allí, para siempre, en silencio, mientras vivieran allí, juntos.

Y luego dijo:

—Los marineros en el barco que se dirigía a Boston me llamaron "la Paloma".

Inhaló bruscamente ante las palabras, suaves y hermosas, nebulosas de su memoria. Ella sonrió, melancólica a la luz del sol. — les caí bien.

—De eso, no tengo dudas —dijo, odiando a esos hombres por

tenerla en el momento en que él la estaba buscando desesperadamente.

Ella sacudió su cabeza.

—Así no. Yo estaba... —se detuvo, buscando el final correcto —... estaba triste.

No podría haber dejado de moverse hacia ella, aunque hubiera tenido en contra la fuerza de diez hombres. Pero, milagrosamente, cuando llegó a la ventana, encontró una manera de resistirse a tocarla, se quedó apoyado en la jamba, en lugar de sentarse en la silla junto a ella, queriendo reclamarla pero sabiendo que no debía hacerlo, sabiendo que si lo hiciera, podría detener su relato y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para evitarlo.

Sera no apartó la mirada de la ciudad más allá de la ventana.

—Estaba triste y apenas dormía, así que caminé. Las primeras noches me dijeron que no podía estar en cubierta, que era demasiado peligroso.

—Fue un cruce al Atlántico en febrero —Incluso decir las palabras lo puso nervioso. Podría haberse enfermado horriblemente. O peor. Detestaba la idea de ella en ese aterrador viaje, arrojada por el mar, amenazada por los elementos. Sola.

Él debería haber estado con ella.

Para empezar, ella nunca debería haber estado allí.

Si solo hubiera sido menos tonto.

—Suenas como ellos —sonrió —No soy tan frágil.

—No —estuvo de acuerdo —Eres belleza y acero.

Reanudó su historia.

—Principalmente, no me querían en la parte superior porque yo era una mujer, y las mujeres traen mala suerte cerca de las velas.

—Me imagino que no estabas creyendo en esa superstición.

Ella entonces rió, sensual y suavemente, Malcolm sintió el sonido en su estómago.

—No lo creí, de hecho. Yo quería estar al aire libre. Me gustaba el

frío, era entumecedor. Entonces, me resistí a que me obligaran a mantenerme abajo.

El placer lo recorrió por dentro. Por supuesto que sí. Valiente y fuerte, como siempre.

—No tengo dudas al respecto.

—Entonces, canté.

—"La Paloma". —El nombre que los marineros le habían puesto.

—Dijeron que era porque yo solo cantaba como en un velorio.

Cerró los ojos, odiando las palabras y el conocimiento que venía con ellas. Conocimiento, memoria y arrepentimiento. Debería haber estado allí para abrazarla mientras ella lloraba. Para amarla a través de su pena.

Se deberían haber amado uno al otro a través del dolor.

Ella continuó.

—Luego llegué a Boston... encontré a Caleb, ante la insistencia de algunos de los marineros que lo conocían, y sabían que él y yo haríamos un buen equipo —

Abrió los ojos, y encontró su mirada clavada en la suya, impresionantemente azul, brillando con conocimiento y algo más, algo como una promesa —¿Te gustaría saber por qué conservé el nombre?

—Sí —Más que nada.

—Porque las palomas se emparejan de por vida, y sabía que nunca habría otro para mí.

Las palabras lo debilitaron, empujándolo hacia ella, desesperado por estar más cerca, y aun así, temeroso de tocarla. Aterrado de apresurarla.

Apretó los puños con la fuerza suficiente para tensar los músculos de sus dedos. Él podía esperar. Esperaría toda la vida si tuviera que hacerlo.

Sera no apartó la mirada, parecía sacar fuerzas de la verdad. Libertad de la misma.

—Cuando hicimos el viaje de regreso a Londres, me sentía más feliz. Más confiada. Más poderosa. Y cuando subí a cubierta, ignorando la superstición una vez más, canté, y mis canciones no eran tan melancólicas. Los marineros me enseñaron sus canciones de mar, cuanto más picantes mejor. Ampliando mi repertorio.

—Me gustaría escucharlas.—Era verdad. Quería tumbarse en la hierba en Highley, dejar que la brisa del verano los bañara y llevara sus canciones obscenas a todos los rincones de la tierra.

—Conozco una sobre un muchacho de Glasgow que te hará sonrojar.—Sonrió melancólicamente y miró por la ventana. Después de una pausa, dijo: —

También me dieron un nombre en el barco de regreso.

—"El gorrión".

—Dijeron que les hice soñar con las chicas que los esperaban en casa. Pero el hogar no es lo único que representa el gorrión —Ella lo miró —Los marineros jóvenes a menudo se tatúan gorriones en sus brazos. Representando la libertad —Su aliento se quedó en su garganta —Libertad para ir a donde elijas y ser lo que elijas. Libertad para cerrar una puerta y abrir una nueva, para hacer tu hogar en el lugar que elijas. —Hizo una pausa. Luego, suavemente, dijo: —

Libertad para olvidar.

Él esperó, mordiéndose la lengua, negándose a hablar, desesperado para que ella continuara.

Finalmente, lo hizo.

—Dios mío, Malcolm. ¿No lo ves? No elegí el gorrión por ti. O por América, o por Caleb, o por cualquier otra cosa. Lo elegí porque no te tenía. Porque no pensé que volvería a tenerte nunca más. —Él escuchó las lágrimas en su voz cuando añadió: —Porque no pensé que alguna vez me perdonases, así que traté de olvidar —Suspiró largamente, temblando, mientras luchaba contra el recuerdo —Intenté con todas mis fuerzas olvidarme de todo. Y lo único que hacía era recordarte más. Me dije que "la Paloma" era el vestigio de mi pasado.

Y me prometí a mí misma que "el gorrión" sería la promesa de mi futuro.

Entonces, lo miró, sus ojos brillando con lágrimas derramadas — Cuando todo el tiempo, era los dos.

Malcolm no pudo contenerse más, se sentó a su lado, extendió la mano hacia ella y la colocó en su regazo, entre sus brazos. Ella se dejó, sin dudarlo.

—Malcolm, —le susurró a su pecho mientras la envolvía, presionando besos en su cabello —Lo siento mucho —dijo ella —Por todo.

Estaba llorando y él no podía soportarlo, levantando su rostro hacia él, besando sus mejillas, bebiendo sus lágrimas le susurró, —No, Ángel. La culpa es mía. Me arrepiento por todo. Nunca te dije cuánto te amaba. Nunca te mostré cuánto ansiaba conocerte. Ni siquiera me amigué con tus hermanas, quienes me gustan más de lo que deberían, por cierto.

Ella se rió entre lágrimas al oír eso.

—Ellas son gigantes en su unión.

Él se apartó, se encontró con su mirada y serio le dijo:

—Hubo muchas cosas que nunca te dije. Tantas que deseo decirte ahora. Por siempre. —y le dijo entonces, susurrando, todas las cosas que quería decirle.

Qué era hermosa, qué era perfecta, cómo la amaba. La besó entre las palabras, suave y dulcemente, secándole las lágrimas con los labios y los pulgares, cubriendo su cara de besos, hasta que encontró sus labios nuevamente, suaves, dulces y perfectos.

Se demoró allí, presionando sus labios larga y dulcemente mientras la colmaba de promesas.

—Te amo —susurró como en una plegaria. Un beso —Te necesito —Otro —

Quédate conmigo —Otro, otro, y otro más, hasta que las lágrimas de Sera desaparecieron y ella se aferró a él, obligando a sus labios a

presionar con más fuerza, a que sus besos duraran más tiempo, a que quemaran más.

Sin embargo, antes de que pudieran consumirlos por completo, Sera lo detuvo, respirando pesadamente, alejándose, muy poco, hasta donde él la dejaba ir.

—Te divorciaste de mí.

El asintió.

—Quise...

Ella detuvo sus palabras con un beso.

—Sé lo que querías. Querías darme mi libertad. Querías darme mi elección.

—Y ahora, quiero ponerme de rodillas y rogarte que me elijas.

Ella lo miró profundamente a los ojos, sonrió, pura y honesta, y enviando alegría y placer a través suyo.

—Esa es una oferta hermosa y tentadora. Pero me temo que no deseo elegir. Lo quiero todo.

—Puedes tener "el Gorrión", Sera. Es tuyo ahora. Calhoun tiene los papeles.

Todo lo que necesitas hacer es firmarlos.

Ella sacudió su cabeza.

—¿Y qué hay de ti?

—No necesitas papeles para poseerme. Sencillamente, te pertenezco. —La besó de nuevo, larga y persistentemente, hasta que sus labios se separaron y continuó: —Me tienes. Aquí. Ahora. Y siempre. Como sea.

—Haces que para una chica sea muy difícil cazarte.

Las palabras, su significado en ellas, vibraron a través de él.

—¿Quieres cazarme?

—Si no te importa mucho, Duque.

—Para nada, Duquesa.

Ella se retiró al instante, mostrando falsa desaprobación.

—Ex duquesa. Ahora, soy una simple dama. E incluso ese título es

cuestionable. —Bajó la voz a un susurro —Ya sabes, soy una mujer divorciada ahora. Y soy dueña de una taberna.

—Ah —dijo Malcolm, acercándose nuevamente y mordiendo su mandíbula, mientras ella envolvía los brazos alrededor de su cuello — Eso suena terriblemente escandaloso.

—Oh, absolutamente. Bueno, esta mañana escandalicé a la Cámara de los Lores.

—¡Qué coincidencia, yo también lo hice!

Ella sonrió.

—Te sorprendería saber lo que el divorcio le puede hacer a una persona buena y honrada.

—Estoy seguro de que lo haría —bromeó, amando la sonrisa en sus labios —

¿Por qué no me lo muestras, ahora?

—A su debido tiempo. Pero primero, debería decirte que he estado leyendo un poco desde que me abandonaste.

—Me abandonaste primero —dijo.

—Sí, pero tú destruiste mi taberna y luego me abandonaste.

—Tenía que convencer a ochenta miembros del Parlamento para que se pusieran del lado de una duquesa, en un proceso de divorcio. Esa no es la tarea más fácil. El número de vales que he repartido es asombroso.

Ella rió.

—Discutiremos todo eso más tarde. Pero primero, quiero contarte lo que he aprendido.

Mientras permaneciera entre sus brazos, podía recitarle las resoluciones de las sesiones parlamentarias de la temporada pasada, por lo que le importaba.

—Hazlo por favor.

—Me he estado torturando leyendo acerca de las Pléyades —él estaba fascinado y sus dedos jugaron con su pelo mientras ella continuaba —Verás, Merope es la única de las Siete Hermanas que no

se puede ver sin un telescopio. ¿Sabías eso?

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—Sí, lo sabía.

—Por supuesto que sí. Y te digo que me gustaría mucho tener un telescopio y echarle un vistazo —Él le compraría un telescopio ese mismo día. Él construiría un maldito observatorio —Dicen que está ocultando su rostro avergonzada porque todas sus hermanas se casaron con dioses y ella amaba a un mortal.

El asintió.

—Así es.

—Pero... creo que están equivocados. Creo que no se ve, porque está mirando hacia otro lado, hacia su felicidad. Creo que está buscando en el cielo, esperando encontrarla. Y.... —Hizo una pausa, las palabras lo atraparon —... si solo se volteara, vería que Orión ha estado allí, todo el tiempo, esperando para hacerla feliz.

Él asintió, las palabras raspando en su garganta.

—Él solo quiere su felicidad.

Su mirada azul encontró la suya.

—Y su amor, espero.

—Cristo, sí. Su amor.

Las lágrimas brillaban en sus ojos.

—Debo decirte que estoy aquí por más que eso.

Cualquier cosa. Le daría cualquier cosa.

Ella se bajó de su regazo y él sufrió por la pérdida, hasta que se paró frente suyo, y se dio cuenta de lo que estaba usando. Su túnica ¿Cómo no lo había notado antes? ¿Y cómo era que ahora que lo había hecho, estaba seguro de que nunca había visto algo tan impresionante en su vida?

—No quería ir a casa a buscar algo para ponerme.

—Recuerdo que llevabas un vestido perfectamente respetable antes dijo, inclinando la cabeza. ¿Qué estaba haciendo?

Una sonrisa tímida jugó en sus labios mientras tocaba el cierre de

la túnica.

—Sí, pero pensé que algo rojo sería más apropiado.

¿Cómo no?, Malcolm estaba fascinado con ella, volvió a mirarla a la cara, extendió la mano, la tomó por la cintura y la colocó, entre sus piernas, le robó sus labios una vez más, mientras buscaba la apertura de la túnica. Y luego, gruñó:

—Esto me recuerda que estoy muy enojado porque le dijiste a otra mujer sobre mi fascinación por el rojo. Tendrás que disculparte por eso más tarde.

Ella jadeó ante las palabras. O tal vez fue por el roce de sus manos, acariciando el terciopelo de la túnica, atrayéndola hacia él.

—Lo siento —susurró. Sus manos conteniendo su mandíbula, inclinándose hacia su rostro y besándolo. Tomó su disculpa, disfrutando además del deslizamiento largo y lento de sus manos sobre el suave terciopelo de la túnica. —¿Ayuda que te diga que quiero ser la única mujer que alguna vez use el rojo para ti otra vez?

Se quedó sin aliento.

—Ayuda.

—Es cierto —dijo ella —Quiero ser la única mujer en tu vida. Para siempre.

Las palabras rugieron en sus oídos.

—¿Para siempre cómo?

—Para siempre, como compañeros. Para siempre, como iguales —
Hizo una pausa —Para siempre, enamorados. Para siempre, casados.

Él no pudo contenerse.

—¿Estás segura?

—Lo estoy —dijo con una pequeña risa —En realidad, ya lo estaba esta mañana, pero entonces tú te divorciaste de mí, antes de que pudiera decírtelo. Pero...

todo funcionará bien. Si me tienes a mí.

Él se rió también, incapaz de detenerse. La idea de no tenerla era ridícula.

—Funcionará, creo.

Ella sonrió, pero se alejó antes de poder disfrutar de su calor.

—¿Estás seguro? No tendrás... no tendremos... —Ella respiró hondo y lo soltó de golpe, él escuchó las lágrimas entre las palabras.
—No tendrás un heredero.

Entonces, él puso las manos en su cara.

—Te tendré. Te amaré. Y envejeceré en tus brazos.

Ella cerró los ojos y una lágrima rodó. Malcolm la persiguió con su pulgar. Se besaron, lenta y perfectamente, y él deseó que le creyera. Que entendiera que no era nada sin ella, y que ella era todo lo que siempre desearía. Debió haberlo creído, porque cuando separaron sus labios para tomar aire, ella se apartó de él, los dedos se acercaron a la atadura de la túnica de terciopelo rojo. Aflojó la cinta, movió apenas sus hombros y el terciopelo se acumuló alrededor de sus pies, robándole el aliento.

Estaba desnuda debajo.

Estaba desnuda, y al instante en sus brazos.

La sentó en su regazo, sin dudarlo, amando la forma en que ella se sentó a horcajadas sobre él, amando la sensación de su piel y el sonido de su suspiro de placer. Amándola.

—Lady Seraphina, escandaliza este lugar.

—¿Qué me dijiste la última vez que estuvimos aquí? ¿Que este era un lugar para hombres de propósito?

Besó su cuello, haciendo pequeños círculos con la lengua en el lugar donde se unía con el hombro, donde era lo suficientemente sensible como para poder hacerla suspirar con un simple toque. Malcolm sonrió allí, contra esa piel increíblemente suave, sus manos encontrando el oleaje redondo de su trasero.

—Me parece recordar esa descripción.

Su mano le robó un pecho, ahuecándolo, probando su gran peso, gimiendo suavemente al tacto.

—¿Y qué tienes que decir al respecto?

Sus labios rastrearon la ladera de ese pecho.

—Tengo un propósito en este momento, ¿no crees?

Ella estalló en carcajadas, y el sonido fuera de lugar y perfecto, recorrió las dignas y venerables salas del Parlamento. Malcolm comenzó a hacerla reír una y otra vez, hasta que estaba haciendo sonidos completamente diferentes.

Y luego él también los estaba haciendo.

Cuando regresaron a la tierra, en el piso de su oficina, envueltos en las pesadas vestiduras de terciopelo, vestiduras que nunca más volvería a ponerse sin llamar a su esposa a sus oficinas para ayudarlo a quitárselas, le dio un beso en la sien y dijo suavemente:

—Supongo que tengo que hoy tengo que ir al periódico.

Ella levantó la cabeza, la confusión frunciendo su ceño.

—¿Por qué?

Sonrió a su antigua y futura esposa.

—Deberíamos anunciar nuestro compromiso, ¿no crees? ¿El duque de Haven y el gorrión que canta?

Esa risa otra vez, hermosa, perfecta y suya.

—Definitivamente. No queremos que la gente hable de más.

Epílogo: El bebé Bevingstoke: ¡Haven no puede esperar!

Seis años después

— ¡Su Gracia, simplemente no puede entrar!

Malcolm ignoró a la partera mientras entraba a la habitación, se quitaba los guantes y los enviaba junto con su abrigo al piso, mirando solo los ojos de su esposa mientras se subía a la cama.

Su esposa, que parecía demasiado serena, considerando que estaba a punto de dar a luz, le dijo:

— A la partera le darán vapores.

— Ella va a estar bien —respondió, tomando su mano y llevándola hasta su boca para darle un firme beso — Nunca te volveré a tocar.

Sera se rió, como si estuvieran dando un paseo.

— Eso es lo que dijiste las otras veces.

— Esta vez, lo digo en serio.

— También eso dijiste la última vez.

No recordaba, pero se imaginaba que sí. Tres meses después de su segunda boda, un glorioso espectáculo al que asistió la mitad de Londres ante la insistencia de sus cuñadas, Sera y Malcolm descubrieron en proporciones iguales de sorpresa, deleite y terror que ella estaba embarazada.

Milagrosamente, un nacimiento fácil produjo un hijo sano, Oliver, ahora de cinco años apasionado por los caballos y la pintura. Dos años después, le habían dado la bienvenida a Amelia, tan brillante como su madre, y llena de opiniones. Justo esa mañana, en el desayuno, miró a su padre a los ojos y pronunció:

— Si mamá y tú pueden tener un bebé, es justo que Oliver y yo tengamos un gatito.

Malcolm había pasado la mañana en los establos, seleccionando el par perfecto de gatos para vivir en la casa solariega. Después de todo, como había señalado Amelia, el bebé debería recibir un regalo a su llegada. Eso había sido muy generoso de su parte.

Huelga decir que el médico que había declarado a Sera estéril después del nacimiento de su primer hijo se había equivocado. Y la feliz vida en la que Sera y Malcolm se habían asentado, se había convertido en un caos igualmente feliz.

—¿Alguna palabra del Gorrión? —Preguntó Sera, como si estuviera en los jardines jugando al césped y sin prepararse para dar a luz a un niño.

—Caleb llegó ayer —respondió su esposo —Tu taberna está en buenas manos mientras atiendes otros negocios.

La familia vivía la mayor parte del año en Londres, lo suficientemente cerca de "El gorrión", como para que Sera pudiera manejar las operaciones diarias, y también para que el gorrión mismo, pudiera encontrar tiempo para cantar en algunas raras y maravillosas ocasiones, siempre con la presencia del Duque de Haven.

Pero sus dos hijos habían nacido en Highley, y este no sería diferente.

Una ola de incomodidad golpeó a Sera y ella jadeó.

—Es la hora.

Malcolm se arremangó y se colocó detrás de su esposa. Mientras él estaba incondicionalmente enamorado de sus hijos, y agradecido a Dios por ellos, todos los días de su afortunada vida, no cambiaba el hecho de que no tenía amor por la forma en que ellos llegaban al mundo.

—Esto me recuerda que no me gusta ninguna parte de este asunto.

—Te gustan bastante, las cosas que nos llevan a este momento, esposo —dijo secamente —Tanto como a mí.

La partera los miró con desaprobación y el duque levantó una ceja.

—Sabes que dicen que soy un escándalo, ¿verdad? Y aquí estás tú,

escandalizando a todos con tu charla sobre nuestros momentos previos.

Ella sonrió.

—Teniendo en cuenta mi estado actual, Malcolm, estoy bastante segura de que todos están al tanto de los momentos previos.

Se rió, su salvaje esposa, como siempre belleza y acero.

Entonces una ola de dolor la golpeó, y él hizo todo lo posible para mantener la compostura, mientras la partera miraba a Sera.

—El bebé viene, Su Gracia.—Ella miró al duque entonces. ¿Está seguro de que desea quedarse?

Sera apretó su mano.

—Él está seguro.

Como si hubiera cualquier otro lugar en donde él estaría.

Le ofreció a su esposa sus manos y su fuerza mientras hacía el inmenso y magnífico trabajo de traer a su hijo al mundo. No es que ella lo necesitara.

De hecho, fue él quien requirió la fuerza de Sera cuando, minutos después, de que ella diera a luz a su tercera hija, los gritos sanos de su segundo hijo varón llenaron la habitación y el corazón de Malcolm.

Horas más tarde, mientras el sol se ponía a lo lejos, tiñendo la habitación en una rica tonalidad dorada, el duque entró a las habitaciones Ducales y encontró a su esposa en la cama, luciendo como un ángel, con el cabello caído sobre los hombros y rodeada de sus hijos.

Sostenía a uno de los gemelos, el otro dormido a su lado, ambos felizmente inconscientes de las inspecciones exhaustivas que recibían de sus hermanos mayores. La mirada azul y llena de amor de Sera lo encontró, una sonrisa se dibujó en sus labios antes de decir, conteniendo la diversión en su tono, —Estamos considerando nuestras opciones.

Se acercó, sintiendo como si el corazón pudiera estallarle en el pecho con la imagen que percibía, estos niños, esta mujer. Sus amores.

Amelia estaba sobre sus manos y rodillas, considerando al bebé en la cama.

— Prefiero ésta.

Oliver negó con la cabeza, toda seriedad.

— Yo no. Las hermanas pueden ser muy problemáticas.

— Eso es cierto — estuvo de acuerdo Sera, hablando por una vasta experiencia — Pero también pueden ser terriblemente leales.

— Y excelentes en la batalla — agregó Malcolm, guiñándole un ojo a su esposa.

— Sin embargo — dijo Oliver — prefiero quedarme con el niño.

El duque levantó las cejas.

— ¿Les ruego me disculpen?

Sera sonrió.

— Parece que solo tenían un nombre seleccionado, por lo que debemos elegir cuál de los dos conservar.

Él emparejó la sonrisa a la de su esposa.

— ¿El nombre ayuda con la decisión?

Ella sacudió la cabeza.

— Me temo que no.

Miró a sus hijos mayores.

— ¿Cuál es?

— Pollo — dijo Amelia, simplemente.

Malcolm se rió fuerte por un buen rato, antes de tomar su lugar en la cabecera de la cama, al otro lado de su hija más pequeña — Bueno, creo que los mantendremos a los dos si no les importa.

Oliver suspiró.

— Si debemos.

Se inclinó para besar a su esposa, suave y persistentemente.

— Eres magnífica.

— Lo soy, más bien, ¿verdad? — Dijo, feliz.

Él se rió entre dientes y se inclinó para colocar un beso en la frente del bebé en sus brazos, y otro en la niña dormida en la cama.

—¡Y a mí! —Gritó Amelia, lanzándose en sus brazos. Él la abrazó contra su pecho y la besó en la frente, mientras Oliver corría y se ubicaba debajo del brazo libre de Sera.

La familia se demoró hasta que el último rayo de sol dorado se disolvió en vetas rojas y moradas, desvaneciéndose en negro, revelando estrellas y una franja de luna en el cielo nocturno más allá de la ventana. Malcolm llevó a sus hijos a sus respectivas cámaras y colocó a los bebés en la habitación contigua.

Las habitaciones reservadas para la Duquesa de Haven habían sido convertidas en guardería, ya que ni Sera ni él deseaban dormir separados.

Una vez que ubicó a los niños, volvió a su recámara, para encontrar a su esposa frente a la ventana abierta, un ruiseñor cantaba en la oscuridad más allá. Desde atrás, presionó un beso sobre la suave piel de su cuello, envolviendo los brazos a su alrededor.

Sera se inclinó sobre la caricia, entregándose a ella durante largos minutos.

—Vas a resfriar en esta ventana, esposa.

—¿Ves? —Señaló —Él está aquí.

Siguió la dirección de su mirada.

—Orión. Pobre amigo, siempre persiguiendo.

—Creo que quieres decir: pobre chica, nunca atrapada —Sera se volvió hacia él, inclinó su rostro, deslizando una mano hacia su nuca para bajarle la cara y darle un beso, profundo, lento y lleno de amor. Cuando se separaron, agregó:

—Debería tomar el asunto en sus propias manos. Él nunca sabría lo que le pegó.

—Tonterías —La levantó en sus brazos y la llevó de vuelta a la cama —Si ella lo persiguiera, él haría todo lo posible para que lo atrapara. Y bien atrapado.

Sera sonrió ante eso, apretándose contra él.

—¿Y qué pasa después de que lo atrapa?

La besó suavemente, maravillado por la vida que compartían.

—Vivirían felices para siempre, por supuesto. —Ella sonrió, con los ojos cerrados, el sueño llegando rápido —recibiendo finalmente lo que siempre habían merecido.

Fin

Nota de la autora

La historia de Haven y Sera me ha perseguido por más tiempo de lo que puedo decir, desde mucho antes de que tuvieran nombres y tomaran el centro del escenario en "Un canalla que no lo era" como el catalizador de la historia de amor de Sophie y King. es una historia de encontrar la esperanza por el dolor, de un matrimonio que nunca funcionaría y una pérdida que nunca podría superarse, y cuando me senté a escribirla, no tenía idea de que se convertiría en la historia de tantas mujeres que he conocido, mujeres que me han sorprendido con su fortaleza y su capacidad para enfrentar un futuro incierto. No podría haber predicho que, mientras escribía este libro, estaría tan inspirado por tantos amigos, familiares, lectores, extraños, todos hechos de belleza y acero. Sera es para todos ustedes.

Si bien puede parecer que el divorcio de Sera y Haven fue obtenido con demasiada facilidad, los acontecimientos en la historia son un reflejo sorprendentemente cercano de los procesos de divorcio en la Cámara de los Lores a principios del siglo XIX. Hasta 1857, las mujeres fueron excluidas en gran medida de solicitar el divorcio, ya que las esposas no tenían personería jurídica. Además, a las esposas no se les permitió testificar por sí mismas en el Parlamento, lo que hizo difícil el divorcio sobre la base de cualquier cosa que no fuera el adulterio femenino. A fines del siglo XVIII, sin embargo, se produjo un cambio en la forma en que el Parlamento y la sociedad vieron al matrimonio, como un requisito menor de propiedad y más una posibilidad de felicidad, y las peticiones de divorcio aumentaron significativamente... junto con la colusión conyugal. Esencialmente, los hombres y las mujeres atrapados en matrimonios infelices trabajaron juntos para lograr su objetivo común, por lo general con un espectador desprevenido siendo arrastrado a la artimaña como un

testigo del adulterio de una esposa. Un voto parlamentario rápido (aunque costoso) resultaba en la disolución del matrimonio, y todos podían marcharse y casarse con sus amantes. Me sorprendió cuán fácilmente una pareja rica y poderosa podría obtener el divorcio, y me fascinó la idea de que esposos y esposas trabajaran juntos para lograrlo. Para una historia de divorcio rica y fascinante en Inglaterra, recomiendo el Camino al divorcio de Lawrence Stone, que fue mi compañero constante mientras escribía, para gran inquietud de mi marido. Las extensas colecciones parlamentarias en la Biblioteca Británica también fueron esenciales para esta parte de la historia.

Una nota sobre la música de Sera: "The Spanish Ladies" es una antigua chabola marina, anterior a la década de 1700 cuando finalmente fue anotada; También utilicé "Oft in the Stilly Night" de Thomas Moore y "The Last Rose of Summer". "She Was Born That Day en el corazón de un niño" es mía, muy agradecida a un muro de café francés, que vi hace mucho tiempo y que me dio la inspiración titular.

Algunas veces, una parte de la historia te atrapa y no te suelta. Durante varios años (y varios libros), he buscado una forma de poner un salón bajo el agua en una historia. ¡El salón submarino es real! Hay uno casi idéntico en Witley Park en Surrey, una enorme propiedad construida a finales del siglo XIX por Whitaker Wright, un canalla millonario excéntrico. Mientras que el salón de Witley fue construido en la década de 1890, no hay razón por la que no podría haber existido en la década de 1830 a manos de un hombre desesperado por un monumento a su amor, ya que los submarinos metálicos y de vidrio habían sido inventados más de un siglo antes. Aunque cambié el Neptuno de Witley por el Orion de Highley, tomé prestado generosamente las fotos y relatos en primera persona de las visitas al salón de baile Witley, que, notablemente, permanece intacto. Estoy en deuda con Atlas Obscura y numerosos usuarios de Reddit por su compromiso con la comprensión de la física y la ingeniería del salón bajo el agua.

Como siempre, estoy infinitamente agradecida a Carrie Feron, Carolyn Coons y al excelente equipo de Avon Books, que incluyen a Liate Stehlik, Shawn Nicholls, Pam Jaffee, Libby Collins, Tobly McSmith, Carla Parker, Brian Grogan, Frank Albanese, Eileen DeWald, y Eleanor Mikucki. Gracias, también, a Steve Axelrod, quien tiene todas las mejores historias.

Tengo la suerte de tener un marido por el que nunca me han dado ganas de asaltar al Parlamento y también amigos que son los mejores. Gracias a Eric por la calma imperturbable; a Lily Everett, Carrie Ryan y Sophie Jordan por una amistad inquebrantable; y a Bob, Tom, Felicity y todos en Krupa Grocery por mantener una mesa gratis para mí.

Y a ustedes, maravillosos lectores, gracias por confiar en mí, por leerme y por compartir tanto de ustedes mismos conmigo. Estos libros no son nada sin ustedes. Espero que todos se unan a mí en 2018 para mi próxima serie, presentando a los Bastardos Bareknuckle, y algunas mujeres jóvenes que les resultarán familiares.

Ah, y en cuanto a Sesily y su americano, estad atentos.

Notas

[← 1]

Reina guerrera celta que en los años 60 y 61 d.C. se reveló contra los romanos.

[← 2]

Mary Wollstonecraft fue una filósofa y escritora inglesa.

[← 3]

Pactar algo [dos o más personas] en perjuicio de terceros.

[← 4]

George Bryan Brummell, conocido como «el bello Brummell» — (Londres, 7/6/1778 – Caen, 30/03/1840), fue el árbitro de la moda en la Inglaterra de la Regencia y amigo del príncipe Regente.

[← 5]

Ave forestal de hábitos terrestres, inconfundible por su corpulencia.

[← 6]

Perséfone: hija de Zeus y de Deméter. La joven doncella, es raptada por Hades que la obliga a casarse con él, y se convierte en la reina del Inframundo.